



araucaria

de Chile

N° 46 - 1989



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros

y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademartori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacconi, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Raúl Larra, Miguel Lawner, Miguel Littin, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Mal-

sumario

A los lectores	5
De los lectores.	6

<i>La otra guerra de Nicaragua</i> (Eduardo Galeano).	9
---	---

nuestro tiempo

Agustín Cueva: <i>Democracia en América Latina</i>	13
Marcos Roitman: <i>América Latina. Hacia una interpretación de la crisis</i>	27

aniversarios

Bicentenario de la Revolución Francesa / 1. <i>La Revolución Francesa vista como incitación al cambio</i> (Conversación con Michel Vovelle), pág. 43 / 2. <i>Salvoconducto para celebrar el Bicentenario de la Revolución Francesa</i> (M. Eugenia Horwitz), pág. 49 / 3. <i>La Revolución Francesa: hechos y etapas en su desarrollo</i> (Rubén Sotoconill), pág. 67 / 4. <i>La Revolución Francesa en Chile</i> (Hernán Soto), pág. 99 / 5. <i>La Revolución Francesa en América Latina</i> (Osvaldo Fernández)	111
---	-----

exámenes

Felipe Cabello: <i>Isaac Newton. Ciencia y sociedad</i>	119
Carlos Martínez: <i>La Revolución Científico-técnica y el mundo subdesarrollado</i>	129
Aldo González: <i>La investigación científica en Chile</i>	149

temas

<i>El fin de una etapa en el trabajo cultural</i> (Conversación con Mónica Echeverría).	161
---	-----

Andrés Pérez o el asombro feliz (Virginia Vidal)
pág. 170 / Chile: hacia el año segundo del
postpinochetismo (Mauricio Decap) 173

los libros

Un inmenso poeta marginal (Marcelo Coddou) 177

textos

La sombra de Luis Vulliamy (Carlos Orellana -
Luis Sánchez Latorre - Jorge Teillier) 183
Luis Vulliamy: El cumpleaños de mi sombra /
Joseluén. 188

crónica

En el valle de las araucarias (Marcelo Mendoza-
za), pág. 197 / *Volver a Santiago* (Carlos H.
León - Luis Alberto Mansilla), pág. 201 / *La*
«Hormiguita» y otras hojas perdidas (Rafael
Alberti), pág. 206 / *Textos marcados* 208

notas de lectura

El corazón escrito / El hombre inconcluso / Ne-
ruda, voz y universo / Guerra y sociedad en
Chile / Ya es hora / Noche de nadie / Paisaje
con fiordos 211

Portadas de Jorge Salas. Suyas son tam-
bién las pinturas que se reproducen en
págs. 4, 9, 25, 26 y 221. Las reproduc-
ciones restantes (págs. 42 hasta 210) son
del pintor Juan Doggenweiler.

davsky, Patricio Manns, Ro-
berto Matta, Eugenio Matus
Romo, Gabriela Meza, Julio
Moncada (+), Augusto
Monterroso, Jacqueline
Mouesca, Eugenia Neves,
Osvaldo Obregón, Agustín
Olavarría, Carlos Ossa, Car-
los Ossandón, Alfonso Padil-
la, Patricio Palma, Isabel
Parra, Claudio Pérsico, Olga
Poblete, Fernando Quilo-
drán, Mauricio Redolés, Os-
valdo Rodríguez Musso,
Miguel Rojas Mix, Grinor
Rojo, Luis Rubilar, Omar
Saavedra, Ernesto Sábato,
Cecilia Salinas, Augusto Sa-
maniego, Federico Schopf,
Antonio Skármeta, Rubén
Sotoconil, Radomiro Spo-
torno, Bernardo Suberca-
seaux, Arturo Taracena,
Eugenio Téllez, Mario Toral,
Armando Uribe, María de la
Luz Uribe, Juvencio Valle,
Hernán Villablanca, Sergio
Villegas, Sergio Vusković,
Oscar Zambrano, Raúl
Zurita.

Comité permanente:

Ligeia Balladares, Luis Bo-
caz, Pedro Bravo Elizondo,
Jaime Concha, Osvaldo Fern-
nández, Pamela Jiles, Omar
Lara, Luis Alberto Mansilla,
Alberto Martínez, Guillermo
Quiñones, Hernán Soto, Jo-
sé Miguel Varas, Virginia
Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana.

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono:
532 47 58 / 28014-Madrid
(España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del
Congreso (Washington):
N.º 80-642682.

Impresores:

Graficnco, S. A. / Eduardo
Torroja, 8 / Fuenlabrada
(Madrid).



Los avances realizados en el último tiempo en Chile permiten suponer que se camina, con lentitud y dificultades, pero inevitablemente, hacia la democracia. Son tiempos de transición hacia la construcción/refundación de Chile, donde se modela el futuro país que se quiere para vivir. Y en dicho proceso aparecen, con nitidez y preocupación, no pocas interrogantes vitales para nuestro porvenir democrático.

¿Qué pasará con Pinochet? ¿Mediante qué mecanismos concretos se cumplirá el anhelo mayoritario de despojarlo de toda autoridad y relegarlo al otoño eterno de los patriarcas derrotados?

¿Qué va a ocurrir con el aparato represivo de la dictadura? ¿Seguirá subsistiendo entre las sombras, agazapado a la espera de algún inexorable «Pacto salvador»? ¿Será posible refundar la democracia mientras la Doctrina de Seguridad Nacional siga siendo la inspiración y Norte de las Fuerzas Armadas?

¿Recobrarán su libertad todos los presos políticos? ¿Qué va a hacerse con el problema de los desaparecidos, de los asesinados, de las víctimas innumerables de la represión? ¿Avalaremos la ley del olvido so pretexto de la reconciliación?

¿Está previsto establecer en algún momento mecanismos de participación popular, de control democrático de las decisiones políticas? ¿Con qué ropajes —en la economía, en la educación, en la justicia, en la salud— se vestirá el país para llegar a ser realmente libre, independiente, justo y solidario?

Sabemos qué difícil es el período que se avecina. Y si nos planteamos todas las preguntas anteriores no es porque estemos dominados por algún tipo de tentación maximalista. ¡Atención!, sin embargo, contra los peligros de un «minimalismo» que puede llevar a muchos a confundir la cautela con la carencia franca de coraje, la supuesta sensatez con la mezquindad y el llamado *realismo* con la simple falta de imaginación. Que no caigamos de las brasas de la dictadura al rescoldo de ruina (moral y material), mediocridad, hipocresía y desesperanza de una seudodemocracia en el peor estilo conosureño.

de los lectores

Deseo presentarles mis felicitaciones por el próximo traslado de **Araucaria** a la Patria. Se cierra un ciclo y se abre otro, fundamental, en la historia de nuestra revista... y bien digo *nuestra* pues no sólo los chilenos esparcidos por la faz de la tierra la leemos y conservamos, sino que su periódica y puntual llegada significó, durante muchos años, algo así como tener a Chile al alcance de la mano. **Araucaria** fue en todo momento un aliciente y una esperanza para el espíritu y el corazón. Largos años de vida deseamos, entonces, a nuestra revista allá en la Patria, donde, estamos seguros, arraigará... pues ¿cómo una araucaria dejaría de arraigar en su tierra de origen?

Les deseo el mejor éxito. La noble **Araucaria**, nacida en París, criada en Madrid y «trasplantada» a su paisaje de origen, bien se lo merece.

Fernando Casanueva (Bordeaux, Francia)

Permítanme saludarlos muy cordialmente por el anuncio de que muy pronto estarán publicando la revista en Chile. Es un ejemplo que incita a imitarlo, pero aunque hay que reconocer que, por muchas razones, no todos los chilenos podremos dar ese paso, aunque represente un sentido anhelo en el fondo de nuestro corazón. El exilio, cuando se alarga, tiene también ese inconveniente: levanta barreras a veces insalvables, y no por propia voluntad, que impiden concretar el retorno. En todo caso, muchos de los que ya no podremos regresar, estamos decididos a mantener vivos nuestros lazos con Chile, y les comunico, por eso, mi deseo de continuar suscrito a **Araucaria**. Quiero que me la sigan enviando de Chile, porque la siento como una de las expresiones más sólidas de la verdadera identidad nacional.

Patricio A. Castro (Bremen, R.F.A.)

Antes que abandonen este país quiero que me digan si puedo conseguir los números atrasados que necesito para completar la colección de **Araucaria**. No conocía la revista antes de 1984, año en que llegué a España, y la verdad es que **Araucaria** me reconcilió con el exilio chileno, del que tenía no muy buena opinión antes de salir del país. Me enseñó, por así decirlo, a separar la paja del grano y aprendí a respetar lo que es una labor política e intelectual rigurosa y responsable. He estado todo este tiempo pensando en escribirles para hacerles el pedido de la colección. Lo hago ahora, deseándoles lo mejor en su próxima instalación en Chile.

Felipe Echanove (San Sebastián, España)

Soy una joven italiana de veintitrés años de edad. Me suscribí por primera vez a su revista en 1986 y ahora decidí escribirles después de haber leído en su número 42 la carta de una joven italiana de Florencia. En los

primeros años de la dictadura yo era demasiado pequeña para comprender cuestiones políticas, pero ya entonces escuchaba con mucho gusto las canciones de Inti Illimani, por ejemplo. Después descubrí a Pablo Neruda, a Víctor Jara, a Violeta, pero mi amor por Chile se reveló en toda su magnitud a partir de mayo del 83, en los meses de las protestas populares masivas. Desde entonces empecé a buscar libros, discos y todo lo que podía ayudarme a conocer más a fondo ese país tan lejano desde el punto de vista geográfico y, sin embargo, tan cercano a mi corazón. Desde entonces, Chile ocupa y sigue ocupando una parte importante en mi vida.

Su revista me ha dado a conocer muchas cosas que antes yo ignoraba; la espero siempre con gran impaciencia y la leo con muchísimo interés y a menudo con voracidad. Me considero una «chilena adoptiva» por el amor, la pasión que siento por la causa chilena, no sólo desde el punto de vista político sino también cultural; es algo que llevo en el alma, que siento en la sangre. Creo que **Araucaria** no puede ser tomada como una revista destinada solamente a los chilenos y latinoamericanos, ya que la riqueza del patrimonio cultural, político y humano de los pueblos de Latinoamérica es muy grande y debe interesar y preocupar a las personas de todos los países. Les deseo muchos años de intenso y fecundo trabajo y los saludo muy cordialmente.

Antonella Dall'Oglio (Verona, Italia)

Soy autora de una selección de siete cuentos de autores chilenos en el exilio. Se titula *Viernes con Bach* (*Vrijdag met Bach* en el original holandés), está editado por Pegasus y contiene textos de Isabel Allende, Poli Délano, Carlos Droguett, Fernando Jerez, Susana León, Omar Saavedra Santis y Orlando Torricelli. La obra comprendía originalmente una Bibliografía de prosa y poesía de chilenos en el exilio que en definitiva he editado en un folleto separado. Pienso que algunos de sus lectores pueden tener interés en conocerla, en cuyo caso pueden escribirme a mi dirección: Hogewerf 181, 1082 ND Amsterdam, Holanda.

Giny Klatser (Amsterdam, Holanda)

Un poco tarde renuevo mi suscripción, pero lo hago porque soy suscriptor desde el número uno y no deseo quedarme sin los últimos ejemplares que publiquen en el exilio, ya que he sabido que **Araucaria** se traslada a Chile. Mis felicitaciones por vuestro trabajo; me siento orgulloso como chileno de que hayan sido capaces de sacar adelante la revista cultural de más larga trayectoria, la más importante de la década.

Les pido que lleven mi dirección a Chile para que me la sigan mandando, aunque si la suerte me acompaña y regreso pronto no será necesario, ya que iré yo mismo a visitarlos. Estaré siempre con ustedes, aquí y en la quebrada del ají. Mil gracias **Araucaria**, mil gracias a su director, mil gracias a sus colaboradores, hasta el que haya hecho el trabajo más modesto.

Juan Soto Pereira (Eindhoven, Holanda)

DE «DON INOCENCIO» A LA PÉRDIDA DE LA INOCENCIA

A «Don Inocencio» lo creó en el diario *El Siglo* Osvaldo Salas, pintor y dibujante, padre de Jorge Salas, también pintor y dibujante además de publicista y arquitecto (esto último por título académico ya que no por vocación ni ejercicio).

«Don Inocencio» fue, en el humor gráfico, algo así como espejo y conciencia crítica de la vida política chilena durante largos veinte años. Dos décadas en que la historia del país cambió dos veces de rumbo de modo profundo y traumático. Tanto que hoy, el talante y la óptica de la mayoría de los chilenos —y de sus artistas, por cierto— ya no pueden ser los mismos, nunca más los de antes.

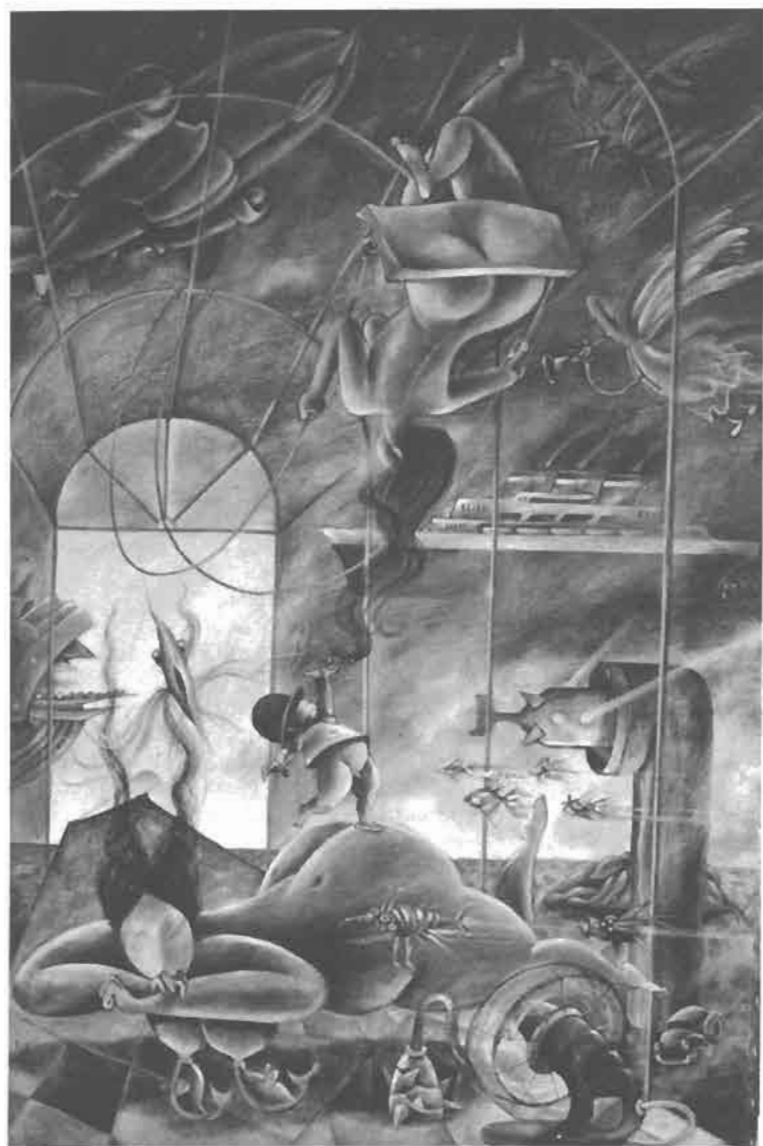
Chile es, si tuviéramos que definirlo con una frase, *el país que perdió su inocencia*. Cada uno de nosotros lo ha constatado como ha podido y lo expresa, si sus medios se lo permiten, en su estilo, a su manera.

Jorge Salas elige lo suyo y hace una pintura que se acomoda a la línea del *comic* para adultos. Convoca, entre otros fantasmas, a los de la fiesta y el sexo, de la música y el espectáculo, del alcohol y de la noche; los sumerge en una atmósfera de travesura misteriosa y esperpéntica, y saca de todo ello cuadros que muestran una voluntad de ser feroz, de practicar el humor por la vía del disparate, el desafuero y la insolencia. Un humor como *malhumorado*, que a veces es sólo un falso disfraz de algunos guiños de niño malcriado en pugna con su afectividad soterrada.

Jorge Salas («Lucas», para su entorno más cercano, herencia abreviada del «Saluca» con que lo bautizaran sus compañeros de escuela primaria), ha abierto la ventana a un mundo claustrofóbico secreto, aunque —a veces— de vivísimos colores y siempre con una luminosidad de acuario, nutrido con la sustancia del sueño pero además con materiales inmediatos y contiguos; un universo al que el pintor accede con el aire entre candoroso y perverso propio de los tímidos/audaces.

«Lucas» es bien de este tiempo tan poco propicio a las certidumbres. Como lo es Juan Doggenweiler, quince años más joven, que vive como él en Madrid y que, del mismo modo, ha renunciado también a los fueros de la inocencia.

R. A.



Diez años de Revolución sandinista

EDUARDO GALEANO

La otra guerra de Nicaragua

A principios de 1983, Indalecio Rodríguez, responsable político de la *contra*, declaró:

«1983 será el año de la victoria. Derrotaremos a los sandinistas en seis meses.»

A principios de 1984, Adolfo Calero Portocarrero, jefe de la *contra*, declaró:

«En 1984 ocurrirá la definitiva derrota del régimen sandinista.»

A principios de 1985, el mismo Calero declaró:

«1985 será para nosotros lo que 1979 fue para los sandinistas.»

A principios de 1986, Donald Lacayo, vocero de la *contra*, declaró:

«Los sandinistas tienen las horas contadas.»

A principios de 1987, el mismo Lacayo declaró:

«El Gobierno de Ortega caerá antes de marzo.»

A principios de 1988, Enrique Bermúdez, comandante militar de la *contra*, declaró:

«1988 será el último año del Frente Sandinista.»

En julio de 1989, la revolución sandinista cumple diez años de Gobierno. Sus enemigos, mediocres guerreros de alquiler, tampoco tienen talento en el arte de la profecía. La revolución cumple diez años y éstos son días de celebración. Nicaragua está ganando la guerra.

En julio de 1979, poco después de la fuga del último de los dictadores de la familia Somoza, alguien escribió una frase certera en un muro de la pequeña ciudad de Masatepe. Fue una mano anónima, mano del pueblo, la que anunció:

«Se morirán de nostalgia, pero no volverán.»

El tiempo transcurrido ha borrado la frase en el muro y la ha confirmado en la historia.

La *contra*, que quiere la restauración de la dictadura, se bate en retirada. Y con la *contra*, sus pagadores, aunque ante las cámaras pongan cara de póquer y aunque sigan financiando a este inmenso ejército de inútiles.

Todavía los fondos que la *contra* recibe de Estados Unidos superan el total de la ayuda que Nicaragua recibe de un llamado Occidente. A lo largo de estos diez años, Estados Unidos ha destinado a matar nicaragüenses cuatro veces más dinero que el que Europa brindó a Nicaragua para colaborar con su desarrollo económico.

Pero esta victoria de Nicaragua contra el poderoso caballero don dinero es nada más que una parte de la verdad.

Este país descalzo, este país en harapos, está ganando la guerra con-

tra la invasión militar imperialista, *pero esa guerra no es más que una larga y dolorosa batalla de otra guerra*. La otra guerra, más larga, más dolorosa, y también más profunda, recién está empezando: la guerra contra el subdesarrollo, contra la herencia maldita del modo colonial de producción y de vida; la guerra contra la miseria, paridora de más miseria; la guerra contra la ignorancia y el fatalismo; la guerra contra la obstinada estructura de la impotencia, que nos obliga a padecer la historia y nos impide hacerla.

Todos estos años de pelea contra la dictadura de Somoza y sus nostálgicos herederos cobran su verdadero sentido dentro del marco mayor de ese necesario combate *contra sus causas*, que son las causas de todas las dictaduras que cíclicamente atormentan a nuestros países.

Un periodista europeo me contó que hace un par de años viajó en auto a Nicaragua. Cuando se detuvo en el primer puesto de gasolina, un niño se le acercó. El niño le preguntó de dónde era y si en su país había guerra. Y cuando supo que no había, quiso saber:

«¿Y cómo es un país sin guerra?»

La guerra militar ha desangrado a Nicaragua. Le ha dejado miles de muertos: las víctimas de los años de dictadura y de los años de invasión superan, en proporción, el total de bajas de Estados Unidos en todas sus guerras del siglo XX. Y la guerra militar ha dejado al país en escombros. Nicaragua sufre la más grave crisis económica que nadie pueda imaginar. Las encuestas coinciden en registrar el insólito hecho de que los sandinistas cuentan todavía con la simpatía de la mayoría de la población. En medio de la crisis feroz, en un país que tiene uno de los índices de inflación más altos de la historia humana (20.000 % el año pasado), esta porfiada popularidad resulta por lo menos asombrosa, y sería del todo inexplicable si no fuera por la misteriosa energía de la dignidad nacional. David sufre hambre y está malherido, desesperado por pan y paz, pero ha demostrado que *es posible* vencer a Goliath.

Nicaragua se ha ganado el derecho de ser. Hace poco más de medio siglo, el país figuraba en los mapas norteamericanos como *protectorado de Estados Unidos*.

La guerra militar, guerra de independencia, guerra contra la dictadura y la humillación, está concluyendo. Ahora empieza la guerra social, que ataca las hondas raíces de la desdicha nacional y, al hacerlo, desafía a la estructura imperialista de poder.

La palabra imperialismo está fuera de moda en el mundo. Es de mal gusto pronunciarla, como si de un muerto se tratara, pero el imperialismo está vivo y coleando, y existe y crece, aunque ya no se le mencione por su nombre. También existe la lucha de clases, al fin y al cabo, aunque los intelectuales ya no la nombren y aunque en Paraguay esté prohibida por la Constitución (artículo 71).

«Y es el imperialismo, ofendido, el que está condenando a Nicaragua a expiar su victoria.» El sistema necesita desprestigiar la dignidad, humillándola ante la necesidad, para que no cunda el contagioso ejemplo. El veto, a cambio, se propone obligar al fracaso de las reformas que habían empezado a transformar a Nicaragua cuando desde el Norte se desencadenó la invasión. Es verdad que Nicaragua cuenta, todavía, con un vasto movimiento de solidaridad internacional, pero las palabras de aliento no se comen y la voluntad de justicia de la revolución sandinista choca con-

tra el alto muro del acoso económico, la extorsión financiera y el cerco político, mientras un incesante chorro de mentiras continúa envenenando a la opinión pública mundial.

El más democrático de los países centroamericanos sigue siendo obligado a rendir examen de democracia, un examen por día, ante la potencia que más dictaduras ha fabricado en la historia universal. Pero cada día la revolución sandinista consigue salvarse del peligro de la amnesia: ella nació para crear una democracia plena y no para cumplir con los hipócritas ritos de una democracia formal, donde la injusticia social, la marginación cultural y la desigualdad económica simulan ser los inevitables precios de una libertad vigilada.

«Estos son tiempos que ponen a prueba el alma de los hombres», había escrito Thomas Paine en los difíciles días de la guerra de independencia de Estados Unidos contra Inglaterra.

Pocos pueblos en la historia humana han sido tan puestos a prueba como el pueblo de Nicaragua. En pocos años ha sufrido todos los desastres: la ocupación extranjera, la dictadura, el terremoto, la guerra y, por si fuera poco, el huracán que la asoló el año pasado y que dejó pérdidas equivalentes a cuatro años de exportaciones. «Somos un pobre venido a menos», me dijo un comandante ante la arrasada costa de Bluefields.

Y, sin embargo, este pueblo sigue maltrecho pero paradito, muy de pie, queriendo abrirse camino hacia aquella Edad de Oro con la que soñó Don Quijote de la Mancha cuando deliró un mundo donde no existían las palabras *tuyo* ni *mío*. Sus enemigos no pueden perdonarle esta volandera costumbre de violar la ley de la gravedad y la ley de la obediencia.

INTELECTUALES «INSTITUCIONALIZADOS»

«El director de un centro de investigación invita a su madre provinciana a visitarlo a Santiago. Llega a recogerla al aeropuerto con su nuevo Peugeot.

—¿De dónde sacaste este hermoso auto? —exclama ella mientras mira todos los chiches del tablero.

—Lo financió el Instituto. Lo necesitaba en mi investigación para derrocar a la dictadura —contesta a su madre.

Cuando llegan al hogar del hijo en una zona residencial, la madre queda con la boca abierta.

—¿De dónde sacaste esta hermosa casa?

—El Instituto la financió. Debemos vivir en condiciones adecuadas para seguir nuestra investigación para derrocar a la dictadura.

Entran al comedor, donde los espera el almuerzo: una mesa cubierta de mariscos, carnes, ensaladas, fruta y buen vino. Mientras come con entusiasmo, ella pregunta:

—¿De dónde sacaste semejante almuerzo?

—El Instituto lo financia. Necesitamos alimentarnos bien para continuar nuestra investigación sobre el derrocamiento de la dictadura.

A esa altura la madre se rasca la nariz y susurra:

—Cuida, hijo, de que no derroquen a la dictadura y pierdas todo esto.

(James Petras en «La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos». Revista *Contrarios*, n.º 2, Madrid, 1989.)

Democracia en América Latina

AGUSTIN CUEVA

Este trabajo data en lo esencial de 1986, año en que su autor lo presentó como ponencia ante el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología realizado en Río de Janeiro. A pesar de las inevitables referencias a personajes y hechos entonces cercanos, mantiene la totalidad de su interés y su vigencia. El tema de la democracia es hoy tema obligatorio y predilecto a la hora de abordar el acontecer político y social latinoamericano; todos hablan de la democracia y todos se reclaman fervorosos partidarios suyos, sin excluir a la oligarquía ultramontana, a los fascistas confesos y aun a los peores dictadores (comprendiendo al mismísimo Pinochet). ¿Cómo orientarse en este manifiesto juego de la confusión? El presente artículo se propone ayudarnos en esto. Su autor, sociólogo ecuatoriano, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha publicado Entre la vida y la esperanza, La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales entre diversos otros libros e innumerables artículos y ensayos de su especialidad.

En el número 97 de la revista mexicana *Nexos*, un apreciable colega retomaba una afirmación mía con respecto a la democracia y la presentaba como paradigma del desprecio por tan noble categoría. Mi texto decía que «la democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados contenidos», tesis que el comentarista hallaba falsa y abusiva en la medida en que, a su juicio,

la democracia «es una forma de relación política que vale en y por sí misma. Se puede afirmar —continuaba— que un régimen democrático no resuelve por sí solo determinados problemas económicos y sociales; se puede decir también que por sí solo no supone la consecución de determinados objetivos socialistas, pero la afirmación de que *sólo* vale en función de determinados contenidos, exhibe el menosprecio de la democracia frecuente en la izquierda»¹.

Dejo de lado la sutil transformación de mi razonamiento al añadir ese «*sólo*» que es tan ajeno a mi texto como a mi pensamiento y aclaro que, en el plano consciente al menos, no creo contarme entre aquellos que menosprecian la democracia. Pero tampoco creo, ni deseo, incluirme en las filas de quienes estiman que la cuestión de la democracia puede ser considerada en abstracto, «filosóficamente», por encima de los problemas, contradicciones, articulaciones y correlaciones de fuerzas del mundo real. Por el contrario, me interesa rescatar todos estos problemas y preguntarme en qué grado ellos favorecen o no el florecimiento de la democracia (precisamente porque no la desprecio), qué contenidos concretos dan a cada democracia las clases dominantes (los «grupos hegemónicos» si se prefiere abordar el problema con mayor delicadeza) y qué respuestas y alternativas ofrecen *frente a esta realidad* las fuerzas socialistas y de izquierda en general. Eso es todo, y no veo qué puede haber de escandaloso en rescatar en el plano discursivo algo que innegablemente ocurre en el plano real. ¿O es que alguien puede indicarme dónde se ubica ese maravilloso país de Jauja en el que la democracia funciona como una forma pura, ingravida de los problemas y contenidos del conjunto de la vida social?

Actualmente hay, sin duda, una tendencia en muchos sectores de izquierda a considerar que la democracia es una categoría exclusivamente «política», en el sentido más restringido del término, que en última instancia remite a cierto tipo de relación entre el Estado y la «sociedad civil», relación caracterizada fundamentalmente por la libertad de expresión, el pluripartidismo, la realización periódica de elecciones y la observancia de las normas previstas en los respectivos cuerpos legales. Reglas de juego que *en sí mismas* me parecen *positivas*, pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde una u otra «orientación».

Partiré de algunos ejemplos, tanto más significativos cuanto que se refieren al comportamiento de las democracias que algunos estiman más perfeccionadas, esto es, las de los países capitalistas «centrales». Primer ejemplo. Cuando Ronald Reagan decidió invadir Granada, en octubre de 1983, lo hizo en su calidad de presidente constitucional de los Estados Unidos, sin violar ninguna ley de su país y con un apoyo

¹ Carlos Pereyra: «Democracia y revolución», en *Nexos*, n.º 97, México, enero de 1986, pág. 19. Subrayado del autor.

tan abrumador de la opinión pública estadounidense, que cualquier plebiscito salía sobrando. Los congresistas del Partido Demócrata, y ni se diga los republicanos, no pudieron menos que aprobar la acción del jefe de la Casa Blanca, y la infame agresión a la que me refiero se convirtió a tal punto en gloria nacional que con posterioridad, en la campaña para las elecciones presidenciales de 1984, el candidato demócrata Walter Mondale declaró que él hubiera hecho lo mismo que Ronald Reagan de haber sido presidente en 1983. Por si a la invasión de Granada le faltase alguna legitimación más, el Parlamento Europeo no dudó en ofrecerle su respaldo: cuna y paradigma de la democracia occidental, la Europa subimperialista aplaudía la «hazaña» del imperialismo principal. Algunos dirán que amor con amor se paga y no estarán equivocados: Estados Unidos tampoco había vacilado en apoyar a Inglaterra y al Parlamento Europeo en la cuestión de las Malvinas. En ambos casos, por lo demás, dichas agresiones al Tercer Mundo aumentaron enormemente la popularidad interna de los respectivos jefes de Estado.

Recuerdo que el ejemplo que ahora evoco por escrito lo expuse verbalmente en una sesión del IX Congreso Panamericano de Filosofía (Guadalajara, finales de 1985), obteniendo como respuesta lo siguiente: *a)* que por condenables que puedan ser tales acontecimientos, ellos no afectaban a la democracia *interior* de los Estados Unidos y Europa Occidental, y *b)* que en el mejor de los casos mi argumentación conseguía demostrar que la vía democrática no siempre conduce a lo que, a juicio de tal o cual sector o corriente de opinión, podrían ser las mejores decisiones. Pero yo no acabo de convencerme de que el problema sea tan sencillo: habitante del Tercer Mundo, me hace muy poca gracia que los países imperialistas decidan «democráticamente» agredirnos, y no veo a título de qué estaría además obligado a admirar una *forma* que en este caso sirve a tan abominables contenidos.

Por lo demás, bien sabemos que la ocupación de Granada no fue una deplorable excepción dentro de las democracias occidentales: habría que preguntarse más bien a qué país pobre no han agredido. En los mismos días en que estoy redactando este artículo, el Secretario de Defensa de los Estados Unidos, Caspar Weinberger, ha dicho y repetido que no hay que olvidar que un «rescate» (sic) como el de Granada podría volver a producirse en cualquier otro punto del Tercer Mundo, si las circunstancias así lo exigen a juicio de Estados Unidos. La amenaza estaba dirigida en lo inmediato contra Libia y esta vez los líderes de Europa Occidental dudaron en avalarla, mas no por repentinos escrúpulos morales, sino por motivos bastante más prosaicos: por el petróleo de Libia y porque, además, temen una confrontación directa con la URSS en «su» mar Mediterráneo².

² El «rescate» de Libia nunca se produjo por los peligros que implicaría, pero Estados Unidos realizó una incursión «punitiva» contra Trípoli con posterioridad a la redacción de este artículo.

Volviendo a América Latina, parece superfluo recordar la agresión permanente de que es objeto Nicaragua por parte de Estados Unidos, a pesar de que ese país centroamericano es en la actualidad inmensamente más pluralista y democrático que su agresor. Pero se trata de una democracia de contenido popular y antiimperialista y es eso lo que la administración Reagan no está dispuesta a tolerar. Sólo cabe recalcar que esta política belicista está apoyada por una mayoría parlamentaria de la cual los demócratas no están excluidos, y además cuenta con la adhesión del Parlamento Europeo para muchas acciones (fue el caso del embargo económico, por ejemplo). ¿Estaremos, en esta situación también, obligados a admirar la pureza de los procedimientos seguidos para la toma de decisiones, sin reparar en los contenidos involucrados en el conjunto del proceso? ¿Estaremos obligados a sostener que *a pesar de todo* la democracia estadounidense es una democracia sin calificativos, y no una democracia imperialista como yo sostengo, para evitar que se nos tache de dogmáticos? Personalmente, sigo persuadido de que no hay procedimiento formal alguno que pueda legitimar la toma de decisiones tan inmorales como las de este ejemplo.

No quiero convertir a este artículo en un «cuaderno de quejas», pero tampoco puedo pasar por alto el hecho de que la presencia del imperialismo distorsiona nuestra democracia aun en los casos de países que no parecen ser víctimas de una agresión directa. En el plano formal, por ejemplo, Honduras no es un país agredido como Nicaragua ni ocupado a la manera de Granada; se rige además por ciertas normas democráticas, con relativa libertad de prensa, pluripartidismo, elecciones periódicas, etc. Sin embargo, y aun haciendo abstracción de los 200 «desaparecidos», uno puede preguntarse legítimamente cuál es el alcance de esa democracia en un país en que, como lo señala el historiador Ramón Oquellí, ni el mismo presidente de la república goza de mayor poder de decisión:

«La importancia de las elecciones presidenciales, con fraude o sin él, es relativa. Este es un país sometido. Las decisiones que le afectan se toman primero en Washington, luego en la jefatura militar norteamericana en Panamá (*Southern Command*), después en la jefatura de la base norteamericana de Palmerola aquí en Honduras, en seguida en la embajada norteamericana en Tegucigalpa, en quinto lugar viene el jefe de las fuerzas armadas hondureñas, y apenas en sexto lugar aparece el presidente de la República. Votamos, pues, por un funcionamiento de sexta categoría en cuanto a nivel de decisión. Las funciones de presidente se limitan a la administración de la miseria y la obtención de préstamos norteamericanos»³.

³ Citado por Gregorio Selser en «Honduras a las urnas: se votó por un presidente, pero el que manda vive enfrente», *Le monde diplomatique* en español, año VII, n.º 84, diciembre de 1985, pág. 30.

Espero que nadie interprete estas observaciones de Oqueli, que personalmente comparto, como una prueba del «menosprecio» por la democracia existente, en este caso en Honduras; menosprecio que de ser cierto conduciría a la inevitable conclusión de que lo mismo daría una dictadura terrorista abierta que el mantenimiento de los espacios y formas actuales, por reducidos que sean. Desde luego *no da lo mismo*, salvo en la óptica de un ultraizquierdismo infantil («tanto peor, tanto mejor») que por lo demás es cada vez más insignificante en América Latina: los antiguos «ultras», aquellos que hasta la década pasada no perdían ocasión de atacar el «legalismo» de los partidos comunistas, son en la actualidad mayoritariamente liberales y lo único a que se mantienen fieles es a su inveterado anticomunismo; sólo que ahora han descubierto que los comunistas no respetan suficientemente la ley...

El problema no consiste, por tanto, en luchar contra un *maximalismo imaginario*, sino en saber si a nombre de que las cosas podrían ser aún peores (lo que siempre puede por lo demás ocurrir), uno debe ocultar de modo sistemático los problemas con que se enfrenta la democracia en la América Latina de hoy. Y a este respecto me pregunto, no sin alarma, si uno de los éxitos de la política contrarrevolucionaria de que los latinoamericanos venimos siendo víctimas, sobre todo en su versión moderna de los diez o quince últimos años, no consiste precisamente en habernos llevado a percibir el mundo a la manera de aquel antihéroe de un cuento de Samuel Beckett que, simbólicamente echado a puntapiés de todos los hogares, todavía se alegra de que no lo persigan también en la calle para golpearle «delante de los transeúntes» y hasta agradece al cielo que sus opresores sean «gente correcta según su Dios».

¿Es que esa gente impecable según su Dios y sus reglas de juego que hoy gobierna Estados Unidos se limita a perpetrar sus agresiones en la «zona caliente» de Centroamérica y el Caribe? Por supuesto que no, aunque obviamente allí la agresión reaganiana es más fuerte en la medida en que los procesos de liberación nacional están más avanzados que en el resto de América Latina. Pero no hay que olvidar que, aun donde no hay avances revolucionarios, la administración Reagan visualiza al Tercer Mundo como un enemigo al que hay que derrotar. Hace poco, el presidente estadounidense se jactó públicamente de haber «tomado pasos sensatos» que «han conmovido los precios del petróleo y puesto de rodillas a la OPEP»⁴, declaración que motivó las airadas protestas del primer mandatario venezolano y otros líderes del Tercer Mundo, protestas de las que Reagan ni siquiera se dio por enterado. Y es que su desplante con respecto a la OPEP no fue un *ex abrupto* inexplicable, sino la lógica derivación de una política claramente antitercermundista, dentro de la cual la lucha contra un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), por ejemplo, ha sido convertida en

⁴ *El día*, México, 12-1-86.

parte del interés nacional estadounidense, como en más de una ocasión lo ha expresado la señora Jeane Kirkpatrick al calificar tanto al NOEI como al Nuevo Orden Informativo Mundial como «algunos de los programas más agresivamente antidemocráticos y antioccidentales...»⁵. Cita textual que no recojo por ser la única (las hay por decenas y hasta centenas), sino para que se vea cómo los mismos exponentes de la política estadounidense no dejan de ligar la democracia con determinados intereses económicos muy concretos. Al calificar al NOEI de «antidemocrático», la ex embajadora de Reagan ha hecho gala de un «materialismo» que no deja de contrastar con el idealismo de cierta izquierda en pleno repliegue, que no pierde la oportunidad de tildar de «economicista» a cualquier análisis que rescate los ligámenes *cada vez más estrechos* entre economía y política y, por ende, nos agrade o no, entre economía, intereses de clase y democracia.

Exploremos otro ejemplo, ahora destinado a descubrir qué es lo que *en positivo* espera el gobierno norteamericano de las democracias del Sur. En su visita oficial a Estados Unidos, de enero de 1986, el presidente del Ecuador, León Febres Cordero, fue encomiado por altos personeros de la administración y por el propio Reagan como el máximo ejemplo de gobernante democrático, encarnación «precisamente del tipo de política que queremos alentar a través del *plan Baker*»⁶. ¿Qué méritos convirtieron a Febres Cordero en objeto de tan cálidos elogios? En primer lugar, su conocido despotismo y menosprecio por las aspiraciones populares de los ecuatorianos (ese «espíritu de *cow boy*» que Ronald Reagan le aseguró que compartían), aunado a un desinhibido servilismo hacia el jefe del Imperio: «cuando estudiaba en Estados Unidos, un actor me gustó mucho y era Ronald Reagan. Debo confesar que me siguen gustando las películas de vaqueros, pero ahora veo en Reagan al actor que tiene el papel más importante de la historia»⁷.

Pero, por vergonzosa que sea esta obsecuencia, todavía no fue lo peor; atrás de las palabras rastreras estaban hechos como el de haber prohibido a la diplomacia ecuatoriana mencionar siquiera el NOEI; haber asegurado que si de él hubiese dependido el Ecuador, nunca habría ingresado a la OPEP; haber condenado a los países árabes por la supuesta utilización de sus ingresos petroleros para promover el «terrorismo»; además de, según palabras textuales de Febres, haber «vendido toda la potencialidad que tiene Ecuador en Estados Unidos... en el sano sentido del término»⁸. Venta que parece haber incluido hasta los últimos resquicios de nuestra soberanía, en la medida en que, de acuerdo con declaraciones del canciller Edgar Terán, también se

⁵ *Newsweek*, 14-1-85, pág. 10.

⁶ *El día*, México, 16-1-86.

⁷ *La jornada*, México, 16-1-86.

⁸ *La jornada*, 20-1-86.

discutió con el gobierno de Reagan las reformas que Febres Cordero había propuesto a la constitución del Ecuador⁹.

Con estos antecedentes no debe llamar a nadie la atención que el gobierno estadounidense considere al ecuatoriano como el más acabado paradigma de la democracia latinoamericana. Sería inquietante, en cambio, que invocando no sé qué sacrosantos principios, alguien me solicitase abstenerme de afirmar que la democracia ecuatoriana, en la fase actual, está dominada por intereses burgueses, oligárquicos y proimperialistas que, lejos de mantenerla como una democracia pura, le dan un *contenido predominante de clase* que no llevo a entender por qué razón yo tendría que enmascarar, cuando ésa me parece más bien ser una tarea de los febrescorderistas. Pero, ¿no es el pueblo ecuatoriano el que libre y soberanamente eligió a Febres? Formalmente sí, y garantizo que sin fraude. En qué condiciones estructurales y bajo qué correlaciones dadas de poder, es otra cuestión: el *quid* de la cuestión, diría yo. Explorémosla brevemente.

En un libro que a mi juicio constituye la reflexión más sólida que se haya hecho sobre la democracia en América Latina, el sociólogo y dirigente político brasileño Francisco C. Weffort define a la democracia en los términos siguientes:

«El imperio de la ley, al cual se subordinen gobernantes y gobernados, la libertad de organizarse para competir de modo pacífico por el poder, la libertad de participación del conjunto de ciudadanos, a través del voto, en los momentos de construcción del poder: he ahí los atributos mínimos y esenciales de la democracia en cualquier tiempo y en cualquier lugar que exista o haya existido»¹⁰.

Subrayo que no tengo nada en contra de ninguna de las libertades y legalidades que Weffort reivindica como atributos de la democracia, y que estoy convencido de que efectivamente lo son y que *debemos luchar por su vigencia*. Sin embargo, hay algunos presupuestos de su definición que no me siento obligado a aceptar a pies juntillas, aun a riesgo de que los supervisores de conciencias me acusen de menospreciar la democracia. Dudo, por ejemplo, que el poder *se construya* a través del voto, no sólo por razones abstractas que hoy no me propongo exponer, sino por la buena razón empírica de que jamás he visto ni he oído hablar de ningún lugar del planeta en donde asuntos tan decisivos como los que a continuación voy a señalar hayan sido sometidos a votación: a) la cuestión del sistema de propiedad; b) la estructura del aparato militar; c) la constitución de las relaciones que la CEPAL denomina «centro-periferia» (para no hablar directamente de imperialismo).

⁹ *El día*, 18-1-86.

¹⁰ Francisco C. Weffort: *¿Por qué democracia?*, Editora Brasiliense, Sao Paulo, 1984, pág. 55.

Ojalá en un futuro cercano todos los latinoamericanos seamos convocados a una clara consulta plebiscitaria para ver si queremos o no que sigan existiendo los grandes monopolios, cosa a la que desde luego me opondré; ojalá nos llamen a votar también sobre la forma de organización de nuestros ejércitos, en cuyo caso, yo, demócrata hasta las últimas consecuencias, votaré en favor de que en todos los niveles haya una representación partidaria similar a la de los parlamentos, de suerte que incluso el estado mayor refleje fielmente el arcoíris político de cada país; ojalá, por último, un buen día nos conviden a pronunciarnos sobre el deterioro de los términos de intercambio y sobre si debemos o no pagar la deuda externa, dos cosas a las que sin dudar responderé negativamente.

Decidir sobre este tipo de cuestiones parece a la vez tan vital y tan utópico, tan necesario (si no decido *inequívocamente* sobre ellas quiere decir que el poder se constituye con prescindencia de mí), pero al mismo tiempo tan alejado no solamente de nuestra experiencia, sino además de nuestras expectativas, que hasta suena como una tomadura de pelo al lector y, por supuesto, como una transgresión de toda regla académica y política de discusión. En el límite hasta puede aparecer como una «provocación», es decir, como un inútil desafío, ¡precisamente al poder preestablecido!

Pero lo peor de todo es que no se trata sólo de una utopía, sino de una utopía que va en contra de todo movimiento de la historia, que concentra cada vez más un poder que cada día está menos sujeto a discusión y ni se diga a votación.

Algunos ejemplos. En los años veinte de este siglo, el ejército brasileño (para no apartarnos del país de Weffort) era un ejército relativamente «pluricromático», ya que incluía a oficiales de las más variadas tendencias políticas; antes del golpe del 64 todavía había en él incluso simpatizantes del Partido Comunista; hoy tiene un único color que en el mejor de los casos admite *matices*. ¿La solución va a consistir entonces en despolitizarlo en un futuro próximo? Sería un caso único en el mundo, a menos que por despolitizar se entienda convertirlo en el equivalente de los ejércitos que conforman la OTAN: ejércitos ferozmente anticomunistas, *inventores* de la doctrina de la seguridad nacional y dispuestos a cometer las peores atrocidades para defender el sistema capitalista-imperialista, pero que internamente no tienen que intervenir por la sencilla razón de que nadie lo amenaza, por ahora, seriamente.

¿Exagero sobre este punto? No lo sé; pero debo confesar que si ello ocurre es bajo el efecto de una lectura reciente que me ha impresionado sobre manera. Me refiero a las *Mémoires*, de Raymond Aron, quien fue mi maestro al que siempre admiré a pesar de las diferencias ideológicas, no sólo en homenaje a su talento, sino porque además me parecía un hombre honesto y liberal, aunque obviamente de derecha. Pues bien, ese profesor al que desde mi silla de estudiante, perci-

bí ilusamente como un humanista respetuoso de los demás, del derecho y la vida ajenos, incapaz de aprobar el más mínimo acto de barbarie, es el mismo que en sus memorias, al responder a una pregunta sobre si aprueba o no las torturas cometidas por el ejército francés en Argelia y el uso del *napalm* por los yanquis en Vietnam, se limita a comentar: «Yo no soy un alma justa» («*Je ne suis pas une belle âme*»); «de lejos, es fácil contestar: desde luego»¹¹.

¿Intelectual perverso y antidemocrático? No: intelectual de país imperialista dotado de la típica cabeza de Jano que no registra contradicción alguna entre la democracia dentro casa y el terror ejercido fuera de ella. Si así razona un apacible profesor universitario, cómo no lo harán los miembros de esos «democráticos» ejércitos.

Pero volvamos a la idea de la concentración del poder, que me parece igualmente válida en el terreno de la economía (poder económico). Hace medio siglo, aunque sólo fuese como consecuencia del muy bajo desarrollo del capitalismo latinoamericano, las particularidades y hasta originalidades nacionales y regionales eran mucho más probables que ahora, cuando las leyes capitalistas funcionan de una manera más universal y rigurosa debido a la transnacionalización de nuestras economías y, por si eso fuera poco, a la estrecha supervisión ejercida por organismos como el Fondo Monetario Internacional. ¿Qué poder de decisión tiene entonces el ciudadano común y corriente de un país subdesarrollado sobre un movimiento económico que escapa no sólo de las dimensiones de su unidad productiva, de su barrio y de su pueblo, sino también del ámbito de su nación?

El problema parece más agudo todavía ahora, en una coyuntura en que la crisis del capitalismo en su conjunto exige una reconcentración del poder político y económico, que la administración Reagan está decidida a llevar hasta sus últimas consecuencias y a como dé lugar. En este sentido, llama mucho la atención que en un libro como el de Weffort no haya la menor referencia al problema de la dependencia y el imperialismo, sobre todo si se tiene en cuenta que su reflexión arranca de inquietudes surgidas a raíz de una entrevista con un funcionario estadounidense, como él mismo lo apunta. ¿Es que Weffort estimó que el problema de la dependencia nada tiene que ver con el de la democracia? Me resisto a creerlo. Como dificultad, me cuesta admitir que en la mayoría de los textos que hoy circulan sobre el tema de la democracia, se eluda cautelosamente hablar de la futura economía: ¿van a inventar un «modo de producción democrático»? ¿van a democratizar el capitalismo y cómo?, ¿van a implantar una economía socialista y de qué manera? Quién sabe.

En fin, me parece que aquello de la participación en la constitución del poder por medio del voto tampoco es tan sencillo, si se piensa que en rigor sólo hay opinión válida, que no constituya una *tomadura*

¹¹ Raymond Aron: *Mémoires*, Juillard, París, 1983, vol. II, págs. 868-869.

del pelo para el propio votante, allí donde existe conocimiento de causa. A este respecto, recuerdo haber asistido, hace ya algún tiempo, a un encuentro de LASA (*Latin American Studies Association*, de Estados Unidos) en el que un grupo de profesores de esta nacionalidad pedía cuentas a sus colegas cubanos sobre la libertad de información en la Isla. No voy a repetir aquí el ping-pong de preguntas y respuestas que, como casi siempre ocurre en estos casos, no pasa de ser un diálogo de sordos; quiero rememorar, en cambio, que en medio de la barahúnda no podía dejar de evocar mi experiencia personal en los dos países: en una Cuba donde, sin la menor duda, el ciudadano medio está bastante bien enterado de los principales problemas políticos mundiales y desde luego mucho más de la situación latinoamericana, y en unos Estados Unidos donde en las propias universidades y ni se diga a nivel del ciudadano común y corriente, la cultura política no va mucho más allá de un odio cerril a lo que vagamente se percibe como comunismo y de una ignorancia incluso geográfica sobre América Latina, de la que el mismo presidente Reagan hizo gala en su gira sudamericana de 1982.

¿El derecho de información, que en rigor debería preceder al de decisión, está mejor satisfecho en los Estados Unidos que en Cuba para la población en general? ¿En cuál de los dos países la gente tiene mayor libertad de decisión y participa más en la constitución del poder? A nivel formal, pareciera que en los Estados Unidos; a nivel real, confieso que no sólo tengo dudas, sino además serios temores cuando pienso que el destino de la humanidad depende en buena medida de un voto tan poco calificado y tan manipulable como el del ciudadano medio de los Estados Unidos. Reflexión con la cual no estoy queriendo decir que la solución consista en privarles del voto a estos ciudadanos, cosa que además de injusta sería grotesca, sino planteando un problema que en cierto sentido es la otra cara de la medalla manejada por Weffort: ¿cómo hacer que el voto popular sea un voto con conocimiento de causa *a pesar* de las relaciones preestablecidas de poder, que implican por supuesto un *poder ideológico*? La idea de un Nuevo Orden Informativo Mundial iba desde luego en el sentido de una democratización de este nivel, y no por casualidad la señora Kirkpatrick lo incluyó en la lista negra de «programas más agresivamente antide-mocráticos y antioccidentales». La arremetida brutal del imperialismo contra la UNESCO obedeció también al hecho de que esta rama de Naciones Unidas intentó modificar en algo siquiera la configuración de aquel poder ideológico.

Sea de esto lo que fuere, resulta que en la América Latina de hoy estamos viviendo un momento muy contradictorio, con indudables alientos democráticos entremezclados con el fantasma de un terror que por igual proviene de las secuelas dejadas por las dictaduras facistoides que de la violencia que el imperio norteamericano ejerce en cualquier lugar donde hay brotes de rebeldía contra él y la correlación de

fuerzas se lo permite. Además, y por doloroso que resulte reconocerlo, hay que decir que el fantasma de las dictaduras se mantiene, en una buena medida, porque es de gran utilidad para los propios gobiernos civiles. Incapaces de infundir contenidos positivos a las «nuevas» democracias latinoamericanas, sus actuales administradores no encuentran mejor manera de justificar su presencia en el gobierno que a título de mal menor: ellos o el terror, escoger «entre la vida o la muerte», como llegó a decir Alfonsín¹².

Y vivimos también el momento de la desilusión, que hace que las masas a veces tornen muy «democráticamente» sus ojos hacia la derecha, allí donde la izquierda y los sectores progresistas en general han sido incapaces de imprimir contenidos populares a la democracia. El caso de la Bolivia actual, con la hegemonía compartida del pazestensismo y el banzerismo, constituye sin duda el ejemplo patético y patente de ello. No es un azar, además, que la política neoderechista del presidente Paz Estenssoro (especie de Margaret Thatcher de la misérrima Bolivia) comience a ser «estudiada» como un modelo digno de exportación...¹³

Por todo esto, estimamos que al no plantearse el problema de los contenidos de la democracia y considerarla unilateralmente como una *forma-fin en sí* (cosa que suena muy elegante en el plano de la filosofía), la izquierda no hace más que alienarse a las masas, como desafortunadamente viene ocurriendo en buena parte de nuestro continente. Escrito en 1981 y publicado en 1984, el artículo del que fue extraída la frase que según mi colega delataría mi menosprecio por la democracia, me parece, ahora que lo releo, de una premonición casi cruel por lo acertada. Mi razonamiento global dice textualmente lo siguiente:

«Por lo demás, y en un contexto estatal tan poco democrático como el latinoamericano, resulta casi una ironía “recordarles” a las masas que hay que luchar en favor de la democracia: es lo que vienen haciendo desde siempre, por muchos errores que hayan podido cometer en su camino. Pero, en un contexto igualmente marcado por las más atroces desigualdades sociales, también resulta fuera de toda sensatez pedirles que no traten de imprimir un sello específico a esa democracia: después de todo es comprensible que los mineros bolivianos se planteen el problema en términos “algo”

¹² Este verdadero chantaje de los políticos civiles a las masas no escapa por lo demás a la percepción de éstas. Recientemente, por ejemplo, el líder del PT brasileño, Luis Ignacio Lula da Silva, declaraba: «El golpe es una cosa utilizada como elemento de coerción. El PMDB, cuando quiere imponer cualquier propuesta, siempre advierte que puede haber un golpe.» Declaraciones a la revista *Istoé*, n.º 574, Sao Paulo, 23 de diciembre de 1987, pág. 28.

¹³ La revista brasileña *Veja*, por ejemplo, le dedicó un extenso reportaje admirativo, con el título: «Austeridade e pó: um plano que deu certo», n.º 981, 24 de junio de 1987.

diferentes que el obrero alemán o escandinavo. La democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados contenidos»¹⁴.

¿Visión equivocada que reclama una autocrítica? No lo sé. Hoy está a la moda un discurso que abierta o subrepticamente da a entender que la democracia no logra afianzarse en América Latina porque las masas, la izquierda e incluso los intelectuales, no han sabido valorar suficientemente la democracia. A mí me parece sencillamente que esto es falso: se trata de una infundada acusación que lanza la derecha con el fin de obligarnos a aceptar *su* concepción de la democracia sin el menor sentido crítico; o bien, es un mito compensatorio de ciertos sectores de izquierda que, incapaces de transformar en ningún sentido la realidad, se dedican por lo menos a «purificarse» mediante continuos actos de contrición.

En el texto que acabo de transcribir afirmo que las masas del subcontinente vienen luchando desde siempre por la democracia, y no creo equivocarme. Sólo deseo recordar que en el mismo caso de Bolivia, que es el evocado a título de ejemplo, la revolución de 1952 se produjo con un detonador incluso formalmente democrático: contra el fraude electoral. Tal como ha ocurrido con todas las revoluciones latinoamericanas de este siglo, desde la mexicana hasta la nicaragüense, que siempre han sido una rebelión contra las tiranías o las «democracias fraudulentas» (que las hay) y *simultáneamente* contra la injusticia social y la dominación imperialista. En cierto sentido trato de recuperar teóricamente esta tradición, tanto popular como de la izquierda, a la que de manera tal vez romántica me aferro. ¿Es la hora de arriar estas banderas y volver a una concepción estrictamente liberal de la democracia? Quisiera creer que no, al menos mientras América Latina siga necesitada de una real liberación y de cambios estructurales que no alcanzo a entender bien por qué tendrían que dejar de ser elementos constitutivos de *nuestro* proyecto democrático.

¹⁴ A. Cueva: «El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo», *Cuadernos políticos*, n.º 39, enero-marzo de 1984, pág. 38. Artículo incluido en mi libro *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Ed. Planeta, Ecuador y México, varias ediciones.





América Latina: una interpretación de su crisis

MARCOS ROITMAN R.

Existe en la actualidad un acuerdo tácito formal entre todos los análisis que se proponen para establecer el «diagnóstico» de la evolución reciente de los países de América Latina, al menos en lo que se refiere a su desarrollo desde fines de la década de los años setenta hasta hoy. Todos los síntomas que se describen culminan con la afirmación relevante de: *nos hallamos ante una situación de crisis*.

Al igual como ocurriera y ocurre con la utilización de conceptos panexplicativos¹, la falta de rigurosidad en su uso, la propia indefinición de aquello que se quiere expresar con la afirmación «América Latina vive un período de crisis», es, quizá, lo que ha servido para unir, en los hechos, propuestas antagónicas que mantienen como denominador común el concepto de crisis. De esta forma no ha hecho falta explicitar previamente qué se entiende por crisis, ya que todos

¹ Así sucede con el concepto de dependencia. Acuñado en los años 60 por teóricos tan dispares como C. Furtado, Ruy Mauro Marini, Theotonio do Santos, F. H. Cardoso, Enzo Falleto y Octavio Ianni, entre otros, ha generado un «caos» explicativo donde cada uno desarrolla su propia interpretación del concepto, lo que dificulta saber a qué se están refiriendo con su utilización. Para una crítica véase: Cueva, Agustín: «Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia»; en *Debates sobre la teoría de la dependencia*. Edit. Educa San José, Costa Rica, 1974.

Marcos Roitman es investigador y profesor del departamento de sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

están de acuerdo: ésta existe. Así dependerá del énfasis que se ponga en uno u otro aspecto de la realidad lo que determinará el contenido, desarrollo y salida a la crisis. Surgen, de este modo, todo tipo de crisis: coyunturales, económicas, sociales, políticas, e incluso, estructurales. Pero al igual que ocurre con la propia definición de crisis, estas adjetivaciones responden, también, a una vaguedad que queda difuminada o encubierta por el acopio de los datos utilizados y por la homogeneidad interna del razonamiento propuesto.

Sin embargo, no es en la respuesta que se da a los síntomas que muestra la crisis: deuda externa, evasión de capitales, bajo nivel de crecimiento, desigualdad social, pobreza, donde se encuentra el quid de la explicación; es ya en la propia fórmula de articulación de la pregunta en donde se encuentra la mitificación de la realidad social que se pretende interpretar. Es necesario, así, tener presente y saber en todo momento cómo se construye la pregunta y cuáles son los hechos relevantes que se toman en consideración para proponer, inicialmente, el contenido de la respuesta, al menos si no se busca caer en tópicos y generalizaciones. No hay duda de que todos podemos estar de acuerdo en los síntomas exteriores que muestra la crisis, incluso en la solución: es necesario salir de la crisis, pero claro, esto sólo en lo que hace alusión a la generalidad que otorga la formalidad del lenguaje.

Así, por ejemplo, si planteamos que la crisis es estructural, la respuesta buscará soluciones estructurales, pero ¿qué vamos a identificar como crisis estructural: a) al tipo de Estado, al cómo se construye el orden y direccionalidad de la política; o b) sólo a la forma que adopta el ejercicio del poder? En ambos casos se mantiene la determinación estructural, salvo que en la primera versión se trata de un planteamiento globalizador donde se cuestiona radicalmente la determinación material de las estructuras sociales, políticas y económicas, mientras que la segunda expresa consideraciones parciales, cambios de estilo, un problema de forma que adopta la construcción de lo político. Decir, por tanto, que se vive en una época de crisis en América Latina no es sino sólo una verdad particularmente evidente que no puede, por sí misma, ser causa, sino efecto, y aquí el sentido radical de esta interpretación, el cuestionamiento de un modelo específico de desarrollo, de una concreta forma de construcción del orden de lo político y de ejercicio de la dominación social y económica.

El carácter estructural de la crisis está determinado y estriba en las contradicciones abiertas, no resueltas, dentro del orden imperante, incapaz de dar respuesta y salida a los problemas básicos que supuso su implantación, más allá de su distinción formalista keynesiana o neoliberal. En esta óptica, la búsqueda de soluciones no se halla dentro de los marcos referenciales del orden prevaleciente, ni en el reajuste y reacomodo de las economías, ni en los procesos de democratización o en una mejor renegociación de la deuda externa, sino que hace obligada referencia a todo el sistema de dominación y explotación vigente

desde la formación misma de los Estados nacionales. Lo que aquí se postula explícitamente es que «la crisis en clave de lectura política, manifiesta los límites objetivos de la reproducción de una relación social históricamente desarrollada sobre la base de la transnacionalización económica, la apropiación privada de corte oligopolítico y la profundización de la heterogeneidad social propuesta en la exclusión económica y social de las grandes mayorías. Por lo mismo, la crisis económica marca el inicio de un acelerado proceso de deterioro de las mediaciones político-institucionales representativas o dictatoriales que, amparadas por el poder estatal, sirvieron para mantener la unidad de los sectores dominantes, neutralizando el conflicto social»².

La actual crisis es así una expresión de los límites que muestra un modelo de desarrollo articulado por las propias clases dominantes y no consecuencia de un período de constricción del capitalismo mundial. Es cierto que la unidad de las dos variables, la interna y la externa, dan como resultado una explicación más completa de la crisis, pero su correlación no debe ocultar la responsabilidad política que cabe a las clases dominantes de América Latina en la explosión de la crisis.

No puede uno dejarse caer en la tentación de explicar la actual crisis por la simplicidad de proponer que la causa de los males estriba en una falta de solidaridad de los centros hegemónicos con las economías dependientes. Sería tanto como negar la propia historia de los países de América Latina y del desarrollo del capitalismo. La crisis latinoamericana no es el resultado fortuito de una mala racha, es más bien consecuencia de la forma que adoptó el pacto entre las burguesías locales y el capital transnacional y que es al tiempo la continuación de los alcanzados por las oligarquías y las potencias hegemónicas del siglo XIX. Explicar la crisis, dejando intactas las formas de dominación de las clases dominantes, salvo para hablar de su mala gestión, es pensar en salidas inmedatistas que dejan inalterado el principio explicativo de la crisis estructural: *el subdesarrollo*. Es la búsqueda desesperada por volver a empezar, por salvar la unidad estratégica del pacto de dominación. Así sólo se presenta la crisis como un problema de readecuación del modelo de desarrollo, integrando su solución a la reactivación del capitalismo.

Por estas razones, el análisis de la crisis debe iniciarse señalando las características internas del sistema de dominación realizado por las clases dominantes en América Latina, para y a continuación, ver su articulación e integración en el proceso de internacionalización de los mercados, la producción y el trabajo. «No se puede postular que el subdesarrollo latinoamericano es producto de las relaciones de dependencia, que a su vez son producto del intercambio desigual (realizado a través del mercado mundial) entre las economías desarrolladas (cen-

² Arredondo, Estela y Lara, Jorge: «La crisis económica y social: una reflexión política»; en *Economía de América Latina*, n.º 16, CIDE, México, 1987, pág. 24.

trales) y las subdesarrolladas (periféricas). Lo cual, siendo cierto, equivale a decir que la existencia de los países débiles o más atrasados es producto de la existencia de los más fuertes, ante los cuales sufren dependencia, cuestión indiscutible, pero que no deja de ser una tautología. Lo que hay que efectivamente explicarse, son las *causas históricas y estructurales* que determinan que una formación social (o una región geográfica de ella) sea dependiente de otra, y no explicarse el atraso de la primera en función de la dependencia que sufre respecto a la segunda»³.

Los factores estructurales de la crisis

Sólo para lograr una mayor claridad explicativa, planteo una división técnica del análisis de la crisis. Muchos de los elementos y factores de la misma se hallan interconexiados y son de difícil separación, si no es sólo en su aspecto metodológico. Separados en factores políticos, económicos, sociales, he incorporado un apartado destinado a explicitar los nuevos elementos que intervienen en el desarrollo de la actual crisis. Los factores externos no serán considerados en este trabajo, ya que implica un tratamiento diferente que desborda los límites de esta propuesta.

Las determinaciones políticas de la crisis

Concluida la segunda guerra mundial, América Latina se aprestó a vivir una etapa de expansión económica que facilitó el cambio de las estructuras de dominación prevalecientes hasta ese momento. Si bien no fue un cambio generalizado, al menos marcó un punto de inflexión caracterizado por una rápida modernización de sus estructuras políticas y un retroceso de los regímenes oligárquicos tradicionales⁴.

El ciclo expansivo del capital, que permitió contar con mayores excedentes económicos, fue la base sobre la que se edificó el nuevo marco político que determinó la forma de relación entre las clases dominantes y las clases subalternas. La inclusión en el sistema de participación política de las clases subalternas, otorgó un cierto grado de estabilidad institucional, que se mantuvo sin grandes modificaciones mientras duró el ciclo expansivo. En la medida que el sistema entró en crisis, los mecanismos de control político-institucionales, propios de las democracias representativas, se ven afectados rápidamente, produciéndose un retroceso caracterizado por una involución y exclusión política que deja sin vigencia el consensus político. Sin embargo, las

³ Figueroa, Víctor: *Reinterpretando el subdesarrollo*. Edit. Siglo XXI, México, 1986, pág. 13.

⁴ Afirmación no exenta de peligrosa generalización, pero que identifica de manera global lo que se llamó «modernización política».

instituciones y los marcos de referencia democrático-representativos, no pueden ser desarticulados de forma rápida, sin pensar en la violencia que significa el no poder hacer frente a las demandas de los sectores populares que ven abruptamente recortados sus derechos de participación. La ruptura del consensus supone entrar en una etapa de pérdida de legitimidad del Estado y de los aparatos de Estado, impedido de garantizar los mecanismos de reproducción del orden societal.

Si la etapa de consensus se caracterizó por la integración de los sectores sociales urbanos, capas medias, proletariado industrial, trabajadores urbanos, a la vida político-institucional, ésta se logró a costa de excluir a un importante sector de las clases subalternas: *el campesinado*⁵. La mejor condición relativa de vida de los grupos urbanos implicó una postergación, *in extremis*, de los derechos políticos del campesinado. Así, los límites para establecer el consensus de dominación y hegemonía, quedaron explicitados con una alianza tácita entre las burguesías urbanas y las oligarquías terratenientes. Con ello, la estructura política descansó en la supremacía del capital industrial que subsumió el proceso de acumulación de capital del agro. Estas son, en definitiva, las bases manifiestas del Estado desarrollista. La oligarquía terrateniente siguió gozando de los beneficios de una explotación señorial y caciquil, apoyada en una organización latifundista de la propiedad que evitó las reformas agrarias estructurales⁶.

Sin embargo, la mayor participación y organicidad del movimiento obrero trajo consigo la formulación de un proyecto político y social que obligaba a redefinir la alianza. En la medida que se fue ganando fuerza y presencia, la respuesta fue cada vez más política, con un evidente cuestionamiento del orden vigente. La propia evolución del modelo político llevó al mismo a una contradicción insalvable. Cuando se demanda una ampliación de las bases del consensus, con la incorporación del campesinado, con un contenido más popular, la respuesta de las clases dominantes es romper la alianza por su parte inferior y recomponer la estructura política, redefiniendo sus formas de dominación.

La opción política por la que opta el bloque hegemónico, por el grado de desarticulación de los mecanismos institucionales del consensus ha sido extrema y violenta. Su crisis hegemónica se ha resuelto, momentáneamente, con la adopción de sistemas altamente represivos, excluyentes y militarizados. El recorte de los derechos políticos tradicionales de las clases subalternas ha supuesto una ruptura de los mecanismos de control político con la consiguiente pérdida de la legitimación del Estado. No queda lugar ya para la mediación política

⁵ Véase Cardoso, F. H.: «Hegemonía burguesa e independencia económica: raíces estructurales de la crisis política brasileña»; en *Brasil Hoy*. Edit. Siglo XXI, México, 1975, págs. 83-123.

⁶ Véase García, Antonio: *Sociología de la reforma agraria en América Latina*. Edit. Amorrortu, Buenos Aires, 1973.

institucional del conflicto. Este expresa de manera radical los límites de un modelo de integración de la lucha de clases avalado con la participación de los sectores urbanos de las clases subalternas. Cuando se demandó una profundización de la democracia formal, cuando se articuló una respuesta política, el pacto no ha podido seguir en pie. La crisis resulta ser, así, expresión acabada de la desarticulación del Estado y no como se propone, expresión de una forma de régimen político. Se trata de una crisis estructural orgánica, cuyo referente es la construcción de lo político y no la forma de hacer política. Su profundidad hace suponer que las salidas tradicionales no den respuesta efectiva a los problemas de redefinición del pacto social, que es, en definitiva, lo que está en el tapete. Lo más, podrán retrasar la articulación de un proyecto nacional-estatal y popular que se vislumbra como la efectiva salida a la crisis de lo político.

Las determinaciones sociales de la crisis

La crisis de la mediación política trae implícita una ruptura en las formas de mediación social. Si el consensus político da estabilidad social, su difumación, su indefinición permite plantear, por parte de las clases dominantes, una actuación solventada exclusivamente en la necesidad de restablecer el orden. La capacidad de articulación del diálogo, la negociación, la concertación social, se ve imposibilitada por la inestabilidad política que implica el ascenso y articulación de las clases subalternas. A medida que la sociedad política no puede articular, internamente, las demandas sociales que responden a los intereses de las clases populares, la producción y reproducción del espacio de representación del conflicto social queda reducido a su mínima expresión posible. Se asiste a una paradójica situación caracterizada por el mantenimiento formal de los mecanismos de absorción del conflicto y la incapacidad de los mismos por administrarlos funcionalmente. El marco de referencia se vacía hasta constituir mera forma representativa, dejando sin vigencia los mecanismos de mediación. El conflicto se hace crisis, dada la incapacidad de las formas jurídico-políticas para encauzar la compatibilidad funcional.

La corroboración empírica de este argumento se manifiesta cuando observamos las respuestas dadas por las clases dominantes a las exigencias de una mayor democratización y reconocimiento de los derechos social-políticos adquiridos en los años del modernismo político y desarrollismo económico.

La represión en todas sus formas ha sido la solución. La aparición de grupos para-militares en Colombia, más de 130 reconocidos por el Gobierno de Barco, con un promedio de casi cuatro personas asesinadas por día; la actuación indiscriminada del ejército en Perú que durante los años 1980-1986 han asesinado, según datos proporcionados por el servicio de inteligencia militar, 4.802 personas civiles. El

cierre de periódicos y radios en Ecuador con el Gobierno de Febres Cordero, la constante amenaza que sufren países como Argentina y Uruguay a un posible retorno de los militares ha impedido la democratización real y el enjuiciamiento de los militares vinculados a la «guerra sucia».

El recorte de los servicios sociales que prestaba tradicionalmente el Estado es otra forma de represión y violencia adoptada como respuesta por el poder político. La existencia de 60 millones de indigentes en Brasil es el pago por el «éxito económico-social del modelo». 130 millones de personas ubicadas en el umbral de la pobreza extrema, casi un tercio de la población de América Latina, es la expresión más descarnada de la violencia estructural de un sistema de dominación excluyente. El mantenimiento de dictaduras militares en Chile y Paraguay, la militarización del poder en El Salvador, la caricatura de democracia en Guatemala y Honduras, son otros tantos exponentes de cómo domina la clase dominante en América Latina. No hace falta agregar aquí el salvajismo que supone la expulsión de la fuerza de trabajo del mercado laboral, cifras que se sitúan en un 45 por 100 para la región. En definitiva, las reformas internas que posibilitaron cambios en la estructura social de las formaciones sociales durante los años 50 y 60 se han visto frenadas y se ha involucionado hacia un orden social que excluye y expulsa de la sociedad a las grandes mayorías de la población, negándoles su propio derecho a las más elementales garantías sociales.

La crisis social expresa una readecuación, con tendencia a la exclusión, de la estructura social. Así se desarrolla una lógica con inclinación a expeler los grupos sociales urbanos integrados durante el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones o como se denominó genéricamente de crecimiento hacia adentro. La crisis pone en evidencia los límites de una integración mediatizada, de carácter inestable, cuyos pilares básicos fueron: la estabilidad del orden político y la bonanza económica. Cuando, como ya se ha señalado, el modelo político fue cuestionado, la inestabilidad del pacto social se hizo patente. A una mayor movilización popular se le ha contrapuesto una mayor coacción y violencia física.

La contención del conflicto, ya en su forma de crisis estructural, se torna poco probable dado que las formas de control social han perdido vigencia. La articulación de un espacio nuevo para la reproducción del capital, como relación social, capaz de reorientar la contradicción capital-trabajo dentro de los límites del cálculo racional del capital, conlleva una definición previa de los propios sujetos que determinan dicha relación social. En todo caso resulta, por el momento, paradójico que ésta se mantenga sobre dos opciones antagónicas: supuesta democratización con desestructuración y fragmentación de la estructura social hasta la total destrucción de los movimientos populares. Con ello se quiere expresar que a un intento formal de democratización in-

terna de la sociedad le sigue una política social de mayor marginación, de expulsión de fuerza de trabajo, de pérdida de democracia efectiva, en definitiva, de una desarticulación de la estructura de clases que se supone inherente al modelo propuesto.

La crisis social resulta ser manifestación de los conflictos no resueltos y que además no pueden ser reconducidos a partir de un reacomodo interno de carácter sistémico. Su especificidad estriba en la ruptura del espacio de producción social del capital. De aquí la inoperancia de los mecanismos de mediación existentes y de las salidas cortoplacistas propuestas. Lo que está en crisis es el espacio de articulación de la hegemonía de la clase dominante, que arrastra consigo a todo el sistema de relaciones sociales de producción existentes.

Las determinaciones económicas de la crisis

Pareciera ser que la crisis económica viene determinada, en primera instancia, por el aumento desmesurado de la deuda externa, como si fuese la causa primera de la situación actual de descalabro de las economías latinoamericanas. Esta interpretación que pone el énfasis en la relación que se ha establecido entre las economías dominantes y las dependientes, nada nos dice sobre las características de un modelo de desarrollo basado en la continua internacionalización del mercado interno y en la pérdida creciente de capacidad de las burguesías locales para articular un modelo de desarrollo económico que tenga como objetivo básico la defensa de los intereses nacionales. Tal y como señala Fernando Fajnzylber, la «vocación industrial» de las burguesías locales latinoamericanas no ha sido uno de sus puntos fuertes.

La deuda externa no es sino el resultado histórico del tipo de desarrollo propuesto, durante décadas, por las élites empresariales, que han hecho descansar en el Estado la responsabilidad de hacer frente a la industrialización y las inversiones de capital que presuponen un alto coste de inversión a corto plazo. Así, las clases dominantes, en su sector correspondiente al patronato económico, como señala Darcy Ribeiro, los capitanes de barco, en la terminología de F. H. Cardoso, sólo han mantenido una visión estrecha, cuyo objetivo es llevar a buen término su inversión individual. La adopción de una política que tuviese como base la articulación y defensa de un proyecto nacional de largo plazo, no ha sido la ideología que ha guiado el comportamiento económico de las élites empresariales en América Latina. Las políticas nacionalistas pusieron más énfasis en el cambio de las relaciones tradicionales de producción en sí, que en generar una política tendiente a favorecer el desarrollo de los sectores internos de la propia clase dominante. La industrialización se hizo descansar en la incorporación de capital externo que apoyado, eso sí, en políticas proteccionistas, pasaron a formar parte del capital radicado en los mercados nacionales, pero cuya lógica ha sido siempre la repatriación de beneficios, con la

coniguiente pérdida de la capacidad de desarrollo, de descapitalización y de evasión de capitales.

Las élites empresariales gozaron de los beneficios de un Estado benefactor sobre el que hicieron recaer la responsabilidad del desarrollo interno. Su control, por parte del patriciado político, estableció un sistema de alianzas que facilitó la expansión de los grupos especulativos y del sector más transnacionalizado de las burguesías latinoamericanas. La escasa preocupación por promover y proteger al empresario nacional acabó por arrinconar y disolver los intentos más progresistas de los grupos industrializantes de la burguesía; éstos terminaron fracasando, disolviéndose o siendo absorbidos por el capital multinacional.

El papel del Estado fue abrir las puertas a la inversión proveniente del exterior y a implementar una estrategia de desarrollo cada vez más dependiente de los empréstitos y de los pagos de royalties y patentes por tecnología. La mayor necesidad de contar con nuevos créditos para hacer frente a las deudas contraídas disminuyó ostensiblemente la capacidad para disponer de los beneficios de las divisas obtenidas por exportaciones. Una proporción significativa de éstas han servido y sirven para pagar, no la deuda externa en sentido estricto, sino las consecuencias de un modelo de desarrollo solventado en criterios de externacionalización del proceso productivo por parte de las élites empresariales de las burguesías locales.

Un segundo elemento que interviene en la determinación estructural de la crisis económica es la ruptura en las formas de organización de la relación capital-trabajo. El agotamiento del proceso productivo expresa de manera complementaria una crisis interna de articulación del mercado de trabajo. La primera fase, para su recomposición, supone una ruptura obligada entre ambos polos de la relación, el capital y el trabajo, cuyo objetivo está determinado por la necesidad de readecuación de la racionalidad material del capital. Las formas de articulación del capital como relación social están sujetas a una máxima tensión y violencia, dado el contenido mismo de la crisis: el cuestionamiento de la propia capacidad de articulación del espacio social de reproducción del capital.

La respuesta dada por el capital ha sido fragmentar el mercado de trabajo y expulsar a un sector importante de la fuerza de trabajo del proceso productivo, con el fin de desarticular política y socialmente a la clase obrera para evitar un enfrentamiento extremo, dada la violencia estructural que determina necesariamente el proceso de reestructuración del capital. El aumento de la marginación social, de las tasas de desempleo, la pérdida de poder adquisitivo, la involución de los servicios sociales prestados por el Estado, la inflación, el surgimiento de la economía sumergida o segundo mercado, el desempleo encubierto, son los costos sociales a que ha tenido que hacer frente el proletariado en el proceso de recomposición del capital para articular el proceso de producción.

Sin embargo, fuera ya del contenido corporativo que implica todo proyecto de clase, y el de la clase obrera no es una excepción, el desarrollo de movimientos populares amplios, menos articulados, pero más radicales en su expresión, han evidenciado las dificultades que encuentra el proyecto de «reconversión industrial». Si en Europa se ha logrado contar con la participación, anuencia y beneplácito de las organizaciones políticas y sindicales, desde la derecha conservadora a la socialdemocracia y los propios partidos eurocomunistas, para evitar un grado máximo de violencia institucional, cuestión en la que han tenido éxito, salvo pequeños brotes que no «oscurecen» los encantos de la «concertación social», en América Latina la dinámica que enfrenta el capital es radicalmente diferente. No será posible, por la magnitud de los sectores sociales excluidos, más de un tercio de su población, pensar en la «concertación social» o el compromiso político como solución, puesto que no se trata de una «reconversión industrial», sino de cambios cualitativos en el modelo de desarrollo económico, social y político. No es un problema que afecte la estructura productiva, *strictu sensu*, sino que compromete todo el contenido político-social del orden de las clases dominantes, léase burguesías locales, lo que se ha puesto en evidencia. Por ello, la pregunta no está tanto en qué hay que hacer, sino en quiénes lo van a hacer si las burguesías locales han perdido toda capacidad de formulación de un proyecto nacional. Este es el sentido que tiene caracterizar la crisis de estructuras en su contenido y radical en su solución.

Se asiste a una nueva realidad, la gestación de un *movimiento popular* hegemonizado por el pueblo, como representación de todos los sectores, capas y clases que comparten la explotación y dominación del sistema. Es su constitución política, su capacidad de transformarse en sujeto histórico, lo que determinará, en última instancia, la posibilidad de una salida democrática, popular, nacional y anti-imperialista.

Nuevos factores internos que determinan la crisis

Si la crisis expresa una escasa legitimidad de las clases dominantes, en lo referente a las clases sociales subalternas, éstas han visto cómo las formas organizacionales no dan respuesta efectiva a sus problemas y demandas planteadas desde la sociedad civil. Los cambios en la estructura económica, social y política, analizados con anterioridad, no han sido incorporados y tenidos en cuenta a la hora de elaborar los análisis y propuestas políticas realizadas por los partidos de la izquierda tradicional. Se asiste a una pérdida continuada de capacidad de representación que se acompaña con la consiguiente crisis de militancia. La izquierda no ha sido capaz de articular nuevos mecanismos de acción política, lo que ha permitido, en última instancia, que las transformaciones en el proceso productivo puedan llevarse a cabo sin una respuesta global

y estratégica por parte de los partidos de la izquierda tradicional latinoamericana. Ello ha generado una situación de desconcierto y de necesidad de recomponer estratégicamente las formas de articulación y representación de los movimientos sociales de carácter popular.

Uno de los problemas básicos que enfrentan las fuerzas de izquierda es la propia construcción que implica someterse a un concepto de democracia cada vez más dependiente del espacio propuesto por las propias clases dominantes. Como señala brillantemente Agustín Cueva: «Actualmente hay, sin duda, una tendencia en muchos sectores de izquierda a considerar que la democracia es una categoría exclusivamente “política”, en el sentido más restringido del término, que en última instancia remite a cierto tipo de relación entre el Estado y la “sociedad civil”, relación caracterizada fundamentalmente por la libertad de expresión, el pluripartidismo, la realización periódica de elecciones y la observancia de las normas previstas en los respectivos cuerpos legales. Reglas del juego que en *sí mismas* me parecen *positivas*, pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde una u otra “orientación” »⁷.

El carácter democrático de las demandas de los movimientos populares no está ya definido por su participación e integración en el sistema, sino por la objetiva necesidad de lograr que ésta se haga efectiva, más allá de declamaciones formalistas sobre la virtud de la democracia en sí misma. Sin embargo, uno de los éxitos logrados «por la política contrarrevolucionaria de que los latinoamericanos venimos siendo víctimas, sobre todo en su versión moderna de los diez o quince últimos años, consiste precisamente en habernos llevado a percibir el mundo a la manera de aquel anti-héroe de un cuento de Samuel Beckett que, simbólicamente echado a puntapiés de todos los hogares, todavía se alegra de que no lo persigan también en la calle para golpearle “delante de los transeúntes” y hasta agradece al cielo que sus opresores sean gente correcta según su Dios»⁸.

Así, una de las nuevas determinaciones que intervienen en la crisis, se encuentra en la definición misma del contenido que debe asumir la acción política de las clases populares. Estas deben primero rescatar el sentido estratégico que para su lucha tiene la connotación democrática, impidiendo una formulación donde ésta sea una forma de relación política que vale en y por sí misma. Ya que como señala Weffort para Brasil, pero que se puede hacer extensivo para la mayoría de los países de América Latina: «La verdad es que en 160 años de historia independiente, Brasil no tuvo la oportunidad de corroborar la tesis de que la democracia es la forma por excelencia de la dominación burguesa. Si Marx hubiese sido brasileño, con seguridad habría

⁷ Cueva, Agustín: *Clarooscuros de la democratización latinoamericana*. Mimeo, Inédito, facilitado por el autor. Texto de próxima publicación.

⁸ Cueva, Agustín: *Op. cit.*

dicho que la dictadura es la forma por excelencia de la dominación burguesa. Y tal vez hubiera dicho también que la democracia es la forma por excelencia de la rebeldía popular»⁹.

Otro nuevo fenómeno que ha surgido como consecuencia de la complejización de la crisis y de las formas que adopta el enfrentamiento político y la lucha de clases lo constituyen los *movimientos populares*. Diferenciados por sus demandas concretas y surgidos para defender intereses específicos, responden a una nueva orientación y práctica política. Su especificidad no estriba tanto en el contenido de las reivindicaciones que formulan, sino en las formas de articulación orgánica que desarrollan. En este sentido, su referencia sigue estando en relación directa con el proceso de lucha de clases y, por lo tanto, su carácter popular está determinado por su conexión a la estructura de clases. Al estar enquistados en la sociedad civil, no constituyen por sí mismos un movimiento político, pudiendo en todo caso llegar a plantear un proyecto contra-hegemónico, dado que sus demandas tienden a proponer transformaciones en las relaciones de dominación del Estado, casos específicos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

El carácter estructural de la crisis ha sido el detonante que explica la expansión y diversificación generalizada de los movimientos populares, constituyendo hoy la respuesta, por excelencia, de los sectores explotados y dominados que como pueblo hegemonizan la sociedad civil. A pesar de constituir, por la especificidad de sus reivindicaciones, movimientos independientes sin conexión inmediata, la deslegitimación del Estado y la incapacidad de las instituciones político-representativas para mediar los conflictos, han provocado un efecto centrífugo en los movimientos populares, posibilitando en algunos casos, concretamente en Centroamérica, su articulación como movimiento político. En otros términos, se plantea una redefinición del espacio de la lucha de clases. Esta, que sigue expresando la contradicción básica de las clases antagónicas fundamentales, se hace más compleja por la incorporación de nuevos sectores sociales a la lucha política, antes excluidos o inexistentes, desarrollando nuevas formas organizativas que no agotan, sino que recrean la concepción tradicional de la vanguardia, partido y sujeto político-histórico con capacidad para articular el proyecto contra-hegemónico a la dominación del capital en América Latina.

Es en la constitución del *Movimiento Popular*, «voluntad colectiva que sintetiza a la masa y que tiene a las clases sociales como su principal determinante», donde la heterogeneidad de los sectores sociales que lo componen comparten, independientemente del grado de constitución de sus niveles de conciencia, la explotación y dominación del sistema. Con el surgimiento o reaparición de nuevos movimientos sociales como cristianos de base, estudiantes, amas de casa, minorías

⁹ Cita tomada del texto de Agustín Cueva; *op. cit.*

étnicas, organizaciones vecinales, feministas, juveniles, campesinas, del proletariado rural, jornaleros, obreros, empleados públicos, sindicatos, partidos políticos y organizaciones político militares, como en el caso centroamericano, se ve configurado el proyecto político contrahegemónico que recoge e integra todas las demandas sociales y políticas de la sociedad civil. Aquí radica la fuerza del movimiento popular como organización, aglutinante de los diferentes segmentos que componen la sociedad civil. Su presencia no puede dejar de relacionarse con la crisis de dominación política, social y económica que tiene lugar en América Latina. Su carácter estructural ha motivado su consolidación y lo constituye a medio plazo como el sujeto histórico portador de un proyecto de refundación de pacto social, donde la base del mismo estará determinada por el contenido popular, democrático, nacional y anti-imperialista que levantará como eje de la lucha por la liberación nacional. No se trata de un proyecto corporativo de clase, las contradicciones entre las clases fundamentales, como ya se ha dicho, son reabsorbidas en una lucha más amplia que no las excluye, por el contrario mantienen su vigencia pero en el interior de una nueva estrategia que las incluye: cual es la necesidad de recuperar la soberanía nacional, cuestión que enfrenta antagónica y directamente a todo el pueblo frente al proyecto hegemónico transnacionalizador articulado desde el Estado y desarrollado por las clases dominantes de América Latina.

La crisis centroamericana representa, por la dinámica interna del conflicto, un nuevo factor que ha de tenerse en consideración a la hora de buscar una interpretación globalizadora de la crisis en América Latina. No sólo por las características del enfrentamiento, sino por lo que ello implica de redefinición de los marcos de organización, negociación, de lucha y de respuestas que han ido configurando un nuevo escenario donde se dirimen las contradicciones que enfrenta el sistema de dominación oligárquico-militar. Su evolución y resolución será un espejo donde, a pesar de las peculiaridades de la región, se verán reflejadas las posibles vías de solución a la crisis estructural de todo el continente. Es justamente esta peculiaridad, el contenido estructural de la crisis, lo que trasciende al propio marco regional.

Si bien es cierto que no se puede pretender generalizar o sacar conclusiones «universalizantes», ya que la realidad centroamericana es completamente particular e incluso disímil entre los propios países que conforman la región, por lo menos en él se han desarrollado nuevos elementos que necesariamente hay que tener en consideración, al menos en lo que respecta a las formas de enfrentamiento que adquiere la lucha de clases¹⁰.

¹⁰ Véase Camacho, Daniel y Menjivar, Rafael: *Los movimientos populares en Centroamérica*. Edit. EDUCA, San José, Costa Rica, 1985. También puede consultarse: Roitman, Marcos; Benítez, Raúl y Córdova, Ricardo: *Militarización y crisis en Centroamérica*, Edit. Revolución, Madrid, 1988.

La configuración de un movimiento popular, la peculiaridad de los frentes político-militares, la lucha por la liberación nacional, el derecho a la auto-determinación, la consolidación de proyectos contra-hegemónicos, representan aportaciones sustanciales al análisis del enfrentamiento de clases y aun a riesgo de parecer exagerado, puede pensarse en una recreación de la propia teoría de la revolución. De otro lado, la crisis expresa una pérdida creciente de legitimación en las formas de dominación implementadas por el bloque dominante, hecho que viene a demostrar no sólo la debilidad de las clases hegemónicas, sino la propia dimensión de la crisis. La total militarización, a pesar de la existencia formal de regímenes democrático-representativos como son los casos de Honduras y Guatemala, excluido El Salvador por considerar que en él se desarrolla una guerra civil y a Costa Rica por inexistencia de ejército, es producto de la nula efectividad o existencia de mecanismos jurídico-institucionales de mediación política. En Nicaragua se asiste a un problema de agresión exterior que no presupone un cuestionamiento interno del orden constitucional.

Bajo esta perspectiva de análisis, lo que se postula es que en la crisis centroamericana se hallan presentes de manera descarnada y abierta las contradicciones inherentes a los modelos políticos que con, cierto éxito relativo, han estado vigentes en el resto del continente. Salvo que la unidad no se encuentra en la traslación y repetición mecánica de las condiciones en que se desarrolla la crisis, sino en las *causas* mismas que la desataron: el subdesarrollo, la injusticia social, la represión, la violencia institucional, la explotación, en definitiva, en las formas de dominación política, social y económica desarrolladas por la clase del capital en América Latina.

La crisis centroamericana ha tenido, además, un efecto centrífugo en algunos estados latinoamericanos en la lucha por la defensa de la soberanía nacional y del derecho a la autodeterminación. El surgimiento del grupo de Contadora y la posterior configuración del grupo de apoyo es muestra significativa de los intentos por buscar vías de solución estrictamente latinoamericanas a la crisis, al margen de las propias contradicciones existentes entre los países que la conforman y de la debilidad actual de sus propuestas. Sin embargo, con ello se ha puesto el acento en las determinaciones internas presentes en la crisis, buscando un marco de entendimiento posible, primero entre las partes en lucha prevalecientes en cada país y, segundo, un acuerdo entre países para evitar una posible guerra regional.

Más allá de los escuálidos éxitos alcanzados, la dinámica de Contadora y el grupo de apoyo ha creado un mayor sentimiento de no intervención, que tiene su expresión no tanto en la política actual de los estados latinoamericanos, sino en los pueblos. Si ya con la guerra de Las Malvinas se puso en evidencia el rechazo a la intervención inglesa, la permanente intervención de los Estados Unidos en Centroamérica ha acrecentado el desarrollo de una conciencia anti-imperialista

que se refleja en todos y cada uno de los movimientos populares surgidos en América Latina, que incorporan en sus plataformas reivindicativas el derecho de soberanía nacional, autodeterminación y no intervención.

La crisis centroamericana ha puesto en tensión a todas las fuerzas políticas y sociales que están presentes en el escenario latinoamericano, ya sea para apoyar a los movimientos populares, ya para evitar un desenlace revolucionario. Los pueblos de América Latina han tomado como su bandera la defensa de la revolución nicaragüense, como también la lucha por la liberación nacional que hoy se desarrolla en El Salvador en F.M.L.N.-F.D.R., han rechazado abiertamente las formas y el proceso de aniquilamiento de la población indígena y campesina en Guatemala, se han mostrado en contra de la presencia de mercenarios en Honduras y Costa Rica.

La aparición en Panamá de un intento de desestabilizar primero y derrotar con posterioridad el proyecto nacionalista impulsado por Omar Torrijos en 1968 es otro de los factores que se han venido a sumar a la situación de crisis estructural que enfrenta América Latina. Al igual que ocurre en Centroamérica, la respuesta de los pueblos latinoamericanos ha sido el total rechazo a los mecanismos de presión tanto de algunos gobiernos latinoamericanos como de los Estados Unidos. La política de reversión de procesos, parte integrante de la estrategia de guerras de baja intensidad¹¹, tiene en Panamá su mayor exponente. La cruzada civilista, el desconocimiento del gobierno constitucional, el boicot económico, en suma, la puesta en marcha de un proceso de desestabilización que cuestione y anule definitivamente los Tratados Torrijos-Carter sobre la soberanía del canal, culminan en un aumento de la conflictividad y tensión social que sigue enfrentando no sólo en Panamá y Centroamérica, sino en todo el continente, a dos proyectos políticos antagónicos y excluyentes: capitalismo y socialismo.

El impulso y formación de nuevas alternativas de organización político-social desarrolladas en la propia sociedad civil, ya descritas, como el Movimiento Popular, representan una opción diferenciada que, seguramente a medio plazo, se constituirá en lo que ya se expresa de manera tangible en Cuba y Nicaragua. Su unidad estratégica es la lucha en común en contra de una misma manera de organizar la sociedad, la cual es aplicación de una sola lógica, la del capital.

¹¹ Véase Bermúdez, Lilia: *Reagan contra Centroamérica: las guerras de baja intensidad*. Edit. Siglo XXI, México, 1987. También puede consultarse: Benítez, Raúl y Roitman, Marcos: *«Guerra de baja intensidad»; terminología científico-social: una aproximación crítica*. Edit. Anthropos, Barcelona, 1988, págs. 550-553.



Bicentenario de la Revolución Francesa

Lo dice el historiador Vovelle en la entrevista que precede a los artículos con que nuestra revista se suma a los homenajes al Bicentenario: «La Revolución Francesa no está muerta» y la batalla polémica desatada en su torno va a continuar.

Desde hace unos treinta años, pero en particular en la década más reciente, la ola neoconservadora ha arrastrado también a muchos en el campo de la Historia. Blanco predilecto de la nueva óptica de la derecha académica es la Revolución Francesa, precursora —según sus criterios— de la mayoría de los males del siglo XX. Se trata, evidentemente, de bajar del podio los acontecimientos de 1789 y destituirlos de toda autoridad, para denigrar al conjunto de las revoluciones y desprestigiar, en definitiva, la idea misma de revolución.

Araucaria no disimula en este terreno sus puntos de vista. El conjunto de trabajos sobre la Revolución Francesa que ofrecemos está pensado para restablecer un mínimo de información sobre ella, rastrear algunos de los signos de su influjo en Chile, aportar elementos de análisis en el debate ideológico actual, e intentar, por último, el diseño de su presencia verdadera y posible en la América Latina del presente.

1

La Revolución Francesa vive como incitación al cambio

Conversación con Michel Vovelle

El historiador francés Michel Vovelle es reconocido por la comunidad académica y científica internacional como innovador en el campo de la *historia de las mentalidades*, especialidad en la que ha sido pione-

ro *. Sus obras se sitúan tanto en la perspectiva de las corrientes de «larga duración» como en la de los «tiempos cortos», los de los cambios profundos, como es el caso de la Revolución Francesa.

Dirige en la actualidad el Instituto de Historia de la Revolución Francesa y es titular de la centenaria cátedra de la Sorbona en este dominio. A esta alta responsabilidad unió recientemente la tarea de organizar las actividades académicas oficiales en torno a la celebración del Bicentenario de la Gran Revolución. Presidió, en tal carácter, el Congreso Mundial del Bicentenario, que reunió a centenares de historiadores provenientes de todos los puntos del planeta. Lo presidió serena e imparcialmente, sin dejar por eso de defender con vehemencia y pasión la importancia y vigencia de las ideas-fuerza del proceso revolucionario.

Sostuvo con nosotros esta conversación pocas horas antes de que se clausurara el citado Congreso. Nos dio la oportunidad de encontrarlo mostrando una actitud que no le es extraña: paralelamente a su actividad académica, ha tenido todos estos años una participación activa en las campañas de solidaridad con la causa de la libertad y la democracia de los pueblos, incluyendo la de Chile, por supuesto.

(Entrevistó: M. EUGENIA HORWITZ)

— *Profesor Vovelle, usted que preside la Comisión de Investigación histórica de Conmemoración del Bicentenario de la Revolución Francesa, ¿cómo imaginó el acontecimiento, a fin de que fuera fructífero para la comunidad científica en Francia y en el extranjero?*

— Es un buen momento para hacer un balance. Como usted sabe, en pocas horas más termina el Congreso Mundial para el Bicentenario de la Revolución, y se cierra la etapa principal de esta conmemoración. Este congreso ha respondido a nuestra ambición inicial. Sintetiza toda una actividad colectiva que se desarrolló en sesenta países, a través de coloquios, seminarios, publicaciones. En estos seis días (6 a 12 de julio) han participado 400 investigadores, representando a 43 países. Los debates han sido abiertos y apasionados. Los participantes no han sido considerados ni rehenes ni panegiristas. Por el contrario, se trataba de que aportaran sus conocimientos, preguntas y tomas de posición. Pienso que estos objetivos se han alcanzado con éxito. Sin

* Entre sus obras principales podemos citar las siguientes: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au 18ème siècle* (Le Seuil, París, 1973); *Religion et révolution. La déchristianisation de l'an II* (Hachette, París, 1976); *Les métamorphoses de la fête en Provence* (Flammarion, París, 1976); *Nouvelle histoire de la France contemporaine. Tome I: La chute de la monarchie 1787-1792* (Le Seuil, París, 1978); *Ideologies et mentalités* (Maspero, París, 1982); *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours* (Gallimard, París, 1983); *La mentalité révolutionnaire* (Editions Sociales, París, 1988); *L'image de la Révolution Française*, 6 tomes (Messidor-Editions Sociales, París, 1989).

embargo, para mí, en estos momentos, la conclusión más importante de este evento es comprobar que la Revolución no nos pertenece, no constituye la propiedad privada de los franceses; llegó a ser un patrimonio común de la humanidad.

»Volviendo atrás. Los trabajos de conmemoración los iniciamos en 1982. Entonces era ministro de Investigación Científica Jean Pierre Chevenement, quien me confió la misión de explorar las formas en que ese ministerio podría contribuir a la celebración del Bicentenario. El primer resultado de este trabajo fue la creación de esta comisión que se transformó en el centro ejecutivo en 1983. De inmediato lanzamos en los planos nacional e internacional un trabajo de organización e incitación a la formulación de nuevos programas de investigación y a la realización de todo tipo de encuentros científicos. Ernest Labrousse, que presidió la Comisión hasta su deceso en 1988, propuso como tema central de la conmemoración: «La imagen de la revolución». Lo discutimos y lo aprobamos rápidamente, porque nos pareció que esta idea reunía dos condiciones favorables: En primer lugar consideramos que era movilizador para nuestros interlocutores extranjeros, en la medida que permitía estudiar la difusión y repercusión de las ideas-fuerza de la Revolución en el mundo. Puesto que doscientos años después sabemos que no hubo un solo lugar donde no se haya recibido, tarde o temprano, el eco de la Revolución Francesa. En ciertos países, la recepción fue a fuego, en el curso del proceso mismo, y fue acogida con euforia y simpatía fraternal; o, por el contrario, en medio de ardientes enfrentamientos. En algunas regiones del mundo, como en América Latina, la imagen de la Revolución estalló rápidamente. En Africa y en Extremo Oriente su eco llegó con los grandes movimientos revolucionarios de fines del siglo pasado. Finalmente los movimientos obreros revolucionarios se apropiaron en todas partes de la revolución burguesa liberal, como de una experiencia fundadora. Así mismo continúa siendo la referencia de los movimientos republicanos y democráticos... Hoy pienso que teníamos razón de visualizar en esta perspectiva la realización de la conmemoración.

»La otra razón que tuvimos en vista fue que, por medio de la *imagen* podríamos proponer un tema o una serie de temas interrelacionados, que pusieran en evidencia un buen número de nuevas canteras y territorios de la investigación sobre la revolución, que mostrarían que los estudios están en plena renovación y desarrollo.»

—¿Y cuáles son esos temas nuevos?

—Si consideramos los trabajos presentados al Congreso Mundial, advertimos en ellos ciertos énfasis: existe un creciente interés por el estudio de la historiografía de la Revolución, sus diferentes lecturas y las condiciones que la suscitaron. Como también el conocimiento de la pedagogía revolucionaria y su difusión en el mundo. Así mismo, las expresiones de la memoria colectiva, son objeto de numerosas comunicaciones.

— *Profesor Vovelle, el esfuerzo ha sido reconfortante para ustedes. Los objetivos de interesar e incitar a participar a la comunidad científica, no cabe duda que se han logrado en gran medida. Sin embargo, volviendo un poco atrás, muchos nos asombramos por la polémica que se desarrolló en los últimos años, en torno a si la Revolución debía celebrarse, si estaba muerta o viva, etc. Y esto se discutía en lo que se denomina en Francia, el campo «republicano». A su juicio, ¿cuáles son las ideas claves que se enfrentan en esta polémica?*

—Perdone, pero antes de ir al tema, no puedo dejar de lado el estancamiento que representa el despertar de una historiografía contrarrevolucionaria «pura y dura», que retoma un discurso muy antiguo modernizándolo, dedicado al exorcismo de la Revolución Francesa, representándola como la encarnación de la violencia, el terror, un acontecimiento totalmente negativo para Francia y el mundo.

»Ahora contesto su pregunta. Efectivamente, se han venido confrontando dos tendencias, dos tesis sobre el sentido de la Revolución que dividen a los historiadores. Por mi parte, considero que la discusión ha sido fructífera y ha servido para descubrir nuevos territorios de estudio.

»En primer término, me referiré a la lectura de la Revolución que, simplificándola, llamaré jacobina. Esta tesis se apoya en una investigación y una lectura social de la Revolución. En esta línea se inscriben mis predecesores en la cátedra de Historia de la Revolución Francesa de la Sorbona. Me refiero a Mathiez, Lefebvre y Soboul. Ellos participaron en una empresa de exploración y descubrimiento que comenzó hace cien años con Alphonse Aulard, un combatiente republicano. Al inscribirme en esta continuidad y sentirme orgulloso de esta herencia, entiendo que no se trata de repetir lo que se pensó, escribió, o se dijo, sino más bien en buscar y construir nuevos territorios de investigación y reflexión.

»La otra tesis, que no es del todo nueva, puesto que ya tiene cerca de treinta años, se autocalifica de “revisionista”, debido a que estos historiadores quieren “revisar” las ideas recibidas sobre la Revolución. Esta vertiente está representada fundamentalmente por François Furet. Las principales ideas no pueden identificarse fácilmente, porque han cambiado con el tiempo. En 1965 Furet lanzó la tesis del *derapage* (o deslizamiento) de la Revolución en el Terror; para luego, en 1978 en su libro *Penser la Revolution*, formular un modelo más radical, en el que coloca a la Revolución Francesa como un modelo de desviación totalitaria de la época moderna. Finalmente, ha llegado a su veredicto actual, con ocasión del Bicentenario, que se ha traducido en la consigna de que «La Revolución está terminada». Por lo tanto, de acuerdo a eso, tendría que ser tratada como un objeto frío, muerto, que ya no ocupa un lugar en el imaginario colectivo de los franceses, incluso en su cultura política, puesto que se trata de la mixtificación de una experiencia histórica, que estos autores consideran nefasta.

»De ahí resulta que la conmemoración carece de sentido y que más bien se trata de entrar en la normalidad europea, convirtiendo a Francia a la política de reformas evolutivas, como ocurre en otros países de este continente.»

—*¿Qué es lo que se terminó?, ¿las ideas-fuerza de la Revolución? Si así fuera, en los países del sur sería incomprensible para quienes participan en los grandes movimientos democratizadores. No tendría sentido, por ejemplo, que en Chile siguiera prohibida la película de Ariane Mouchkine, «1789».*

—Sin embargo, esta tesis ha sido ampliamente aceptada en Francia y en el mundo occidental europeo y norteamericano. Estas reflexiones han tenido un éxito bastante hegemónico, si juzgamos por los medios de comunicación. François Furet ha creado una especie de campana protectora para este mundo, que lo preserva hacia adelante de todos los peligros de una posible revolución. De esta manera la Revolución aparece como un objeto exótico, que ha llegado a ser una aventura y que puede sucederle a otros, allá lejos. Posiblemente allá en Chile, en su país. Ustedes los chilenos vivieron un corto período de cambios revolucionarios, y luego conocieron la contrarrevolución. Por eso es que pueden aspirar a que la revolución exista. Es una paradoja que tiene sentido más allá de un juego del espíritu.

—*¿Pero no ha surgido este escepticismo histórico de una lectura que sustenta la tesis de que la revolución y el terror constituyen un todo indisoluble? ¿Cómo ha encarado usted este problema?*

—Creo que en el pasado subestimamos el estudio de estos problemas. Ha sido una de las enseñanzas del trabajo realizado para el Bicentenario, que nos ha llevado a una reflexión sin fronteras de los diferentes aspectos del proceso revolucionario. Personalmente considero, como mis predecesores en el estudio de la Revolución, que la violencia y el terror, no son una especie de fatalidad inherente a los hechos revolucionarios, sino los frutos de las circunstancias —la guerra exterior— y de una lucha descarnada entre Revolución y Contrarrevolución. Por lo tanto, no se trata de una especie de delirio que llevaría espontáneamente a los revolucionarios a autointoxicarse y a perder todo contacto con la realidad.

—*Su libro, publicado este año, La Mentalidad Revolucionaria demuestra la importancia y urgencia que usted le concede a explorar las formas del comportamiento revolucionario...*

—Efectivamente, es necesario y urgente abrir esos territorios que conciernen las formas de pensar y de comportarse. Para explicar el sentido que puede dársele a esta exploración, es preferible que cite una observación que me hizo mi amigo Pierre Vilar, a raíz de esta problemática: «Más que estudiar las mentalidades y las resistencias al cambio, habría que investigar los mecanismos de la toma de conciencia». Por ese camino he llegado a pensar que estos dos campos están indisolublemente ligados, es decir, al comprender los mecanismos de la

toma de conciencia, hay que entender lo que resiste, lo que bloquea. De una cierta manera, aquello que permite que la contrarrevolución tenga una base de masas y llegue a ser, en algunos aspectos, popular.

—A propósito, ¿no cree que estas reflexiones nos llevan, naturalmente, a preocuparnos de problemas políticos contingentes, como los que se plantean hoy mismo en los países socialistas, y también sobre las formas que se buscan para resolverlos?

—De acuerdo... Usted sabe que yo creo que los historiadores tenemos una cierta pasión por los objetos a los que dedicamos nuestro trabajo. Y sin duda estos problemas están relacionados.

»Pienso, a partir de la experiencia colectiva que se está viviendo en los países socialistas, que los actores sociales están profundamente inquietos, y se están preguntando sobre ciertos momentos de su pasado reciente, que es la historia de una revolución que no ha terminado. Una revolución que conoció momentos, y es lo menos que puede decirse, que no facilitan una revisión histórica. De ahí la gran tentación, comprensible, de revisar una lectura que había permanecido por largo tiempo fija y dogmática sobre el hecho revolucionario y la imagen "por eco" de la Revolución Francesa.

»En las condiciones del mundo actual, lo primero que deseo es que la *perestroika* tenga éxito, si no será una desgracia que todos compartiremos. Sin embargo, no quisiera que esta reflexión estuviera acompañada del triunfo de una especie de desculturación total, en que se dude de todos los valores, a la vez democráticos y revolucionarios, puesto que se trata de lo contrario, de unir esos valores para hacerlos indisolubles.»

—Usted ha tenido la gran gentileza de recibarnos y expresar estas ideas a pocos minutos de la clausura del Congreso Mundial...

—Pero con mucho gusto, tratándose de chilenos...

—Gracias. Una última pregunta, si usted lo permite... ¿Qué conclusión es posible sacar de la batalla que precedió la conmemoración del Bicentenario? ¿La Revolución está viva?

—La intensidad de la batalla evidencia una verdad profunda: la Revolución no está muerta. Tampoco la batalla ha terminado. La polémica continuará, posiblemente, con más intensidad. La Revolución vive como recuerdo, como memoria colectiva, como incitación a continuar la lucha y creer en la posibilidad de cambiar el mundo. Pienso que son estas ideas las que nos quedan como verdades.

Salvoconducto para celebrar el Bicentenario de la Revolución Francesa

M. EUGENIA HORWITZ

La celebración del Bicentenario de la Revolución Francesa se ha desarrollado en un ambiente de polémica que ha puesto en duda el sentido mismo de la conmemoración. En este contexto hubo quienes llegaron a preguntarse «¿La revolución realmente existió?»¹.

Por primera vez el campo de los intelectuales republicanos se dividió entre «escépticos» del valor y memoria del proceso revolucionario, y los «celebrantes» del mismo. Estos últimos no lograron otros consensos que la necesidad de rescatar algo de la memoria colectiva; como por ejemplo, la fundación de la República, o la vocación universal de la Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano. Pocos fueron los que abiertamente sostuvieron que la Revolución fue un movimiento, que entre 1789 y 1799 dio nacimiento a nuevas formas de pensar y al Estado moderno, y que el tiempo ha proyectado en la memoria colectiva, como la primera tentativa voluntaria de cambiar el mundo.

Estos enfrentamientos ideológicos datan según algunos autores de antes de mayo del 68, y para otros sólo adquieren cuerpo en los últimos diez años. La polémica, por libros e instituciones interpuestas, salió a la calle desde los centros de educación superior, para transformarse en un problema político que ha comprendido al conjunto de la sociedad francesa. Rápidamente ganó las fronteras, gracias a los medios de comunicación y se ha extendido a Europa y los Estados Unidos, a mayor velocidad que en los tiempos de Napoleón. Según estos mismos medios de comunicación, todavía no se sabe si la mayoría de los franceses quería celebrar el Bicentenario con magnificencia y sentido del futuro. Sin embargo, la construcción de monumentos para la posteridad ha sido significativa: Opera Popular de la Bastilla, Arco de la Defensa, Pirámides de Cristal del Louvre, Remodelación Ultracontemporánea del renacentista Jardín de las Tullerías, etc...

La comunidad científica se movilizó de manera productiva, habiéndose

Eugenia Horwitz es profesora de Historia y tiene estudios de postgrado en la Universidad de París (Sorbona).

¹ Olivier Bétourné et Aglaia I. Hartig, *Penser l'histoire de la Révolution Française*. La Découverte, París, 1989.

realizado hasta julio de 1989, más de cuatrocientos coloquios y un Congreso Mundial de Historia de la Revolución, así como la publicación en el curso de este mismo año, de trescientos libros, entre eruditos, novelas y de difusión. Las fiestas populares han entusiasmado a millones de personas y algunas se pusieron en marcha desde el gobierno, ofreciéndose un espectáculo de talento y de excepción.

La confrontación llegó hasta el Presidente François Mitterand, que puso su prestigio político al servicio de la conmemoración, basándose en la mayoría que lo mantiene en el poder. Se le reprochó tanto el silencio protector de las actividades de festejos, como sus discursos anteriores al 14 de julio en que tomó posición frente a la polémica, expresando: «La Revolución continúa... la gran mayoría se reconoce en la Revolución, porque se reconoce en la República, y porque la República es hija de la Revolución y de los principios que hemos engendrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad y Soberanía Popular»².

Aparentemente esta polémica no podría extrañar. La celebración de la Revolución Francesa produjo controversias ideológicas en 1889 y 1939. En la primera oportunidad, la memoria colectiva era reciente, y la lucha entre republicanos y monarquistas se había prolongado a lo largo del siglo. En ese entonces, los republicanos, junto con Clemenceau, héroe de esos años, proclamaron que la Revolución «es un bloque». El proceso debía celebrarse en su totalidad para honrar el triunfo de la Tercera República. En esa oportunidad la vocación universal de la Revolución Francesa no afanaba ni a la ciencia ni a la política.

En 1939, el Frente Popular conmemoró el acta fundadora del Movimiento Revolucionario. El debate adquirió rápidamente el carácter de la batalla de la época, en que los valores democráticos corrían un peligro fatal. De ahí que en la celebración de los 150 años se enfrentaran los bloques de derecha y de izquierda, y el mensaje universal de la Revolución se hizo presente a través del dramático fin de la República española. Para entonces los estudios de la revolución habían avanzado: la cátedra de Historia de la Revolución Francesa de La Sorbona tenía cincuenta años; en la escuela y la universidad se leía a Michelet y Jaurès, a Thiers o Taine.

Como se puede observar, la memoria de la Revolución Francesa tiene su historia, y a cada época la suya. Siempre se ha tratado de la historia de una controversia que proyecta un eco mundial. ¿Por qué? Es una pregunta que une dialécticamente la ciencia y la política. A la actual controversia me refiero en estas reflexiones, que no agotarán un problema que está en movimiento.

² *L'Express*, N.º 1989, París, 14-20 juillet 89.

1. Controversia teórica y metodológica

«El “escepticismo histórico” constituye el mejor de los grupos políticos», dice en resumen la revista *Le Nouvel Observateur*, en noviembre de 1988, en la presentación de una entrevista al historiador François Furet y continúa: «procedente de la izquierda, interesado en Barre, desde muy temprano jugó con ese diálogo amplio que luego se bautizó apertura»... Estos juicios refuerzan el título del artículo: «François Furet, 61 años, rey de la Revolución».

Algunos días antes el diario *Libération*, aludiendo humorísticamente al debate historiográfico en curso, había titulado: «Los jacobinos al farol. Furet, rey de la Revolución».³ El juego de palabras subraya la paradoja de que la Revolución que terminó con la monarquía necesita, doscientos años después, la coronación de un rey. ¿Cuál?, ¿el Rey del escepticismo?, ¿escepticismo de qué?, ¿y quiénes son los jacobinos que van al paredón?

En 1988, aparentemente la paradoja carece de sentido, puesto que no están en el centro de la discusión política la existencia de la república ni las formas de la democracia representativa, que tuvieran su origen en el movimiento histórico de 1789 a 1799. Tampoco está ya de moda la leyenda rosa del Antiguo Régimen, vehiculada por la historiografía y la literatura nostálgicas, así fueran de origen monarquista o de ultraderecha. (Los grupos que la representan hoy tienen otros discursos, según veremos más adelante).

Lo que se discute en los medios intelectuales y ha pasado al conjunto de la sociedad civil son otros problemas. Tales como: ¿La revolución no trajo consigo la división permanente de la conciencia nacional? ¿Las ideas del Iluminismo que se expresaron en 1789, no terminaron por ser infecundas a causa de la violencia que impregnó el proceso revolucionario a partir de 1792? ¿El decenio revolucionario no correspondió a una época de crisis económica y de masacres inútiles?... En síntesis, ¿qué se puede celebrar en 1989?

El debate ha enfrentado en lo esencial a dos «lecturas» o tipos de reflexión sobre el proceso revolucionario. La que encabeza François Furet, y la «jacobina», que se ha desarrollado en la Sorbona, luego de que se creara la cátedra de Historia de la Revolución Francesa, corolario práctico de la conmemoración del Centenario y de la fundación de la Tercera República.

³ *Libération*, París, 20 oct. 89.

Los fundamentos teóricos de la crítica de los estudios sobre la Revolución

François Furet publica en 1978 una recopilación de ensayos, titulada: *Pensar la Revolución Francesa*⁴. En la introducción el autor presenta sus motivaciones: la primera, de orden teórico-metodológico, «¿Cómo se puede pensar un acontecimiento como la Revolución Francesa?» y la segunda, de impugnación «a la interpretación histórica dominante de la revolución», es decir, la tradición historiográfica «jacobina».

Furet entra en escena con fuerza, a fin de romper el cuadro «de las ideas dominantes». Titula la primera parte del libro «La Revolución Francesa terminó». Y plantea enseguida: «Hay que tratar de romper el círculo vicioso de la historiografía conmemorativa». Más adelante: «Hoy día, el *goulag* conduce a repensar el período del terror, en virtud de la identidad del proyecto. Las dos revoluciones están relacionadas, pero hace medio siglo, las dos revoluciones eran absueltas sistemáticamente bajo la excusa de las "circunstancias" (...) Por el contrario, hoy están acusadas... El terror forma parte de la ideología revolucionaria» (ibid).

Así, el autor presenta dos acusados en las primeras treinta páginas del libro: la Revolución y sus historiadores. Por lo tanto, ¿cómo puede romperse «el círculo vicioso» que este binomio representa?; conceptualizando, «enfriando el objeto Revolución Francesa», explica Furet. Sin embargo, lo coloca al rojo vivo, cuando lo repiensa «a partir de las contradicciones entre el mito revolucionario y la sociedad revolucionaria» (ibid). La exigencia de objetividad a la ciencia histórica (enfriamiento) parece insalvable.

El autor de la revisión crítica está consciente de esta limitación. En definitiva, explica Furet, ha sido negativa para las ciencias sociales la influencia del existencialismo y del marxismo, que ponen el acento en la inserción del historiador en los problemas de su tiempo. Por el contrario, su objetivo es circunscribir a través de la crítica, una definición de las condiciones que permitan el «distanciamiento» del historiador.

¿Cuáles son las bases de este programa? En primer término, la necesidad de hacerse cargo de la contradicción, cada vez más fuerte, existente en la sociedad occidental, entre el mito y la realidad revolucionaria; y en segundo lugar, el desarrollo del saber histórico, que más que erudición debe ser conceptualización.

En todo el trabajo de Furet estos dos polos del análisis no se separan. Según el autor, los historiadores tradicionales de la Revolución no pueden conceptualizar porque no quieren hacerlo. La «carga psicológica» que transportan es de tal carácter, que el resultado del trabajo científico

⁴ François Furet. *Penser la Révolution Française*. París, Gallimard, 1978. Ver también rev. *Folio*, París, abril 1989, págs. 9, 10, 26 y 29.

está destinado a demostrar que «necesariamente» todo lo pensado y lo ocurrido entre 1789 y 1799, sustenta el acta fundadora de la modernidad y augura los nuevos tiempos de las revoluciones triunfantes. En 1789 se anunciaba 1917.

La historiografía de la Revolución está impregnada de «la ideología jacobino-bolchevique», —opuesta, incluso, al marxismo, aclara el autor— «y que se alimenta de una concepción lineal del progreso humano, que adquiere su culminación en las revoluciones como períodos abruptos de cambios positivos». (Ibid). En este contexto, el trabajo científico se reduce a buscar los cambios sociales, económicos e ideológicos que produjeron «la necesidad de la ruptura», y para ello se cree bajo palabra a los actores del período revolucionario que pensaban haber roto «con el pasado y fundado una nueva historia» (factores reales e historiadores impugnados por la misma ideología!). En consecuencia, Furet llama a los historiadores de la Revolución a tomar en cuenta, por lo menos, un criterio de autoridad, el de Marx, que habría afirmado que «los hombres hacen la historia, pero no saben la historia que hacen»⁵. Afirmación que cambia esencialmente los análisis de Marx en todas las obras en que se refiere a este problema, puesto que concluye que los objetivos de la acción humana se sustentan en una voluntad, pero «que los hombres hacen su historia sujetos a las condiciones heredadas del pasado»⁶. «Los hombres hacen su historia» sin conocer el total de los resultados de su acción. En el caso de la Revolución Francesa los hechos ocurrieron así: la toma de la Bastilla se realizó como expresión de la soberanía popular, y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano proclamó principios nuevos, y la abolición de la feudalidad terminó con la servidumbre, y la República se estableció.

Este estilo de reflexión puede inscribirse en las formas de pensar y de leer un problema teórico-científico que han marcado a los intelectuales franceses desde mayo de 1968. El análisis de los discursos filosóficos requiere de un estudio especial. Nuestro objetivo, sólo a título de referencia, se encamina a mostrar ciertos rasgos de las críticas o «mixtificaciones» que tocan a problemas distintos por su naturaleza: el del *pensamiento* y discurso científico *heredado del Iluminismo* y el de la *realización de la revolución social*. En otros términos, se trata de abrir ciertas interrogantes sobre los componentes de la atmósfera de escepticismo que vela o desvela lo verdadero o lo memorable de la Revolución Francesa o de lo revolucionario.

Retomando el hilo principal podríamos preguntarnos: ¿La crítica a la ideología que ha dominado los estudios de la Revolución no surge como contraposición a un nuevo sistema de reflexión nacido de otras

⁵ Carlos Marx. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú, Ed. Progreso, 1981.

⁶ Ibid.

circunstancias históricas? ¿Cuáles? El escepticismo de los intelectuales, dice Furet, frente a la mitología revolucionaria. De ahí su trabajo de «desmontaje» del discurso historiográfico tradicional, para lo cual considera suficiente la crítica de «lo investigado». El acopio de nuevos temas o métodos de investigación sería mera erudición.

El énfasis de Furet sobre el carácter del discurso histórico, su motivación, «su color», ¿no lleva a reflexionar sobre el sentido de discurso post-moderno de Foucault o Lacan cuando el primero escribe: «Si la interpretación no se termina nunca, es simplemente porque no hay nada que interpretar, puesto que en el fondo todo es interpretación...»⁷.

La crítica a la categoría del progreso feliz y necesario de la humanidad —surgida del Iluminismo y que Stalin transformó en los cinco modos de producción progresivos que llevaban al socialismo— es legítima e imprescindible, puesto que la realidad, no su discurso, ha demostrado que la idea no se realiza sin el concurso de la acción humana. Acción que es variable, tiene matices en su creatividad y en su capacidad de vencer las circunstancias adversas; por eso se han presenciado épocas de auge y de oscuridad. (La tercera revolución científico-técnica no trajo consigo el paraíso prometido por Rousseau, sino la división durable entre los países del norte y del sur; la crítica al socialismo real mostró las debilidades que engendran los largos períodos sin libertades personales, así como la democracia liberal presenta a diario ejemplos del olvido de la idea de igualdad, entendida como respeto a los derechos económicos, sociales y culturales).

Sin embargo, estas críticas al saber absoluto y a su corolario, el progreso, pueden llevar la «carga psicológica» de frustración que permite extrapolar el discurso, hasta las afirmaciones de «los nuevos filósofos» (como A. Glucksmann o B.H. Levy, ex dirigentes de mayo del 68), que tratan de demostrar que de la filosofía alemana, pasando por Marx, las ideas llevan, necesariamente, a los excesos del stalinismo⁸. Es el mismo escepticismo que conduce a Furet a aseverar que «el terror forma parte de la ideología revolucionaria». ¿En qué se basa?: en la idea que los actores de la época se hicieron de la existencia del «complot aristocrático», idea que produce el traspies de la revolución entre 1792 y 1793. Esta idea, más que provenir de los hechos reales, surge de la conciencia que los actores de la época se hacen de la realidad. El autor explica: que el proceso de toma de conciencia anterior a 1789, imbuido del pensamiento del Iluminismo, da sentido y legitima la idea de la soberanía popular, cuya voluntad general se expresa en la igualdad natural de los hombres.

⁷ Michel Foucault. *Nietzsche, Freud, Marx*. Gallimard, París, 1985, p. 197.

⁸ André Glucksmann. *La cuisinière et le mangeur d'hommes*. París, 1975. *Les maîtres penseurs*. París, 1977.

Bernard H. Levy. *La barbarie à visage humaine*. París, 1976.

La revolución comenzada, «el hacer político» transforma la situación; el pueblo reemplaza al rey, el «combate político moderno» se inicia con sus diversos tipos de representación. «Las circunstancias que impulsan la dinámica revolucionaria son las que se inscriben naturalmente en la esperanza revolucionaria. A fuerza de tanto haberlas anticipado, éstas les dan inmediatamente el sentido que les estaba destinado»... Y como ejemplo: «Un hecho mal pensado, mal dirigido, como la huida a Varenne, llevó a la catástrofe a Luis XVI. Fue para los revolucionarios la prueba de que Marat tenía razón desde siempre, y que el rey del antiguo régimen había estado preparando en secreto el baño de sangre revolucionario»⁹.

Podríamos resumir que la conciencia puede cambiar o cambia la realidad de los hechos, puesto que Furet afirma que no se han estudiado suficientemente el valor de las ideas del Iluminismo y el pánico ancestral de las masas imbuidas de cultura oral, y que el nuevo estilo político, por cierto dirigido, llevó a representarse una serie de «circunstancias». A este respecto, cabe preguntarse, sin pretender alabar la erudición histórica, ¿acaso la familia real no huyó de París; y a través de las declaraciones de Pillnitz y luego de Brunswick, las monarquías europeas no advirtieron que la supresión de la realeza conducía a la guerra; y, finalmente, los ejércitos de la Santa Alianza no atravesaron las fronteras y la guerra efectivamente se produjo?

Ciertamente, se puede pensar que la historia pudo ser distinta. La revolución inglesa terminó en un «Pacto Social», y aunque es cierto que el rey también fue decapitado, la monarquía subsistió. El «hacer político» pudo permitir un tratado de paz que excluyó «las masacres inútiles», etc.

Como ya hemos dicho, los historiadores jacobinos están acusados de haber hecho de las circunstancias del proceso «una leyenda justificatoria del terror», pero los hechos sobre los que han trabajado realmente existieron; podrían ser refrescados, conceptualizados, pero su valor de existencia no puede ponerse del todo en tela de juicio.

Esta forma de lectura y reflexión del acontecer histórico nos lleva a preguntar: ¿Si es legítimo y necesario revolucionar las ideas absolutas en nombre de la ciencia, no debiera complementarse esa necesidad con una reflexión sobre el valor de las exigencias de la razón, a fin de no llegar a la culminación del individualismo que se resume en la frase popular: «a cada uno su verdad»? ¿Si sólo hay interpretación y la realidad es incertidumbre, no se establecería como valor supremo la autenticidad, cualquiera fuera el contenido?

Resumiendo, la revisión crítica de los estudios sobre la Revolución se basa en dos problemas teóricos que parecen indisociables: el primero,

⁹ Furet, op. cit., pág. 90.

relativo a la necesidad de enfriar el objeto científico y conceptualizarlo, pero en el bien entendido que las circunstancias del historiador juegan un papel determinante en esa conceptualización, cuando se trata de un objeto como el proceso revolucionario. Sin embargo, el historiador debe anunciar su color, su toma de posición. Siguiendo este raciocinio, se oponen dos tendencias: la jacobina, que ensalza la Revolución Francesa para justificar «una promesa de futuro» y la escuela crítica, que a partir del trauma histórico de la postguerra se pregunta sobre la relación entre historiografía y acontecer real.

François Furet plantea otros problemas de carácter metodológico y de contenido histórico, muchos de los cuales abren una nueva perspectiva a los estudios sobre la Revolución. A esa problemática dedicaremos la segunda parte de este trabajo. Pero los acusados deben ir al tribunal.

Los historiadores jacobinos, o la escuela de la lectura social de la historia

Jean Jaurès publica en 1900 la *Historia Socialista de la Revolución Francesa* en 12 volúmenes, obra que originó un nuevo enfoque historiográfico del proceso revolucionario.

La personalidad política de Jaurès es conocida como la del precursor del movimiento obrero y de los partidos de izquierda franceses. En este contexto, el trabajo se presenta poniendo énfasis en su vocación pedagógica; lo destina a «obreros y campesinos», pero la reflexión y la metodología empleadas tienen carácter científico, por cierto imbuida del positivismo de la época.

El autor considera el proceso revolucionario como una totalidad, en que la oposición entre 1789 y 1793 carece de sentido, puesto que se trata de un proceso total de cambios de la antigua sociedad y de la fundación de la época moderna.

Jaurès busca las causas de la Revolución en la relación que se puede establecer entre las realidades humanas, económicas y sociales distintas que dieron sentido al movimiento. La influencia de la estructura económica de la sociedad en la marcha de los acontecimientos le parece relevante, aunque no la considera el pivote de la «necesidad histórica». Si bien insiste en la importancia que tuvieron en el proceso de ruptura el peso de la renta feudal y la miseria de las masas populares urbanas, estima aún más decisivo el crecimiento acelerado de la riqueza de la burguesía durante el siglo XVIII, que, acompañado de una evolución de las ideas, llevó a esa clase social a aspirar al poder político.

En síntesis, Jaurès plantea como causas de la revolución un conjunto indisoluble de situaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas.

Su trabajo lo sustentó en una minuciosa investigación estadística de las fuentes impresas de la época.

La obra no la considera terminada, y en su calidad de diputado socialista, logra en 1903 que el parlamento apruebe un presupuesto especial a fin de formar la «Comisión de Historia Económica de la Revolución». Sus miembros deberán «buscar y publicar los archivos relativos a la vida económica» de todo aquel período.

La herencia de Jaurès ha sido reivindicada por gran parte de los historiadores que desde 1920 entraron a la vida universitaria: Albert Mathiez, Ernest Labrousse, Georges Lefèbre, Albert Soboul y, actualmente, Michel Vovelle.

Los rasgos que unen a estos historiadores entre sí y con el pasado jauresiano son numerosos: compromiso político de izquierda, militantes o no militantes; pasión por la investigación y la búsqueda de nuevas fuentes históricas; respeto hacia los esfuerzos anteriores, sin escatimar las críticas; sentido de la organización del trabajo, lo que ha dado nacimiento a revistas, congresos, coloquios e institutos de investigación. (Actualmente subsisten el Instituto de la Revolución Francesa de La Sorbona, los *Anales de la Revolución Francesa*, y la Sociedad de Estudios Robespierristas).

El hilo conductor metodológico de este grupo ha sido «la lectura social de la historia». El análisis pasa fundamentalmente por la búsqueda de las características de las estructuras socioeconómicas de la sociedad francesa del siglo XVIII —largo plazo histórico—, para inscribir en ellas el proceso revolucionario. Sin embargo, este tipo de lectura no los llevará a «establecer un modelo causal necesario de la revolución», como tampoco a limitar los rasgos centrales del movimiento a la esfera de lo económico-social, sino a la relación de ésta con los cambios de mentalidad en el largo y corto plazos, es decir, «a las relaciones reversibles entre lo material y lo mental», como escribe Ernest Labrousse en 1970¹⁰.

El desarrollo de la ciencia histórica debe bastante a estos historiadores jacobinos. Desde 1925 han tenido un papel de pioneros, tanto en el reconocimiento de nuevas fuentes para la investigación (Archivos notariales, iconografía, arqueología, *cahiers de doléances*, etc.), como en la creación y aplicación de métodos distintos a la historia económico-social y de mentalidades. En los años 30 y 40 se publican obras de Mathiez: *La vida cara y el movimiento social bajo el Terror*, y de Labrousse: *La Crisis de la economía francesa a fines del Antiguo Régimen... y Bosquejo del movimiento de precios y de ingresos en Francia en el siglo*

¹⁰ Bernard Labrousse. *Histoire économique et sociale de la France*. Tome II, Presses Universitaires de France, París, 1970, pág. 740.

XVIII¹¹. Estos trabajos son referencias actuales para la metodología de la historia económica y contribuyeron decisivamente al conocimiento del proceso revolucionario.

En la misma época aparecen las investigaciones de Lefèbre *Los Campesinos del norte, durante la Revolución Francesa* y *El Gran Pánico de 1789*, que fueron los primeros esfuerzos para conocer las estructuras sociales y mentales de los movimientos de masas¹². Los análisis y resultados allí contenidos siguen siendo parámetros de la investigación. Lefèbre estudia al mismo tiempo la estructura de la propiedad y la renta de la tierra y la mentalidad y toma de conciencia del movimiento campesino, subrayando su autonomía en todo aspecto: inspiración, ritmo, aspiraciones. Concluye que se trata de un movimiento anticapitalista, como también antiseñorial, que pasa por momentos distintos y juega un papel a favor o en contra del movimiento revolucionario.

En esta perspectiva y abriendo nuevas vías de investigación se sitúan los trabajos de Albert Soboul, Michel Vovelle y recientemente, de Pierre Bois, Michel Bertaud, Françoise Brunel, Claude Mauzauric, etc.

En 1958, Albert Soboul publica su estudio *Los «sans culottes» parisinos en el año II*¹³ donde analiza el movimiento popular urbano, entrecruzando las características sociales y las tomas de conciencia políticas de las masas que conducen o apoyan la Revolución en 1792 y 93. Soboul concluye que no constituyeron una clase social desde el punto de vista sociológico, sino más bien un grupo que llegó a tener un comportamiento político y cultural: «Conformados por artesanos y comerciantes que llegaron a ser cuadros del movimiento popular, expresaron aspiraciones contradictorias. El odio a la aristocracia, la oposición irreductible a los grandes y a los ricos, fueron los elementos unitarios de esta masa trabajadora».

Con posterioridad, Michel Vovelle ha dedicado sus principales esfuerzos al estudio de las mentalidades, las que subsisten, las que resisten y las nuevas, como él mismo suele decir. Entre sus trabajos cabe citar: *Religión y Revolución, La desecristianización en el año II; La metamorfosis de la fiesta en Provençe (1750-1830), La mentalidad revolucionaria; La Revolución: imágenes y narración*¹⁴.

La historiografía jacobina ha seguido abriendo nuevas vías de investigación —«desde el subterráneo hasta la buhardilla»— que

¹¹ Albert Mathiez. *La vie chère et le mouvement sociale sous la Terreur*. Armand Colin, París, 1927.

Ernest Labrousse. *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*. P.U.F., París, 1943.

¹² Georges Lefèbre. *Les paysans du Nord pendant la Révolution Française*. París, 1927.

¹³ Albert Soboul. *Les Sans-culottes parisiens en l'an II*. La Roche-Sur-Yon, 1958.

¹⁴ Michel Vovelle. *Religion et Révolution. La déchristianisation de l'an II*. Hachette, París, 1976. *Les métamorphoses de la fête en Provençe. 1750-1830*. Flammarion, París, 1976. *La*

permitan comprender la dialéctica existente entre la larga duración histórica y el proceso revolucionario, en temas tales como: el carácter real de los movimientos de masas, la mentalidad de los actores sociales revolucionarios y contrarrevolucionarios, los sistemas de propaganda y educación, las motivaciones de la descristianización.

Por otra parte, se vuelve constantemente a las preguntas centrales sobre las ideas-fuerza de la revolución. A este respecto, Michel Vovelle expresa en una entrevista transcrita en el libro *Pensar la Historia de la Revolución Francesa*:

«Se trata claramente de una Revolución Social, y de una ruptura en que la burguesía es el maestro de obra. Pero ruptura no quiere decir tabla rasa, aunque los revolucionarios hayan tenido esa ambición. La Revolución es a la vez heredera —que sanciona un cambio social y cultural de larga data—, acontecimiento creador y acontecimiento fundador. La fisura revolucionaria no es por eso menos traumática¹⁵.

El perfil de la escuela «jacobina» sería incompleto sin aludir al impulso internacional que dieron a los estudios revolucionarios, Lefèbre, Labrousse y Soboul. La correspondencia, los coloquios abrieron la vía a la constitución de un grupo de investigadores entre los que se destacan: Richard Cobb, George Rudé y Christopher Hill, en Inglaterra; Kohashiro Takahashi, en Japón; Walter Markov y Manfred Kossok, en la República Democrática Alemana; Victor Daline, en Unión Soviética; Armando Saitta, en Italia, etc... La mayor parte de estos historiadores se consideran marxistas y dirigieron sus esfuerzos a producir lo que con el transcurso del tiempo aparecerá como una historia comparada de las diversas formas que reviste la transición al capitalismo. Sus trabajos han mostrado el recorrido que va desde «el modelo» hacia la especificidad de desarrollo de distintas formaciones económicas y sociales.

Este intercambio fructífero que rompió cronologías y distancias geográficas se inscribe en las reflexiones sobre el trabajo del historiador sobre épocas de cambio, que hiciera en 1980 E. Labrousse:

«La Historia se hace de lo que se mueve y de lo que resiste, nada está determinado, ni teledirigido. Hay en el mejor de los casos una historia probable, en niveles muy diferentes de probabilidades»¹⁶.

Labrousse da sentido, luego de cincuenta años de trabajo científico, a la preocupación de Marx de que «una teoría filosófica-histórica, pueda sobreponerse a la práctica teórica-científica».

mentalité révolutionnaire. Messidor, París, 1985. *La Révolution Française. Images et récit*. Livre Club Diderot, París, 1986 (5 vols.).

¹⁵ O. Bétourné et A. Hartig, op. cit.

¹⁶ Labrousse, «Entretiens...» *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* N.º 32, París, 1982.

Los trabajos de estos historiadores, inspirados por el marxismo, incitaron y promovieron una renovación científica considerable ¹⁷ que puso en jaque el modelo de Stalin que reducía el transcurso histórico de toda formación económica y social a cinco etapas progresivas y necesarias.

Finalmente, la presentación de la «escuela jacobina» sólo sería descriptiva si no nos refiriéramos a su «color». La contribución de estos historiadores puede y necesita ser criticada en bien del avance de los estudios históricos, pero sólo el ardor de la polémica puede producir el uso de adjetivos como: «aportes eruditos», «testimonios celebrantes», «apreciaciones ideológicas». No obstante, nos detendremos en el carácter de «celebrantes», que les atribuye Furet.

Es cierto que de alguna manera parecen a veces «celebrantes» apasionados. M. Vovelle lo declaró en el discurso que pronunciara para la apertura del Congreso Mundial de Historia de la Revolución Francesa: «¿Quién puede decir que esta aventura está terminada, cuando el mundo entero vuelve la mirada hacia esta exigencia de democracia que la Revolución aportó, como hacia una promesa y un combate a renovar? Con estas palabras, no creo ser infiel al deber del historiador de reserva y de distancia hacia el objeto de investigación».

2. El debate histórico sobre las ideas-fuerza de la Revolución

Las críticas a los análisis historiográficos tradicionales, no sólo los provenientes de la escuela jacobina, se refieren a dos problemas centrales: las causas y el carácter de ruptura histórica del proceso revolucionario, y de otra parte, la existencia de las «circunstancias» políticas, económicas y sociales que explican el curso que adquirió la Revolución entre 1792 y 1793.

Nuestro objetivo es presentar los elementos principales en discusión, puesto que forman parte de un trabajo sometido a constante revisión. Al problema de las «circunstancias históricas» nos referimos en el acápite anterior y en su aspecto fundamental está implicado en las «formas de ruptura» que trae consigo la Revolución.

El problema del comienzo y significado de la Revolución han sido temas de la historiografía inglesa, especialmente del historiador Richard

¹⁷ Participación en obras colectivas en *Sur le Féodalisme*, Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes, Ed. Sociales, París, 1971.

M. Dobb K. Takahashi, C. Hill et al. *La transición del feudalismo al capitalismo*. Ed. Crítica, Barcelona, 1982.

Cobban, desde los años cincuenta ¹⁸. Este último se interrogó sobre la novedad y el efecto real de la obra realizada por la Asamblea Constituyente de 1789, concluyendo que la mitología sobre la Revolución era más importante que la envergadura real de las decisiones políticas, ya que la feudalidad era prácticamente inexistente a fines del siglo XVIII y las reformas políticas emprendidas por la monarquía habían socavado suficientemente el absolutismo.

François Furet reformula esta temática, escribiendo en la primera parte de su ensayo:

«Lo que se llama Revolución Francesa, este acontecimiento repertoriado, fechado, magnificado como una aurora, no es más que una aceleración de la evolución política y social anterior... Es en 1787 y no en 1789, que Loménie de Brienne destruye el Antiguo Régimen con la Reforma administrativa que sustituye a los intendentes por asambleas electivas. Por lo tanto, en 1789 el Antiguo Régimen ya estaba muerto. La Revolución no pudo matarlo más que en el espíritu» ¹⁹.

Estas afirmaciones incitan a pensar que la Revolución no sólo terminó, sino que nunca existió. Pero el autor se separa tanto de las tesis de Cobban como de las de la «lectura social», señalando que lo nuevo, lo creador de la Revolución es la «invención de la política democrática como ideología nacional ...expresión que designa un sistema de creencias, según el cual el *pueblo*, a fin de instaurar la libertad y la igualdad, que son las finalidades de la acción colectiva, debe romper la resistencia de sus enemigos» (ibid).

Estas reflexiones, que permiten comprender la importancia teórica que se adjudica a su ensayo, se inscriben en la línea de interrogantes planteadas por Hannah Arendt en los años sesenta sobre el carácter de autonomía que puede adquirir el campo de lo político, teoría y práctica comprendida. Con respecto a la Revolución Francesa, en el siglo XIX, Quinet y Tocqueville (Furet toma a este último como referencia) habían subrayado la necesidad de analizar las relaciones entre la decisión política, las ideas democráticas y las circunstancias históricas heredadas. En otros términos, la dialéctica que se mueve al interior de lo político y que se expresa en la acción de los hombres haciendo su historia. Indudablemente, esta reflexión nos acerca a Marx, quien en las obras que dedica a los problemas que plantea la práctica política se refiere en múltiples ocasiones a las formas que toman los movimientos por la revolución, al interior de la sociedad civil en Francia. También se puede pensar en Lenin, que considera, como fuente integrante del pensamiento

¹⁸ Richard Cobban. *The Myth of the French Revolution*. Londres, 1955.

¹⁹ F. Furet, op. cit., págs. 30 y 36.

marxista, la idea y la expresión real del movimiento de la sociedad civil francesa.

François Furet reconoce su deuda con Marx en un libro posterior, pero valorando su obra de juventud, que concede «absoluta autonomía a lo político» ²⁰.

Sin embargo, el llamado de atención sobre un campo poco desarrollado de los estudios de la revolución, es hecho desde los mismo parámetros teóricos que analizáramos, donde el énfasis es puesto en la *ilusión de lo real histórico*. Esta ilusión prefigura en la conciencia la obra realizada, y también las «circunstancias» históricas, las de los enemigos de la revolución. La autonomía de la conciencia creativa determina la producción de los acontecimientos, de ahí que sólo tiene antecedentes en lo ideológicamente aprendido, es decir en la filosofía del Iluminismo y su evolución cultural-política.

De esta manera, la historiografía jacobina, mediante la «lectura social de la revolución», al buscar las causas en el movimiento de las estructuras económicas, sociales e ideológicas, despoja al proceso revolucionario de lo *específico*: su creación política. Surge de inmediato una pregunta «crítica» frente a este «determinismo»: ¿Y la sociedad francesa del siglo XVIII, dónde estaba?; ¿es posible poner de relieve la compleja especificidad de la revolución sin investigar, a lo menos, las estructuras de la propiedad, el peso real de la renta de la tierra sobre el campesinado libre, los elementos constituyentes de la mentalidad revolucionaria, las características de los movimientos populares urbanos y rurales, las formas de ejercicio del poder?

La crítica al «determinismo mecanicista» de los historiadores jacobinos se revierte hacia el «determinismo crítico», que hace de la autonomía de lo político, la determinación en última instancia del acontecimiento histórico, que a su vez ha sido producido por las estructuras mentales. En otros términos, el discurso engendra su discurso y su práctica.

Volviendo a los problemas historiográficos: 1) La contraposición de tiempos históricos como límites de la investigación, a los que se refieren Cobban y Furet y que habitualmente se resume en evolución versus ruptura, sólo podría justificarse tomando separadamente los autores y las obras, sin considerar el cúmulo de investigación realizada en torno a la revolución. En el caso de los «historiadores jacobinos», el trabajo lo han situado en el terreno que se mueve, en la dialéctica del corto y largo plazos histórico. Basta conocer la obra de Labrousse, que produce un estudio sobre la historia económica y social de Francia entre 1660 y 1789 y diversas investigaciones sobre la crisis de la economía francesa en la época de la revolución. Vovelle ha hecho los mismos intentos en el

²⁰ F. Furet. *Marx et la Révolution Française*. Gallimard, París, 1986.

campo de la historia de las mentalidades. Al interés personal de estos historiadores se une la creación de equipos de trabajo.

2) La discusión sobre la existencia del régimen feudal en 1789, también trata de desconocer el esfuerzo realizado desde Jaurès hasta ahora. No obstante, lo más serio en esta polémica es la abstracción que se hace de los trabajos de Lefèbre, que fue el primero en subrayar que lo que los juristas de la Constituyente denominaron «*complexum feudale*», se refería al conjunto de los derechos y privilegios señoriales que subsistían en 1789, entre los cuales se contaban: la renta que gravaba las parcelas campesinas y comunales, los privilegios de justicia, impuestos, caza, etc. Pero lo que abolió la Asamblea, en agosto de 1789, era la usurpación y la servidumbre, abriendo paso al establecimiento de las libertades económicas. La investigación sobre el conjunto de esta problemática ha sido privilegiada por los historiadores desde los trabajos de Lefèbre, y se cuenta con estudios regionales que no han echado abajo, ni la percepción de la Asamblea ni los trabajos pioneros ²¹.

3) La historiografía no le ha restado importancia a las reformas realizadas por la monarquía, y en especial a las del ministro De Brienne. Lo que cambia es el tipo de interrogante: ¿Cómo se produjo la «revolución de los notables» que se expresó en las asambleas provinciales de 1787, y que fueron efectivos medios de presión para el llamado a la reunión de los Estados Generales?

Como conclusión: nuestro interés, al enunciar los temas del debate historiográfico, se ha centrado en poner de relieve el carácter de la crítica, que transforma en *reflejo ilusorio* el acontecimiento y el cúmulo de trabajo científico que le ha sido dedicado. La legitimidad de tal esfuerzo no podría reprocharse, si no fuera porque nos hace dudar el que tal escepticismo sirva para fundar una nueva verdad absoluta: la autonomía de la conciencia política, que en manos de la veleidad humana, hace que la Revolución sea hija de la democracia y madre de la dictadura. ¿Y dónde están los límites —reconocemos que son estrechos— entre la ciencia, el pasado y las circunstancias políticas presentes?

3. La revolución y su reflejo en la política

En este acápite queremos referirnos, brevemente, a las repercusiones políticas de la crítica teórica a la Revolución en la celebración del Bicentenario.

²¹ Ver a este respecto M. Vovelle: *La chute de la monarchie. 1787-1792*, en *Nouvelle Histoire de la France Contemporaine*, Vol. I, Seuil, París, 1972. F. Furet y Mona Ozouf: *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988. Varios autores: *L'état de la France pendant la Révolution (1789-1799)*, Ed. La Découverte, París, 1988. P. Bois: *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe*, Vिलाire, París, 1960.

La primera constatación significativa, es que hubo un «campo político» que no participó en el debate al que nos referimos: la derecha política en todas sus tonalidades. Según ellos la Revolución existió. «1789 representa un corte, fue una puesta a prueba de la memoria francesa, que desde hace miles de años hace la riqueza de nuestra tierra... Es imposible conmemorar 1789, el balance es negativo, de un lado la abstracción de los derechos humanos y del otro, las masacres bien reales y el desastre económico...». Fueron las palabras del historiador Pierre Chaunu, en una entrevista al diario *Le Monde*, con la autoridad que se le concede por su emérita participación en la escuela histórica de los *Annales* ²².

Desde el punto de vista práctico, la Alcaldía de París, dirigida por Jacques Chirac, se había opuesto en 1983 a la proposición del gobierno de realizar una Exposición Universal como parte de los actos recordatorios de la Revolución. En aquella oportunidad se adujo, que el proyecto haría incurrir en gastos excesivos en un período de crisis económica. La idea fue abandonada en el marco del respeto a las instituciones republicanas. El problema del exceso de gastos destinados a la celebración, volvió a la primera página de la noticia, e incluso una encuesta demostró que más del 60% de los franceses consideraban que el gobierno abusaba del erario público. La noticia desapareció de los medios de comunicación, luego que las autoridades anunciaran que la inversión de 800 millones de francos produciría por lo menos 200 millones de ganancia, sólo por concepto de turismo.

Volviendo al mundo de las ideas, Chaunu contrapone en su análisis el tiempo histórico *largo* —idea lúcida de Braudel— al tiempo *corto*, difuso para el historiador y rupturista para la conciencia nacional. Sin embargo, las ideas de Chaunu que «golpearon» a la opinión pública fueron las siguientes:

1) «Es en nombre de la paz y de la libertad que creo hablar, en nombre de Europa en construcción. La revolución estuvo en contra de Europa»... Y las pruebas: la invasión napoleónica a España y Alemania, y la Marsellesa, canción por excelencia de la xenofobia.

2) La guerra de la Vendée testimonia el «genocidio franco-francés». De acuerdo con esta aseveración, Ph. de Villiers, ex-ministro de cultura del gabinete de Jacques Chirac, dio a conocer un requisitorio público titulado «Carta a los cortadores de cabeza y a los mentirosos...» Suficiente, todos comprendieron; el primero no fue Hitler, sino la Revolución Francesa. Europa puede reconstruirse después de esas barbaries ²³.

²² Entrevista en *Le Monde de la Révolution*, N.º 4, París, avril 1989. Pierre Chaunu es autor del libro *Déclassement à propos d'une commémoration*. R. Laffont, París, 1989.

²³ Philippe de Villiers, *Lettre ouverte aux coupeurs de têtes et aux menteurs*. Albin Michel, París, 1989.

El campo de los escépticos empezó a oscilar en 1988. F. Furet había escrito en la revista *Débat* en 1983: «Terminemos con nuestra monomanía celebratoria... En todo 1789 hay algo de 1793». De lo que se trata es de aprender de las consecuencias del proceso revolucionario, es la época fructífera del diálogo para superar el conflicto social y cerrar ese pasado que divide la conciencia nacional, más allá de la identidad cultural que la mantiene unida ²⁴.

Las ideas cambiaron, no se sabe la causa: ¿Melancolía por ciertas ideas-fuerza de la Revolución?, ¿la potencia de la corriente celebratoria?, ¿los golpes del campo de la derecha? Lo cierto es que el discurso cambió: había que celebrar y hacer el elogio «de la abstracción de los derechos humanos», expresó la historiadora Mona Ozouf, quien es coautora con F. Furet del *Diccionario Crítico de la Revolución Francesa*, uno de los aportes del Bicentenario.

El cambio movió a asombro y también a sospecha; de ahí el título de uno de los capítulos del libro *Pensar la historia de la Revolución Francesa*, «François Furet o el arte del recentraje», donde los autores llaman la atención sobre los contenidos de la crítica y la actitud bien real de Furet, que publica una serie de libros que están en todas las vitrinas de las librerías parisinas, justamente por su calidad *celebratoria*. Por ej.: *La Revolución, 1770-1880*, en gran formato, y con una ilustración en la portada: la iconografía por excelencia de la revolución: «La República» de Charles Landelle en la que se ve la imagen de Mariana, que lleva la espada de la justicia y el olivo de la paz ²⁵.

Hemos presentado a los «celebrantes», que desde La Sorbona culminaron la celebración en un Congreso Mundial de Historia de la Revolución Francesa. Queda una pregunta para Michel Vovelle, quien declaró en 1985: «La Sorbona está sitiada». La pregunta es: ¿Los atacantes lograron el objetivo?

Sin embargo, en el campo de los «celebrantes», se destacaron otras «lecturas» de las ideas-fuerza de la Revolución y su mensaje contemporáneo: Régis Debray publica a fines de 1988 el libro titulado: *¡Viva la República!*, y Daniel Bensaid, la obra: *Yo, la República* ²⁶.

Debray señala la variedad de proyectos políticos que encierra la Revolución de 1789. En primer lugar, el que no se llevó a la práctica, y que la realidad contemporánea plantea como un programa de exigencias: la plena vigencia de las libertades y derechos que fueran proclamados en 1789. En segundo lugar, aquello que la revolución puso en práctica: un

²⁴ F. Furet. «La Révolution dans l'imaginaire politique française». *Débat* N.º 26, París, sep. 1983.

²⁵ O. Bétourné et A. Hartig, op. cit., pág. 184.

²⁶ Régis Debray. *Que vive la République!* Gallimard, París, 1989.
Daniel Bensaid. *Moi, la République*. Gallimard, París, 1989.

sistema de pensamiento basado en el hombre, que piensa y se organiza, sin rey de derecho divino, ni Dios que decida. Este sistema funda una nación que a través de la soberanía nacional, «fusiona costumbres y leyes, las raíces y la voluntad». Así, la individualidad se inscribe en el colectivo. A continuación, el autor demuestra cómo estas ideas han influido en la historia de Francia y del mundo, de manera tal, que cada vez que son puestas en duda, se ha abierto el camino a la usurpación, a los regímenes de excepción.

D. Bensaid, se insurge contra la asimilación de las ideas de violencia y revolución: «Hay una superchería mayor en el acoplamiento exclusivo y abusivo de revolución y violencia. ¿Las revoluciones serían un oscuro y perverso objeto de deseo? Más prosaico, son explosiones e irrupciones, enfrentamientos de intereses, de principios y de voluntades. Cuando no se puede soportar.... ¡no se soporta más! ¿El Derecho tiene primacía sobre la Fuerza? Sí, de modo absoluto. Queda por saber, puesto que Dios está fuera del juego, ¿quién decide sobre el Derecho?»²⁷.

En conclusión:

La discusión no ha terminado, es posible que sólo haya comenzado. El Bicentenario se celebró: pobre o lujosamente, inteligente o mediocrementemente. Las diversas expresiones de la soberanía popular van a decidir. En nuestro caso, luego de haber presenciado y participado en las fiestas celebratorias, habiendo leído los libros a los que aludimos en estas páginas y de dar o darnos un salvoconducto para realizar estas actividades, tuvimos la sensación de que la Revolución, el personaje mítico de Michelet, anda por varios lugares de Francia y el mundo como la cigarra de Elena Walsh: *Tantas veces me mataron / Tantas veces me morí / Pero estoy aquí/ sola / cantando, cantando....*

²⁷ D. Bensaid, op. cit.

La Revolución Francesa. *Hechos y etapas de su desarrollo*

RUBEN SOTOCONIL

REVOLUCION (*Antr.*) Revuelta encaminada a subvertir un sistema social en cuanto a tal y a reemplazarlo por otro. Sin ser conocido absolutamente en las sociedades arcaicas y tradicionales, este proceso es, sin embargo, característico de las sociedades modernas, en la medida en que el sistema en cuestión pueda ser desacralizado. (*Pol.*) Cambio radical y brusco de un sistema político y/o de una estructura social con el apoyo activo de una parte importante de la población.

I. Antecedentes

A fines del siglo XVIII (cuando en Chile don Ambrosio O'Higgins hacía méritos para llegar a ser virrey del Perú) apuntaba ya el capitalismo en Francia. Desde el siglo XVI se producía en forma industrial carbón, acero, cobre, vidrio, buques, armas, gobelinos, tapices, encajes, porcelanas, coches, carros... Pequeños productores (llamados entonces fabricantes) vivían sometidos a grandes empresarios comerciales. Se empleaban máquinas, aparatos e, incluso, motores de agua, sangre o viento. Se explotaba a obreros no agremiados, mujeres y niños.

Estas industrias eran administradas por el Estado, o por príncipes, conventos, grandes terratenientes, ciudades, e incluso corporaciones. La producción en grande sólo se presentaba cuando el rey ordenaba encargos para el ejército o la marina. El resto era de consumo cortesano o de burgueses ricos.

La revolución industrial inglesa aceleró bruscamente la producción capitalista. Las grandes manufacturas centralizadas, con acentuada división del trabajo, llevaron a la concentración de enormes capitales en pocas manos: en las de la gran burguesía, que no tenía derechos políticos a su medida, pero que sabía que «el caudal hace la autoridad».

Se universalizaron nuevas ideas cargadas de dinamita revolucionaria.

Rubén Sotoconil es hombre de teatro y escritor. Vive en Chile.

ria. La escolástica medieval, las ideas caducas sobre el origen divino del poder, las normas jurídicas obsoletas, la moral, las costumbres de la sociedad feudal... todo cayó en descrédito. Newton y Adam Smith en Inglaterra, Lavoisier y Rousseau en Francia, Lomonosov y Radichev en Rusia, Lessing y Kant en Alemania despertaron el pensamiento y abrieron deslumbrantes horizontes.

La evolución fue desigual. Inglaterra se adelantó, igual que Holanda y las colonias inglesas en América. Pero en la mayoría de los países del continente europeo todavía no maduraban las condiciones para una revolución burguesa.

En Francia el régimen feudal y absolutista ya no correspondía a la evolución económica y social del país, esencialmente agrícola. De sus 25 millones de habitantes, el 90 por 100 eran campesinos. Su agricultura era muy atrasada. Casi un tercio de las tierras cultivables eran yermos. Instrumentos y herramientas eran primitivos. Prevalecía la rotación trienal en los cultivos. Apenas se conocían las plantas forrajeras. Las cosechas eran pobres en comparación con las que obtenían los ingleses.

En vísperas de la revolución, el 80 por 100 de las tierras de pastoreo, regadío y bosques; el 17 por 100 de las tierras arables (un tercio del total), estaban en manos de la nobleza y del clero. Por lo general, el amo recibía la renta (censo) total; el campesino aportaba todo el trabajo.

En las provincias del noreste algunos grandes propietarios trataban de reorganizar la explotación sobre patrones capitalistas. Despedían a los peones, unificaban las parcelas o introducían el sistema de arriendo. A veces la propiedad pasaba a manos de un burgués; pero esto era excepcional.

La autoridad feudal paralizaba el desarrollo del agro, anulaba las iniciativas para aumentar la producción. Casi la totalidad de los frutos del trabajo pasaban al goce del señor, a la iglesia o al rey.

A partir de 1780 comienza en Francia lo que algunos historiadores llaman «reacción feudal». Los propietarios imponen exigencias más abrumadoras, poniendo en vigor leyes antiguas. Habían caído los precios y se trataba de sacar ganancia a toda costa, exagerando la explotación. Exigieron el tercio de lo producido en las tierras comunales; luego demandaron la mitad y finalmente los dos tercios.

La industria. La manufactura más desarrollada era la de algodón (Ruan, Havre). En Lyon era la seda; en Alsacia, Lorena y Ardenas, la metalurgia. La fabricación de paños existía casi en todo el país.

Con el desarrollo industrial crecían las ciudades. París tenía, en vísperas de la revolución, alrededor de medio millón de habitantes, de los cuales un quinto eran obreros asalariados. Marsella tenía 90 mil habitantes y era la segunda ciudad del reino; Lyon, unos 85 mil; Bordeaux 84 mil y Nantes 57 mil.

Subsistía, en cierta medida, el sistema corporativo. Pero el rol dominante lo ejercían los capitalistas. Las grandes manufacturas empleaban de 50 a 100 obreros. Las minas de carbón en manos de la compañía D'Anziu empleaban a 4.000 obreros. Los talleres Creusot, fundados en 1789, poseían cuatro altos hornos. En las manufacturas textiles de Abbe-Ville laboraban más de 1.700 obreros, la mayoría mujeres.

El empleo de maquinaria había comenzado por 1760-70, importando de Inglaterra el telar Jenny para las hilanderías de Picardía y Lyon.

En vísperas de la revolución existían unos 900 oficios mecánicos. La necesidad de pasar del trabajo puramente manual a la manufactura incentivó la invención técnica. A fines del siglo XVII el físico Denis Papin se había aproximado a la construcción de una máquina de vapor. En 1707 había construido el primer buque a vapor. Aparecieron más tarde máquinas de contrucción francesa, como cardadoras «sobre el modelo de máquinas, de largo empleo ya, en Manchester».

En 1785 Francia exportaba telas, sedas, brocados, sargas, bordados, batistas, sombreros, guantes, relojes, joyas, artículos de moda, tintes, vajillas, objetos de acero y de otros metales, papel, libros, jabón, velas, cristales, muebles de ebanistería, etc.

Pero —ya está dicho— el régimen feudal entrababa el esfuerzo industrial. El mercado interno era reducidísimo por la pobreza de la población campesina. En provincias existía gran diversidad de leyes referentes al intercambio. No había un mercado libre.

Francia comerciaba con todos los estados europeos, América y Oriente. De las Indias Occidentales (Santo Domingo y otros), importaba azúcar, especias y otros productos coloniales. La trata de esclavos constituía uno de los tráficos más lucrativos.

Bordeaux, Marsella, El Havre, Nantes, eran puertos florecientes donde los talleres de construcción naval tenían desarrollo considerable, a pesar de las trabas aduaneras.

Pese a todo, las formas de desarrollo capitalista se iban imponiendo en el comercio, la industria y la agricultura.

La monarquía, el poder real, ejercía su mando aristocrático e ilimitado. Luis XVI, hombre débil y pusilánime, aunque comilón, se atenia a su derecho «de origen divino». Determinaba las relaciones diplomáticas, nombraba ministros y funcionarios, dictaba y revocaba leyes, encarcelaba a medio mundo, cometía toda clase de arbitrariedades. Se había casado con María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa de Austria, lo que reforzaba su posición en Europa.

El absolutismo francés era un poder confuso, complicado y a veces contradictorio. No había uniformidad administrativa. Las provincias se dividían en senescalías, generalidades, etc., herencia de antiguos usos administrativos feudales independientes, reunidos en distintas épocas por la corona. Algunas ciudades eran autónomas.

La administración de las provincias no estaba unificada. Los im-

puestos se cobraban en forma diferente en cada localidad. Tarifas y transacciones comerciales eran distintas de una comarca a otra. Tampoco era uniforme el sistema de pesas y medidas.

El inmenso aparato gubernamental se ocupaba principalmente en cobrar impuestos y exprimir en toda forma a la población trabajadora. El impuesto más odiado era el de la sal. Las contribuciones absorbían los dos tercios de los frutos de la tierra.

La producción estaba sujeta a reglamentación minuciosa e irritante. Algunas mercancías debían fabricarse según etapas establecidas, muchas veces obsoletas; la menor transgresión significaba destrucción de los artículos. Una nube de inspectores y controladores velaba por que no se introdujese ninguna innovación en los productos industriales o agrícolas.

La palabra impresa estaba sometida a estricta censura. (En 1789 había 33 censores de ciencias jurídicas; 21 de medicina; 5 de anatomía; 9 de matemáticas y física; 24 para las bellas artes). Los escritos «sediciosos» eran quemados. «En Francia el rey habla y el pueblo obedece», decía el conde Vergennes, ministro de Luis XVI.

La nobleza. La monarquía conservaba la división feudal de la sociedad en *órdenes*. «El clero sirve al rey con la plegaria, la nobleza con la espada, el Tercer Estado con sus bienes». El clero y la nobleza constituían una minoría: de 25 millones, 117.000 eran nobles y otros 130.000 eran clérigos. En total, poco más del 1 por 100 de la población del país.

Los nobles consumían la quinta parte del presupuesto estatal y poseían, junto con el rey, las tres cuartas partes del territorio nacional. Se dividían en varios grupos: nobleza palatina, de los empleos públicos, y nobleza feudal. Ocupaban todos los puestos importantes del Estado.

Una cuarta parte del suelo francés era propiedad de la iglesia. El alto clero (arzobispos, obispos y otros «príncipes») tenían rentas de miles de libras, en tanto que los curas de aldea percibían no más de 800 libras al año. (1 libra = 20 sous; 1 sou = 5 centavos).

En los años que precedieron a la revolución habrían salido del tesoro del Estado 23 millones de libras para beneficio del conde D'Artois, hermano del rey; 1.200.000 libras para la condesa de Polignac y sus deudas, amén de 100.000 libras para la dote de su hija; 100.000 libras para el conde de Guiche y la dote de su respectiva hija; 1.750.000 libras para la familia del conde de Naoilles, etc. Se pagaban 28 millones de libras anuales en pensiones para los nobles.

El conde de Orleans, uno de los hombres más ricos del reino, tenía deudas por más de 70 millones. El cardenal de Rohan, otro potentado, debía más de dos millones.

La nobleza de provincia llevaba una vida precaria. Algunos apenas sabían firmar. Como sea, eran los amos en sus dominios y estrujaban sin misericordia a «sus» campesinos.

La «nobleza de toga» (jueces) procedía de la burguesía. Habían comprado sus títulos y se entregaban con alma y vida a la «nobleza de espada» (aristócratas con antepasados nobles). Eran adversarios resueltos de todo cambio.

Entre todos estos grupos no había contradicciones de fondo. Tenían conciencia de pertenecer a los órdenes privilegiados y dirigentes, que explotaban, presionaban y oprimían al resto de la nación.

Algunos años antes de la revolución se había reagrupado la nobleza, borrándose las diferencias entre «espadas» y «togas». Cierta porción pequeña de la nobleza se había «aburguesado»: eran los que trataban de reorganizar la explotación de sus dominios, modernizándola. Se embarcaban en empresas lucrativas diversas, comerciales e industriales, invirtiendo en compañías colonizadoras que producían grandes beneficios. Esta nobleza liberal se alejaba del feudalismo absolutista para plegarse a la nueva sociedad burguesa en formación. (Duques de Aiguillon y de Noailles, marqués de La Fayette, el conde de La Rochefoucauld, los hermanos Lameth).

El Tercer Estado lo constituía el 99 por 100 de la nación. Comprendía la burguesía, los campesinos, los plebeyos: artesanos, pequeños comerciantes, obreros, etc. Todos carecían de derechos políticos y estaban subordinados a los órdenes privilegiados.

La burguesía. El desarrollo del capitalismo, la expansión de la industria y del comercio, la formación de la economía capitalista, habían consolidado a la burguesía. A fines del siglo XVIII se había convertido en la clase más fuerte, rica y poderosa. En sus manos concentraba capitales enormes, poseía las empresas industriales, manejaba la totalidad del comercio interior y exterior, se había adueñado de gran parte de las propiedades. Sus palacios parisinos eclipsaban a los de la antigua nobleza. Los burgueses de provincias no les iban en zaga. El armador Bonafé, de Burdeos —por ejemplo—, poseía 30 barcos y una fortuna calculada en 16 millones de libras. Los banqueros prestaban grandes sumas a los nobles arruinados. Eran los más instruidos; cultivaban las ciencias para ponerlas a su servicio y oponerlas a la religión, que era la herramienta ideológica con que la nobleza defendía sus privilegios amenazados.

La burguesía tenía conciencia de sus propias fuerzas y de que carecía de derechos políticos. No participaba en la dirección del Estado. Vivía sometida a la nobleza y limitada por toda clase de trabas. Aunque miraba con desprecio a los campesinos y a los pobres en general, comprendía que la miseria universal estrechaba aún más el mercado interno.

Había diferencias: banqueros, millonarios, financistas, estaban más ligados a la nobleza; los pequeños comerciantes e industriales no podían sortear con igual facilidad las trabas del régimen. Pero todos, como clase social, constituían una fuerza revolucionaria.

Los campesinos. Constituían la inmensa mayoría de la población y soportaban casi la totalidad del peso feudal.

Había desaparecido la servidumbre primitiva. La gran mayoría eran *censatarios*, que pagaban renta al señor.

El régimen de propiedad permitía la explotación inmisericorde del campesino. Los amos percibían una renta en dinero, perpetua e irremisible, el *censo*, y una parte considerable de la cosecha (impuesto sobre cada gavilla). En la compra-venta de un bien raíz el dueño (no noble) debía pagar cierta cantidad al señor. Por transitar en los caminos o cruzar los puentes, había que pagar peaje. Debía pagar por moler su trigo en el molino señorial, por cruzar el río en la barca, por la polvareda que levantaba el rebaño, etc.

La Iglesia le exigía el diezmo, que significaba una parte de los frutos de la tierra (décima de las cosechas). El diezmo personal lo pagaban en dinero contante; los «novales» eran los diezmos sobre las tierras recién labradas. Al rey había que pagar diversos impuestos: prestaciones como «la talla», impuesto sobre la propiedad; «la vigésima», sobre las rentas; «la capitación» sobre la persona.

Los labradores sucumbían bajo el yugo feudal. Cada día aumentaban sus sufrimientos y dificultades.

«Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, desparramados por el campo, negros y lívidos y completamente quemados por el sol, apegados a la tierra que remueven con terquedad invencible; tienen una especie de voz articulada y cuando se levantan sobre sus pies muestran una faz humana; y, en efecto, son hombres. Se retiran por la noche a sus cubiles, donde viven de pan negro, de agua y de uvas; ahorran a los demás hombres el trabajo de sembrar, de laborar la tierra y de recolectar para vivir, y así merecen que no les falte ese pan». (La Bruyère, *Los caracteres*, Sopena, Buenos Aires, pág. 135).

En vísperas de la revolución, los labriegos eran unos dos millones de desesperados, listos para empuñar las horquetas contra sus opresores. Se oía decir: «El rico y el cochino / no aprovechan vivos; pero cuando muertos están / ¡qué ratos tan buenos dan!

La plebe o canalla. Obreros, artesanos, pequeños comerciantes, cargadores, músicos ambulantes, trabajadores ocasionales o desempleados, indigentes se hacinaban en los suburbios de las grandes ciudades. Constituían «la canalla», en el escalón más bajo de la sociedad. No tenían absolutamente ningún derecho; eran simplemente parias. En el curso de los siglos XVII y XVIII se insurreccionaron varias veces.

En 1670, en Burdeos, apoyaron a los campesinos rebelados contra el impuesto a la sal. A finales del reinado de Luis XIV se negaron a trabajar servilmente en los caminos («*corvée*»), a pagar impuestos y a contribuir a la Iglesia.

En 1709, año de gran hambruna, y en 1778-84 y 85, las revueltas

populares causaron gran inquietud en la Corte. El 27 de abril de 1775 los estibadores de Beaumont obligaron con violencia a bajar el precio del pan. El ejemplo fue imitado en toda la Isla de Francia, en los alrededores de París y en cuatro de sus provincias limítrofes (Normandía, Picardía, Champaña y Orleans). La ola de protesta llegó a Versalles y se dice que Luis habló desde el balcón a unos ocho mil revoltosos. El ministro Turgot movilizó a las tropas, arrestó, ejecutó. El orden fue restablecido y el hambre continuó royendo las entrañas del pueblo, pero no la conciencia de la nobleza.

Los obreros. Los obreros se reclutaban entre los pobres de las ciudades y entre los campesinos arruinados. En París, Ruan, Lyon, Marsella, Bordeaux, Nantes, los obreros formaban un contingente de 600.000 personas.

La jornada de trabajo era de dieciséis a dieciocho horas en locales sombríos y húmedos. El salario no cubría las necesidades elementales del trabajador y su familia. Las huelgas eran frecuentes. Escribía un ministro del antiguo régimen: «En general, los salarios son demasiado bajos y hay una gran masa de hombres víctima de los intereses particulares de unos cuantos». Los aprendices de sastres de Marsella tienen derecho a declarar: «Vivimos en la desventura». Los albañiles ganaban término medio 2,30 libras diarias; los tejedores de Mosela, 75 centavos; una hilandera bretona, 30 centavos; un minero calificado, 1 libra 28 centavos. Un kilo de carne costaba 1,10 en París y 60 centavos en el resto del país. 1 kilo de mantequilla, 1,28 libras. El promedio de salario era equivalente al precio de 6 libras de pan. La carne y el vino rara vez se hallaban en las mesas obreras.

Todavía no se maquinizaba la industria. No se formaba aún el proletariado, en el sentido moderno de la palabra.

Los hilanderos de Caen consideraban «... que las máquinas son un perjuicio serio para la gente pobre: reducen a nada el precio de la hilandería y, por lo tanto, los hilanderos piden que se supriman».

II. Crisis

El régimen feudal y absolutista frenaba el desarrollo de las fuerzas productivas y las nuevas relaciones sociales que ya iban cobrando forma.

Los intereses de la clase burguesa, de los campesinos, de la pequeña burguesía urbana y de los obreros entraban en aguda contradicción con el régimen absolutista y feudal. El Tercer Estado estaba en condiciones de unirse contra el feudalismo. El abate Sieyès expresaba:

—¿Qué es el Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué exige? Ser algo (1789).

La burguesía se alzó como vanguardia de las clases populares pertrechada de su propia ideología. Proclama el imperio de la razón con-

tra el reinado de la religión. Cree en el progreso, en el «derecho natural». El Estado, el orden social había comenzado como un convenio entre los hombres («contrato social») y tan pronto como el régimen social dejara de existir al servicio de los ciudadanos, estos tenían el derecho a sublevarse contra el orden existente.

Ideología burguesa. En las ideas y opiniones circulantes empieza a decantarse un nuevo enfoque del mundo y de la sociedad. Escritores, filósofos, historiadores y publicistas que representaban a la burguesía revolucionaria preparan el espíritu y el corazón para la batalla que se avecina.

En los últimos años del reinado de Luis XIV se declara la crisis del régimen feudal.

Los sufrimientos de la masa hicieron que el mariscal Sebastián de Vaulin (1633-1707) publicara un *Project d'une dime royal (Proyecto de un diezmo real)* (1707), obra de carácter filosófico y político en que reconocía como causa de los males del reino el excesivo peso de los impuestos y su desigual aplicación. Proponía una reforma de todo el sistema fiscal. El autor cayó en desgracia.

Pierre de Boisguillebert (1646-1714) no sólo critica la política financiera sino toda la política económica del Estado y señala la necesidad de limitar los privilegios de los dos órdenes principales. Su libro también fue prohibido.

Louis de Saint-Simon (1675-1755) escribió sus memorias, pero dispuso su publicación hasta después de su muerte, para librar su cuerpo de la quemante ira del Rey-Sol. Sus observaciones de la corte de Versalles y sobre el absolutismo y el régimen feudal revelan que ya en su tiempo la podredumbre estaba avanzada.

La crítica al absolutismo se convierte en la principal preocupación ideológica de la literatura francesa de este período.

Jean de la Bruyère (1645-1696) muestra un bien definido acento democrático en su único libro, *Los caracteres, o las costumbres de este siglo* (1688), que es una crítica profunda, incisiva y justa del absolutismo. Habla de los acaparadores y de su escandalosa fortuna, de los grandes señores, holgazanes y perversos, de los aldeanos miserables. Desacredita a los dirigentes sociales (la nobleza, el soberano, la corte, los grandes, la alta burguesía). Critica la inmoralidad, beatería, el egoísmo mezquino, la futilidad del «gran mundo», la iniquidad del régimen social de su tiempo (el de Luis XIV, un rey que sólo se bañó dos veces en su vida).

Discípulos suyos fueron Fenelon y Lesage (*Gil Blas de Santillana*). Lesage (1668-1747) describe la decadencia y descomposición de la vieja sociedad feudal y el nacimiento del orden burgués, edificado sobre el poder del dinero y la sed de lucro.

Charles Perrault (1628-1703) fue poeta, traductor y filósofo. Sin embargo pasó al olimpo literario como escritor de cuentos para niños

(*Caperucita, El gato con botas, Cenicienta*). A la moral cortesana opone la moral del pueblo.

Las «luces». «Los grandes hombres que en Francia prepararon la cabeza para la revolución que había de desencadenarse, adoptaron una posición abiertamente revolucionaria. No reconocían autoridad de ningún género. La religión, la observación de la naturaleza, la propiedad, el orden público: todo lo sometían a la crítica más despiadada; cuanto existía había de justificar los títulos de su existencia ante el foro de la razón, o renunciar a seguir existiendo» (Engels, *Anti Dühring*, introducción).

La olla de las ideas hirvió largo tiempo. Fue «el siglo de las luces». Filósofos, economistas, escritores defendieron conceptos de avanzada y progreso, esclareciendo las ideas del pueblo para la revolución en perspectiva. La propagación de las «luces» estaba a cargo de la burguesía ascendente, entonces aliada al pueblo. Fue la única ocasión en que pudo identificarse con el Tercer Estado. Después siguió invocando el nombre de «todo el país», pero para ocultar la sarna del lucro, ganancia o porcentaje.

Las masas populares fueron las primeras en afrontar la lucha. Alzamientos campesinos, insurrecciones de la plebe se sucedían a través de los años, sobre todo en épocas de hambrunas. Eran alzamientos espontáneos. Por lo general adoptaba la orientación de la burguesía, única clase capaz de encabezar y dirigir el movimiento popular.

Las aspiraciones y esperanzas del pueblo fueron expresadas, en su etapa de formación por algunos teóricos poco conocidos, como Meslier y Mably. *Jean Meslier* (1664-1729) era un modesto párroco de Etrépigny, en Champaña. Escribió un *Testamento* publicado después de su muerte. Voltaire lo leyó y lo publicó expurgado de lo que le parecía «peligroso». Meslier es considerado el padre del materialismo francés. Denuncia la religión como instrumento de opresión y represión del pueblo: «La religión apoya al gobierno político, por malvado que sea; y a su vez, el gobierno sostiene a la religión, por tonta o vana que sea». Para él los soberanos y potentados son todos ladrones y asesinos. Repudia la propiedad privada de la tierra, fuente de todas las injusticias sociales. Aspira a un comunismo agrario. Expresa la esperanza de que todos los grandes y aristócratas de la tierra sean colgados y ahorcados algún día «con las tripas de los curas». *Mably* (1709-1785) consideraba una serie de reformas: contra el lujo, limitar la propiedad territorial, etc.

Montesquieu. Carlos Luis de Secondat de Montesquieu, barón de la Brede (1689-1755) publicó sus *Cartas persas* (1721), novela filosófica en forma epistolar, sátira mordaz de las instituciones sociales y políticas del régimen absolutista, en particular de la del «Rey-Sol», Luis XIV. En 1728 fue elegido miembro de la Academia Francesa, donde

rindió homenaje al mismo rey que antes denostó. En 1748 dio a la prensa *El espíritu de las leyes*, libro de larga preparación y reeditado 22 veces en los dos años siguientes a su aparición. Se le considera el padre del liberalismo burgués. Denuncia el despotismo, sus vicios y sus crímenes e idealiza la monarquía constitucional inglesa. Separa rigurosamente el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial. Marat lo consideraba su primer maestro por su defensa de la libertad, su denuncia de la religión, su hostilidad al despotismo, su condena a las guerras de conquista.

Voltaire. Doce años después de la publicación de *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, aparecieron unas *Cartas filosóficas* que fustigaban sin piedad la barbarie, el oscurantismo, el espíritu reaccionario y el atraso político de Francia. El libro fue quemado, el impresor arrojado a La Bastilla y el autor tuvo que ocultarse: Francisco María Arouet (Voltaire) (1694-1778) pasó a la antesala de la revolución como portaestandarte de los iluministas, enemigo implacable del feudalismo y sus socios clericales y beatos. Sin embargo, decía que «si Dios no existiera, sería preciso inventarlo» para frenar los impulsos de la plebe, pues «si la canalla se pone a pensar, todo está perdido». Preconizaba la reforma del poder desde la cúpula.

Su influencia fue inmensa, sobre todo en la pequeña burguesía.

La Enciclopedia. La crisis del absolutismo seguía agravándose. Se profundizaba la corrupción y crecían las dificultades. La hambruna de 1747 desembocó en la insurrección de 1749.

En 1750 se abre la suscripción a la *Enciclopedia*, «diccionario razonado de ciencias, artes y oficios», suma y compendio del conocimiento de la época. Por primera vez en la historia de la lucha ideológica y política reunía en una sola plataforma a todos los representantes de las ideas revolucionarias, a todos los adversarios del feudalismo decadente: deístas, ateos, agnósticos y materialistas, monarquistas constitucionales y republicanos.

El director fue Denis Diderot (1713-1784). Su colaborador Jean Le Rond (D'Alembert) (1717-1783). Escribieron en ella Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Quesnay, Turgot, Holbach, Helvetio, Condillac, Mably, etc. Los dos primeros volúmenes fueron destruidos. En 1759 se detuvo su publicación. D'Alembert se retiró, acobardado ante el furor de sus enemigos; pero Diderot continuó hasta 1765, en que la *Enciclopedia* se completó.

Filósofos materialistas. La Enciclopedia tuvo gran influencia en la evolución intelectual francesa del siglo XVIII. «Los materialistas franceses no limitaban su crítica al dominio de la religión; criticaban toda tradición científica, toda institución política de su tiempo. Para probar que su teoría era de aplicación universal tomaban el camino más

corto, aplicándola atrevidamente a todo objeto del conocimiento, en esta gigantesca obra, la Enciclopedia. De una u otra forma, abiertamente materialistas o deístas, el materialismo se convirtió en la concepción del mundo de toda la juventud culta de Francia» (Federico Engels).

El materialismo francés de la época está representado por Julien Offroy de La Mettrie (1709-1751), médico, autor de *El hombre-máquina*; Denis Diderot, autor de obras notables como *El sobrino de Rameau* (1762), *Conversaciones de D'Alambert y Diderot* (1769), *El sueño de D'Alambert* (1769); Claude Adrian Helvetius, adversario de la religión y el despotismo, cuya obra principal, *Del ingenio*, (1758) era muy estimada por Lenin; Paul Henry de Holbach (1723-89), autor del *Sistema de la naturaleza* (1770) y de panfletos antirreligiosos; Etienne Bonnal de Condillac (1715-1780), que escribió un *Tratado de las sensaciones* (1734); Jean Baptiste Robinet, con su obra *De la naturaleza* (1761-1768), etc.

Holbach sostenía que la naturaleza actuaba por sus propias fuerzas y que no necesitaba de impulsos exteriores para entrar en acción. Los filósofos eran mayoritariamente ateos, creían en el poder de la razón y atacaban fieramente la ignorancia y el oscurantismo. La mayoría era de espíritu democrático, confiaba en el pueblo y trataba de llegar a él.

Sin embargo, su materialismo estaba vinculado a la mecánica y a las matemáticas, entonces en crecimiento. Tendía al análisis, a la división de la naturaleza en esferas y objetos aislados y sin considerar su desarrollo. Cualquier forma complicada del movimiento era reducida a una más condensada: lo social era extrapolado a lo biológico, luego a lo químico y a lo electromagnético. En ciencias naturales se trataba de traducir el movimiento al traslado de los cuerpos en el espacio, al movimiento mecánico. Las únicas leyes de la naturaleza eran las mecánicas. La Revolución Industrial fue obra de mecánicos emprendedores que prestigiaban todo lo que tocaban, hasta la filosofía.

Los fisiócratas. La fisiocracia es una doctrina económica que sostiene que la riqueza proviene de la explotación de los recursos naturales (physis = naturaleza) y del libre cambio de los productos, dentro de un orden natural de las sociedades humanas. El Estado no tiene por qué inmiscuirse en la vida económica del país.

F. Quesnay, Dupont de Nemours, Mercière de la Rivière, Turgot y otros, conciben la economía desde el punto de vista de la burguesía ascendente.

Parten de nociones de «derecho natural» y «leyes de la naturaleza» formuladas por ellos mismos, y que consideran constantes e inmutables. Critican las condiciones de vida de la sociedad feudal, violadoras del «derecho natural», especialmente el régimen de libertad individual y el derecho a la propiedad privada. Las trabas a la li-

bertad de empresa y a la iniciativa privada constituyen las violaciones más funestas. Proclaman: «¡Dejar hacer! ¡Dejar pasar!»

Daban prioridad a la agricultura sobre la industria y el comercio, lo cual es legítimo para el estado de desarrollo de Francia en esa época. Quesnay (1694-1774) sostenía que el país debía ser poblado por agricultores ricos. Había que volver al comunismo primitivo, como el que todavía practicaban los pueblos salvajes para llegar a la anhelada felicidad humana.

Corrientes democráticas. A partir de Jean Meslier empieza a perfilarse la corriente democrática. En 1775 apareció un tratado anónimo, *Código de la naturaleza*, en el que se sostenía que la naturaleza humana es inmutable y que el orden social existente estaba en contradicción con la naturaleza y las exigencias de la razón. El mayor mal y fuente de sufrimiento estaba en la propiedad privada. La sociedad estaría en armonía con el «orden natural» cuando se restituyera la propiedad colectiva de la tierra (Morelly).

El abate Gabriel Bennot de Mably expresó las mismas ideas en *Dudas propuestas a los filósofos economistas sobre el orden natural y esencial de las sociedades políticas* (1768) y *De la legislación o Principios de las leyes*. Criticaba duramente las instituciones sociales y proclamaba los derechos soberanos del pueblo. No soñaba con la vuelta al comunismo primitivo, como Morelly, sino que preconizaba reformas. Confiaba en «las luces del siglo» y en «el generoso corazón del rey»...

Rousseau. El representante más eminente de la ideología democrática del siglo XVIII fue Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), hijo de un relojero suizo. Conoció desde niño los trabajos ingratos, las injusticias, el hambre y las humillaciones. Era un «maestro chasquilla» de muchos oficios. Cuando publicó libros, las autoridades ordenaron quemarlos. Vivió perseguido, ocultándose, disfrazándose. Y con todo, fue el maestro de la juventud francesa y europea durante varias generaciones: *Discurso sobre ciencias y artes* (1750), *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1755), *El contrato social* (1762), *La nueva Eloísa* (1760, novela), *Emilio, o de la educación* (1762, novela) y *Confesiones* (1782-89).

Rousseau se pronunciaba contra la propiedad privada y contra la desigualdad social que esta engendra. También partía del «derecho natural» y del «hombre natural». En los tiempos dorados no había propiedad privada y todos los hombres eran iguales, según la naturaleza. La desigualdad comenzó con la propiedad privada: «El primero que cercó un terreno y dijo “*Esto es mío*” y encontró gente simple que le creyera, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, muertes y cuántas miserias y horrores no se hubieran evitado el género humano... si alguien hubiese gritado: “¡Cuidado

con escuchar a este impostor! ¡Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!" ».

En *El contrato social* (1726) demostró que el derecho de los reyes no era divino sino humano: «La desigualdad es manifiestamente opuesta a las leyes de la naturaleza, no importa la manera en que se defina. Que un niño dirija a un adulto, que un imbécil mande a un sabio, y que un puñado de personas se harte de frivolidades mientras las multitudes mueren de necesidad.»

El poder del Estado está al servicio de los poseedores y contra los desposeídos. Sin embargo, Rousseau no proponía la abolición de la propiedad privada, «porque no se podía volver atrás». Había que reducir el mal con impuestos progresivos, limitaciones al derecho de sucesión, etc.

Otra de sus ideas era establecer una forma de gobierno republicano que asegurara de preferencia la plenitud del poder al pueblo.

Jean-Paul Marat. (1743-1793) escribió *Las cadenas de la esclavitud*. Hijo de sardo, aprendió siete idiomas y viajó por toda Europa. Sabio eminente, médico y físico, sociólogo y publicista. Sus trabajos científicos fueron estimados por Benjamín Franklin, Goethe y otras personalidades. En su juventud pergeñó la novela epistolar *Cartas polacas* en que denunciaba el despotismo. En 1774 apareció en Londres su *Cadenas de la esclavitud*, áspera crítica al régimen, más tarde traducido al francés en vísperas de la revolución. En esta obra aspira a un régimen igualitario. Discípulo de Rousseau y Montesquieu, los sobrepasó en sus concepciones políticas. Registra la lucha de las clases en la evolución histórica y el rol de la violencia en el proceso de la formación del Estado. Asimismo, proclama el derecho de los oprimidos a resistir al opresor, y en particular, el derecho a la insurrección armada.

Louis-Sebastiane Mercier. (1740-1814), autor de un relato utópico, *El año 2440*, describe una Francia feliz y próspera, practicando las ideas igualitarias de Rousseau, sin pobreza ni riqueza.

En el teatro triunfan piezas inspiradas en la idea democrática: *Guillermo Tell*, de Lemierre, *Coriolano*, de Shakespeare; *Virginia*, de La Harpe; *El barbero de Sevilla* y *El matrimonio de Fígaro*, de Beaumarchais.

La literatura, en todas sus manifestaciones, vehiculaba las ideas progresistas, reivindicaba héroes populares, criticaba a la sociedad feudal.

Ascendía la burguesía con el apoyo de las masas. Se afianzaba la nueva ideología.

III. Los Estados Generales

Al sentarse en el trono Luis XVI los asuntos del reino olían mal. Luis XV («¡Después de mí, el diluvio!») dejó a su sucesor arcas vacías y

muchas deudas. Reinaba el hambre y las turbas se insolentaban de día en día. («La tierra lleva ya dos meses totalmente cubierta de nieve y hielo. Los obreros de las ciudades y los jornaleros del campo, los obreros de las manufacturas y fábricas se ven obligados a abandonar el trabajo por no poder resistir las heladas extraordinarias... Son indecibles las privaciones a que tiene que someterse la población» —*Crónica de la época*). No hay pan en ninguna parte. La burguesía está descontenta a raíz del tratado comercial con Inglaterra, 1786. Las reformas realizadas por los ministros Turgot y Necker irritan a la nobleza y desesperan a los campesinos. Una ordenanza real de 1784, por ejemplo, obliga a fabricar pañuelos cuadrados. ¿Para qué?...

En 1789 la deuda pública sube de cuatro millones y medio. No hay margen para nuevos impuestos ni menos para empréstitos. El tesoro afronta la bancarrota total.

Para encontrar una salida el rey se ve obligado a convocar a los notables (príncipes, duques, pares, escogidos por el rey). Estos quedaron sobrecogidos ante el desastre. El monarca decide entonces convocar a los Estados Generales, que no se reunían desde 1614.

Los Estados Generales era una asamblea de 1.165 representantes de las tres clases (clero, nobleza y burguesía). Debían encontrar medios y recursos para solucionar la crisis financiera. El Tercer Estado tenía 600 representantes, cuota doble respecto a los otros dos estamentos, por sospechar la nobleza que los burgueses tenían el colchón forrado de dinero fresco.

Francia chapaleaba en un pantano: comercio, industria, finanzas... todo se hundía. Y encima, las calamidades naturales que azotaban a la agricultura. La cosecha de 1778 había sido pésima. Huracanes y granizo en 1788. Hambruna generalizada. Luego, un invierno riguroso con 18 grados bajo cero, ríos congelados, viñedos arruinados. Donde no hay qué comer, ¿qué alegría puede haber?

A fines de 1778 estallaron insurrecciones campesinas, que se hicieron amenazantes. La población urbana reclamaba pan. A fines de abril los obreros del barrio de Saint Antoine, en París, saquearon las casas de dos industriales. Las tropas enviadas a someterlos fueron recibidas a pedradas y ladrillazos. Hubo muertos.

Todo el país estaba en efervescencia. El régimen crugía y se descalabraba. Se preparaban los Cuadernos de Quejas y se elegían los representantes a la Asamblea de los Estados Generales. Los Cuadernos, redactados por la burguesía letrada —ya que los aldeanos no sabían escribir— reclamaban amplias reformas políticas, la abolición de los Ordenes y la eliminación de las trabas a la industria y al comercio. Hablaban en nombre del Tercer Estado, el mayoritario de la nación y el único que trabajaba.

Sólo en diciembre de 1788 se publicaron más de 2.500 panfletos, que se leían y discutían en todas partes.

El 5 de mayo de 1789, en la sala Menus-Plaisir, en Versalles, tuvo

lugar la inauguración de la esperada reunión. Ambos lados del trono real fueron rodeados por clérigos y nobles en sus tenidas de lujo. Los representantes del Tercer Estado vestían de negro en el fondo de la sala.

El rey no dijo una palabra sobre reformas; en cambio llamó a «rechazar con indignación las innovaciones peligrosas».

Al día siguiente había que verificar los poderes de los diputados. ¿Habría voto individual o por Orden? De ser esto último, la nobleza y el clero aplastarían al Tercer Estado.

El conde de Mirabeau, diputado del Tercero, denunció la maniobra e invitó a sus correligionarios a mantenerse firmes, porque representaban a la inmensa mayoría del país.

El 17 de junio de 1789 los representantes del Tercer Estado votaron una resolución en que se declaraba:

«En las actuales circunstancias no puede admitirse más título que el de la Asamblea Nacional, ya que los diputados que la integran son los únicos representantes públicos y legalmente reconocidos del pueblo y directamente, de toda la nación.»

Por lo tanto, se convertía en el órgano legislativo del pueblo francés, su representante supremo.

El bajo clero se plegó a esta decisión. El rey y sus parásitos se alarmaron. Cerraron puertas y ventanas, para darse ánimos. No querían oír más reproches ni acusaciones. La canalla tendría que entenderse las con las bayonetas.

Juego de pelota. Los Estados Generales demoraban sus decisiones. El país se impacientaba. Los provincianos acudían a Versalles a presenciar las sesiones y aclamaban a los representantes del Tercer Estado, exigiendo audacia y determinación. El 10 de junio se procedió a verificar los poderes de los tres Ordenes. Los ausentes serían excluidos.

El 13 de junio la Asamblea declaró que el Tercer Estado era el mandatario legítimo de toda la nación. Esta situación nueva exigía una nueva expresión jurídica. El 17 surgió la Asamblea Nacional, con facultades legislativas. Pero el 20 de junio, cuando los diputados populares y del bajo clero se presentaron en la sala de Menus, encontraron las puertas cerradas por orden del rey y resguardadas por tropas.

Los diputados y la masa popular se indignaron. Salieron bajo la lluvia a buscar un local. Una cancha cubierta, desprovista de muebles, que servía para jugar pelota, los acogió. Se reanudó la sesión con todo el pueblo como guardia. Conscientes de la peligrosa situación, humillados y pisoteados por el rey, juraron no separarse hasta redactar la Constitución.

Tres días más tarde (23 de junio) volvieron a reunirse los tres Ordenes. Luis XVI declaró nulas todas las decisiones de la Asamblea y dispuso la separación de los estamentos.

Los diputados burgueses se sentían envalentonados. Fue entonces cuando Mirabeau pronunció su famosa frase:

—¡Id a decir a vuestros mandantes que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas!

Se reanudó la sesión. La monarquía había sufrido una derrota considerable. Al día siguiente la mayoría del clero se unió al Tercer Estado. El rey se vio obligado a reconocer la legalidad de la Asamblea.

El 9 de julio la Asamblea se proclamó Asamblea Constituyente. Era una nueva situación. Mirabeau habló acerca de evitar fechorías y lágrimas. Temía la intervención popular. Estaba comenzando la revolución.

Un ardiente verano. El país entero estaba pendiente de lo que ocurría en Versalles. La noticia de que la Asamblea se disolvía intensificó la inquietud en la masa. Panfletos, periódicos, octavillas eran leídos ávidamente. Todo el mundo se apasionaba por la política. Se esperaban cambios. La inquietud llegaba a los cuarteles: los soldados fraternizaban con los civiles. Se formaban organizaciones de lucha. A fines de junio la fiebre llegaba a Lyon, donde los obreros izaron una bandera roja en el municipio.

En Versalles los diputados burgueses organizaron un club con más de 1.500 miembros. El rey hacía preparativos contrarrevolucionarios concentrando tropas en París y Versalles y destituía a su ministro más popular (Necker). Esto gatilló los acontecimientos. Varios arsenales fueron saqueados. Hubo choques con la tropa.

El 13 de julio resonaron las campanas de alarma en París. Artesanos y jornaleros, obreros y pequeños comerciantes, mujeres, ancianos armados de puñales, pistolas, hachas y piedras se volcaron en las calles. Los soldados retrocedían; algunos se pasaban al lado de los civiles. La insurrección armada crecía por minutos.

Los diputados burgueses se constituyeron en comité permanente, que derivó en la organización de la Comuna o Municipalidad de París. El mismo día 13 el Comité decidió la formación de una milicia cívica, fuerza armada de la revolución.

14 de julio. La noche del 13 al 14 de julio los civiles han disparado contra los guardias de La Bastilla. La multitud ha saqueado la casa del jefe de policía y vaciado algunas bodegas de vino. Hay incendios, rumores confusos en las calles. Pequeños grupos transitan, se detienen, vuelven a moverse.

Hay 120.000 indigentes en la capital de 650.000 habitantes. En toda Francia hay centenares de miles de hombres hambrientos y desesperados. La gente busca armas para defenderse de la ira del rey. Hay que buscarlas en Los Inválidos o en La Bastilla.

La Bastilla es una prisión de lujo. Están allí detenidos cuatro estafadores, dos locos y un conde criminal. También hay presos voluntarios que viven allí por seguridad. Se come bien, dos veces al día. Los prisioneros ricos se hacen traer viandas a su gusto.

A mediodía empieza a juntarse gente. Por la calle Saint-Antoine llega una multitud armada de picas e instrumentos de trabajo, sables, fusiles y cuchillos. Dos hombres suben al techo del cuarto de guardia y rompen las cadenas del puente levadizo. El gobernador del presidio ha distribuido sus 95 soldados franceses —más 30 suizos— en las ocho torres de la fortaleza.

La masa se precipita al interior. Los soldados disparan. Hay muertos, heridos, alaridos, gritos de ira y dolor. En ese momento comienza la revolución.

A las 5,30 de la tarde se grita en todo París:

—¡Cayó La Bastilla!

Primera victoria de esta multitud compuesta de 51 carpinteros, 45 ebanistas, 28 zapateros, 28 ganapanes, 27 talladores, 23 obreros asalariados, 14 taberneros, 11 cinceladores, 9 orfebres, 9 sombrereros, 9 sastres, 9 comerciantes en clavos, 9 talladores de mármol, 9 fabricantes de juegos de ajedrez, 9 tintoreros y algunos comerciantes.

La participación popular da carácter democrático a la revolución burguesa.

La noche del 16 al 17 el hermano del rey y otros aristócratas huyen con precipitación y alevosía. Comienza la emigración contrarrevolucionaria.

En provincias las autoridades municipales son reemplazadas por burgueses elegidos por el pueblo. Simultáneamente la multitud asalta y quema los palacios, las Bastillas locales que simbolizaban el viejo régimen feudal.

Luego viene la adhesión campesina. Ya no se pagan los impuestos, los castillos son asaltados, se queman los títulos de propiedad feudal, se reparten terrenos y bosques. En algunos lugares los campesinos encierran a los señores y a veces los ejecutan. La insurrección campesina consuma la derrota del régimen absolutista.

La gran burguesía en el poder. El poder y la dirección política pasaron a manos de la gran burguesía y de la nobleza liberal aburguesada (banqueros, grandes fabricantes, armadores, empresarios coloniales, ricos propietarios). Su Partido era el Constitucionalista que dominaba la Municipalidad (la Comuna) con Jean Baily, hombre de ciencias, acomodaticio, oportunista, temeroso del pueblo.

La Guardia Nacional, fuerza armada de la revolución, estaban también dominada por elementos burgueses. Para impedir el acceso de los plebeyos se exigía un uniforme fastuoso, elegantísimo, que sólo podían costear los adinerados. Su jefe era Lafayette (1757-1834), procedente de familia noble y opulenta. Había participado en la revolución norteamericana. Se acercó al Tercer Estado porque todavía simpatizaba con los Enciclopedistas, pero seguía siendo un aristócrata macizo, de piel dura y manos blandas.

Derecha e izquierda. En un comienzo los partidarios de medidas revolucionarias se sentaban a la izquierda del sillón del presidente de la Asamblea Constituyente. Fue una acción fortuita que acuñó para siempre los términos *derecha* e *izquierda* en la política universal.

La derecha de la Asamblea se nutría de representantes reaccionarios de la nobleza y alto clero, y algunos raros ejemplares del Tercer Estado. Entre sus líderes destacaba el abate Maury, «granadero disfrazado de seminarista», y Cazalés, capitán de dragones, muy buen orador, pero con acentuada tendencia a emigrar.

La izquierda estaba constituida al principio por todo el Tercer Estado, la nobleza liberal y alguno que otro clérigo. El núcleo dirigente era la gran burguesía.

Mirabeau. Honoré-Gabriel de Mirabeau (1749-1791), hijo de familia rica, culta y aristocrática, se dedicó a la buena vida desde muy joven. Orador apasionado, oportunista sin escrúpulos, ambicioso y... realista, partidario de la monarquía censitaria, según el modelo inglés. Enemigo del feudalismo, del absolutismo y de la arbitrariedad de los Borbones, también odiaba la democracia. Era el vocero natural de la gran burguesía.

La noche de los milagros. En el mes de junio la Asamblea había creado una Comisión para preparar una declaración sobre derechos y nueva Constitución. En la sesión del 4 de agosto, diputados de la nobleza se hicieron eco de los temibles levantamientos campesinos y demandaron la defensa de los derechos feudales. La burguesía de provincias creaba también organismos administrativos autónomos y armaba guardias nacionales.

La Asamblea, bajo esta presión, proclamó el 4 de agosto la abolición de los privilegios y cargas feudales. Fue «la noche de los sacrificios» para la nobleza y «la noche de los milagros» para el Tercer Estado.

Pero la abolición de las cargas feudales no fue más allá de anunciar su extinción: éstas seguirían vigentes hasta que se redactara un reglamento. Los labriegos debían seguir pagando sus tributos y cumpliendo con sus antiguas obligaciones. Los nobles y burgueses propietarios de rentas feudales renunciaban únicamente a los derechos «personales» (servidumbre, justicia señorial, derechos de caza, de palomar y conejera). Se abolían también los privilegios del clero, suprimiendo diezmos y decretando la confiscación de los bienes de la Iglesia y su venta ulterior para dar al Estado recursos financieros. Los expropiadores eran expropiados y se creaba una nueva capa de propietarios: la gran burguesía adinerada.

Marat fue el primero en darse cuenta de la jugada de la nobleza encubierta tras interminables tiradas de patriotismo y «generosos sacrificios»: «Si es verdad que ese sacrificio se inspira en una intención de pura humanidad, ¿por qué ha tardado tanto en manifestarse? ¡Va-

ya! Su grandeza de alma se muestra cuando arden sus castillos... ¿Es necesario demostrar que esos sacrificios son, en su mayoría, ilusorios?... Habrá que lamentar que los Estados Generales hayan gastado tanto tiempo en pequeñeces en vez de dedicarse a cosas grandes.» (*El amigo del pueblo*, 21-IX-1789).

Derechos del hombre. La Asamblea abordó las cuestiones constitucionales. El 26 de agosto votó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en la que se proclamaban los derechos fundamentales de la nueva sociedad nacida con la revolución. Se fundamentaba en las ideas de los filósofos del siglo XVIII.

Los Derechos se enunciaban en 17 artículos: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos», rezaba el primero. La libertad individual, de palabra, de conciencia; la seguridad y resistencia a la opresión, eran derechos naturales e imprescriptibles del hombre y del ciudadano. Pero al mismo tiempo se establecía que la propiedad era un «derecho inviolable y sagrado» (Art. 17). De este modo se legitimaba la desigualdad económica y la explotación de los desposeídos por parte de los poseedores, la expropiación del pobre por el rico.

La divisa «*Libertad, igualdad y fraternidad*» despertó ecos en toda Europa. Esta audaz proclamación de la burguesía revolucionaria desempeñó un papel de motor progresista.

No obstante... estaba la proclamación de la propiedad como «inviolable y sagrada», que dejaba privilegios a los poseedores ¿Qué papel jugaba la igualdad? La burguesía se arrogaba el derecho a la explotación de clase sobre la inmensa mayoría de desposeídos. Sin embargo, en su época fue un golpe en el plexo al orden feudal dominante en Europa.

En *El amigo del pueblo* Marat escribía: «Hasta ahora se ha reconocido que todos los hombres son por naturaleza iguales y deben ser llamados a servicio de acuerdo con sus aptitudes. Pero, como ustedes han agregado ya, sin el pago de impuestos directos que ascienden a un marco en plata (aproximadamente 54 francos) no pueden ser representantes de la nación; sin el pago de un impuesto directo de 10 libras no pueden ser electores; sin el pago de un impuesto directo de 3 libras, no pueden ser ciudadanos activos. De esta manera, por medio de enmiendas menores, ustedes han encontrado hábilmente la manera de cerrarnos las puertas de la Asamblea Legislativa, de las Cortes, Juntas directivas y de las Municipalidades.

«Si sólo una parte de la nación tiene derechos soberanos y la otra parte está formada por simples sujetos, tal orden político no es otra cosa que una aristocracia. ¡Y qué aristocracia! La más intolerable de todas; la aristocracia de los ricos que trata de sojuzgar al pueblo apenas liberado del yugo de la aristocracia feudal. ¿Quién os autoriza a privar al pueblo de sus derechos?», dijo Robespierre, líder de la pequeña burguesía.

La Declaración era el preámbulo de la Constitución que se anunciaba. Una cuestión prioritaria era el derecho electoral. Se aceptaba la idea de un censo de electores dividiéndolos entre activos y pasivos. Dos meses más tarde cobraba fuerza de ley.

Entretanto, el rey y la reina organizaban el correspondiente complot. Tenían la intención de disolver la Asamblea Constituyente y aplastar la revolución con ayuda de las tropas. Luis XVI no sólo había rehusado firmar la Declaración de los Derechos: también se había negado a sancionar los arrestos ordenados por la Asamblea. Los nobles y burgueses ricos se estimulaban recíprocamente para detener la marea de los acontecimientos. Los alimentos empezaron a escasear. En otoño ya no había pan. Las mujeres, que hacían cola a toda hora, reclamaban ásperamente.

El 5 de octubre, al llamado de Marat, el pueblo marchó hacia Versailles. Bajo la lluvia marchó hacia el palacio real. A la cabeza de la multitud marchaba la famosa actriz Theoroigne de Méricourt. Lucía un sombrero de grandes alas ornado de escarapela tricolor, pistola y puñal al cinto: imagen y símbolo de la revolución. Las mujeres rugían su demanda de pan mientras rodeaban el palacio real.

La Guardia Nacional estaba al mando de Lafayette. Frente a la muchedumbre se resquebrajó su barniz revolucionario. Dudaba entre defender la Asamblea Constituyente o proteger al rey y familia.

El rey se vio obligado a ceder. Ratificó los derechos, la legislación agraria y los artículos de la Constitución que hasta entonces se había negado a suscribir. A sugerencia de Lafayette se trasladó a París. La Asamblea hizo lo mismo.

En diciembre de 1789 la Asamblea dividió a los franceses en activos y pasivos. Los pudientes se dividían en tres categorías: a) menores de 25 años, contribución equivalente a tres jornadas de trabajo; b) electores nominados por los diputados, que pagaban contribución equivalente a 10 jornadas de trabajo; y c) propietarios de un bien raíz, que pagaban unas 54 libras («*marc d'argent*»), elegibles a la Asamblea Nacional. Los pobres no tenían derecho a elegir ni, por supuesto, a ser elegidos.

Aunque esta clasificación contradecía palmariamente la Declaración de Derechos, no molestaba para nada la conciencia de los diputados burgueses. Ellos buscaban reforzar jurídicamente su dominio político. En una población de 25 millones, sólo 4.300.000 tenían la calidad de ciudadanos activos y de ellos, sólo una pequeña fracción podían ser diputados.

Marat demostró que se trataba de la creación de una nueva aristocracia: la de los ricos. Camilo Desmoulins señalaba que, de estar vivos Rousseau, Corneille o Mably, no tendrían derecho a ser diputados.

Sólo 5 representantes se opusieron a esta ley. Uno de ellos fue Maximiliano Robespierre.

Legislación burguesa. La Asamblea comenzó su trabajo legislativo suprimiendo los tres Ordenes tradicionales. Por decreto del 19 de junio de 1790 abolió la nobleza hereditaria y todos los títulos conexos. Se prohibió llamarse príncipe, duque, marqués, conde, etc., lo mismo que los escudos de armas. El único título permitido era el de jefe de familia.

Desapareció también la antigua división territorial en provincias, generalidades, bailíos, etc. Ahora Francia se dividía en 83 departamentos de superficie aproximadamente igual, subdivididos en distritos, cantones y comunas. Esto permitía una administración uniforme que eliminaba todas las rémoras anarquizantes del feudalismo.

Se crearon 44.000 municipalidades nuevas con gente promovida por la revolución. Se introdujo el sistema métrico decimal. El tribunal de señores y oficiales del rey fue reemplazado por una corte de juristas.

Era necesario resolver urgentes problemas financieros. Los intereses de la nobleza seguían intocables porque iba contra la ley de propiedad privada. Pero estaba el clero que podía sufrir confiscaciones «sin dañar severamente la propiedad» (Talleyrand, obispo de Autun).

El 2 de noviembre la Asamblea decretó que todos los bienes del clero pasaban a disposición de la nación.

Insurrecciones campesinas. Los campesinos seguían en revuelta. Los arrestos de agosto del 79 los habían autorizado a creer que se eliminaban todos los derechos feudales. Ya no pagarían más los impuestos señoriales. En Bretaña quemaron 37 castillos sólo en febrero de 1790. A pesar de la represión sangrienta los levantamientos cundieron por todo el país.

La Asamblea respondió con la ley marcial. Nuevos alzamientos campesinos. En Quercy, Périgord, Rouergue, «desolaron esta parte del reino», contagiando a los departamentos de Seine-et-Marne, Loira, Saone y otros. El incendio siguió aumentando. La sangre no sofocaba las llamas.

Para los obreros: palos. La falta de mercados restringió la producción de artículos de lujo. Los ricos despidieron a muchos de sus sirvientes. sastres, barberos y obreros de la construcción se vieron cesantes. El Gobierno trató de organizar obras públicas. Los obreros exigieron aumento de salarios y recurrieron a las huelgas. Surgieron nuevas organizaciones sociales.

El 14 de junio de 1791 la Asamblea Constituyente promulgó una ley que prohibía todas las asociaciones sindicales, las asambleas y las huelgas: era la Ley de Le Chapelier, que permaneció en vigor hasta 1864. «La burguesía francesa resolvió, desde comienzos de la tormenta revolucionaria, despojar a los obreros del derecho de asociación que acababan de adquirir... Esta ley, que poniendo a contribución el poder policiaco del Estado procura encauzar dentro de los límites que

al capital le plazcan, la lucha de concurrencia entablada entre el capital y el trabajo, sobrevivió a todas las revoluciones y cambios de dinastías». (Marx, *Capital*, I, 631).

El rey huye. El rey y su corte hacían concesiones con el objeto de ganar tiempo y prepararse para ahogar la revolución que iba borrando sus privilegios. Sus esperanzas se apoyaban en una intervención extranjera y en la ayuda de los nobles emigrados. Estos se habían concentrado en la ciudad fronteriza de Coblenza, hasta un número de 20.000. Se les ocurrió que el rey serviría mejor a su causa contrarrevolucionaria si se venía a Coblenza.

En la noche del 20 al 21 de junio de 1791 Luis XVI abandonó París con su familia, rumbo a Austria. Pero en Varene, ciudad cercana a la frontera, fue detenido y devuelto a París. Cuando pudieron descender del carruaje alemán que los transportaba de vuelta, lo primero que vieron fue la estatua de Luis XV que alguien había vendado con un trapo rojo.

La Asamblea publicó un decreto de inocencia, declarando que el rey no había querido huir sino que ¡había sido secuestrado!

El pueblo de París respondió con una gran concentración en el Campo de Marte exigiendo que el rey fuera enjuiciado. El Gobierno retrucó con una matanza (17-VII-1791).

¿A ira. La vida pública se transformaba. Surgían fuerzas desconocidas. La política, coto privado de la nobleza, era ahora un inmenso potrero donde irrumpían miles de hombres comunes. Se fundaban clubes y sociedades populares no sólo en la capital y en las grandes ciudades, sino también en los últimos rincones de provincia. Debates, lecturas, polémicas, periódicos, panfletos, ideas, luces, esperanzas enriquecían la nueva vida.

El 14 de julio de 1790 se celebró el primer aniversario de la toma de La Bastilla. Todos los departamentos enviaron delegados de su Guardia Nacional. Era la «Fiesta de la Federación». Se cantaba una canción nueva:

Ah, ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrats à la lanterne!
Ah, ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates, on les pendra!
La liberté triomphera,
Malgré les tyrans, tout réussira,
Ah, ça ira, ça ira, ça ira!

La letra se modificó varias veces, ajustándose a las circunstancias. La entonó todo el pueblo en calles, talleres, fábricas, faenas.

El sentimiento republicano. En la asamblea la derecha democrática encabezada por Robespierre, luchaba fieramente con los diputados

reaccionarios. Frente al voto censitario, exigían el sufragio universal; «¡Los ricos lo quieren todo, quieren invadir y dominarlo todo!... El interés del pueblo es el interés general; el de los ricos es el interés particular.» (Discurso de Robespierre).

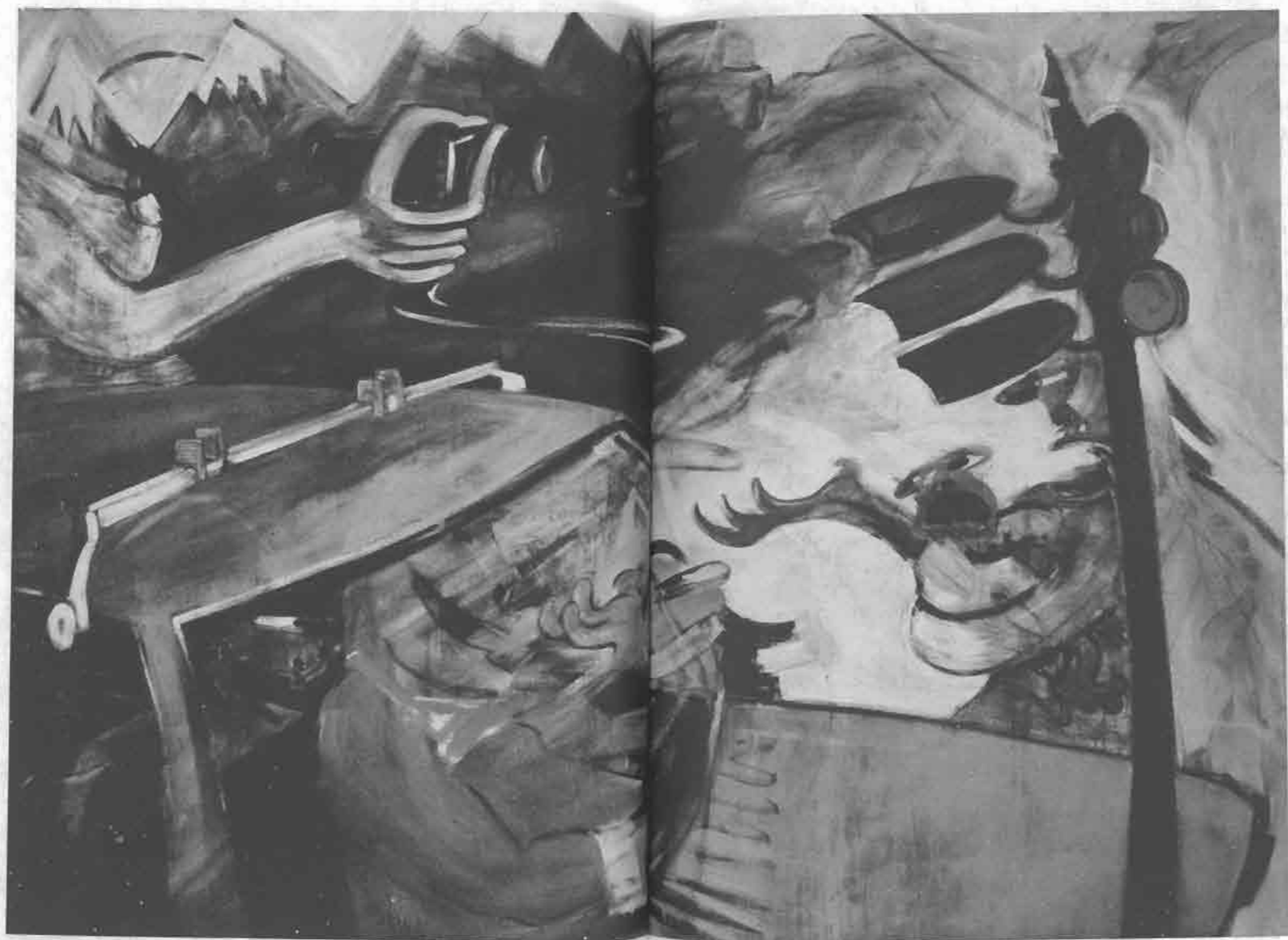
A partir de 1790 aumentó la influencia de los clubes y asociaciones populares. El club de los Jacobinos reunía a todos los antiguos dirigentes del Tercer Estado y tenía filiales en todo el país.

La Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, o Club de los Cordeleros, fundado en 1790 era el más democrático. Se pagaba menos que en los Jacobinos. Allí se desarrollaron políticamente Danton, abogado; Camilo Desmoulins, brillante periodista; Marat, «el amigo del pueblo»; Robert, periodista y abogado; Momoro, impresor, etc. Allí nació «el sentimiento republicano»: «Borrremos de nuestra memoria y de nuestra Constitución hasta la palabra rey», escribió Robert en 1790.

Marat acorralado. *El amigo del pueblo*, publicado por Marat, ejercía enorme influencia sobre las masas pobres y medios democráticos capitalinos. Fue el primero y el único que se atrevió a desafiar la ilusión de «fraternidad» entre lobos y corderos, a comienzos de la revolución. Denunció desde el inicio los planes secretos de los contrarrevolucionarios y la duplicidad de la burguesía aristocratizante. Se enfrentó a los grandes tiburones de la política sin ningún temor. Denunció a Necker, Bailly, Mirabeau, Lafayette. Señaló los intentos de fuga del rey cuando todavía eran complots. «Vuestra famosa declaración de derechos, dijo, no era más que un señuelo irrisorio para divertir a los tontos... puesto que en último término, se reduce a conferir a los ricos todas las ventajas y honores del nuevo régimen».

Cordialmente odiado por nobles, cortesanos, burgueses ricos y moderados, lo describían como un monstruo sediento de sangre. «Para escapar al puñal de los asesinos me he condenado a una vida subterránea, hostigado a veces por batallones de alguaciles, obligado a huir, errante por las calles en medio de la noche, sin poder a veces encontrar asilo, proclamando en medio de cuchillos la causa de la libertad, defendiendo a los oprimidos con la cabeza sobre el tajo del verdugo, y haciéndome cada vez más que temible a los opresores y a los bribones públicos» (*El enemigo*, 1791).

Reagrupamiento político. La creciente actividad del movimiento democrático (campesinos y populacho ciudadano) determinó diferencias políticas en el seno de la Asamblea. Las masas se radicalizaban, la gran burguesía y la nobleza convergían hacia posiciones de derecha. Formaban el bloque de los «constitucionalistas», con Mirabeau a la cabeza. Esta política inescrupuloso fue enterrado, a su muerte natural con grandes honores; sin embargo, tenía tratos secretos con la realaleza, incluso llegó a venderse a Catalina II de Rusia. Marat prepa-



raba la publicación de pruebas de sus contubernios antirrevolucionarios cuando Mirabeau murió en 1791.

Por el mismo camino iban Lafayette, Sieyès, Bailly y Le Chapelier, dispuestos a detener la marcha de la revolución, bajo la bandera de una monarquía constitucional.

Los emigrados (aristócratas, alto clero, cortesanos) se concentraban en el exterior. Soñaban con reponer el absolutismo y buscaban la intervención de ejércitos extranjeros, de acuerdo con Luis XVI y su corte.

Cuando el rey trató de huir, el Club de los Cordeleros pidió la abolición de la monarquía y la instauración de la República, coincidiendo con el Círculo Social y otras agrupaciones de izquierda: «Los franceses libres que integran la Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, declaran ante todos sus conciudadanos que entre sus filas hay tantos tiranidas como miembros, que han jurado *individualmente* apuñalar a los tiranos que osen atacar nuestras fronteras o atentar a nuestra libertad y a nuestra Constitución de cualquier manera».

Chaumette, Danton, Condorcet, y otros plantearon la República en el Club de los Jacobinos.

La mayoría reaccionaria de la Asamblea quería detener la revolución. Aspiraban a rehabilitar al rey.

El Club de los Jacobinos se dividió: la derecha justificaba a Luis; la izquierda estaba por el desenmascaramiento. Los reaccionarios abandonaron la sesión del 16 de julio y fundaron el Club de los Fuldenses (Feuillards), que se convirtió en el centro político de la gran burguesía. La cuota de inscripción costaba 250 francos. Pero la gran mayoría izquierdista de los jacobinos continuó en sus posiciones bajo la dirección de Brissot y Robespierre.

Después de la masacre del Campo de Marte la gran burguesía intentó revisar la Constitución. Agravó las condiciones del derecho electoral con modificaciones que debían entrar en vigencia dos años más tarde. Para ese tiempo la revolución había avanzado tanto que hizo inoperantes dichas enmiendas.

IV. Revolución y contrarrevolución

Luis XVI ponía su empeño en acelerar la guerra contra su país, que se gestaba en Prusia y Austria con el patrocinio de Inglaterra. Las armas extranjeras restaurarían el absolutismo. En el otro extremo, Robespierre exigía la depuración en la oficialidad del ejército. Pero los girondinos, temiendo la extensión de la lucha de clases, optaban por la guerra que, además de detener la revolución, les daba esperanzas de mejorar los negocios con un mercado más amplio.

El 20 de abril de 1792 Francia declaró la guerra a Austria.

La serie de derrotas que sobrevino puso en evidencia el contubernio del rey, los aristócratas y los intervencionistas extranjeros.

El 10 de agosto hubo un nuevo levantamiento. El pueblo formó destacamentos armados. Los comisarios de las secciones proclamaron la Comuna revolucionaria y encabezaron la insurrección. La Guardia Nacional formada por los obreros y otras tropas federales marcharon sobre el Palacio real en las Tullerías. El grupo de voluntarios de Marsella se ganó a los artilleros que protegían la residencia del rey. En el patio interior los mercenarios suizos y los oficiales monárquicos abrieron fuego. Unos 500 revolucionarios perdieron la vida. Allí París aprendió el himno de los voluntarios marseleses, original de Rouget de l'Isle, titulado «Canto guerrero para el ejército del Rin». En la campaña de reclutamiento lanzado por la Asamblea, los 600 federados marseleses había popularizado la canción durante los 28 días de marcha de Montpellier a París.

El rey y su familia huyeron a refugiarse en la Asamblea Legislativa. A demanda de la Comuna de París, Luis XVI fue arrestado y apisionado en la torre del Temple. La Comuna diseminó por toda Francia a sus comisarios para dar cuenta al pueblo de lo que estaba ocurriendo. Al mismo tiempo decretaba investigaciones y arrestos, cerraba monasterios, imponía censura a los periódicos monarquistas, reorganizaba la Guardia Nacional y enviaba al frente un ejército de voluntarios.

—Toda Francia está en movimiento, todos arden en el deseo de combatir —declara Danton, jacobino exaltado al puesto de ministro de justicia—, que una parte del pueblo tome el frente, que otra quede aquí cavando las trincheras, en tanto que una tercera parte con lanzas en las manos defenderá nuestras ciudades. Exigimos la pena capital para quienes rehúsen marchar sobre el enemigo o ceder las armas que posean. Las medidas estrictas son necesarias cuando la patria está en peligro.

El 20 de septiembre el ejército francés derrotó a los prusianos en Valmy. París no sería invadido por extranjeros.

Los éxitos galos en Bélgica y Holanda inquietaron a los ingleses. En Londres se prohibió la exportación de cereales a Francia. La ejecución del rey dio pretexto para la ruptura de relaciones. En 1793 la coalición austro-prusiana, tuvo un nuevo miembro: Inglaterra.

Los bombardeos a los puertos y el bloqueo consiguiente elevaron los precios de los productos coloniales. El gobierno francés imprimió toneladas de papel moneda. La gente formaba largas colas para conseguir alimentos. Una libra de pan costaba 8 *sous* y el salario medio era de 30 a 35 *sous*. Los obreros demandaban fijación de precios máximos.

Los girondinos se amoscaban. No admitían la intervención del Estado en sus negocios. Defendían la plena libertad de comercio, es decir, la libertad de especular con el hambre. «Los desorganizadores son aquellos que desean igualar la propiedad y la riqueza, establecer pre-

cios para los productos alimenticios y que el obrero reciba tanto como el legislador», escribió Brissot, girondino.

Los jacobinos propusieron medidas para frustrar la especulación. Pero los girondinos aprobaron una ley que sólo establecía prohibición de exportar grano al extranjero.

Jacques Roux, párroco jacobino, declaró:

«La libertad será un espejismo mientras una clase pueda impunemente matar de hambre a otra clase. La igualdad será un espejismo mientras los ricos, por medio de sus monopolios, disfruten el derecho de vida o muerte sobre quienes los rodean. La República será también un espejismo mientras la contrarrevolución trabaje día tras día para fijar tales precios a las mercancías que las tres cuartas partes de los ciudadanos no pueden pagar sin derramar lágrimas... ¿Es la propiedad de los bribones más valiosa que la vida humana?

Roux era de los «rabiosos», subido a la misma tribuna de Marat, por el lado izquierdo.

«Paz a las chozas». El ejército francés luchaba con una divisa: «Paz a las chozas y guerra a los palacios». Pero faltaban vestuario, armas, municiones; los nuevos oficiales eran inexpertos. En la primavera de 1793 tuvieron que evacuar Bélgica. Doumourier, el único general revolucionario, se pasó al enemigo. El Vandée se insurreccionaron los campesinos proclamando defender al rey y a la religión.

Jacobinos y «rabiosos» hicieron causa común y encabezaron las fuerzas de la pequeña burguesía, campesinos y obreros. El 4 de mayo se estableció el precio máximo del pan, se decretó un empréstito obligatorio para los ricos y se prohibió que éstos sobornaran para evitar ser llamados al ejército. También se estableció un Supremo Tribunal revolucionario y se instaló una guillotina en la Plaza de la Revolución. Nuevos reclutas marcharon sobre Vandée.

Los girondinos respondieron con la guerra civil, que comenzó en Lyon. Allí ejecutaron a los líderes locales de los jacobinos y «rabiosos».

Los girondinos al final fueron derrotados y ejecutados. El poder pasó de manos de la gran burguesía industrial y comercial a las de la democracia revolucionaria, la pequeña burguesía urbana, los obreros y los campesinos.

Dictadura jacobina. La gran burguesía y su partido, el girondino, habían sido incapaces de resolver los problemas de abastecimiento, inflación, escasez, carestía, contrarrevolución, guerra exterior. Francia estaba al borde de la ruina. Realistas y girondinos comían en el mismo plato. Hubo un momento en que sólo 23 distritos eran leales a la Convención; los otros 60 estaban contra la revolución.

En julio de 1793 el Comité de Seguridad Pública estableció que una red de espías y saboteadores pagada con dinero inglés había cau-

sado enormes daños en Francia. Para salvar la República los jacobinos pusieron las fuerzas en tensión. Redactaron una Constitución republicana que daba derecho a sufragio a todos los hombres adultos. El artículo 21 establecía la obligación del gobierno de dar trabajo a todos los ciudadanos que lo necesitaran.

Robespierre puntualizó: «La tarea del gobierno constitucional consiste en conservar la República; la tarea del gobierno revolucionario consiste en establecerla... La revolución es guerra por la libertad contra los enemigos de ella.»

Todo el poder estaba concentrado en el Comité de Seguridad Pública, que tenía sus Comisarios para contactar con los diversos departamentos. Estos Comisarios hacían el reclutamiento para el ejército, requisas de alimentos, imponían impuestos a los ricos, introducían nuevos impuestos, tomaban contacto con todas las agrupaciones locales de masa, «guardianes y centinelas de la revolución», que se subordinaban al club jacobino de París.

Para sofocar a los enemigos de la revolución (nobles, clérigos, emigrados, acaparadores, especuladores), los jacobinos exigieron a la Convención que *«pusiera el terror a la orden del día»*. Los acaparadores, a la guillotina, los curas remisos a jurar la Constitución, expatriados a las colonias; noble retornado sin autorización, a la guillotina.

En noviembre Tolón fue reconquistado. Se enviaron tropas a Vandée.

«Todo el terrorismo francés —escribió Marx— no era otra cosa que el método plebeyo de tratar con los enemigos de la burguesía: el absolutismo, el feudalismo, el latifundismo.»

Se reorganizó el ejército. «Todos los franceses son llamados a servicio permanente en el ejército... Los jóvenes irán a la guerra, los casados forjarán armas y transportarán mercancías; las mujeres harán tiendas y ropa y servirán en los hospitales; los niños recogerán algodón; los ancianos se congregarán en las plazas para incitar el valor de los guerreros e inspirar odio hacia los reyes.»

En 1794 había 800.000 hombres en armas. Se renovó la plana mayor. Por ahí venía caminando un joven corso: Napoleón Bonaparte. Los comisarios del Comité de Seguridad supervisaban los asuntos militares, velando especialmente por que la tropa se concientizara. «Las clases oprimidas estaban henchidas de ilimitado entusiasmo revolucionario; la guerra era considerada por todos como una justa medida defensiva, y eso era en realidad. La Francia revolucionaria se defendía de la reaccionaria Europa monarquista» (Lenin).

Los jacobinos abolieron completamente los derechos del antiguo régimen sin compensación alguna. Se incineraron todos los documentos feudales. Las comunas agrícolas recuperaron las tierras usurpadas por los nobles y burgueses pudientes. Los campesinos podían dividir la tierra comunal y adjudicarla en partes iguales a cada uno de sus miembros.

Se establecieron pensiones de vejez y subsidios especiales a las familias numerosas y ciudadanos pobres. Se impuso el precio tope de los artículos de consumo diario (máximo general). Los que se negaban a aceptar el papel moneda en su valor nominal, iban a la guillotina.

Los clérigos monarquistas cayeron fácilmente en la contrarrevolución. Los jacobinos intentaron devolverles la mano con una campaña contra la iglesia y la religión. Los templos fueron transformados en «recintos de la razón»; los púlpitos eran tribunas revolucionarias.

En 1793 el antiguo calendario fue reemplazado por el nuevo «calendario republicano». Los viejos meses lucían nombres nuevos: Brumario (de las brumas), Nivoso (de las nieves), Germinal (de las semillas), Thermidor (del calor), etc. La pequeña burguesía no tuvo valor —o carecía de luces— para llevar a fondo una lucha ideológica y se conformó con un intento de reemplazar la iglesia católica por el culto del Estado.

En cuanto a la educación, se orientó a establecer un sistema general gratuito, libre de influencia eclesiástica. Se introdujo el sistema métrico. Pero no se atrevieron a atacar la propiedad privada:

«La finalidad de esta ley no es en modo alguno lesionar la propiedad privada mantenida dentro de justos límites, sino tan sólo acabar con los abusos del poder feudal y con las apropiaciones arbitrarias de tierras» (Decreto del 10 de junio de 1893).

Para aliviar la situación de los pobres se buscaron medidas contra los especuladores:

«El representante de la nación ordena al burgomaestre de Estrasburgo que en el transcurso del día de hoy coloque, distribuyéndola en los distintos barrios de la ciudad, cien mil libras de obligaciones, que deberán reunirse entre los ricos y dedicarse a socorrer a los patriotas pobres y a las viudas y huérfanos de los soldados muertos por la causa de la libertad. Los ricos que se nieguen a entregar el dinero serán atados a la picota» (Sain-Just).

«En el ejército hay diez mil hombres descalzos. Ordeno y mando que en el transcurso del día de hoy se despoje de su calzado a los aristócratas de Estrasburgo, y que para mañana a las diez de la mañana, se entreguen en el cuartel general diez mil pares de zapatos» (Saint-Just).

Los jacobinos destruyeron de raíz el régimen feudal.

«La auténtica actitud revolucionaria hacia el superviviente feudalismo, la transición del país entero hacia medios más elevados de producción, hacia la libertad del campesinado y de las familias, todo ello con una rapidez, determinación, energía e inquebrantable devoción, que acusaban un genuino carácter revolucionario-democrático, tales son las condiciones materiales, económicas que salvaron a Francia con «milagrosa» rapidez, dándole un nacimiento nuevo, rejuvenecido de sus bases económicas» (Lenin).

Contrarrevolución. La pequeña burguesía oscila permanentemente entre la burguesía y el proletariado. Entre los jacobinos, algunos se enriquecían y se pasaban a las filas de la burguesía; otros se arruinaban y pasaban a ser pobres sin remedio. Animaban el culto a la propiedad privada, creyendo que luchaban por las verdaderas libertad e igualdad. Estimaban que con su victoria «había salido el sol por primera vez, había surgido el reino de la razón, y el fanatismo y la injusticia, la eterna igualdad y los derechos inviolables del hombre» (Engels).

En verdad, la pequeña burguesía (con el naciente proletariado como apoyo) habría camino a la clase burguesa. Los campesinos pobres querían una nueva división de la tierra, puesto que la ley agraria sólo favorecía a los campesinos ricos. Los comerciantes se resentían de la ley de precios topes, que les impedía especular con los alimentos. «La igualdad económica es una quimera —declaraba Robespierre— absolutamente imposible en una sociedad civil... La ley agraria es un fantasma inventado por los pillos para alarmar a los imbéciles.»

Los jacobinos abandonaron a los campesinos pobres. La economía seguía en manos de la burguesía y de los pequeños propietarios. La «Ley del máximo» estaba en sus manos. Los obreros sufrían tarifas de salarios establecidas por ley y sus organizaciones estaban prohibidas por la legislación; no tenían perspectivas de mejoramiento.

Los fabricantes y mercaderes que abastecían al ejército, los especuladores que evadían la «Ley del máximo», los que especulaban con las propiedades nacionales, esperaban la oportunidad de reconquistar el poder.

Los jacobinos habían ganado a los girondinos gracias a su alianza con los «rabiosos», extrema izquierda de la época, reclutados entre los pobres de la ciudad y del campo. La obsesión de los «rabiosos» era limpiar la República de «los que poseían algo»: ricos, mercaderes, banqueros. Sin un fundamento teórico convincente, querían imponer la igualdad económica, base de toda otra igualdad.

En el verano de 1793 jacobinos y «rabiosos» llegaron a los extremos. Jacques Roux criticaba a los jacobinos «que nada hacían por el pueblo» y amenazaban con «las lanzas de los oprimidos». Fue expulsado del club y luego detenido. El club perdía contacto con las masas.

El ala izquierda jacobina se agrupó en torno a Hebert, periodista y ayudante del fiscal de la Comuna de París, director del periódico *Père Duchesne*. Los hebertistas proponían impuestos a la burguesía y a los más acomodados. Robespierre y Danton salieron en defensa de la nueva burguesía en ascenso. Es explicable que sus líderes fueran detenidos y ejecutados. Danton pedía la atenuación del terror y la completa libertad comercial.

Los partidarios de Robespierre vacilaban entre Danton y Herbert. Se decidieron finalmente contra Danton y lo enviaron al cadalso.

El 9 del Thermidor (27 de julio de 1794) se encontró Robespierre

con la sorpresa de que no se le permitía hablar en la Convención. Más todavía: él y sus partidarios fueron entregados al Tribunal Revolucionario y guillotinado al día siguiente.

Triunfaba la gran burguesía. Se detenía el ascenso revolucionario. Las vacilaciones de la pequeña burguesía favorecían a la burguesía adinerada y especuladora. Se imponía la reacción.

Terror blanco. Muchos revolucionarios fueron ejecutados o expatriados. Los supervivientes volvieron a la Convención. Se clausuró el Club Jacobino; también la Comuna. París fue dividido en 12 municipios independientes entre sí. Abolido el Tribunal Revolucionario. Se derogó la ley que fijaba precios tope. Reaparecieron el oro y la plata como circulante.

Prosperaron los negocios de los pudientes; aumentó la carga de sufrimientos para los desposeídos. Con el salario diario de un obrero se podía comprar una libra de carne. Surgió la consigna «*Pan y Constitución*», aludiendo a la de 1793. Insurrecciones, asonadas, represión.

La Convención redactó una nueva Constitución, la de 1795, llamada «del tercer año», que conservaba el régimen republicano pero reservaba el poder a los ricos. Había una Cámara de los 500 y una Cámara de los Mayores. El poder ejecutivo recaía en 5 Directores «electos». Fue entonces cuando surgió el movimiento de Los Iguales.

Babeuf y Los Iguales. Babeuf era de origen humilde y trabajó duramente desde muy niño. Según Babeuf, había que destruir la propiedad privada: «Nadie puede adquirir tierra o propiedad industrial exclusivamente para sí mismo sin cometer con esto un crimen... El trabajo y el consumo deben ser comunes para todos». La sociedad debe ser «una gran familia social», donde no haya ni ricos ni pobres.

Rousseau había dicho que el primero que cercó un terreno y dijo «Esto es mío», fue el verdadero fundador de la sociedad civil (*De la inégalité parmi les hommes*).

Graco Babeuf era redactor de *El Tribuno del Pueblo*. Había concebido un plan para derribar al Directorio, invocando la Constitución de 1793. Decía que la libertad no sería posible si no se eliminaba la propiedad privada. Inició una campaña contra la Constitución de 1795 y contra el gobierno del Directorio. Exigía legislar contra los especuladores y que se intensificara el auxilio del Estado a los pobres. La «Sociedad de la Igualdad» era el estado mayor de su campaña, con una directiva secreta. El pueblo debía conquistar el poder y ejercerlo dictatorialmente para aplastar a sus enemigos, «imponiendo de hecho la igualdad». El verdadero depositario del poder era el desposeído; éste debía imponer la igualdad a los ricos. Había que educar al pobre para que no abrigara la ambición de ser rico: «El legislador debe comportarse de modo que el pueblo acabe convenciéndose por sí mismo de que es inevitable destruir la propiedad en su propio provecho e interés.»

El alzamiento fracasó. En mayo de 1796 Babeuf y sus partidarios fueron arrestados. Un año más tarde, ejecutados.

Hasta que apareció Napoleón. En los primeros años del Directorio el ejército francés ocupó Bélgica, Holanda, los reinos alemanes junto al Rin y los del norte de Italia. Los vencidos eran obligados a pagar fuertes tributos: el erario francés prosperaba. El general Bonaparte entró en Roma y arrestó al Papa. Se convirtió en ídolo de la burguesía. El 9 de noviembre de 1797 (18 de Brumario) Napoleón dio el golpe contra el Directorio y tomó el poder. Se transformó en el Primer Cónsul con derechos dictatoriales. Poco después se hizo Cónsul Permanente y en 1804 se erigió en Emperador de Francia con el título de Napoleón I.

La revolución burguesa estaba consumada.

Epílogo

«Camilo Desmoulins, Danton, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, lo mismo los héroes que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de cadenas a la sociedad *burguesa* moderna, e instaurarla. Los unos parcelaron el suelo feudal y segaron las cabezas feudales que había brotado en él. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre concurrencia, explotarse la propiedad territorial parcelada, aplicarse la fuerza productiva industrial desencadenada de la nación, y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales, en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos.» (Marx, *18 Brumario*, 1852.)

4

La Revolución Francesa en Chile

Notas para un itinerario de su influencia

HERNAN SOTO

No parece discutible la influencia de la Revolución Francesa en la emancipación americana, aunque el juicio sobre su importancia y su carac-

Hernán Soto es analista político y escritor. Vive en Chile.

terización valorativa varíen según el punto de vista que utilicen los historiadores.

Es un fenómeno curioso: pasaron doscientos años y las aguas de la «Gran Revolución» todavía no se calman. Se desarrolla una áspera polémica sobre el sentido y la necesidad de los cambios revolucionarios que se produjeron en los inicios de Francia republicana.

«Abrió una época en la historia de la humanidad», dijo Goethe con palabras que se convirtieron en lugar común. Engels la llamó el primer enfrentamiento político abierto despojado de toda vestimenta religiosa.

Un debate abierto

Avasalladora, la burguesía se puso a la cabeza de la sociedad en Francia para destruir los vestigios de feudalismo que frenaban el despliegue de sus potencialidades.

En torno a sus repercusiones, ha habido entre nosotros un debate más que centenario. Los historiadores liberales enaltecieron su significación y aportaron antecedentes insoslayables, pero sobrestimaron dimensiones filosóficas y jurídicas, más bien formales en una sociedad sumida aún en el inmovilismo colonial. Los historiadores conservadores se empeñaron en minusvalorarla.

«La noticia del estallido de la Revolución Francesa y su secuela de crímenes y horrores causó general espanto en el ánimo de los habitantes de Chile...», sostuvo Jaime Eyzaguirre, para quien esa visión negativa «fue ocasión para que los criollos reafirmaran su fidelidad a la monarquía». En la crítica de los conservadores se oculta el miedo a la revolución y a la insurgencia popular que la acompaña. En el fondo su visión es la misma que tenía el Obispo Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, realista contumaz, titular de la sede de Concepción, que decía en una Pastoral fechada en Lima el 15 de enero de 1814:

«... revolución, revolución de Francia!... tú has hecho ver al género humano la perfidia y alevosía de tus resortes, los caprichos de tus agentes, la inconstancia de tus planes, la anarquía de una libertad desenfrenada: tú has manifestado hasta la evidencia al grande, al título, al caballero, al empleado, al que tiene algunos bienes y alguna consideración que ellos son el objeto y las primeras víctimas de la multitud y a ésta que tarde o temprano ella lo es de un déspota indecente que la hace esclava de sus caprichos y llena con sangre el inmenso abismo de su ambición...»

Los conservadores cargan contra la Revolución Francesa para atacar en el fondo a la revolución proletaria. Salvo el derecho de propiedad, la burguesía no vacila en atropellar los derechos del hombre y las garantías democráticas. Por eso ahora que se ve en peligro no mezuquina ataques al proceso que hizo surgir en plenitud al capitalismo

como nuevo modo de producción y cuestionó en las palabras y en los hechos al antiguo régimen basado en la desigualdad y la omnipotencia monárquica, pretendidamente de origen divino.

En este artículo paso revista a posibles respuestas a preguntas significativas: —Cómo se produjo esa influencia, cómo las nuevas ideas se impusieron como ideología dominante y qué sentido asumieron en esta sociedad tan distinta de aquella en que habían nacido.

Las ideas y los hechos

Para llegar a esas respuestas no se pueden separar las ideas que la inspiraron de la Revolución misma como proceso histórico. Forman un continuo que vale además para sus diversas fases y protagonistas. «A una profundidad desconocida, Mirabeau sentía a Robespierre avanzar y Robespierre a Marat, Marat a Hébert, Hébert a Babeuf», escribió Victor Hugo.

Se ha sostenido que pesó más como hecho que como idea, porque el surgimiento de la República Francesa conmovió de tal modo el equilibrio europeo que puso también en crisis a los frágiles imperios coloniales americanos de España y Portugal.

No se niega la influencia que tuvieron en América las ideas de la revolución: el pensamiento de la Enciclopedia, las opiniones de Raynal, los juicios de Voltaire y sobre todo las concepciones de Rousseau y Montesquieu.

En Chile, sin ocultar su importancia se las declara marginales. Esa opinión sorprende en historiadores como Villalobos que reduce su resonancia «a unos cuantos letrados perdidos entre la masa pacata de criollos».

Se trata de una visión errónea. La influencia de la Revolución Francesa en América y en Chile fue inmensa. Lo prueban dos fenómenos que de otra manera no tendrían explicación.

Casi al mismo tiempo de su separación de la metrópoli surgieron en los distintos países hispanoamericanos las ideas de la revolución convertidas en ideología dominante e incontrarrestada.

En Chile, que no fue ciertamente una excepción, la casi totalidad de los próceres de la Independencia —O'Higgins, Carrera, Rodríguez, Freire, Mackenna, Camilo Henríquez, Juan Egaña, Zenteno, Irisarri, Vera y Pintado y otros menores y antes José Antonio de Rojas, Manuel de Salas y Juan Martínez de Rozas— conocieron y aceptaron los conceptos de libertad, pacto social, gobierno representativo, derechos del hombre y otros propios del pensamiento revolucionario francés.

En España (y en Europa)

Examinemos los hechos. Miremos lo que sucedía en España y en otros países de América que comenzaban a abrirse a esta nueva época signada por el ascenso y desarrollo del capitalismo. La influencia revolucionaria no fue sólo el resultado de la lectura de los libros prohibidos por la Inquisición que aumentó su celo luego de la ejecución de Luis XVI. Fueron las ideas que llegaban directamente de Francia o que se difundían en España donde se habían afincado con los Borbones.

En 1776 funcionaba la cátedra de derecho natural y de gentes en las universidades peninsulares donde se enseñaba a Montesquieu y a Rousseau. Los ministros Floridablanca y Aranda en España y el marqués de Pombal en las vecinas tierras lusitanas fueron representantes sobresalientes de un despotismo ilustrado que acogía el pensamiento de sectores de la burguesía y trataba de modernizar sociedades anquilosadas en peligro de colapso, sin poner en riesgo a la monarquía.

En opinión de historiadores españoles, a partir de 1789, las ideas revolucionarias alcanzaron «difusión popular» en la Península, lo que motivó conmociones sociales, «tumultos y alborotos» en distintas regiones.

Los revolucionarios franceses, por su parte, intentaron extender a América «el espíritu de la independencia». A través de libros, folletos, proclamas, letreros y objetos alusivos que enviaban a España o directamente a América. Una real orden de 1791 comunicada a los directores generales de Rentas alertaba que se habían introducido «en algunas partes de Indias, especialmente en el Reino del Perú» relojes y cajas de tabaco que tenían grabada «una mujer vestida de blanco con una bandera en la mano que dice libertad americana». Barros Arana menciona que la solemne apertura del Congreso Nacional de Chile en 1811 fue celebrada con iluminación general y «algunas piezas alusivas a las circunstancias». «Una de ellas era una efigie simbólica de la América que rompía sus cadenas y conquistaba la libertad.»

Indirectamente fortalecieron la importancia de la ideología de la Revolución Francesa, las circunstancias favorables en que se desenvolvió el proceso de independencia de los Estados Unidos. Mostró la viabilidad de la idea republicana y la posibilidad de independencia y formas democráticas. En el país del norte hubo una trasmutación del pensamiento francés que influyó a través de versiones norteamericanas, abiertas también a otros afluentes teóricos. Recuérdese, por ejemplo, que el cónsul norteamericano Joel R. Poinsett, tan influyente en el gobierno de Carrera, «aceptaba con entusiasmo los principios de la Revolución Francesa», según uno de sus biógrafos.

Contribuían a la difusión de los principios independentistas y revolucionarios exiliados americanos que vivían en Europa: el peruano Vizcarro y Francisco de Miranda, sobre todo, fueron ejemplos notables. El incansable venezolano derramaba una corriente de propagan-

da hacia Tierra Firme. Un viajero recuerda que en 1807 en Cumaná, en casa de un almacenero, un joven hacía cucuruchos con pliegos de la Declaración de los Derechos del Hombre, el *Contrato Social*, etc. Y decía «hice un viaje a la Trinidad y me dieron un paquete conteniendo quinientos ejemplares de cada uno de los escritos y de una carta del jesuita Péruvien» (¿Vizcardo?)

En América

En América, entretanto, muchos criollos difundían los textos revolucionarios. En 1790 el colombiano Santiago Nariño tradujo y publicó poco después la Declaración de los Derechos del Hombre. En 1803 hubo una versión española del *Discurso sobre la Desigualdad de los Hombres*, de Rousseau. Se sabe de una traducción del *Contrato Social* en 1800 hecha posiblemente en tierras americanas.

En Buenos Aires las obras de los pensadores franceses eran bien conocidas así como eran seguidos los avatares de la revolución. En 1790, el deán Funes se refirió al *Contrato Social* para rebatir algunas de sus proposiciones. Se sabe, por otra parte, que Funes recibía informaciones de Europa e incluso que sus corresponsales le enviaron la letra y la música de La Marsellesa. Belgrado se veía a sí mismo como hijo de la revolución en lo ideológico.

Mariano Moreno, que tradujo en 1811 el *Contrato Social*, escribió en su cuaderno de notas sobre la Revolución Francesa, el 11 de octubre de 1794: «La Convención Nacional pagó la deuda de la patria para con un bienhechor de la humanidad cuando decretó la apoteosis de Juan Jacobo Rousseau y que sus cenizas fuesen transferidas al Panteón. ¿Quién mereció más nuestros homenajes y los de las generaciones futuras?...»

El «Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII» atribuido a Bernardo de Monteagudo, de claro corte rousseauiano, ilustra aún más la penetración de las ideas revolucionarias en el Virreinato del Plata, que parece haber sido poco considerada por nuestros historiadores.

Hasta la propia Lima llegaron los afanes independentistas. Relata Ricardo Palma que don Tadeo López, hacia 1813, «se desvivía por hablar sin son ni ton de política y viniese o no a cuento sacaba a relucir el noventa y tres y a Marat, Danton y Robespierre. Tuteaba a Voltaire y a Juan Jacobo, hablaba del libre examen y ponía al gobierno como trapo de cocina».

Las ideas se diseminaron por todas partes. El ya citado Obispo Navarro Martín de Villodres decía en su pastoral refiriéndose a Concepción: «Apenas tomamos posesión de esa iglesia cuando percibimos el germen de la revolución, los indecentes sarcasmos de Voltaire y las inconsecuentes paradojas de Rousseau habían penetrado hasta este último rincón del mundo...»

Tuvieron también una muy rápida difusión. Ha dicho un historiador moderno: «No es irrazonable ver en esta inquietud que de pronto lo invade todo, el fruto del avance de las nuevas ideas políticas: que éste fue muy real lo advertiremos después de la Revolución: burócratas modestos desde los rincones más perdidos mostrarán de inmediato una seguridad en el manejo del nuevo vocabulario político que revela que su intimidad con él data de antiguo.»

Las sociedades secretas y las logias masónicas ponían su parte.

Bajo una aparente calma, la inquietud y la efervescencia recorrían el continente. En el mismo año de 1789 en Brasil fue ahogada la conspiración de Tiradentes en Minas Gerais. Conflictos sociales y de castas de amplia envergadura como la insurrección de Tupac Amaru y sus secuelas, la rebelión de los comuneros de Socorro de Nueva Granada, los intentos en Yucatán y otras regiones mostraban grietas indisolubles en el imperio hispano. Alzas de impuestos provocaron turbulencias como las que hubo en Chile a propósito del estanco del tabaco. La conspiración de los «Tres Antonios» en Santiago, de otros franceses en Buenos Aires y el intento de invasión hecho por Miranda en 1805 fueron más que simples aventuras descabelladas. Esta crisis pausada en su desarrollo, era alimentada por la molestia de los criollos postergados por los españoles, por las ataduras del monopolio comercial y por un estado de dominación que se hacía intolerable.

En Chile

A partir de los primeros años del siglo XIX, en Chile como en los otros países, se multiplicaron los anuncios del derrumbe. Hubo críticas abiertas, conspiraciones, circularon pasquines sediciosos. Los procesos al clérigo Clemente Morán en La Serena y a Ramón Arriagada y Fray Rosauero Acuña del círculo de íntimos de O'Higgins en Chillán marcaron una tendencia que culminó con la detención de Ovalle, Vera y Pintado y Rojas, que fue determinante en la caída del gobernador García Carrasco en 1810.

Constituida la primera Junta de Gobierno, folletos, manifiestos y escritos, alentaron las ideas independientes. La «Proclama de Quirino Lemáchez», el «Diálogo de los Porteros» y el «Catecismo Político Cristiano» mostraron una primera elaboración ideológica. El papel de Camilo Henríquez, cumplido desde el púlpito, desde el Congreso y sobre todo en las páginas de *La Aurora*, fue de gran importancia, como adalid de la independencia y difusor del pensamiento de Rousseau.

Un partidario del rey, Fray Melchor Martínez, que hizo en 1815 una crónica sobre los sucesos de la independencia, escribió: «De Buenos Aires, que tenía más adelantados los planes de su infame revolución, no cesaban de llegar anónimos y pasquines sediciosos destinados a introducir el veneno de sus detestables máximas de independencia

y a disponer los ánimos para una general y acorde revolución de todos los países americanos.»

Todo esto es bien conocido; como las ideas de Carrera y Manuel Rodríguez. Y las de O'Higgins que en Londres frecuentó la casa de Francisco de Miranda, de quien recibió clases de filosofía política y entre cuyos discípulos comprometidos para luchar por la independencia de América se contó desde los primeros días.

Sin embargo, la óptica de la influencia revolucionaria da un sentido diferente a estos hechos ya establecidos.

Su expresión política se dio con mayor fuerza en el gobierno de José Miguel Carrera. Antes, la libertad de vientres significó la eliminación parcial de la esclavitud que había sido abolida en Francia por la Gran Revolución.

Cambiaron paulatinamente las costumbres. Los símbolos republicanos producían asociaciones con los de la Revolución. No se olvide que al salir los Oidores de la Real Audiencia, después de haber reconocido a regañadientes la autoridad de la Junta de Gobierno, el 19 de septiembre de 1810, la banda les tocó con burla «la marcha de la guillotina». Desde el azul de la primera bandera, que según un historiador hacía recordar el color de los uniformes de los soldados republicanos que enfrentaron la sublevación de La Vendée, hasta las escarapelas y la referencia a los habitantes primitivos, los indios, dueños originales de la tierra americana, que aparecen en el primer escudo. La columna, el globo, evocan ilustraciones revolucionarias. El gorro frigio no faltó en las celebraciones. Fue obligatorio y de color «lacre» para los invitados al sarao con que se celebró en Santiago el triunfo de Chacabuco.

Testigos de su tiempo

Muy interesante es revisar testimonios y memorias que permiten saber más precisamente lo que sucedía y sobre todo conocer la percepción de esa realidad que tuvieron protagonistas o simples observadores.

La opinión de los propios libertadores desmiente a quienes restan importancia a la influencia de la Revolución Francesa entre nosotros. También los refuta la opinión que tuvieron los realistas.

María Graham cuenta que cuando la visitó San Martín en Valparaíso, acompañado de Zenteno, Prieto y otros altos dignatarios, concluyó que «casi todos los reformadores americanos se han inspirado en autores franceses». Y agregó que sus huéspedes señalaron «al siglo de Luis XVI como la causa directa y única de la Revolución Francesa y por consiguiente de las de Sudamérica».

El fraile Melchor Martínez fue lapidario sobre este punto: «Las Américas recibieron desde los principios el sistema de la Revolución Francesa como el más análogo y conforme a sus deseos...»

Incluso parece que circularon más libros de lo que habitualmente se piensa. Zapiola narra con la vivacidad de sus recuerdos, que en su juventud «El *Contrato Social*, diminuto volumen en 8 lo compramos y vendimos después de leerlo en 4 pesos». Y agrega que los jóvenes se sabían «en gran parte de memoria» *La profesión de fe del Vicario de Saboya* de Rousseau.

No sólo en las páginas de *La Aurora* se difundió la ideología revolucionaria. El tipógrafo Samuel Johnston cuenta que hacia 1813 se utilizaba un sugestivo catecismo político en las escuelas populares chilenas:

«El catecismo político empezaba de este modo: De qué nación es usted: soy americano. Cuáles son sus deberes como tal: amar a Dios y a mi patria, consagrar mi vida a su servicio, obedecer las órdenes del gobierno y combatir por la defensa y sostén de los principios republicanos. Cuáles son las ideas republicanas: ciertos sabios dogmas encaminados a hacer la felicidad de los hombres que establecen que todos hemos nacido iguales y que por una ley natural poseemos ciertos derechos de los cuales no podemos ser legítimamente privados.»

Años después, y desde un punto de vista conservador, el sabio Ignacio Domeyko aportó un testimonio valioso. Con sorpresa dice que «todos eran volterianos», refiriéndose a personas que habían estudiado en el Colegio para Nobles. Y agrega: «Ese espíritu prevalecía entre los patriotas en la época de las primeras manifestaciones contra el gobierno del rey en 1811.»

Textos capitales

Se trata de testimonios convincentes. No obstante, la evidencia irrefutable aparece de los textos institucionales básicos del período, que muestran de modo oficial, solemnizado por las máximas instancias del estado naciente, el pensamiento revolucionario transformado en norma.

Veamos someramente tres de ellos: el Reglamento Constitucional de 1812, el Acta y el Manifiesto de la Independencia de Chile de 1818 y la Constitución autoritaria de O'Higgins de 1818: El Reglamento Constitucional de 1812, el más importante de la Patria Vieja, fue presentado al gobierno por sus firmantes con una nota donde se le caracterizó como «el pacto que debe intervenir, entre el pueblo y sus gobernantes».

Planteó la independencia cuando prohibió que tuviesen efectos en Chile «ninguna orden, decreto o providencia emanado de una autoridad externa al país» (art. 5). Reconoció la soberanía popular, contempló la separación de poderes, eliminó el calificativo de «romana» para la religión católica, con lo que abrió las puertas a una versión religiosa independiente del Papa, acérrimo partidario del absolutismo y entregó una lista de derechos individuales, varios de ellos tomados de

la Declaración de los Derechos del Hombre. Mostró, además, una preocupación humanitaria propia del pensamiento revolucionario.

Contempló expresamente la posible rescisión del pacto social y dio fundamento al derecho de rebelión. Dispuso textualmente en su artículo 6: «Si los gobernantes (lo que no es de esperar) diesen un paso contra la voluntad general declarada en la Constitución, volverá al instante el poder a las manos del pueblo que condenará tal acto como un crimen de lesa patria y dichos gobernantes serán responsables de todo acto que directa o indirectamente exponga al pueblo.»

Los documentos más importantes de la Emancipación —el Acta y el Manifiesto de la Independencia— tienen también la impronta revolucionaria. Están allí el pensamiento de Rousseau y las opiniones de Raynal sobre la dominación española. El esquema conceptual es claro: los reyes de España carecían de legitimidad porque no fueron designados por los pueblos americanos ni tampoco ratificados por éstos: se impusieron mediante la fuerza, que no crea derecho sino más bien la obligación de liberarse de los déspotas. Dentro de este esquema se hace una requisitoria contra los abusos españoles y se relatan los principales acontecimientos de la lucha independentista, a fin de que las naciones y estados extranjeros comprendan y acepten la justicia de la causa chilena. «La fuerza ha sido la razón suprema que por más de trescientos años ha mantenido al Nuevo Mundo en la necesidad de venerar como un dogma la usurpación de sus derechos y buscar en ella misma el origen de sus más grandes deberes. Era preciso que algún día llegara el término de esta violenta sumisión...» Así comienza el Acta de la Independencia.

El tema de la felicidad, tan caro a los revolucionarios franceses —la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 se justifica «para que el pueblo tenga siempre ante sus ojos los fundamentos de su libertad y de su felicidad»— aparece también en el Manifiesto de la Independencia.

«Si la institución de los gobiernos no conoce otro origen que el de procurarse a los hombres un apoyo a su seguridad y la prosperidad por la asociación, ¿cómo ha podido suponerse que los pueblos de América confiasen sus poderes para ser más infelices y humillados?»

Concluye su alegato el Manifiesto, legitimando el acto de la independencia por el sufragio popular. Señala que «la solemne acta del 1 de enero de 1818» fue «la expresión del sufragio individual, la suma de todas las voluntades particulares».

En la Constitución de 1818, los dos capítulos dedicados a los derecho y a los deberes de los ciudadanos tienen evidente influencia francesa, tanto de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 como de aquella otra de 1793, que en definitiva no entró en vigencia.

Por ejemplo, aquélla (la de 1789) dice que la libertad consiste en poder hacer «todo lo que no daña a los demás» (art. 4) y la Declaración de 1793 que «... la libertad es el poder que pertenece al hombre

de hacer todo lo que no dañe los derechos de los demás... su límite moral está en esta máxima: "No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti" ».

La Constitución chilena de 1818 definió la libertad civil como la facultad de «hacer todo lo que no daña a la religión, sociedad o a sus individuos...» (Cap. I, art. 10) y señaló como deber del hombre social que: «está obligado a dirigir sus acciones respecto de los demás hombres por aquel principio moral: No hagas a otro lo que no quieres hagan contigo».

La Declaración de 1793 señaló como «derechos naturales e imprescriptibles» (art. 2) «la igualdad, la libertad, la seguridad y la propiedad» y en el artículo 3 que «todos los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley».

La Constitución de 1818: «Los hombres por su naturaleza gozan de un derecho inajenable e inamisible a su seguridad individual, honra, hacienda, libertad e igualdad civil.»

La Declaración de 1793 (art. 13). «Todo hombre siendo presumido inocente hasta que sea declarado culpable, si se juzga indispensable su detención la ley debe reprimir severamente todo rigor que no sea necesario para el aseguramiento de su persona.»

La Constitución de 1818 (art. 3). «Todo hombre se reputa inocente hasta que legalmente sea declarado culpable». Y (art. 4) «el hombre que afianza la existencia de su persona y bienes a satisfacción del juez... no debe ser preso ni embargado a no ser que sea por delito que merezca pena aflictiva».

En Chile no hubo revolución

Los antecedentes ya entregados —y podrían añadirse otros si dispusiéramos de más espacio— confirman la opinión de que la influencia de la Revolución Francesa en el proceso independentista americano, y por cierto en el chileno, fue enorme. No fue marginal ni episódica. Marcó una línea ideológica que en su formalismo y ciega creencia en la fuerza de la ley y las instituciones todavía pesa en América Latina.

Hay que escudriñar en el sentido de estas influencias.

De partida, incidieron en un fenómeno general que fue la pugna entre liberales y absolutistas que cruzó toda América y también se dio en España.

Las luchas emancipadoras fueron mucho más contiendas civiles que enfrentamientos con fuerzas extranjeras. En Chile, la gran mayoría de los realistas fueron criollos. No pocos españoles se alinearon con los patriotas.

Pérez Rosales hacía una observación interesante: «Las voces patria y Chile no fueron voces sinónimas en los primeros tiempos de nuestra vida republicana. Patria no significaba al pie de la letra lo que

significa Chile, sino el conjunto de principios democráticos que luchaban a cuerpo partido con los absolutistas de la monarquía española, y además hasta a las mismas personas que capitaneaban las banderas independientes...»

Hay otro aspecto crucial. En América la influencia de la Revolución Francesa se limitó al plano político: a la independencia nacional y a la afirmación del valor de la soberanía popular. No se produjo como en Francia una revolución social, vale decir, el paso de un modo de producción a otro, lo que explica el temor generalizado entre muchos criollos patriotas ante la política de los jacobinos. Se mantuvo inalterable el coloniaje, especialmente en el campo. Con lentitud comenzaron a desarrollarse las fuerzas productivas y la formación de una burguesía industrial que maduró ya muy avanzado el siglo en algunos países del continente. Fue una burguesía distorsionada desde el principio, por la penetración del imperialismo británico que encontró fácil entrada en los países liberados del yugo español.

Las condiciones eran sustancialmente distintas. En Francia hubo una revolución, en América no la hubo. En Francia, fue la burguesía industrial la avanzada que movió al conjunto de la sociedad para arrasar con los vestigios del feudalismo. En América fueron los dueños de la tierra los que impulsaron el proceso de emancipación para liberarse de las ataduras del monopolio comercial español y del manejo discrecional de la economía americana. La invasión napoleónica a España fue el factor dinamizador de una crisis insoluble.

Los terratenientes fueron la clase dominante, y generaron segmentos de comerciantes, industriales y mineros de rudimentario nivel tecnológico que fueron sus aliados.

En América se intentó aplicar modelos políticos y jurídicos propios de la burguesía europea. Fue un mundo de apariencias fantasmagóricas que ocultó la realidad de la explotación y el despojo precapitalista. En muchos casos, las Constituciones y declaraciones de derechos escasamente fueron algo más que letra muerta.

Si la burguesía era casi inexistente y se fue conformando a partir de la independencia, el pueblo fue el gran ausente. Espectador y protagonista de las luchas no tuvo cabida en el reparto de los vencedores.

En Chile, los esfuerzos de Carrera, Rodríguez y otros próceres para movilizar y comprometer al pueblo no pasaron de ser intentos audaces que, en definitiva, fracasaron.

El establecimiento de la libertad de comercio como la medida económica más importante que adoptaron los patriotas, en vez del establecimiento de normas proteccionistas para una burguesía industrial que no existía, muestra cuál fue el sector social hegemónico y anticipó lo que en definitiva sucedería.

La amarga queja de Santiago Arcos refleja bien lo que ocurrió:

«De los ricos es y ha sido desde la independencia el gobierno. Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón

se los ha mandado, han labrado la tierra, han hecho acequias, han labrado minas, han acarreado, han cultivado el país, han permanecido ganando real y medio, los han azotado, encepado... Los pobres han gozado de la gloriosa independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron contra las tropas del rey.»

Frustrada luego entre nosotros, la revolución burguesa, son muchos los elementos programáticos de la Revolución Francesa —sintetizados en la magnífica trilogía de libertad, igualdad y fraternidad— que quedaron como aspiraciones para el conjunto de la sociedad. Ya no fue, sin embargo, la burguesía la clase que encabezó la lucha por su conquista. Con ella, se produjo su contrario, surgió otra clase conductora del avance. Ella busca la liberación humana con una propuesta histórica que, si bien hasta ahora no se ha alcanzado en plenitud, aparece como crecientemente necesaria.

BIBLIOGRAFIA

- Sergio Villalobos. *Tradición y reforma en 1810*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1961.
- Gonzalo Anes. *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, Ariel, Barcelona, 1969.
- Jaime Eyzaguirre. «El ideario de la "Ilustración" y la independencia de Chile». *Revista Finis Terrae*, Santiago, n.º 12, año III, 1956.
- Tulio Halperin. *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- Ricardo Levene. *Las ideas y la revolución hispanoamericana de 1810*, Editorial Jurídica, Santiago, 1956.
- María Graham. *Diario de mi residencia en Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956.
- Fray Melchor Martínez. *Memoria Histórica sobre la revolución en Chile*, Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago, 1964.
- Vicente Pérez Rosales. *Recuerdos del pasado*, Editorial Zig Zag, Santiago, 1958.
- José Zapiola. *Recuerdos de Treinta Años*, Editorial Zig Zag, Santiago, 1974.
- Luis Valencia Avaria. *Anales de la República*, tomo I.
- Federico Engels. *Del socialismo utópico al socialismo científico*, prólogo primera edición inglesa.
- Ricardo Palma. *Tradiciones Peruanas*, Aguilar, Madrid, 1964.
- Boleslao Lewin. *Rousseau y la Independencia argentina y americana*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1967.
- Diego Barros Arana. *Historia General de Chile*, Santiago, 1894.
- Julio Alemarte. *Carrera y Freire, fundadores de la República*, Nascimento, Santiago, 1963.
- Eduardo Galeano. *Las Memorias del Fuego*, Siglo XXI, Ed. Madrid, 1987.
- J. Fred Rippy. *Joel R. Poinsett, versatile american*, Greenwood Press, Nueva York, 1968.
- Thorez, Duclos, Péri, Politzer y otros. *La revolución francesa*, Grijalbo, México, 1968.
- Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Independencia de Chile.
- Revista Mapocho*, tomo III, n.º 3, 1965.
- Revista Mapocho*, tomo I, n.º 2, 1963.
- Textos básicos sobre Derechos Humanos, Universidad Complutense, Madrid, 1973.

La Revolución Francesa y América Latina

OSVALDO FERNANDEZ DIAZ

La Revolución Francesa tiene evocaciones distintas en América Latina. Lecturas históricas diferentes a través de una larga recepción, donde los símbolos se gastan, se confunden, se hacen equívocos o adquieren, simplemente, otros contenidos.

Hoy la herencia es invocada de nuevo, a propósito de la democracia que nos proponemos construir. La nueva idea de revolución la comprende al mismo tiempo que asimila lo nacional republicano. Pues, como lo dijera hace sesenta años Mariátegui, la nación latinoamericana ha integrado el pasado indígena, las influencias externas africanas y europeas, y ha ido constituyendo su identidad en estos casi dos siglos de vida republicana.

1

El primer impacto, que culmina en la independencia de la parte francesa de Santo Domingo, que pronto va a convertirse en Haití, nace envuelto en un equívoco irremediable. Por una parte, porque los esclavos negros, leían la abolición de la esclavitud entre las líneas de la Declaración de los derechos humanos, y por otra parte, porque la liberación se traducía en independencia respecto a la metrópoli. A lo cual habría que agregar la originalidad específica que asume el primer acto revolucionario dictado por el ideario de la Revolución Francesa.

En los espesos bosques que cubren el Morne-Rouge, montaña que domina el Cabo, la noche del 23 de agosto de 1791, los esclavos negros de los alrededores se reunieron convocados por el jamaicano Bouckman, para preparar la revuelta, que culminaría luego de algunos años con la Independencia de Haití.

Pero escuchemos a Alejo Carpentier, quien conserva la memoria de ese momento singular.

«Había mucho de invocación y de ensalmo en aquel discurso lleno de inflexiones coléricas y de gritos. Era Bouckman el jamaquino quien ha-

Osvaldo Fernández es profesor de filosofía, autor de diversas obras, entre ellas *Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital*. Trabaja en la Universidad de París-X (Nanterre).

blaba de esta manera. Aunque el trueno apagara frases enteras, Ti Noel creyó comprender que algo había ocurrido en Francia, y que unos señores muy influyentes habían declarado que debía darse la libertad a los negros, pero que los ricos propietarios del Cabo, que eran todos unos hideputas monárquicos se negaban a obedecer. Llegado a este punto, Bouckman dejó caer la lluvia sobre los árboles durante algunos segundos, como para esperar un rayo que se abrió sobre el mar. Entonces, cuando hubo pasado el retumbo, declaró que un Pacto se había sellado entre los iniciados de acá y los grandes Loas del África, para que la guerra se iniciara bajo los signos propicios.» (Carpentier, *El reino de este mundo*.)

Luego la declaración de la independencia de Haití, acto republicano por excelencia, se efectúa a través de una ceremonia del ritual vudú.

He aquí la traducción específica de un acto político, propio de la *razón* del siglo de las luces, en un rito esencialmente mágico. Sin embargo, fue sólo entonces, cuando los discursos terminan y se procede al Pacto secreto con los dioses africanos, que la suerte de la revuelta quedó sellada.

Pero junto con la especificidad que emerge de inmediato, la situación revela el equívoco fundamental, de un acto que en la metrópoli y bajo Napoleón va a ser leído como anti-francés. En septiembre de 1791 un representante de Bouches-du-Rhône, Blangilly, deposita a la Asamblea un proyecto para la emancipación gradual de los esclavos. Tarde, porque el proceso emancipador había comenzado ya el 22 de agosto. Años más tarde, el gran líder esclavo Toussaint Louverture, que había pensado en una independencia a medias, en una especie de «Common-wealth francesa», se rinde a las tropas de Napoleón, que no admitía un poder independiente del suyo. Pues bien, en el mismo lugar de la rendición, poco después se reúnen los jefes de la resistencia, quienes proclaman el 30 de septiembre de 1830 la independencia de Santo Domingo bajo el nombre de Haití, y como dice un historiador, «un odio eterno a la Francia».

Estos son la originalidad y el equívoco esenciales del primer impacto de la Revolución Francesa en América Latina. Veinte años después se inicia en América el proceso de la Independencia, también a través de signos contrapuestos. Las primeras Juntas no fueron de adhesión a la invasión de Napoleón a España, como la razón de las luces lo hubiera prescrito, sino como confirmación del poder real.

Si tenemos en cuenta que nuestras repúblicas nacen a imagen y semejanza de la forma republicana proyectada por la Revolución Francesa, el equívoco persiste cuando el acto republicano independentista no se transforma en un pacto real con el pueblo, y la emancipación no se produce para toda la sociedad.

El 3 de septiembre de 1910 un obrero chileno, que dos años más tarde va a fundar el Partido Obrero Socialista, y que en 1922 estaría a la cabeza de la fundación del Partido Comunista de Chile, Luis Emilio Recabarren, escribe un trabajo que titula, «Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana.»

Han pasado cien años de la Independencia de Chile, y el balance de este obrero, es que nada ha significado para los trabajadores chilenos el acto de independencia celebrado en 1810.

«¡Celebrar la emancipación política del pueblo! Yo considero un sarcasmo esta expresión. Es quizá una burla irónica. Es algo así como cuando nuestros burguesitos exclaman: ¡El soberano pueblo...!

«Nosotros que desde hace tiempo ya estamos convencidos de que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto sólo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada pero absolutamente nada gana ni ha ganado con la Independencia de este suelo de la dominación española.»

En el discurso de Recabarren vemos la derrisión a que había llegado la idea de soberanía popular. Muestra, además, que una parte importante del pueblo no se sentía convocado por el mensaje republicano. La democracia republicana no la hacían suya. Esta clase emergente se piensa y organiza como un pueblo aparte.

No están de acuerdo con la noción de pueblo que tratan de inculcarle. Atrás, incumplida y frustrada, queda la idea de democracia abierta en América por el proceso independentista. Han pasado cien años de desgaste, y la clase obrera naciente toma conciencia de sí y construye su proyecto histórico sobre bases diferentes, que rompen con la tradición liberal-oligárquica.

Otro tanto podría haberse dicho de las masas indígenas peruanas. Lo pregunta directamente el gran líder anarquista peruano Manuel González Prada, a un Estado que no ha sido capaz de realizar un pacto con la masa india.

«Bajo la República ¿sufrir menos el indio que bajo la dominación española? Si no existen encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que le hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la execración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol...»

Lo que nos lleva a pensar que se trata quizá de un conflicto no resuelto. De un encuentro no acabado todavía, entre el ideario europeo de una revolución y la práctica democrática que los pueblos latinoamericanos comenzaban a crear y experimentar.

Por otra parte, enormes eran las contradicciones e incoherencias de la clase que se hacía cargo del proceso independentista, y por lo tanto depositaria de la herencia de la Revolución Francesa. Su doble espíritu oligárquico y liberal al mismo tiempo; su temor y desprecio del indio, de las masas negras y mestizas; su profundo carácter elitista, llevará inevitablemente a una reducción y unilateralidad de los contenidos de la forma democrática adoptada.

Las repúblicas nacientes comienzan a organizarse en medio de una feroz pugna entre los distintos grupos oligárquicos, en esa pugna de intereses se jugará también la idea de la democracia. Y como la fórmula resultante vendrá de un pacto entre los distintos sectores de la clase dominante, un proceso de frustración marcará el agotamiento de estas ideas a finales del siglo.

Como resultado de este proceso, las ideas de libertad y de progreso se convierten a finales del XIX en filosofía de Estado, en positivismo, en la ideología oficial de un Estado autoritario, constituido antes de que se hubiera formado la nación y, en cierto modo, contra la misma. Por eso el Perú posterior, llamó a esta forma de estado, «La República Aristocrática».

Estado oligárquico, en fin de cuentas, liberal por su forma de organización, que no fue protagonista del desarrollo interno, sino la adaptación del aparato institucional a las actividades económicas vinculadas al mercado exterior. Una «democracia de propietarios» como lo llama Edelberto Torres Rivas.

Tras esta democracia restrictiva se esconde la dominación de la clase criolla, oligárquica, que afirma su poder en la exclusión de los sectores dominados de toda participación de la sociedad creada. Por consecuencia, en este estado las ideas de libertad, de soberanía popular, de derechos humanos y de democracia, deben ser leídas restrictivamente.

Por eso, el proletariado que emerge a comienzos del siglo XX se plantea su organización y su programa en términos de ruptura. Ruptura contra el Estado oligárquico que corre el riesgo de expresarse en una ruptura respecto de la idea democrática tal como la clase criolla dominante la postulaba.

Conmovido e impactado, además, por la Revolución rusa, recoge en esta otra gran experiencia revolucionaria la idea motriz de su propia revolución.

Durante este período, por lo demás, el acento se va a poner en el proceso de la revolución, más que en una nueva idea de la democracia. Tanto en la intelectualidad, como en los sectores medios emergentes como fuerza social, la idea dominante será la de ruptura. Pues bajo

el influjo de la Revolución rusa, no sólo la clase obrera, sino también importantes sectores intelectuales toman conciencia de sí.

La aptitud rupturista nace con la nueva forma de comportamiento intelectual, abiertamente distinta a aquella que ostentaba el intelectual oligárquico. Los movimientos políticos e intelectuales que surgen en el período tendrán esta impronta. Los años veinte nos muestran a un intelectual con conciencia de ser una minoría responsable, interviniendo política y culturalmente en su sociedad.

Pero el impacto de la Revolución rusa, pese a la fuerza de su extensión, también se agota. Una de las causas principales es la política que, a partir de los años treinta, desarrolla la III Internacional hacia América Latina, junto con la obsecuente conducta de los partidos comunistas latinoamericanos. La excepcionalidad del proceso se opaca, la revolución se reduce a un modelo que debe ser *aplicado*, la posibilidad de una reflexión marxista original se condena, la gesta de Sandino no es entendida, como tampoco el discurso político cultural del marxista José Carlos Mariátegui.

3

No obstante el corte que la emergencia social de los años veinte establece respecto de la tradición oligárquico-liberal, lo que implicaba desmedro de las ideas de la revolución francesa, hubo esfuerzos por integrarlas en las ofertas socialista y revolucionaria. Es lo que hacen, cada uno en su terreno, Mariátegui y Sandino. El uno con «las armas de la crítica» y el otro, con «la crítica de las armas», habían incorporado a la idea de nación, idea a construir por ese entonces, el contenido original, herencia francesa que Mariátegui encuentra en lo que llama el «ímpetu republicano».

Esta es la República, uno de los elementos «que con la revolución de la Independencia entró para siempre en nuestra tradición», pasa a ser constitutiva de la idea de nación, que la oferta socialista de Mariátegui se proponía en el Perú.

Por su parte, Sandino depura la patria y la soberanía nacional de la traición oligárquica y de la agresión norteamericana, incorporándola fuera de estos agravantes a su programa liberador. En nombre de la república, «de la sangre india americana», «de su condición de trabajador de la ciudad», y de su «vínculo de nacionalidad» que le daba derecho a intervenir «en cuestiones de Nicaragua», Sandino emprende la guerra contra el agresor.

He aquí los rastros de una vigencia que va más allá de la retórica de «los discursos trascendentales». Una vigencia real, concreta e histórica, integrada en las actuales experiencias de liberación que se acometen en América Latina.

Hoy, es casi un lugar común decir que la democracia por la cual

se pugna en América Latina, nace preñada de peligros y desafíos. Basta leer las noticias recientes para estar de acuerdo. Pero, más allá de las últimas rebeliones de cuartel en Argentina o Paraguay, o de las acciones guerrilleras peruanas o colombianas, o del empate en Centro América, están las causas más profundas de estos desafíos. De los cuales no sólo hay que hacerse cargo, porque están allí, frente a nosotros, sino porque el proyecto futuro de democracia que nos proponemos depende de la forma como abordemos estos desafíos.

El más importante de ellos es el de tener en cuenta lo propio y específico de cada sociedad.

Desde esta base de reflexión, podemos agregar que el profundo proceso autocrítico iniciado en la URSS, no representa sólo una puesta al día, sino la clara sugerencia de que la creación del socialismo es un movimiento de índole nacional, anclado en lo propio y específico de cada formación económico-social, abierto y creativo, que recoge las experiencias internacionales, pero que las traduce a su propia realidad, en razón de su propia historia y de lo que allí ha sido el desarrollo del movimiento popular.

Pero junto a este desafío, que es primario, elemental, porque penetra en las raíces de lo que somos, existen otros que provienen del proceso de modernización latinoamericano, del carácter deformado que tiene, de las enormes franjas de miseria unidas a la deuda externa, desafíos que nos vienen de la explosión urbana, donde nuevos actores sociales emergen —una especie de «tercera fuerza»— provenientes de la radicalización cristiana, de las minorías que pugnan por expresarse, de los estudiantes universitarios, de los «pobladores» de las barriadas, que son muchas veces la segunda ciudad del país en número, etc.

A esto se añade el problema militar, su ansia de poder no disimulada, una institución social hoy en acecho, amenaza constante de todo esfuerzo democrático. Las dictaduras militares que durante la vigencia de su gobierno negaron a la sociedad civil, hoy dormitan en espera de la revancha. Lo cual plantea el lacerante problema de la violencia, que es fundamentalmente el problema de la violencia institucional.

En estas circunstancias, rastrear en nuestra historia una vigencia forma parte del propio proceso de construcción de una democracia. Lo mismo podríamos decir de la lectura que ahora se emprende de Antonio Gramsci en América Latina. Lo leemos a propósito de la democracia. Esta lectura forma parte del proceso, se produce en su interior y corresponde a las principales interrogantes que surgen ante cada variante o alternativa de este tránsito hacia la democracia.

Ambas invocaciones constituyen un acto natural, mediante el cual nos referimos a otras experiencias históricas. En el caso de la Revolución Francesa, hay además un proceso histórico durante el cual esta forma de organización de la república ha pasado a ser nuestro marco

de lo nacional. En especial gracias a la experiencia que le ha incorporado el pueblo cuando ha logrado ser gobierno en América Latina. En este sentido, son antecedentes la Revolución mexicana, el pensamiento de Mariátegui, la lucha liberadora de Sandino, el gobierno de Lázaro Cárdenas, la Revolución cubana, la Unidad Popular y la muerte heroica de Allende, que sería el segundo presidente de Chile que muere por el ideal de la República. La revolución sandinista, el movimiento de la teología de la liberación, por citar sólo algunos de estos momentos en que encontramos lo nacional y propio de América Latina.

Podemos concluir diciendo que en América Latina, más que preguntarse por lo que fue el impacto de la Revolución Francesa, hay que interrogar por lo que cada momento histórico entendió por tal. De ahí las diferentes lecturas históricas. Nuestro tiempo está haciendo otra, que vuelve a los albores de su influencia, para captar lo que desde entonces quedó inconcluso. Para incorporar los ideales republicanos en la idea actual de la revolución. Los nuestros son más bien tiempos de síntesis que de exclusión. Síntesis de las fuerzas sociales involucradas en el proceso de liberación latinoamericano, síntesis de las herencias y de los aportes, en el proyecto de democracia que nos proponemos construir.

La democracia ha estado cautiva durante mucho tiempo en América Latina, y puede seguir estándolo. Por esto la idea de liberación ha cobrado fuerza. En esta idea de liberación nacional, se recogen no sólo los anhelos de hoy día, asumiendo los desafíos que las sociedades latinoamericanas nos plantean, sino también todas aquellas dinámicas que en su tiempo despertaron las ideas de libertad, fraternidad e igualdad.

COMO MIRAR A LOS POBRES

—Con respecto al tema del salario mínimo de 20.000 pesos, usted se opuso poniendo como ejemplo que «el curadito que produce para un sueldo de trece mil» quedaría condenado a la cesantía. ¿No cree que se le pasó la mano con el ejemplo?

—Lo que pasa es que aquí hay un cinismo colectivo: la gente dice estar preocupada por los pobres y no es verdad, porque si uno habla de los curaditos la gente dice que uno es exagerado. ¡Pero es que parte importante de los pobres derivan de los curaditos; y otra parte, de las viejas guatonas que los maridos abandonan con cuatro niños! No es exageración: es así. Si uno no ve realmente lo que hay detrás de la pobreza, el problema no se puede resolver... Lo que ocurre es que aquí el discurso político es elusivo.

(De una entrevista al economista Alvaro Bardón, presidente del Banco del Estado y destacado pinochetista, en *Apsi* 310, 28-VI/2-VII-1989.)



Isaac Newton: Ciencia y sociedad

«*Principia Matemática*»
trescientos años después

FELIPE CABELLO

*A mi madre
que me habló por primera vez de Newton
cuando yo tenía sólo diez años.*

Isaac Newton y su obra

Los análisis de las producciones científicas generalmente se concentran en lo publicado recientemente y que tiene una resonancia contemporánea. Sin embargo, la lectura y examen de los clásicos muchas veces ayuda a iluminar problemas actuales, o permite analizar su contenido desde una nueva perspectiva dada por los avances científicos de la época moderna o las nuevas condiciones sociales. Una de estas obras clásicas y fundamentales de la ciencia moderna es *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, de Sir Isaac Newton, que recientemente ha cumplido trescientos años de haber sido publicada por primera vez.

Esta obra —originalmente escrita en latín— revolucionó la ciencia y la filosofía y su influencia se extendió a áreas tan diversas como la literatura y la política, llegando a decirse que fue una de las causas de la Ilustración. Los principios en ella presentados constituyen la ba-

Felipe Cabello es investigador del Departamento de Microbiología e Inmunología del New York Medical College, en Valhalla, New York, Estados Unidos.

se de casi todo lo que actualmente se considera ciencia moderna. Estos principios se presentan en tres libros que tratan *El movimiento de los cuerpos*, *El movimiento de los cuerpos (en un medio con resistencia)* y *El sistema del mundo (una explicación matemática)*. La lectura de la obra es difícil para el no iniciado sin conocimientos matemáticos o físicos profundos, sin embargo aun un lego no puede dejar de impresionarse por la simplicidad de las definiciones de masa, movimiento, aceleración, momento y fuerza que se hallan al inicio de ella. Igualmente simples son los enunciados de las tres leyes del movimiento y algunos de los corolarios que fluyen de estos enunciados como el que explica, por ejemplo, el efecto de dos fuerzas actuando sobre un cuerpo. La lectura de los cientos de proposiciones, teoremas y conclusiones que constituyen los dos primeros libros es indudablemente ardua para el lego; sin embargo, la lectura del tercer libro *El sistema del mundo* puede hacerse con cierta facilidad y su lectura es útil para cualquier científico o persona que trata de tener una visión racional de nuestro entorno físico. En ella se encuentran enunciados con los que nadie puede estar en desacuerdo, como el que «no hay más causas de los fenómenos naturales que aquellas verdaderas que son suficientes para explicarlos», lo cual cristaliza el concepto de simplicidad de las causas y de los efectos de los fenómenos naturales postulado por William de Ockham ya en el siglo XIV. Lo mismo sucede con las otras reglas que discuten la unidad de causa para fenómenos similares y el uso de la inducción para encontrar la explicación de los fenómenos naturales. Estos principios son una reformulación de lo enunciado por Francis Bacon años antes.

Esta tercera parte continúa con el análisis de la rotación de satélites alrededor de los planetas y de éstos alrededor del Sol y explica estos fenómenos usando los conceptos elaborados en los primeros libros. Así, de esta manera, se explican las órbitas, haciendo uso de los conceptos de fuerza centrífuga, centrípeta, de gravedad y de masa. Además, Newton contrapone de manera elegante sus resultados, a los cuales llega por análisis matemático, con aquellos encontrados por la observación y la experimentación, demostrando su completa coincidencia. Continúa explicando las mareas como el resultado de la acción de la gravedad de la Luna y el Sol y explica algunas características especiales de ellas por la geografía de diferentes lugares. Las órbitas de los cometas alrededor del Sol y sus apariciones periódicas también son explicadas usando los conceptos de masa y de gravedad. Los mismos conceptos permiten calcular la masa y densidad de los planetas, la Luna y el Sol.

La lectura de esta parte de la obra no puede dejar de producir admiración hacia la genialidad de Newton, que haciendo uso de todo el conocimiento acumulado hasta esa época, de los métodos y conceptos matemáticos elaborados por él mismo, como el cálculo y el concepto de masa, y de un tremendo poder analítico, es capaz de establecer

los principios que están en la base de casi todos los aspectos de la ciencia moderna.

Los principios por él enunciados nos ayudan a comprender fenómenos tan disímiles como las supernovas y hoyos negros, la contractibilidad cardíaca y la circulación de la sangre, la estructura ósea y las interacciones celulares y la biología de los seres que viven en las profundidades submarinas. La totalidad de las actividades humanas tampoco escapan a esta influencia, ya que incluso acciones tan simples como el caminar pueden ser explicadas haciendo uso de los principios de acción y reacción y de la fuerza de gravedad. El tremendo potencial de los análisis de Newton se aprecia también en su capacidad de predecir el hallazgo de nuevos planetas como Neptuno o de la nube de cometas o nube de Oort, que se encuentra fuera de las órbitas planetarias. Su genialidad se manifiesta también en el hecho de que sólo se haya demorado dieciocho meses en escribir una obra tan acabada y elegante —acerca de conceptos fundamentales que había elaborado veinte años antes— durante una permanencia forzosa en su casa debido a la suspensión de las actividades en Cambridge por una epidemia de peste. La ciencia debió esperar doscientos años para que un genio comparable a Newton —Einstein— propusiera la teoría de la relatividad, que explica algunos de los hechos que no fueron explicados por la mecánica celeste de Newton, como la anormalidad en la órbita de Mercurio y el cambio de masa producido por la velocidad.

La otra obra de Newton, *Optica*, también está escrita con elegancia y racionalidad. En ella se postula que la luz está compuesta de varios colores y que estos colores pueden ser físicamente separados por medio de prismas. La obra, publicada en 1704, establece en forma fehaciente la naturaleza física de la luz y sirvió de base para todo el desarrollo posterior de la óptica como ciencia. En ella también hay indicios de que la intuición de Newton le hacía sospechar el carácter dual de la luz como onda y corpúsculo. En el campo de la óptica, Newton también mostró su capacidad como experimentador, además de teórico, con la construcción del primer telescopio por reflexión; este telescopio no tenía el problema de la aberración cromática que distorsionaba las observaciones. La obra teológica, mitológica y de alquimia de Newton también se caracteriza por su clara presentación y racionalidad, según lo afirman sus biógrafos.

El «fenómeno Newton»

El «fenómeno Newton» ha sido analizado desde numerosos puntos de vista, atribuyéndose sus grandes logros tanto a su genialidad como a la Providencia; así en el poema de Pope que dice:

«La naturaleza y sus leyes permanecían en la obscuridad
Dios dijo, ¡qué Newton exista!, y todo fue claridad.

o en el poema de Wordsworth:

«Newton con su prisma y cara silenciosa...
Viajando por mares desconocidos
del pensamiento solitario»

o dándole a su existencia un papel crucial en el desarrollo de la ciencia y civilización europeas, como en el análisis de Whitehead en su obra *Ciencia y civilización*, o como decía Voltaire: «Antes de Kepler éramos ciegos, Kepler era tuerto, y Newton tenía dos ojos.»

El desarrollo de la ciencia en Inglaterra en el período posterior a Newton, la serie de cambios sociales, económicos y políticos en la época previa a la publicación de los *Principios*, que culminan dos siglos más tarde en la Revolución Industrial, y la situación de preeminencia que Inglaterra pasó a ocupar en el concierto mundial durante esa época, hacen pensar que el fenómeno de Newton no fue un caso aislado, sino que se insertó en un contexto histórico cuyo análisis es necesario para entender su existencia. Un análisis de este tipo puede ser útil también para entender la falta de desarrollo de la actividad científica en España durante esa época, ya que la preeminencia de Inglaterra fue construida sobre la base de la decadencia de España como poder mundial. Este tipo de análisis también puede arrojar luces sobre las causas de la falta de actividad científica en los países en desarrollo como los latinoamericanos, que tienen una herencia española, y en los cuales aún persisten algunas características sociales y económicas que desaparecieron o se atenuaron en Inglaterra en la época de Newton.

La lectura de los *Principios* pone de manifiesto que el quehacer científico de Newton se apoyó en el conocimiento generado por Copérnico, Galileo, Brahe y Kepler; en los datos experimentales establecidos por sus contemporáneos, como Hook, Huygens, Boyle, Flamsteed y Halley, y en el conjunto de la información astronómica, geográfica y náutica conocida en esa época. Además, se benefició de las discusiones y correspondencia con numerosos científicos de la época, tales como Leibniz y Bernoullis. Esta deuda de Newton con sus predecesores y contemporáneos él mismo la reconoció, cuando afirmó que sus logros se debieron en parte a «que se apoyó en hombros de gigantes». Esto equilibra la idea de que todo lo que produjo se debió sólo a su indiscutible genialidad y destaca que la ciencia es una aventura colectiva.

La época de Newton

La época previa a la publicación de los *Principios* en Inglaterra, se caracterizó por una serie de cambios sociales cuyos puntos más álgidos pasaron por la Gran Rebelión del Parlamento contra la monarquía de los Stuardo en 1642, año del nacimiento de Newton, la Guerra

Civil que duró siete años, la decapitación del rey en 1649, el Protectorado de Cromwell, la Restauración de 1660 y la Revolución de 1688, que reemplazó a los Stuart por los Orange creando una monarquía constitucional. Estos cambios sociales estaban inspirados en corrientes religiosas como el Puritanismo u otras aún más radicales como la de los cuáqueros, que propugnaban ideas democráticas de servicio a la comunidad y bien común, además de disciplina y sobriedad. Las mismas corrientes religiosas predicaban la creación de sistemas sociales basados en la racionalidad, justicia e igualdad en vez de la autoridad. Además, decían que la sociedad debe estar fundada en el presente y no en el pasado, sugiriendo que el reinado de Dios debe comenzar en la tierra y no en el Más Allá. Estas corrientes religiosas decían además que el deber de los científicos es encontrar las leyes que rigen los fenómenos naturales, ya que de esta manera se entenderá mejor la obra y la perfección de Dios. Estas radicales ideas religiosas formaron el sustrato ideológico de la rebelión del Parlamento en contra del rey y de la formación del ejército que bajo el comando de Cromwell derrotó a los ejércitos reales. El contenido democrático de estas ideas permitió la creación de un ejército, el Nuevo Ejército Modelo, compuesto por gente de diversos estratos sociales, en el cual el sentido de la disciplina y la democracia fueron la clave de su efectividad. La condena de Carlos I a muerte fue también justificada parcialmente con estas ideas, ya que como dijo el gran poeta puritano y defensor de la libertad de prensa John Milton, «hay más de Dios en un pueblo que destrona a un príncipe injusto, que en un rey que oprime a un pueblo inocente». A pesar de la derrota política sufrida por los sustentadores de estas ideas, producida primero por el abandono de Cromwell de muchos de sus partidarios originales y después por la restauración de la monarquía, ellas permearon a la sociedad inglesa de esa época. De este modo, condujeron a la limitación del poder real, de la nobleza y de la jerarquía eclesiástica; a la abolición de los residuos de feudalismo; al aumento del poder parlamentario; a la aparición de nuevos grupos, los mercantiles, por ejemplo, como actores en la escena social; a la democratización del ejército; al aumento de la producción agrícola, debido al uso de tierras sin cultivar y a un mayor papel de la ciencia y de las universidades en diversas actividades sociales. Las ideas democráticas culminaron con la instauración de la monarquía constitucional de los Orange, apoyada por numerosos grupos sociales y por la filosofía de J. Locke.

Ciencia, tecnología y desarrollo económico-social en la época de Newton

Estas transformaciones sociales fueron acompañados de una serie de transformaciones económicas que, sostenidas por la mayor produc-

ción agrícola, un aumento del comercio, la creación de colonias en América y el aumento de la población, colocaron a Inglaterra a la cabeza de las naciones europeas en lo comercial, económico, militar y político. En esta época fue también creada la Royal Society como una alternativa a las universidades, que muchas veces no permitían la discusión de problemas científicos que pudieran menoscabar el poder de la jerarquía eclesiástica o la monarquía.

La práctica científica era también estimulada por la creación de una serie de instrumentos que permitían medir las propiedades del mundo físico. El telescopio era usado por Galileo y él mismo inventaba el termómetro; Torricelli inventaba el barómetro, Guericke las bombas de vacío, y los relojes y péndulos se perfeccionaban a pasos agigantados.

Esta sociedad inglesa en ascenso, para mantener su desarrollo debía solucionar una serie de problemas en los campos de la comunicación terrestre y marítima, la extracción de metales, la metalurgia, la acuñación de moneda, la artillería y el arte de la guerra. La solución científica a muchos de estos problemas se encuentra explicada o se puede deducir de los *Principios*. Por ejemplo, para la construcción de barcos de gran tonelaje y para la navegación en las costas y en alta mar se necesita entender la mecánica de los sólidos en el agua, así como el efecto de las mareas y los vientos y el uso de los astros para determinar las posiciones de las naves. La explotación de las minas para obtener oro y plata como circulante y hierro para cañones e instrumentos necesita de medios para transportar el mineral, ventilarlas, bombear el agua, martillos y prensas gigantes, cuya construcción está basada en la mecánica descrita en los *Principios*. En los *Principios* también se encuentra la información para entender la trayectoria de los proyectiles y para construir armas de fuego y cañones resistentes y durables. Las marinas de guerra y mercante de Inglaterra fueron cruciales en el desplazamiento de España como potencia mundial, y la supremacía de ellas se debió en parte a la aplicación en las artes de la navegación del conocimiento producido por Newton y sus contemporáneos. El aumento del comercio marítimo, la apertura de nuevas rutas y los descubrimientos de nuevas tierras a su vez estimulaban el desarrollo de la ciencia; así, por ejemplo, en los *Principios* Newton usa datos sobre las mareas en las costas de Chile para confirmar sus hipótesis respecto del papel de la fuerza de gravedad en su generación.

El desarrollo de las ciencias producido en Inglaterra desde la época de Newton hasta nuestros días, pasando por la Revolución Industrial, señala que la existencia de Newton no correspondió a un hecho aislado, como sucede con un Ramón y Cajal o un Houssay, e indica que las causas del desarrollo científico deberían buscarse más en la sociedad que en los científicos. Además, ilustra el hecho de que los requerimientos sociales y económicos estimulan y moldean la evolución de la actividad científica y la llevan por las rutas necesarias para

satisfacer las necesidades de la sociedad. Un ejemplo de esto lo constituyen, en nuestra época, el estímulo que las ciencias de la computación reciben desde el campo de la balística intercontinental o la biotecnología de la agricultura y la ganadería.

La misma vida de Newton nos enseña cómo él fue un hombre de su tiempo que participó activamente en la vida de su país. Tuvo actividad política como miembro del parlamento y como presidente de la Royal Society y se preocupó además de los aspectos prácticos de su actividad científica, como la construcción de fortalezas, la extracción de metales y la producción de vidrios y porcelanas; además, mostró una gran tolerancia religiosa, acompañada de inquietudes filosóficas y teológicas. Aceptó la Dirección de la Casa de Moneda, un empleo público, donde podía usar sus conocimientos en metalurgia y hacer experimentos en alquimia. El puritanismo de sus ideas religiosas y los residuos de intolerancia religiosa presentes en Cambridge fueron las causas de que no alcanzara los más altos honores en esa Universidad y de que tuviera que irse a la Casa de Moneda. La correspondencia y amistad de Newton con filósofos como Locke y literatos como Pepys son también indicadoras de su contacto con las ideas culturales y filosóficas vigentes en su tiempo.

A modo de conclusión

El análisis de la vida, obra y época de Newton parece sugerir que él no fue un científico providencial sino la más alta y genial cumbre de una época caracterizada por enormes avances científicos y sociales, cuya influencia se proyecta hasta nuestros días. Este análisis señala también la enorme relevancia de las ideas religiosas del siglo XVII en Inglaterra en el impulso experimentado por la ciencia y en la democratización de la sociedad. El continuado y progresivo desarrollo de la ciencia en Inglaterra a partir de la época de Newton sugeriría que la implementación de una actividad científica estable, duradera y significativa en nuestros países, necesitaría de cambios sociales que produjeran entre otras cosas un aumento de la democracia, una actividad económica independiente y en expansión, una agricultura capaz de alimentar a la población y cambios educacionales que estimulen la racionalidad y la originalidad y que permitan el acceso a escuelas y universidades de individuos que, como Newton, carezcan de patrimonio económico. Pareciera que mientras esto no suceda nuestra actividad científica está condenada a estar representada por *Ortus ex nihilo* (ocasionales alturas de la nada), descripción que usara Laín Entralgo al referirse a la actividad científica de Ramón y Cajal, personalidad señera pero solitaria.

REFERENCIAS

- Isaac Newton's mathematical principles of natural philosophy and his system of the world.* Motte's translation revised by Cajori, Univ. of California Press, Berkeley, 1960.
- E. Segre. *From falling bodies to radio waves.* W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1984.
- R. Mandrou. *From humanism to science.* Penguin Books, Londres, 1978.
- C. Hill. *Some intellectual consequences of the English revolution.* Univ. of Wisconsin Press, Madison, 1980.
- C. Hill. *Milton and the English revolution.* Penguin Books, Londres, 1977.
- J. Bronowski. *The ascent of man.* Little Brown and Co., Boston, 1973.
- I. B. Cohen. *Revolution in science.* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1985.
- F. E. Manuel. *A portrait of Isaac Newton.* Harvard Univ. Press, Cambridge, 1968.
- C. Hill. *Intellectual origins of the English Revolution.* Clarendon Press, Oxford, 1982.
- C. Hill. *The century of revolution, 1603-1714.* W. W. Norton & Co., Nueva York, 1961.
- D. Layzer. *Constructing the Universe.* Scientific American Books, Nueva York, 1984.
- P. Gay. *The Enlightenment. The Science of freedom.* W. W. Norton & Co., Nueva York.
- B. Hessen, N. Bukharin, et al. *The social and economical roots of Newton's «Principia» in Science at the crossroads.* F. Cass & Co., Londres.

RENOVADOS Y MUNDANOS

—En general pienso que los políticos chilenos, los nuevos, son una buena generación. Es que el mundo ha cambiado. Todo ha cambiado hacia un esquema más liberal; el mundo se ha puesto más competitivo. (...) De verdad, la clase política chilena, la nueva, es buena. En todos lados. Los socialistas, por ejemplo, los renovados, me encantan. Dan hasta ganas de votar por ellos.

—No me diga. ¿Y por qué?

—Es que son más serios que los de antes. Son gallos con más mundo.

(De una entrevista al economista Alvaro Bardón, presidente del Banco del Estado y destacado pinochetista, en *Apsi* 310, 28-VI/2-VII-1989.)





La Revolución Científico-Técnica y el mundo subdesarrollado

CARLOS MARTINEZ

1. La Revolución Industrial

A fines del siglo XVIII, se produjo en Inglaterra —y después en el continente europeo y en los Estados Unidos de Norteamérica— un fenómeno que se llamó Revolución Industrial, el que, como su nombre lo indica, produjo enormes transformaciones en el campo de la producción, dando nacimiento de esta manera a la industria de nuestros días.

También, a fines de ese mismo siglo, tuvo lugar la Revolución Francesa, hito importante en la historia de los pueblos, en la medida en que ella fue una de las expresiones más trascendentes de la toma del poder por la naciente y agresiva burguesía, la que desplazó así a la aristocracia en el gobierno de las naciones de la época.

Moría de esta manera —fue todo un largo proceso— la época feudal, la que poco a poco fue reemplazada por el capitalismo de obreros y de patrones.

El naciente capitalismo tuvo en la Revolución Industrial, también naciente, a uno de sus más fieles y útiles aliados; el capitalismo, como sistema social, y la economía de la ganancia, como finalidad, pudieron desarrollarse gracias a la Revolución Industrial.

Esta tiene un objetivo fundamental, aumentar la productividad del

Carlos Martínez es arquitecto. Ex-vicepresidente de la Universidad de Chile (Valparaíso). Trabaja como profesor en la Ecole des Beaux Arts en París.

trabajo, es decir, producir más, más rápidamente y más barato. Para esto fue necesario disminuir la mano de obra, aumentar la división técnica del trabajo, aumentar la descalificación de los productores directos e intensificar el trabajo haciéndolo más barato.

El logro de esto se obtuvo gracias a varios factores, de los cuales el principal, el gran descubrimiento de ese período, fue la máquina-herramienta, la que reemplazó las antiguas herramientas de la artesanía y de la manufactura, esta última, la fase de transición inmediatamente anterior a la industria mecanizada.

Las máquinas-herramientas tienen muchas características, de las cuales tres son las más importantes:

- En lugar de ser —como es el caso en las herramientas— la simple continuación de la mano, ellas la reemplazan, constituyendo el nuevo entorno técnico de la producción.
- En lugar de usar la fuerza muscular, ellas pueden funcionar sin ella, recurriendo a otras formas más poderosas de energía.
- En lugar de transmitir la energía, ellas la transforman. Es lo que se ha llamado «la mecanización de la acción».

La primera forma de energía usada fue el agua y el carbón que, dando origen al vapor, lograban así mover las máquinas del siglo XVIII y XIX. Se trataba de la Primera Revolución Industrial.

Después, en la segunda mitad del siglo XIX, aparecen la electricidad y el petróleo, nuevas formas de energía que, aumentando considerablemente el tamaño y la capacidad de producción de las máquinas-herramientas, dieron nacimiento así a la Segunda Revolución Industrial.

Junto a estas máquinas, aumenta considerablemente la aplicación de la racionalización a todas las actividades de la producción. Esta utilización da nacimiento a una nueva técnica, la que se desarrolló sobre todo en el siglo XIX, la Organización Científica del Trabajo, la que tuvo (y tiene) sus puntos culminantes en el Taylorismo y en el Fordismo, movimientos que estudiaron cuidadosamente dos novedades: la división técnica del trabajo (tareas, movimientos y tiempos) y la producción en serie (las cadenas de producción), respectivamente.

En este período tiene lugar un acontecimiento: el nacimiento, en 1917, en la URSS, del primer estado socialista del mundo.

Llegamos así a mediados del siglo XX, época en que nace la Tercera Revolución Industrial, llamada más comúnmente la Revolución Científico-Técnica.

2. La Revolución Científico-Técnica no es una revolución política

Estamos viviendo, hace ya cerca de medio siglo, este avance nunca visto de la ciencia y de la tecnología, y por ende de su generadora, la inves-

tigación científica, más conocido como la Revolución Científico-Técnica.

El límite de tiempo corrientemente considerado es, mal que nos pese, la última guerra mundial. Como casi siempre, fue esta guerra una oportunidad magnífica para que los hombres buscaran la manera más efectiva de matarse y destruirse los unos a los otros: se trató de destruir más, más rápido y, si era posible, más barato.

Fue la industrialización de la guerra.

Para obtener esos fines, se desarrolló como nunca la ciencia y la tecnología de la guerra; la automatización de la administración de ella (planificación, programación, concepción, control, realización, etc.); se usó de manera completamente nueva la información y aparecieron los nuevos materiales y las nuevas energías bélicas, cuyo ejemplo más aterrador son las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki ¡donde hubo 150.000 y 80.000 muertos, respectivamente, sin contar con los que quedaron quemados!

Como las palabras lo dicen, este fenómeno no es político. No es una revolución en el plano político, es decir, en el régimen social imperante, en su organización, en la detentación del poder que conduzca los destinos interiores y exteriores de la nación. Es una revolución en el plano de las ciencias y de las técnicas, en la investigación científica, en la producción humana.

Es una revolución, porque introduce cambios radicales en las ciencias, las técnicas, la investigación científica y la producción. Las hizo muy diferentes a como eran antes.

Sin embargo, la forma en que el hombre va a emplear la Revolución Técnico-Científica es un asunto político: depende de la calidad de cada sociedad.

Es un asunto político si se la emplea o no. Cómo se la emplea y cuándo y con qué y por qué. Es un asunto político la propiedad y el destino que tendrán las riquezas que se ganarían aplicándola. Es un asunto político el que se estudie, se forme y se investigue. Es un asunto político la forma en que la sociedad se adaptará a ella y la forma en que ella se adapte a la sociedad.

En suma, y es la idea principal de estas líneas, este avance revolucionario de las ciencias y las técnicas será usado de acuerdo a las posibilidades y a las características de cada sociedad. El empleo de este avance por una sociedad retrógrada dará consecuencias retrógradas y su empleo por una sociedad progresista dará consecuencias progresistas.

Dicho esto, y a renglón seguido, queremos insistir en que no es bueno confundir esta relación científica y técnica de los hombres, la naturaleza y los objetos productores y producidos, con las relaciones de producción que mantienen los hombres, entre sí, en el proceso productivo.

No es bueno confundir estos avances en las ciencias y en las tecno-

logías con las características básicas de las relaciones de producción: que sean mayoritariamente propietarios de los medios de producción, y de las ganancias que ellos generan, los patrones; o que sean mayoritariamente propietarios de estos medios y de las ganancias, los trabajadores o productores directos.

Estas relaciones de producción —y otros factores— están en la base de las formaciones económico-sociales con preponderancia capitalista o de las formaciones económico-sociales con preponderancia socialista.

Pese a todos los errores cometidos por estas diferentes formaciones económico-sociales, no cabe duda de que en el capitalismo es más importante el capital y la ganancia que éste produce, que el hombre y su bienestar social, y en el socialismo es más importante el hombre y su bienestar social que el capital y su ganancia.

Tampoco caben dudas de que no hay capital sin hombres y de que no hay bienestar del hombre sin capital. El asunto es la jerarquización: o es más importante el capital o son más importantes los hombres. Nosotros creemos que lo central es el ser humano, todos los seres humanos sin discriminación, y que el capital y la riqueza que él debe producir son sólo un medio para que todos los hombres puedan gozar de la sociedad, de su sociedad, la que debe proporcionarles trabajo, vivienda, salud, educación, seguridad social, artes, deportes, etc. Todo esto es un derecho que tienen todos, junto a los deberes que esa misma sociedad debe especificar y normalizar.

Para que haya bienestar social debe existir riqueza social. Y para que exista riqueza social, sin dominación sobre otros pueblos, sean éstos colonias, neo-colonias, Tercer Mundo, «patios traseros», etc., es indispensable una decisión política —y la fuerza necesaria— para no ser colonia, o neo-colonia, o Tercer Mundo dependiente y subdesarrollado, o patio trasero, etc., y ser desarrollado o en vías de desarrollo. Esto último, que es nuestro tema, significa industrializarse, significa usar las técnicas de las tres Revoluciones Industriales: racionalizar, mecanizar (máquinas-herramientas), automatizar (máquinas automáticas), formar a los hombres e investigar. Significa también, en los países no-desarrollados y no-industrializados, emplear todos los recursos existentes, entre los cuales las técnicas y los materiales tradicionales son muy importantes.

El uso de estas técnicas, propias a las tres Revoluciones Industriales, es indispensable para que haya la riqueza suficiente para que la Sociedad no sea subdesarrollada.

Nosotros consideramos que hay un uso progresista y un uso retrógrado. Es progresista, si las técnicas son empleadas por toda la población para toda la población. Es retrógrado, si las técnicas son empleadas por unos pocos en su propio beneficio. Es progresista si tiene en su centro a todos los hombres y su finalidad es el bienestar social de ellos. Es retrógrado, si tiene en su centro sólo a algunos, que con ella bus-

can más ganancias de sus capitales y del trabajo de los otros y un mayor —aún— bienestar personal.

Este uso es un problema político.

Las Revoluciones Industriales son un problema científico-técnico-industrial.

Por supuesto es así la Tercera, o Revolución Técnico-Científica.

Por supuesto, también, que los problemas científicos, técnicos e industriales son factores importantes en la definición de las políticas nacionales o regionales.

3. Características principales de la Revolución Científico-Técnica

Los hombres se distinguen de los otros seres vivos, porque ellos mismos, conscientemente, fabrican sus medios de producción y ellos mismos, con esos medios de producción, fabrican sus medios de subsistencia. Es necesario decir, entonces, que entendemos por «producción humana» todo lo que produce el hombre en su vida: directamente en los sectores primarios y secundarios e indirectamente en casi todos los sectores terciarios de la producción.

En este proceso existen, luego, tres partes fundamentales:

- el hombre,
- la naturaleza y
- los objetos productores y producidos.

La Revolución Industrial de fines del XVIII produjo transformaciones profundas en este proceso, al introducir la máquina y un nuevo sistema de organización tanto de la sociedad como de la producción misma.

Estas transformaciones se hicieron logarítmicamente más profundas con la aparición, durante el siglo XX, de la Tercera Revolución Industrial o Revolución Científico-Técnica, la que incorpora las máquinas automáticas, un nuevo papel de las ciencias y de la información, nuevas energías sideralmente más poderosas y nuevos sistemas de organización de las sociedades y de las producciones.

Hoy día, en los países llamados «desarrollados» o «industrializados», podemos ver cómo se van incorporando a los diferentes sectores de la producción, estas nuevas técnicas aportadas por la Revolución Científico-Técnica. Lo claro es que esta nueva relación hombre-naturaleza-objetos es fundamental para el aumento de la productividad del trabajo humano y para el aumento de la producción humana.

Los resultados son muy diversos y corresponden al uso político que se haga de estas técnicas.

En la RCT podemos encontrar diversos factores que la justifican

como Tercera Revolución Industrial. Sin caer en la exhaustividad, podemos decir que los aspectos que provocan un cambio revolucionario de contenido y de forma en las ciencias, en las técnicas y por consecuencia en la industria, son los que siguen:

a) *La ciencia pura es ahora un factor de producción y la ciencia aplicada o tecnología juega un papel mucho más importante*

Antes de la última guerra, en la Primera y Segunda Revoluciones Industriales, la «producción humana» era (hablo de los países industrializados) especialmente el resultado de la interacción de la técnica y de la industria. La ciencia pura avanzaba muy lentamente y, por natural consecuencia, las ciencias aplicadas o técnicas avanzaban también mucho menos. La investigación colectiva era casi desconocida.

Ahora bien, el cambio revolucionario dice relación, sobre todo, con el aumento substancial de la velocidad de los descubrimientos de la ciencia pura y con el aumento substancial de la velocidad de aplicación de éstos a la técnica y a la industria.

Este aumento de la velocidad, cambia radicalmente una relación bipolar de técnica-industria, a una relación tripolar de ciencia-técnica-industria. La nueva velocidad en el trabajo de las ciencias puras logró eliminar el abismo que existía entre éstas y la producción.

La ciencia es, luego, un nuevo factor de la «producción humana». Como uno de los resultados más importantes, la técnica es ahora mucho más trascendente en esta nueva relación.

Como consecuencia de este avance de la ciencia pura, se han desarrollado, como nunca lo hicieron antes, las ciencias naturales y matemáticas. El avance de las ciencias físicas, químicas, biológicas y matemáticas ha sido inconmensurable.

De allí han surgido nuevos materiales, nuevas energías, nuevas máquinas, tanto máquinas-herramientas como máquinas automáticas, nuevas teorías, etc.

Muy importantes son los materiales plásticos, las energías atómica y termonuclear, el nuevo uso de las energías naturales como las del sol, del viento, de las mareas, de las profundidades de la corteza terrestre, etc.

Hay muchos autores que, tanto a las nuevas energías como a los nuevos materiales y a las nuevas ciencias, les asignan un papel también preponderante dentro de esta RCT, lo que es perfectamente comprensible, dados los nuevos papeles que están jugando, a veces buenos y a veces malos, en los países más avanzados del mundo.

Un papel no despreciable en este asunto, quizás uno de los más importantes, lo juega la nueva estructura de la investigación científica.

De un hecho individual, aislado, propio de sabios, se pasa a un hecho colectivo, propio de hombres comunes, donde la magnitud —la masa crítica— cumple un objetivo casi indispensable: aparecen los Institutos de Investigación Científica y aparece la Investigación

Científica como una nueva carrera profesional que se desarrolla en ellos. Han aprovechado muy bien esta nueva situación, la industria, las universidades, los ejércitos, etc.

En la época actual, en los países desarrollados —y seguramente en el futuro será aún más marcado— este progreso científico-técnico se distingue especialmente por *la industrialización de la ciencia* —el trabajo de los hombres de la investigación científica— que debe utilizar en todas sus tareas la racionalización, la mecanización automática y no automática y, por supuesto, la formación a todos los niveles.

El investigador es un asalariado más, que debe cumplir un horario y una función y que se desarrollará en su profesión, más o menos, según sea la sociedad en la cual él vive y según sea el instituto en el cual él trabaja.

b) *La automatización de la acción*

La Revolución Industrial comienza cuando Watt creó su primera máquina a vapor, en Inglaterra, a fines del siglo XVIII. Era la «paleotécnica» según las palabras de Munford. Después se fueron perfeccionando: funcionaban primero gracias al carbón (Primera Revolución Industrial), pero después fueron esencialmente la electricidad y el petróleo las fuentes de energía usadas (Segunda Revolución Industrial). Ellas están en la base técnica del desarrollo capitalista de producción y, luego, en el nacimiento del sistema socialista de producción, a principios de este siglo.

El hecho tecnológico interesante es que estas máquinas-herramientas reemplazaban las manos y la fuerza muscular en la acción.

Esta situación no mejoró la vida de los productores directos. En las bases del nuevo sistema que comandaban los países más desarrollados, el sistema capitalista, no estaba en su base el bienestar de los trabajadores; todo lo contrario, era el lucro de los nuevos señores quien mandaba. Tres cosas muy importantes se produjeron, entonces, en el trabajo de los productores directos:

- la división técnica del trabajo, que se tradujo en una división social del trabajo;
- la ignorancia más completa de los productores directos (descalificación);
- la intensificación más increíble del trabajo (empleo de mujeres y niños y jornadas muy largas).

La historia y, desde luego, el cine, la literatura, el teatro, y otras artes, están llenos de ejemplos de cómo se trabajaba y de cómo se aumentaba la productividad a costa de los pobres trabajadores o trabajadoras y, por consecuencia, cómo crecía el dinero disponible para que la burguesía lo invirtiera en sus negocios.

Por lo demás, para conocer cabalmente esta realidad, basta con

que hoy día conozcamos, por ejemplo en una ciudad como París el llamado «trabajo negro», para ver cómo son explotados, sobre todo los ciudadanos originarios de algunos países africanos, en talleres clandestinos, frente a lo cual se hace «la vista gorda».

El desarrollo de la investigación científica en las ciencias matemáticas y físicas, en especial en las ciencias de la informática, de la electrónica y de la cibernética, permitieron el perfeccionamiento de las máquinas-herramientas, cambiándolas en máquinas-automáticas, las que tienen toda una estructura diferente.

Este hecho demuestra, desde luego, que estas máquinas automáticas no existirían si no hubiera tenido lugar la Revolución Industrial y su máxima expresión, las máquinas-herramientas.

Lo trascendente de estas máquinas automáticas es que ellas no sólo reemplazan las manos y la fuerza muscular. ¡He aquí la gran novedad!: ellas reemplazan además al cerebro humano.

Es lo que se ha llamado «la automatización de la acción».

Fuerza, manos y cerebro humanos reemplazados por la máquina. Es una revolución tecnológica tremendamente profunda.

Cuando, muy naturalmente ahora utilizamos una máquina calculadora para nuestras cuentas, o una máquina de tratamiento de texto para nuestras copias a máquina, o cuando nuestros niños juegan con programas informáticos especialmente preparados para ellos, o cuando en mi profesión se emplean máquinas automáticas de concepción, dibujo, cálculo, fabricación, gestión u otra función de la arquitectura ayudada por computador, etc., estamos reemplazando nuestra energía, nuestras manos y sus oficios, y nuestro cerebro y sus conocimientos, por máquinas automáticas que, habiendo reemplazado antiguos oficios, hacen más cosas más rápidamente y, por supuesto, con menos costo.

Ligada, fundamentalmente, a esta automatización de la acción, la RCT modifica la base técnica de la producción y la estructura de las fuerzas productivas de la sociedad. La conexión hombre-máquina adquiere formas más flexibles. Es decir, se realiza un cambio trascendental en el modo tecnológico de unión del hombre con la máquina, que es uno de los factores más importantes de los medios de producción.

Viendo esta nueva situación, hay que pensar, además, que hay nuevas energías, nuevos materiales, la ciencia juega ahora otro papel, se conquista el espacio extraterrestre, etc.

Todas estas nuevas condiciones producen cambios muy importantes en las combinaciones sociales de todos los procesos de producción, conducen a transformaciones en la división técnica del trabajo y, luego, en la división social del trabajo, y dan lugar a elementos cualitativos nuevos en las relaciones sociales de producción. Repetimos: a estas últimas no las cambian en su base, pero les introducen profundas modificaciones que afectan la existencia misma del régimen social.

Heiman dice:

«Los dispositivos automáticos de comando industrial liberan a los obreros de la función de uso directo de las máquinas. Su trabajo se verá poco a poco limitado al ajuste y rectificación de las máquinas automáticas y/o de las líneas de producción, a supervigilar la regularidad y el buen estado de su funcionamiento y a proponer la aplicación o la adaptación de nuevas técnicas...» *.

Hay otros que sostienen que «la intervención humana será progresivamente eliminada de la producción directa...» **.

La división técnica, la descalificación y la intensificación del trabajo de la Primera y Segunda Revolución Industrial se transforman y son reemplazadas:

- por una visión de conjunto de cada operación de la producción,
- por una formación mucho mejor y más completa, y
- por una tendencia general a la complementariedad e igualdad del trabajo manual y del trabajo intelectual.

c) *La acumulación y el nuevo uso de la información*

Hace un siglo no existían ni la radio, ni el cine, ni la televisión, y la prensa escrita era mucho más reducida. Cuando éramos jóvenes hacíamos las operaciones matemáticas a mano y no había computadoras. Antes de la segunda guerra mundial, los principales objetos de acumulación eran el dinero y los medios de producción.

Hoy día existen la radio, el cine, y la televisión, la prensa escrita es muy grande, hay todo tipo de aparatos automáticos, tanto personales, de entretenimiento como para la producción en todos sus sectores.

La acumulación ha cambiado. Sin dejar, ni mucho menos, la anterior, hoy día un objeto fundamental de acumulación es la información en todos sus aspectos: información internacional y nacional, información sobre la población, información de conocimientos aportados por la educación y sobre todo por la investigación; información sobre las distintas producciones humanas, información sobre las organizaciones sociales... información sobre todo... y gracias a estas nuevas máquinas automáticas que guardan y guardan y permiten ver lo acumulado en algunos minutos.

Lo grave, por el momento, es que esta información está concentrada sólo en algunos países y, dentro de ellos, está concentrada en unas pocas manos. Mucho más grave aún es el hecho de que, en el mundo capitalista, esta información masiva, especialmente la información sobre las personas y sus organizaciones sociales (sindicatos, partidos po-

* Heiman, S.: *Aspects économiques de la révolution scientifique et technique*. Ed. du Progrès, Moscou, 1980.

** Barrère, Kebabdjian et Weistein: *Lire la crise*. Ed. PUF, París, 1983.

líticos, religiones y otras) y sobre los secretos de la ciencia y la técnica aplicados a la industria, la tienen solamente algunos hombres de Gobierno, de las multinacionales, de la policía, de las fuerzas armadas, etc.

Es decir, el «conocimiento» o «información» del progreso científico que permite el progreso humano, depende de un puñado de hombres cuyo objetivo no es dicho progreso, sino el lucro, la represión y la guerra.

Para que la información total sobre el progreso del género humano sea democrática —como con los medios de producción y la riqueza que ellos permiten— debe pertenecer a todos y debe poder ser usada por todos. Es la única manera existente en nuestros días, para que esta nueva forma de poder le pertenezca a todos.

Siendo una nueva forma del poder, ella puede tomar expresiones más o menos democráticas en todos los sistemas políticos existentes.

Los Estados y/o las instituciones y/o las personas poseen y manejan esta información, como es natural, en beneficio de la clase o de las clases que representan.

Con las leyes, el dinero y el poder, controlan el desarrollo de la investigación científica y sus resultados, es decir, controlan el desarrollo de las ciencias, las técnicas y la industria.

Controlan los *mass-media*, es decir, controlan la información que tiene el pueblo en cuestión.

Existe una preponderancia neta de la prensa escrita, la TV, la radio y el cine, de manera que la lucha ideológica ahora no se da con la palabra, con los panfletos, con una escasa prensa escrita y con los libros del siglo XIX, sino que ahora se da utilizando de preferencia estos medios de comunicación de masas, que son en estos días leídos, escuchados y vistos por casi toda la población, la que así se informa (o se desinforma) y se forma a través de ellos.

De esta realidad resulta que quien maneja la mayor parte de las diversas expresiones de la información, maneja mucho mejor las diferentes formas de la lucha ideológica por uno u otro sistema económico-social.

Este desarrollo enorme, nunca antes visto, de todos los campos de la información (los varios niveles de la formación, la investigación, la automatización, los *mass-media*, las artes, etc.), su nuevo carácter masivo y su nuevo control y acumulación, son hechos totalmente nuevos en este fin de siglo y en el futuro próximo, correspondiendo estrechamente a este avance científico y técnico, en muchas ocasiones malsano, de la RCT.

En gran medida, la lucha por darle un sentido positivo a estos avances científicos y técnicos, considera, de manera casi vital, esta mayor o menor participación de la población en los diferentes campos en que juega la información y, por ende, lo más importante de la formación de un pueblo.

Quien posee y controla la información en todas sus expresiones so-

ciales, o en algunas de sus formas (lucha por el control de los *mass-media*, de la educación, de la investigación, de los computadores, de las artes, etc.), lleva ya una ventaja apreciable en la formación de una conciencia nacional.

4. Algunas ideas básicas sobre la Revolución Científico-Técnica en el mundo subdesarrollado

Previamente, una aclaración. Se trata del nombre que le vamos a dar a estos países dependientes y subdesarrollados, donde están todos los países de la América Latina y, por supuesto, entre ellos el nuestro, Chile.

Se ha usado la frase sustantiva «Tercer Mundo». Se ha usado la sigla PVD («Países en Vía de Desarrollo»). Se ha usado la frase «Países subdesarrollados». Se ha dicho, también, los «Países del Sur», los «Países Dominados», los «Países de la Periferia», etc. Hay amigos y enemigos de todas las denominaciones. Sobre este asunto hay una gran discusión. No queremos intervenir en ella. Dejamos a otros el cuidado de buscar una común o no común forma de llamarlos.

Por el momento, usaremos la denominación que, a nuestro modesto entender, es la menos mala: «Países subdesarrollados» y «Subdesarrollo».

Ahora bien, ¿qué pasa con la RCT en los países subdesarrollados? ¿Qué pasa con la RCT en la América Latina? ¿Qué pasa en Chile? Conocemos más o menos la América Latina, mucho mejor a Chile y muchísimo menos al resto del subdesarrollo.

Pero en beneficio del espacio y en beneficio de la claridad para todos los que se interesan en este tema, hablaremos del subdesarrollo en general.

En primer lugar, repitiendo lo que dijimos al comienzo de este artículo, la forma en que la RCT va a orientarse en estos países, o si siquiera va a entrar a ellos, no es un problema tecnológico, sino que es un problema político.

En segundo lugar, como chilenos, debemos decir que la introducción de la RCT no es la cosa más urgente para Chile, ni tampoco para otros países de América Latina y el subdesarrollo en general.

Lo más urgente, en Chile, es echar a Pinochet y a los fascistas nacionales y extranjeros que instauraron, en 1973, el régimen actual y la dictadura que los sostiene, gracias a la fuerza de un golpe de Estado.

Lo más urgente es un cambio político, es cambiar de régimen, eliminar la dictadura y en su lugar promover la democracia, cambio que puede tener muchas variantes, pero cambio al fin.

En tercer lugar, dejando bien en claro la importancia de las ideas anteriores, una sociedad democrática, en cualquiera de los diversos niveles del subdesarrollo, tiene una tarea enorme que cumplir: *recons-*

truir una nueva sociedad y luchar contra la dependencia y el subdesarrollo.

Ahora bien, para llevar, en forma aceptable, esta reconstrucción y esta lucha, es indispensable una previa y clara actitud política. Es necesaria una actuación consecuente. De nada sirven las buenas palabras si no hay hechos que demuestren esta nueva actitud, y muy poco, o casi nada, la ya conocida cooperación extranjera, que es absolutamente subsidiaria, que sin duda el nuevo Estado debe pedir, sin afectar los nuevos planes. Sobre este asunto es necesario decir que otra cosa muy diferente es la ayuda internacional que, dentro de esta nueva política, pueda pedir el conjunto de la sociedad.

Pero en la actualidad, y con mucha mayor razón en un futuro próximo, no se podría reconstruir y luchar con éxito contra la dependencia y el subdesarrollo, si no se recurre apropiada e inteligentemente a la RCT.

El mundo desarrollado vive —es ya una realidad— un avance fenomenal en el plano científico y tecnológico, que más arriba hemos descrito, que constituye una verdadera revolución en estos campos, la que provoca muchas transformaciones, buenas y malas, en todos los aspectos de la vida, que no pueden desconocerse, si en esa lucha se quiere aumentar la productividad del trabajo humano, si se quiere ser competitivo en los mercados internacionales, si se quiere mejorar las condiciones sociales de la población, etc., es decir, en buenas cuentas, si el subdesarrollo quiere reconstruir y luchar con éxito contra sus lacras más graves.

En cuarto lugar, y quizás el empleo más importante de este artículo, es que no podemos desconocer su existencia y debemos saber usarla de manera adecuada, para ayudar a las transformaciones y cambios sociales que el subdesarrollo precisa. Esto quiere decir, que deben usarla —usarla bien es lo importante— los Partidos Políticos, los Sindicatos, las Religiones, etc., que se esfuerzan, a su manera, por estas transformaciones y cambios.

Los países subdesarrollados casi no conocen la RCT y están viviendo, en la actualidad, una situación desastrosa que no se mejora ni con el diálogo, ni con la cooperación, ni con la solidaridad de personas, organizaciones o países del mundo industrializado. Los países subdesarrollados deben tomar ellos mismos la iniciativa de salir de la dependencia y el subdesarrollo. Esta iniciativa no la pueden tomar los demás.

Aunque son vitales las tecnologías tradicionales e intermedias, si esas regiones o países desconocen la RCT y sus tecnologías de avanzada, es evidente que ellos vivirán en la Primera y Segunda Revoluciones Industriales, o a lo mejor, es muy posible, la mayoría de la población seguiría viviendo desde el punto de vista científico y tecnológico, en el sistema anterior de la artesanía y con relaciones de producción muy atrasadas.

Si así ellos vivieran feliz ¡tanto mejor! Pero en general no es así... Entonces, nuestra primera tarea es hacerlos salir de esta situación. Nuestra tarea continúa con el uso adecuado a su realidad de la RCT. Ya lo dijimos: «si no se recurre apropiada e inteligentemente a la RCT»...

Pero no podemos olvidar —sobre todo en el subdesarrollo— que la RCT significa, en una medida muy profunda, el uso de máquinas automáticas y las otras técnicas que hemos analizado, que todo esto significa aplicar a algunas ramas de la industria las tecnologías más avanzadas, las que aumentan considerablemente la productividad del trabajo humano y que, por lo tanto, emplean muy poca mano de obra.

Luego, hay que pensar en la cesantía.

Pero hay que pensar, también, en las otras cosas; hay que pensar, nada menos, que en el subdesarrollo.

Pensando en esta situación crítica, no creemos que se va a salir de ella con el sólo uso de las técnicas de avanzada que constituyen la RCT. Además de este terrible problema de la cesantía, el subdesarrollo tiene otras características negativas que hace absolutamente necesario emplear, además, todas las técnicas que permiten sus limitadísimos recursos. El escaso PIB, el bajo poder de compra de su población, la escasa cultura que se refleja en la ausencia casi total de formación y en la gran debilidad, o inexistencia, de sistemas nacionales de ciencia y de normalización, su industrialización y sus fuerzas productivas muy atrasadas, etc., todos estos hechos irredargüibles aconsejan el uso simultáneo de las técnicas tradicionales (locales), de las técnicas intermedias o de transición y de las técnicas avanzadas de la RCT, todas aplicadas de manera de mejorar ostensiblemente los mercados interiores y exteriores, simultáneamente con empezar a salir de ese túnel negro de la dependencia y el subdesarrollo.

Ahora bien, no podemos olvidar que, en los lugares que se empleen estas técnicas de avanzada, será necesaria una mejor formación de los trabajadores, sean estos industriales, mineros, campesinos, del mar, etc., y que ellos deberán tener una visión de conjunto de cada una de sus producciones y trabajar tanto con las manos como con el cerebro.

No podemos olvidar, que la RCT cambia fundamentalmente la calidad de los productores directos, cambiando su formación, cambiando el carácter de las máquinas y por ende las relaciones hombre-máquina y hombre-producto: cambia la relación hombre-objeto. Los hombres se transforman un poco o mucho. Si cambian las máquinas, también cambian los hombres. Un obrero del siglo XIX no es igual a un obrero de la RCT. Lo estamos viendo en Francia que es una parte del mundo desarrollado. No es lo mismo un obrero francés que un obrero chileno. En el campo esta diferencia es aún más pronunciada.

Si recurrimos a toda o a una parte de la RCT, es casi indispensable

crear un sistema nacional de educación y de investigación y, simultáneamente, un organismo nacional de normalización que debe hacer las normas que esta educación, esta investigación y la producción nacional van a proponer. Educación, investigación y producción nacionales proponiendo, no sólo los avances que se harán localmente, sino también los avances internacionales debidamente adaptados a esta realidad y a estas nuevas condiciones, papel de adaptador que fundamentalmente la investigación debe hacer suyo.

En quinto lugar, creemos que para hacer transformaciones y a veces estos cambios tan decisivos, el subdesarrollo necesita recursos. Y desgraciadamente no hay progreso social sin progreso material. Y no hay progreso material sin industrialización. Y casi no hay industrialización si no se aprovechan bien los avances que provoca la aplicación de la RCT. O habrá —cuestión que es absolutamente indispensable de estudiar— una industrialización muy atrasada.

Y no es posible industrializar y usar bien la RCT en los países subdesarrollados sin que éstos hagan profundos cambios políticos.

En sexto lugar —y último por esta ocasión— el subdesarrollo es muy heterogéneo. Cada realidad es totalmente diferente a las otras. No sólo hay diferencias profundas entre un país subdesarrollado y otro. Estas diferencias existen entre las regiones de un mismo país.

Pero todos arrastran una herencia muy pesada, que cambia de una realidad a otra, pero que en sus bases es la misma: la dependencia y el subdesarrollo.

Dependencia de países más ricos, industrializados, llamados «desarrollados», que explotan, de una u otra manera, a los países más pobres, no industrializados, que llamamos países subdesarrollados.

Es la dominación de algunos países, dominantes, sobre otros, dominados. Es una dominación que puede ser económico-social, es el caso de la dominación sobre los países subdesarrollados, o una dominación económico-social-política, que es el caso de las colonias, algunas mal llamadas «estados asociados», o «departamentos de ultramar», etc.

Existe una gran heterogeneidad —diversidad— acompañada de una homogeneidad muy negativa —unidad—: la dependencia y el subdesarrollo.

5. El uso de la Revolución Científico-Técnica en el subdesarrollo

Según lo expresado en el último pensamiento, la RCT no puede usarse de la misma manera en todas partes.

También se colige una cosa superconocida: los países subdesarrollados requieren, con urgencia, superar sus malas condiciones nacionales.

La planificación decidiría lo que se hace con tal realidad nacional: la definiría, resolvería las medidas, sus prioridades, el carácter de cada una, etc.

Refiriéndonos solamente a la RCT, a su empleo, pero sin conocer ni el país ni la planificación que éste hace por su independencia y por su desarrollo —si lo hace—, diremos exclusivamente cuáles son, a nuestro entender, las medidas que es necesario tomar, muy en general, si se comienza a pensar en su aplicación en el subdesarrollo.

a) *Crear nuevas condiciones en la formación y en la investigación (comenzar a crear un sistema nacional de ciencia y tecnología)*

Desde este punto de vista, lo primero que hay que hacer, si se quiere recurrir a la RCT, es comenzar (o desarrollar) un sistema nacional de ciencia y tecnología que pueda apoyar, con éxito, a la industrialización que se haría de ciertas ramas de la producción humana en las diferentes regiones del país.

Esto quiere decir que habría que tomar las medidas para una alfabetización general de la población, una enseñanza mínima y formación a todos los niveles, global, pero sobre todo en las líneas de la producción que en especial se justifiquen, de acuerdo a las prioridades adoptadas.

Lo mismo debiera hacerse con la investigación nacional, creando Institutos de Ciencia ligados los unos a los otros por una estructura científica nacional y/o ligados a la producción y/o a la educación nacional.

Debieran crearse o desarrollarse, también, la normalización nacional, haciendo hincapié en las normas que tendrían que ver con las producciones más importantes de ese país.

Todo esto debería hacerse consultando, principalmente, los intereses nacionales. Investigación científica, formación a todos los niveles y normalización en perfecta independencia nacional.

Ahora bien, este concepto de la «independencia nacional», no tiene por significado el hecho de aislarse del resto del mundo.

Todo lo contrario. Independencia nacional significa no estar bajo la explotación de ningún otro país y significa que las relaciones internacionales de todo tipo —incluidas las relaciones científicas y tecnológicas— son independientes, es decir, las maneja libremente el país subdesarrollado, sin afectar sus propios intereses; al revés, colaborando con ellos gracias al progreso humano que tiene lugar en el resto del mundo.

Para llevar a feliz término estas iniciativas, es indispensable tomar en cuenta y utilizar en su propio beneficio, el desarrollo que el arte, la ciencia, la tecnología y la industria (digamos la cultura) han tenido en el plano internacional.

Es absolutamente necesario romper con la dependencia científica

y tecnológica (y cultural), para lo cual será indispensable, entonces, no copiar a la «pata de la llana» esos avances de éstos y no amarrar al país en compromisos que no le permitan tener libremente sus relaciones con las demás naciones.

b) *Industrializar su aparato de producción y completarlo*

Será indispensable industrializar (o modernizar) y diversificar la producción, movilizandole productivamente todos sus recursos humanos, naturales y artificiales (medios de producción), creando nuevos y utilizándolos todos racionalmente (no cuesta dinero) e incorporando en la medida de lo posible la mecanización no automática y automática.

En otras palabras, será necesario industrializar en forma apropiada su producción, y crear nuevas, en la forma más adecuada, racionalizando y mecanizando, con criterios y con prioridades fijadas según sean las necesidades y las posibilidades nacionales, definidas por los propios nacionales, que podrían asesorarse por extranjeros, pero en ningún caso siguiendo los intereses de éstos por sobre los intereses nacionales. Por supuesto, que este uso de la RCT y la industrialización general de su aparato de producción (que no necesariamente pasa por el empleo total de la RCT) es en su base un problema completamente ligado a la estructura de la sociedad. La industrialización y el empleo de la RCT van a ser mejores o peores, según sean mejores o peores los fines y posibilidades de cada sociedad.

c) *Crear riqueza*

Ya lo dijimos anteriormente: «el subdesarrollo necesita recursos» para poder cambiar su estatus. No hay progreso social sin progreso material.

Para comenzar a hacer realidad el desarrollo en general, y por supuesto, la creación de los sistemas nacionales de ciencia, tecnología y normalización, la industrialización de su aparato de producción y su diversificación, etc., son necesarios, indispensables digamos, los recursos que cada cosa exige.

No es un asunto simple y no pueden darse recetas. Muchos equipos pluridisciplinarios deberán estudiar estas cuestiones. Su influencia y su eficacia en el país dependerá de la manera como se dan las condiciones de base.

La calidad y propiedad de los medios de producción, la distribución y uso de los excedentes, los mercados interiores y exteriores, las normas de crecimiento de las diferentes actividades nacionales, la deuda externa, el bienestar de la población toda entera, el uso de las tecnologías, etc., son asuntos, junto a otros, que influyen directamente en esta grave cosa de los recursos materiales para el desarrollo.

d) *Luchar contra la Dependencia y el Subdesarrollo*

Nosotros estamos convencidos de que la aplicación al subdesarrollo de la RCT es simultánea a transformaciones profundas de la sociedad —transformaciones políticas— y estamos también convencidos de que en este mundo subdesarrollado, las transformaciones profundas pasan necesariamente por acciones tendientes a eliminar la dependencia y el subdesarrollo de esa sociedad.

Esta es la tarea fundamental: luchar contra la dependencia y el subdesarrollo, luchar para que todos —**TODOS**— puedan gozar de esa vía para el desarrollo. El buen uso —el uso apropiado— de todas las etapas de la Revolución Industrial, y por ende el buen uso de la RCT, es absolutamente necesario y está comprendido entre los principales factores de un cambio de sociedad.

Por eso pensamos que esta última, la RCT, no es neutra, como es el caso de cualquier tecnología. Ella está siempre al servicio de alguien, en este caso, al servicio de una clase social y al tipo de sociedad que es más apto para esos grupos sociales.

Pero en todo el mundo subdesarrollado actual, con todas las laceraciones sociales que le son propias, la RCT no puede entrar o, si entra, lo hace mal, al servicio de unos pocos. ¿Por qué? Porque a los grupos gobernantes no les interesa que entre, o les interesa que entre sólo al servicio de unos pocos. Estos pocos se benefician y usufructan muy bien de la dependencia y del subdesarrollo.

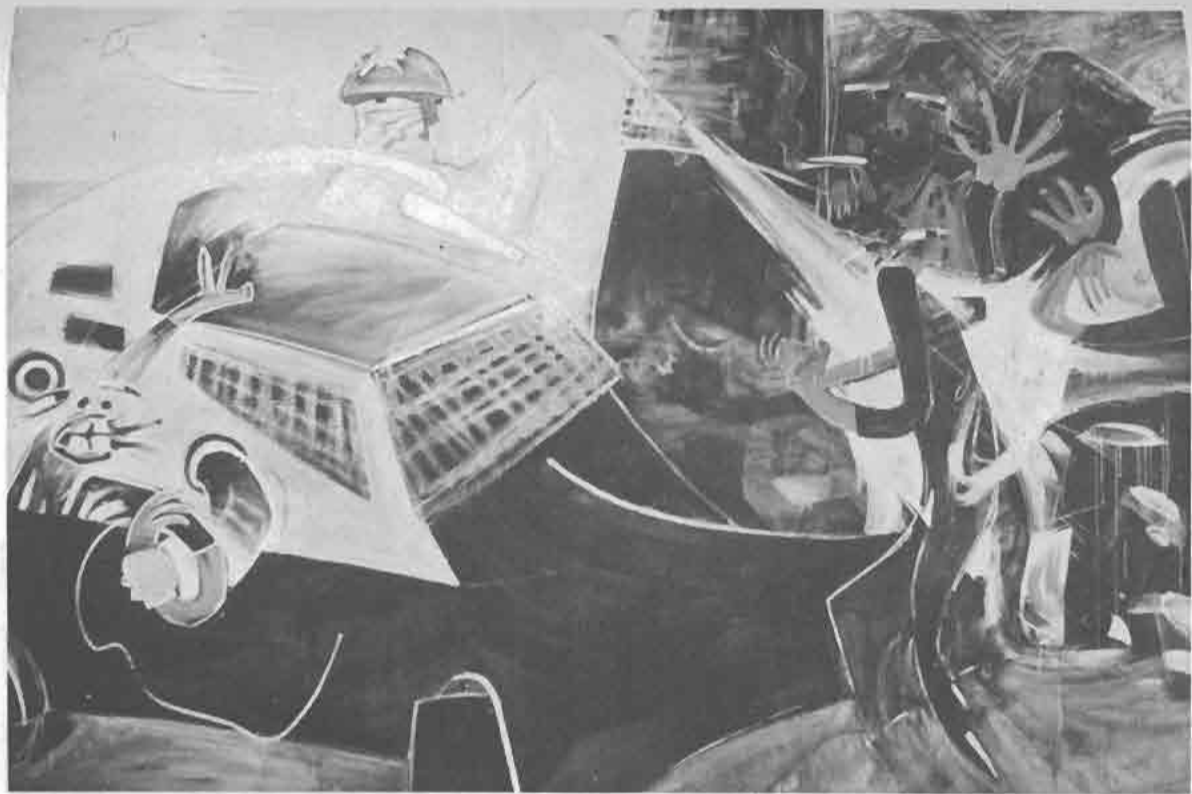
La RCT conlleva una serie de avances en las ciencias y en las tecnologías. Estos avances definen una condición de la producción humana, la que puede ser usada indistintamente a favor de una pequeña cantidad de países y, lo que es peor, en beneficio de una parte minoritaria de la población: los países y las personas dominantes. Pero, ella puede ser usada en beneficio de toda la población, sin exclusiones y con las menos desigualdades posibles. Esta es nuestra posición: eliminar de esta tierra los dominados, lo más y mejor posible, y conseguir una mayor igualdad de países y de hombres.

Todo el desarrollo científico y técnico que aporta la RCT conforma nuevas relaciones del hombre, la naturaleza y los objetos. Es una nueva realidad. Ella bien merece una nueva sociedad, más justa, más libre, más democrática, más desarrollada, más feliz en suma, para todos.

BIBLIOGRAFIA

1. Academia de Ciencias de la URSS: *La revolución techno-científica: aspectos y perspectivas sociales*. Ed. Progreso, Moscú, 1974.
2. Aroca, Ricardo: «El papel de la ciencia en el proceso revolucionario chileno». *Rev. Apuntes*, n.º 2, Santiago, Chile, 1972.
3. Aroca, Ricardo: «Informe a la jornada sobre ciencia y tecnología». *Rev. Apuntes*, n.º 3, Santiago, Chile, 1972.

4. Aganbeguian, Abel: «Perestroïka. Le double défi soviétique». *Economica*, París, 1987.
5. Barrère, Kebabdjian y Waistein: *Lire la crise*. PUF, París, 1983.
6. Bernal, J. D.: *Filosofía del futuro*. Compañía General de Ediciones, México, 1951.
7. Bernal, J. D.: *La libertad de la necesidad*. Universidad Autónoma de México, 1958.
8. Casalot, André: «Quel avenir pour la recherche universitaire?» *Rev. SNESUP*, París, 1974.
9. Encyclopedia Universalis: «Industrie. La civilisation industrielle». J. N. et «Industrie. Industrialisation et formes de société», S. A., París.
10. Giedion, Sigfrid: *La mécanisation au pouvoir. Contribution à l'histoire anonyme*. CCF, París, 1980.
11. González Dagnino, Alfonso: «Chile: la Revolución Científico-Técnica y el Subdesarrollo». *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, n.º 10, Santiago, Chile, 1972.
12. González Dagnino, Alfonso: «Nuestro camino a la Revolución Científico-Técnica». *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, n.ºs 13-14, Santiago, Chile, 1972.
13. Gorbatchev, Mikhaël: *Perestroïka. Vues nouvelles sur notre pays et le monde*. Flammarion, París, 1987.
14. Heiman, S.: *Aspects économiques de la révolution scientifique et technique*. Ed. du Progrès, Moscú, 1980.
15. Litaudon, Maurice: «La bataille de la production se gagnera dans les usines». Plan Construction, París, 1981.
16. Lucas, Yvette: *La révolution scientifique et technique. Un débat pour l'homme et la société*. Ed. Sociales, París, 1981.
17. Martínez, Carlos: «La recherche et la création artistique dans l'enseignement de la architecture». Polycopié, rapport à la Comisión de la Pédagogie et la Recherche, París, 1987.
18. Metzger, Joë: *Pour la science*. Ed. Sociales, París, 1974.
19. Millas, Orlando: «Algunos problemas de la Revolución Científico-Técnica y América Latina». (Artículo), 1979.
20. Munford, Lewis: *Technique et civilisation*. Seuil, París, 1970.
21. Oficina Internacional del Trabajo (OIT): «Introducción al estudio del trabajo». OIT, Suiza, 1973.
22. Ortega y Gasset: *Meditación de la técnica*. Madrid, 1982.
23. Partido Comunista de Cuba: «Sobre política científica nacional». Proyecto de tesis del Primer Congreso del Partido. Cuba, 1975.
24. Rioux, Jean Pierre: *La révolution industrielle 1780-1880*. Seuil, París, 1971.
25. SNESUP: «La recherche et les carrières des enseignants du supérieur». SNESUP, París, 1980.
26. SNESUP: «Les conditions du développement et de la liberté de la recherche universitaire». París, 1980.
27. SNESUP: «Les liaisons réciproques entre enseignement et recherche». París, 1980.
28. SNESUP: «Les universités et la recherche scientifique». París, 1975.
29. SNESUP: «Rapport de la comisión recherche du Congrès de Lyon». París, 1973.
30. Tourain y Lattes: *Au delà de la société industrielle*. Dialogue de France Culture: Quelle crise? Quelle société? Presses Univ. de Grenoble, 1974.
31. UNESCO: «La política científica en América Latina». México, 1974.
32. Volkov y Zimenkov: *Le néo-colonialisme technologique*. Ed. du Progrès, Moscú, 1986.





La investigación científica en Chile

Un desafío para su futuro

ALDO GONZALEZ

Hace muchos años, quizá junto con el nacimiento de Chile como nación, algunos visionarios de ese tiempo mostraron preocupación por los temas relacionados con el conocimiento y las posibilidades de obtenerlo a través de la investigación científica. Acorde con las características de la época, y dado que los focos del conocimiento se encontraban en Europa, con muchos esfuerzos se importaron desde allí hombres de ciencia que completaron y profundizaron los primeros pasos que había dado el abate Molina, reconocido en su tiempo como uno de los pioneros en el estudio de la naturaleza. Estos primeros sabios —franceses, ingleses y alemanes— describieron la fauna y la flora del país y caracterizaron nuestro paisaje y el sustrato geológico que la evolución había logrado transformar hasta dar forma al geosinclinal andino que hoy conocemos.

En la historia más reciente, tras casi ochenta años de trabajos ininterrumpidos, la primera universidad del país —la Universidad de Chile—, heredera de la legendaria Universidad de San Felipe de tiempos de la Colonia, proporciona al país un cuerpo de académicos y una estructura de la enseñanza superior que poco a poco se abre a las necesidades más urgentes del país. Formando los profesionales que el país necesita y haciendo acopio de un quehacer científico que le pro-

Aldo González es investigador en el Centro de Investigaciones Biológicas dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, España.

porcionan una solidez muchas veces ejemplar en relación con otros países del continente.

Siguiendo el ejemplo de esta antigua casa de estudios, siempre dentro del contexto de nuestra historia, comienzan a nacer otras universidades y paulatinamente la misma Universidad de Chile se extiende a lo largo del territorio nacional, dando lugar a las Sedes en las distintas provincias, allí donde las diferentes administraciones juzgan necesaria su creación.

Esta es la historia que conocemos y que nos han contado quienes nos han precedido, pero como toda historia, tiene un sesgo y una dependencia que está marcada por el sujeto que la relata. En muchos de sus pasajes hay aciertos porque la verdad es que así ocurrieron muchos de los hechos y esta historia responde a la estructura socio-política de ese Chile que funcionó hasta septiembre de 1973. En esa fecha crucial para nuestra historia, se produce un cambio cualitativo que va a dar origen a un desorden generalizado de la estructura del país y, como es propio de todo desorden, éste llega a todas las instituciones y por supuesto toca frontalmente a la universidad.

El esplendor de Occidente

Es curioso el fenómeno y para comprenderlo es necesario aproximarse a sus propios orígenes. Es decir, remontarnos a la construcción de lo que hoy conocemos como Occidente.

Si quisiéramos tener una visión estática del mundo en este momento, Occidente aparecería como aquel lugar de privilegio donde los dos tercios de la población viven más o menos cómodamente y el tercio restante soporta gran parte de este bienestar. Y adscrito a Occidente, o mejor dicho, en su misma órbita, está el Tercer Mundo o «países terceros» como se les llama piadosamente en los círculos internacionales; y la masa de habitantes de estos países, a excepción de sus clases privilegiadas, que no pasan del 5 por 100 de la población total, es la que paga directamente el esplendor económico de Occidente. Los «países terceros» soportan la carga de los deberes y disfrutan sólo de algunos de los sucedáneos de los derechos.

La pregunta que surge no puede ser más nítida: ¿qué separa a unos países de otros? La respuesta más recurrida es la económica: se dice que unos tienen economías más desarrolladas que otros y que ésta es la causa del desequilibrio en el bienestar de sus poblaciones. Aún hay otros argumentos para dar mayor contundencia a esta respuesta; se acusa a las gentes del Tercer Mundo de estar dominadas por la pereza, el alcoholismo, el hábito del robo, etc., y que así es imposible salir de la calamidad y la miseria.

Si profundizamos en esta dirección la pregunta es cada vez más obvia: ¿Dónde está la barrera? Y salvo que nuestro afán sea sólo espe-

culativo la respuesta es fácil de discernir. Lo cierto es que vemos a un Occidente donde se tira a la basura un porcentaje de la alimentación diaria y donde se comete el crimen de destruir determinados productos para mantener la competitividad de los precios en el mercado, mientras el Tercer Mundo famélico se consume en las villas miseria, agobiado por la enfermedad y la angustia de una vida sin destino.

Si en los países donde el desarrollo es desmesurado se está en condiciones de quemar excedentes, es inevitable preguntarse ¿cómo los obtienen? Echemos una mirada a algo tan simple y aparentemente tan poco significativo como la superficie que ocupan. Muchas de las naciones del «primer mundo» apenas equivalen a una provincia o un distrito de algún «país tercero» como, por ejemplo, Brasil, Argentina o la India. No sólo eso: la densidad de población es mucho más alta y el desgaste del suelo como factor generador de riqueza no tiene comparación. Más aún: si se toma como ejemplo la producción cerealera, las ventajas de Argentina sobre cualquier país europeo es algo que queda de manifiesto en el análisis más elemental: lo mismo ocurre si se lo compara como productor de proteína animal, no sólo en cantidad sino también en calidad, que es inmensamente superior. No es lo mismo nutrir el ganado con pastizales naturales que administrar piensos compuestos y acelerar el desarrollo del animal inyectando hormonas del crecimiento.

Pues bien, es en este punto donde se establece el límite; los grupos de poder de estos países han hecho durante muchos años acopio de algo que es más poderoso que el mismo dinero y, más aún, que es fuente generadora de éste: nos referimos al *conocimiento*.

Lejanos nos parecen actualmente aquellos días en que Galileo Galilei, espoleado por las estructuras de poder de su época, daba a luz una manera de generar conocimiento. Galileo fue capaz de poner en marcha una enorme máquina que es la responsable de la existencia misma de Occidente; esta máquina es el *método científico*. El representa un salto cualitativo inmenso en la historia de la Humanidad; sacó a la ciencia experimental del largo y tenebroso túnel de la especulación y demostró de manera simple que, dadas unas determinadas condiciones, un fenómeno era repetible y podía ser cuantificado. Al hombre se le hizo claridad sobre la posibilidad de confluencia entre los hechos y la lógica; una vez enlazados ambos, la especie humana sólo tardó trescientos años en alcanzar la Luna, su más cercano cuerpo celeste, sospechar con bastante acierto sobre sus orígenes y soñar con la galaxia como futura morada.

Desde entonces, Occidente está dividido entre *los que saben cómo obtener el conocimiento y los que no lo saben*. Los «países terceros» están detrás de esa barrera, y cada vez que se han alzado para franquearla son detenidos, y son detenidos a menudo, como se sabe, con el fuego y la violencia.

La enseñanza superior en Chile

En Chile, desde comienzos de la construcción de nuestra nacionalidad, cuando el mestizo releva al ocupante peninsular y se configura el chileno medio, son la gran burguesía y la pequeña burguesía las que, copiando a los países europeos, construyen y desarrollan la primera estructura de estudios superiores del país. A fines del siglo pasado sólo algunos visionarios progresistas, entre liberales y radicales, son capaces de proponer ideas avanzadas contrapuestas, en alguna medida, al poder y modelos extranjeros.

Tienen que llegar las primeras luces de este siglo y la revolución bolchevique —que produce un vuelco en las relaciones de fuerza en Occidente—, para que, por primera vez, los obreros y los campesinos se hagan en Rusia con el poder, generando nuevas estructuras (que da con el tiempo lugar a una zona de influencia conocida como área del socialismo real) y desencadenando en otros países, entre ellos Chile, la aparición de nuevos y fuertes movimientos sociales.

En Occidente no se duerme tranquilo y unos, más radicales que otros, desencadenan dos guerras mundiales en lucha a muerte por el poder total. Alemania preside la aventura y lidera en las dos ocasiones la intentona; los anglo-sajones (británicos y estadounidenses) prefieren a veces la vía de la dominación por medio de la ciencia y la tecnología, antes que por la fuerza y la intervención bélica. El segundo conflicto es tan grave que incluso deben recurrir a la Unión Soviética, su enemigo natural. A su término, las áreas de influencia cobran todo su vigor, hasta nuestros días.

En todo este desarrollo de los acontecimientos, es muy difícil encontrar un solo episodio en que la ciencia o la tecnología no hayan tenido una presencia en el enfrentamiento entre los poderosos y en las acciones de aplastamiento de los oprimidos. Tracemos las líneas que van desde Galileo a Darwin, o desde Galileo a Von Braun, o a Fleming, o a Einstein, y el resultado será siempre el mismo. Hace tres siglos que el ser humano descubrió que la ciencia y la tecnología no sólo son un elemento de dominación más, sino que son *la base misma* de la dominación de unos sobre los otros. Quien disponga de mayor conocimiento e impida su filtración al enemigo habrá ganado la batalla final.

Los pueblos del Tercer Mundo están llegando muy tarde al meollo del conflicto y su papel es más bien de espectadores frente a la lucha de los colosos de Occidente. Participan aportando todo tipo de materias primas, las que tras ser manufacturadas en las áreas desarrolladas retornan a sus países de origen, produciendo endeudamiento y mayor miseria entre su población.

En Chile pasan largos y oscuros años antes que los elementos progresistas tengan acceso a las universidades y puedan influir en la estructura y orientación de la enseñanza superior. Este proceso alcanza

su punto más alto con la lucha de los estudiantes que dan lugar a los diversos movimientos de Reforma Universitaria de los años 60. Pero todo desarrollo y progreso se frustra con el golpe militar de 1973.

Paréntesis sobre la Biotecnología

En 1944, al término de la Segunda Guerra Mundial y tras la rendición del Japón (por precaución, Occidente había tenido cuidado de no bombardear Kyoto, símbolo de esta nación), se pretende que este país se convierta en el sargento de Occidente en el Extremo Oriente, sin excluirlo como desestabilizador de la Unión Soviética. Lo mismo ocurre con alemanes e italianos, a quienes se financia y facilita la reincorporación al sistema. Se trata de generar una nueva Europa, ágil, dinámica y avenida, porque al Occidente le interesa un conglomerado europeo que siga manufacturando y vendiendo, para poder superar la crisis del petróleo y levantar una barrera de contención frente a los países del Este. Esta vez, sin embargo, una parte importante de las fuentes generadoras del conocimiento van con destino a los Estados Unidos y sus resultados —la tecnología— van a parar al Japón. Este país invierte importantes capitales en copiar y efectivamente copia y mejora los sistemas. Así, en menos de treinta años se pone a la cabeza de la tecnología en varios dominios que hasta no hace mucho eran patrimonio exclusivo de los europeos occidentales.

Hay algo que no puede dejarse pasar en este análisis; es un hecho que tal vez fue una tabla de salvación para los países del Tercer Mundo, algo que les permite mantener todavía la esperanza. Fue durante la administración Carter, el presidente norteamericano. Su asesor Brzinski, experimentado soviólogo, expone en dos libros lo que pudo haber sido la llave maestra de nuestro punto final. En ellos aconseja reducir el armamento convencional y desarrollar la tecnocracia. ¿A qué apunta esta palabra? Se trata nada menos que de la aplicación de la informática y los ordenadores a la producción, dando los primeros pasos para concluir la amalgama definitiva entre hechos y lógica; en otras palabras: la era de los robots y de la manipulación de los genomas de los seres vivos. La biología molecular da paso a la ingeniería genética y ésta, teniendo como base las técnicas del DNA recombinante, es capaz de producir determinadas moléculas de interés manipulando el genoma de algunos microorganismos.

Para suerte nuestra —del Tercer Mundo— las recomendaciones de Brzinski no fueron adoptadas, porque el pueblo norteamericano eligió a Reagan, y éste eligió una política centrada en el incremento del armamento convencional y atómico. Sólo hacia el final de su segundo período se intentó recoger parte de las sugerencias del consejero de Cartes, lo que le permitió a los Estados Unidos dar un salto importante en el campo de la Biotecnología. Se ofreció a algunos de los más

connotados científicos norteamericanos que dejaran sus puestos académicos en las universidades y se trasladaran al sector industrial, creando sus propias empresas de Ingeniería Genética, a las cuales se les acordaron subvenciones y créditos a largo plazo.

Se trata de un peligro inminente. El mundo desarrollado se propone poner en práctica nuevos sistemas de producción, insospechados hasta hace diez años atrás. Piensan montar y desarrollar las Nuevas Tecnologías, es decir, la robotización de todos los sistemas posibles. Ya se escucha el susurro de los ordenadores que empieza a llegar hasta la enseñanza media. Si todo esto se consigue, el Tercer Mundo quedará condenado a no poder alcanzar las cuotas de desarrollo necesarias para llegar siquiera a la etapa pre-industrial. Su máxima aspiración quedará reducida a disponer de una agricultura dependiente y convencional.

Medio siglo de retroceso científico

Mientras esto ocurría en la década de los setenta en los países donde se asientan los centros de poder, Chile quedaba abandonado a su propio destino.

Hasta antes del golpe de Estado, las universidades chilenas se habían mantenido como centros generadores de conocimiento, aunque ese conocimiento fuese subsidiario y mal orientado, porque estaba en función de intereses foráneos. No hay que olvidar que esas universidades no se construyeron para responder a los intereses del pueblo de Chile sino para reproducir, desde las mismas «luces», el sistema en que estaban inmersas. Su objetivo no era convertirse en el fermento de la creatividad impulsadas por la fuerza del desarrollo como nación libre y soberana, sino el de obtener las mejores y más depuradas copias del sistema de dominación imperante. Es por esta razón que, cuando en los años sesenta las universidades chilenas se ven arrastradas por la ola contestaria, son reprimidas de modo contundente. Es peligroso transformar al ciego total en tuerto optativo, ya que surge de inmediato el problema de hasta dónde es posible dosificar la entrega de conocimientos para que no se transformen en germen de libertad.

En el Chile del pre-Pinochet el pueblo empieza a entender a través de los cerebros de sus hijos. ¿Qué hace entonces el sistema? Recurre a un hombre corto de luces para que se lance desde la represión pasiva a la represión activa con uso pleno de la fuerza bruta. En ese momento, los componentes del sistema acuden como un todo para impedir que éste se escape por la vía que los acontecimientos han abierto.

Ya en plena etapa de Pinochet, este general al que hemos llamado «corto de luces» por la evidencia de una estrechez mental insuperable (nadie está más allá del desarrollo de sus genes y en eso él no tiene finalmente culpa alguna), toma la decisión de poner militares en los

cargos claves de la educación superior, cuestión que ni al mismísimo Franco se le ocurrió imponer en España.

Se trataba de aplastar la subversión y esa fue la misión del grupo de personas que llegó a dirigir las universidades. Chile sepultó así en pocos años lo que había tardado medio siglo en producir y mantener. El éxodo de académicos e intelectuales fue masivo, y no puede por eso extrañarnos que hoy se encuentren chilenos de casi todas las disciplinas en innumerables universidades y centros de investigación de todo el mundo. Como dijo el doctor Joaquín Luco —Premio Nacional de Ciencias— el año 1978: «De las cátedras del saber hace ya mucho que emigraron los sacerdotes y hoy están oficiando sacristanes de toda clase...»

Para salir del marasmo actual, Chile debe mirar hacia el futuro y pensar en la inminencia de una reestructuración total, desde sus raíces, del sistema educativo del país. Esta es una oportunidad histórica como nunca se tuvo antes, y debe aprovecharse intentando la búsqueda creadora de un sistema que sirva al país sin perder el tren de la Historia. Es cierto que hoy los países desarrollados construyen su sistema de producción apoyados en la fórmula Investigación más Desarrollo (I+D), realidad que nosotros no podemos desconocer. Esos países pueden permitírselo, porque hace mucho tiempo que comenzaron a investigar en profundidad a sus habitantes, sus ambientes, sus sistemas, sus necesidades. Nosotros no tenemos desarrollada la base general del conocimiento y es en este terreno donde nuestra contradicción es brutal. Por una parte, no nos podemos permitir el dar prioridad al estudio del macrosistema en sus aspectos básicos, porque cuando hayamos acabado estaremos de Occidente a una distancia imposible de cubrir. Y por otra parte, si decidimos dedicarnos a las tecnologías para satisfacer necesidades inmediatas, nos habremos puesto la soga de la historia al cuello, condenándonos a ser los esclavos del siglo XXI, ya que el precio será la dependencia total.

¿Es posible resolver este dilema que nos presenta nuestra propia historia? Pienso que sí. Nunca consigue más el cerebro humano que cuando lucha contra sus propias limitaciones. Y ésta es una ocasión para demostrar que Chile no lo ha perdido todo. Debemos enfrentarnos con valentía a la realidad que nos ahoga y empezar por reconocer nuestros propios errores. Pienso que durante mucho tiempo copiamos lo que nos dejaron copiar, o sea, lo que a ellos no les servía, lo desclasificado, lo pasado de moda, la chatarra. Es una lección que hay que aprender. Como la aprendió Lautaro, al entender el papel del caballo como elemento de dominación del Imperio Español, susceptible también, sin embargo, de transformarse en arma de liberación. Es admisible copiar, pero hay que ser selectivo y recoger sólo lo que nos beneficia, lo que no nos somete.

Cabe formularse la pregunta: ¿Cómo logró Occidente el desarrollo científico? Sólo hace falta observarlo: estos países comenzaron muy

temprano su desarrollo, se organizaron para lograrlo, y lo hicieron partiendo de una base que es menos elemental de lo que parece: se formularon un Plan.

¿Es posible un Plan chileno de desarrollo en Investigación Científica y Tecnología?

La idea de un Plan Nacional de Desarrollo se articula a partir del análisis objetivo de la realidad, estableciendo prioridades y metas conducentes a obtener un bienestar que se apoya en la satisfacción de las necesidades básicas del pueblo al que sirve. Por ejemplo, la OCDE ha definido la Biotecnología como «la aplicación de los principios de la Ciencia y la Ingeniería en el tratamiento de materiales por agentes biológicos, o en el tratamiento de materiales biológicos para la producción de bienes y servicio». Y así como en este caso, también se han establecido prioridades en otras diez o quince disciplinas (microelectrónica, nuevos materiales, etc.) en los que el aporte de la ciencia es fundamental para el desarrollo.

El diseño de cada uno de estos elementos estructurales que forman parte del plan, así como de los canales por los que fluirá la información, permitirán su funcionamiento coordinado, debiendo tener como base de sustentación un panorama («screening») cuidadoso y preciso de la realidad nacional que permita compilar los antecedentes necesarios para constituir una Base Nacional de Datos. Es piedra angular de todo proceso de desarrollo es la que permitirá en todos los futuros posibles (próximo, mediano y largo plazo) reconocer los verdaderos problemas del país y corregir los errores más acuciantes que hoy tiene el cuerpo social de Chile.

El sub-desarrollo que padecen los países del Tercer y Cuarto Mundos no sólo es mensurable en base a los parámetros que nos entregan la economía, por un lado, y la sociología y otras ciencias humanas, por otro. También se puede medir gracias al conocimiento científico de la realidad física, del entorno natural, por ejemplo, lo que permite arribar a decisiones adecuadas para producir con miras a satisfacer las necesidades básicas de los pueblos, y para mantener un equilibrio dinámico y evitar así catástrofes ecológicas, daños irreparables de los ecosistemas naturales. Hay que armonizar la libertad en la investigación, que estimula la creatividad, sin descuidar la promoción y el apoyo a aquellas otras áreas de la ciencia que son vitales para desarrollar la producción.

Es difícil pero no imposible diseñar un Plan de Desarrollo de la Investigación Científica y Tecnológica en Chile. Para ello hay que coordinar las apreciaciones de los políticos —que deben cumplir su misión de sintetizadores sociales— con los hombres de ciencia que trabajan directamente con el mundo del conocimiento. Los primeros

deben tener en cuenta no sólo las opiniones de los segundos sino también el resultado concreto de su trabajo. Esta responsabilidad no puede postergarse más; esperar hasta obtener el poder político para comenzar el diseño de un Proyecto estratégico en estos dominios es hipotecar la libertad de las generaciones que nos sucederán. Se trata de algo que hay que acometer ahora.

Tengamos presente el ejemplo de Cuba, cuya Revolución ha sabido afrontar sus deberes en el campo científico, lo que le ha permitido sortear los tremendos problemas que le significaron, en los comienzos del proceso, la pérdida de la mitad de su potencial académico y la emigración masiva de médicos e ingenieros.

Es necesario elaborar, por otra parte, un cuerpo de ideas coherentes, que sean producto de un análisis tanto de la sociedad que las va a poner en práctica como de las posibilidades de los ecosistemas sobre los que se va a interactuar. No se trata de no intervenirlos, sino de saber que para hacerlo en buena forma necesitamos de toda nuestra inteligencia para manejarlos y preservarlos. No podemos pensar únicamente en nuestro tiempo, sino basar nuestra acción pensando en la generación que tomará el relevo próximo y en las que vendrán después. Es preciso reflexionar desde ahora en lo siguiente: qué deben estudiar nuestros jóvenes, para qué y en qué dirección. Ninguna de estas preguntas puede dejarse sin respuesta antes de que termine este siglo. El peligro es muy grande, porque una parte importante de la humanidad está ya en el límite del cambio de era y nosotros estamos fuera del campo de operaciones y con posibilidades mínimas de intervenir, porque ni siquiera sabríamos cómo hacerlo. El ser ciegos en este terreno nos conducirá a la dependencia científico-tecnológica y entre ésta y la dependencia política hay una relación directamente proporcional. Hay que comenzar ya la construcción del cuerpo de ideas que nos permita el acceso a cuotas de conocimiento acordes con nuestras posibilidades: ésta es una de las grandes tareas de la sociedad chilena del presente.

A nuestro juicio, a la luz de los datos precedentes, parecieran aconsejables algunas de las siguientes medidas urgentes:

1. Restablecer en las universidades el régimen de elección democrática de sus autoridades, restituyendo a los académicos en estas funciones.
2. Constituir un Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico que, además de asesorar a las más altas autoridades en la toma de decisiones en estas materias, tenga capacidad para formular y gestionar un Plan de Ciencia y Tecnología.
3. Previo a la formulación del Plan, este Consejo debe poner en marcha un Proyecto Histórico que exprese la opinión e intereses de todos los sectores vivos de la nación en estas materias. Este Proyecto deberá contener las bases sobre las que va

a operar el Plan Nacional, diseñar su estructura, su financiamiento y prioridades, y la creación de centros de Investigación Científica y Tecnológica de acuerdo con la capacidad y necesidades del país. Todo ello se ajustará a los propósitos y normas que determinen los organismos democráticos nacionales en relación con las áreas de desarrollo que el país decida impulsar.

4. Formar en los países desarrollados que se determine los cuadros técnicos que Chile necesita en Gestión Científica y Tecnológica.

Hay algo que los jóvenes investigadores de hoy deben tener presente, y procurar que no olviden tampoco quienes habrán de sucederles.

Si bien es cierto que el ser humano hace treinta o cuarenta mil años que abandonó las cavernas para vivir gregariamente en sociedades que el progreso del conocimiento le ha permitido perfeccionar, en su desarrollo síquico apenas si se ha apartado de algunos hábitos de aquellos tiempos. Todavía sigue siendo, en una buena medida, el mismo Homínido que se levantó sobre sus dos pies hace no muchos milenios: en lugar de blandir entre sus manos la quijada de un gran mamífero, hoy suele enarbolar con alegre despreocupación un misil o alguna otra arma de efectos mortíferos incommensurables.

Es una lección que nunca deberemos olvidar.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1985). *Ingeniería genética. Manual de técnicas básicas*. 1-188.

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1986). *Biotecnología para empresarios*. 1-195.

J. Gaillard. «La science du tiers monde est-elle visible? in *La Recherche*, 20 (1989): 636-640.

Ministerio de Educación y Ciencia de España (1985). *Plan movilizador de Biotecnología*. 1-174.

M. Moo-Young. *Comprehensive Biotechnology. The Principles Applications and Regulations of Biotechnology in Industry, Agriculture and Medicine*. (4 vols.) Pergamon Press, 1985.

H. J. Rehm & G. Reed. *Biotechnology. A Comprehensive Treatise*. (8 vols.) Verlag Chemie, 1983.

A. Tamayo. *Elementos para iniciar una discusión sobre un plan de desarrollo nacional*. Deutsch chilenisches Kulturzentrum, Hamburg, 1983, 1-107.





Chile: el fin de una etapa en el trabajo cultural

Conversación con Mónica Echeverría

Si hubiera que elegir una veintena de nombres entre los más representativos de la mujer chilena de los años ochenta, sería muy difícil excluir el de Mónica Echeverría.

Lo que no es poco decir en un país que ha vivido en estas dos décadas, en paralelo con sus cataclismos sociales, una formidable explosión de emergencia de sus mujeres al primer plano de la vida social. En todos los terrenos, particularmente en el accionar político —la lucha masiva contra la dictadura está marcada por su presencia protagónica— y en la actividad cultural: en las letras, en el periodismo, en las bellas artes, en el mundo profesional.

(Digamos, de paso, que a la hora de elegir un camino en la transición, el enanismo ideológico que se expresa en la renuncia de muchos a intentar siquiera opciones democráticas profundas, moral e intelectualmente audaces, es el mismo que aparece consagrando —sin decirlo— el ostracismo de la mujer de las instancias donde se toman de verdad las grandes decisiones públicas. Hecho que evocamos no para desarrollarlo aquí, sino sólo para que no se olvide.)

Ella ha vivido estos años una historia que no es atípica, lo que no quiere decir que sea por eso menos desgarrada o incluso cruel. Cuando sobrevino el golpe del 73 trabajaba en el teatro Ictus, donde desarrollaba una labor dirigida al público infantil. Guatapique se llamaba, recuerda ella, el título de la última obra que pudo presentar. No duró mucho tiempo después de aquel fatídico septiembre. Murió, como

tanta manifestación cultural, ahogada por el peso de la violenta regresión que sufrió el país en todos los aspectos de su vida.

Partió pronto al exilio. Un exilio voluntario, aunque en rigor forzada por los hechos. Alrededor de algunos de sus más cercanos familiares se tendía un cerco que daría origen hacia fines del 74 a uno de los más cruentos y espectaculares asesinatos políticos perpetrados por la dictadura.

En su destierro en Inglaterra trabajó como profesora de castellano en el Technical College de Cambridge. Estuvo asociada también a la labor cultural de los exiliados, que era allí muy vigorosa, como en casi todos los países donde pudo radicarse la diáspora chilena. Escribió una obra de teatro («un poco la historia del golpe militar») que fue montada con actores chilenos e ingleses y llevada a muchas ciudades del país, junto con un grupo de danzas y cantos folklóricos.

En su doble desempeño en el destierro Mónica unía las dos vertientes de lo que había sido antes su vida en el campo profesional. Ella es efectivamente profesora de castellano. Estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, cuando éste funcionaba todavía en el viejo edificio de Alameda con Cumming que hoy ya no existe, y trabajó como docente en el liceo Manuel de Salas, en el Santiago College, en el colegio de las Ursulinas y en otros establecimientos privados. Su vocación por el teatro nació y se desarrolló en una línea paralela. Fue del Experimental de la primera época, el del Licenciado Pathelin, es decir, el Experimental de Pedro Orthus, de Siré, de María Maluenda. Allí la picó definitivamente la «arañita del teatro», iniciando un largo periplo que sólo interrumpió en los años iniciales de la maternidad.

Su etapa siguiente fue en el Teatro de Ensayo, donde durante cuatro años desarrolló una labor que juzga una de las más interesantes de su carrera. Trabajó con Claudio di Girolamo y con Jorge Díaz. Con ellos partió el 55 ó 56 a fundar el Ictus, uno de cuyos méritos en este período fue justamente haber consolidado el lanzamiento de Jorge Díaz como uno de los autores teatrales chilenos más significativos del período. Formando equipo —al que se agregó también Carla Cristi— el trío puso en marcha el teatro para niños del Ictus, del que Mónica llegaría a ser directora. Ha sido la etapa más fecunda de su itinerario teatral: escribió varias obras, y fue la animadora clave de la iniciativa de mayor profesionalidad y probablemente más original y completa que se haya realizado en Chile en el dominio del teatro infantil. En eso estaba, tras largos años de dedicación a la labor, cuando sobrevino el golpe de Estado.

(No es raro que haya mostrado tantas cualidades en el cultivo de un arte dedicado a los niños y en el trabajo con los jóvenes en época más reciente, porque es una mujer de comunicación casi inmediata y acercamientos afectivos intensos. Facilitan su tarea, por otra parte, su simpatía, delicadeza de trato y sonrisa franca sin esfuerzo, fiadoras

todas de su propia y asombrosa juventud, que es de las que no perecen mientras su dueña vive.)

Mónica Echeverría volvió a Chile en 1980, y fue, a poco andar, cofundadora y pronto directora del Centro Cultural Mapocho. De esos años nos habla ahora en el testimonio que ha resultado de la conversación que sostuvimos con ella.

Volví a Chile el año 80. Intenté trabajar como profesora pero no pude hallar nada. Tampoco en el Ictus, donde apenas alcancé a funcionar como relacionadora, ya que el grupo de teatro infantil había dejado de existir.

Me sentía un poco perdida, y fue en ese instante que prendió entre algunos intelectuales y artistas la idea de fundar algo que sirviera de punto de encuentro, de centro coordinador de actividades donde pudieran funcionar talleres y seminarios, organizar exposiciones y conferencias, etc. Así nació nuestro Centro.

El Centro Cultural Mapocho y la travesía del desierto

Fue en noviembre del 81, un momento en el que Chile aparecía en el plano cultural en plena travesía del desierto. Es cierto que ya no era como al principio, cuando todo estaba como sumergido: el pueblo, los partidos políticos y, desde luego, la actividad cultural. Hay que decir que en esto último no es que todo se haya detenido, la creación, por ejemplo. El mismo Ictus, para citar un caso en teatro, no interrumpió su labor; pero se iba con mucho tiento, con miedo, con mucha autocensura, tanteando en cada obra hasta dónde se podía llegar sin caer bajo la censura directa. Era una época en que ya casi no nos podíamos comunicar.

Los que propulsamos la formación del Centro proponíamos alzar-se contra la cultura impuesta, aquella que nos bombardeaba sin cesar desde la prensa, la radio, la televisión, sobre todo. Al principio no abrigábamos ninguna esperanza de éxito, pero la verdad es que desde el primer día la gente nos acompañó. Inauguramos el Centro con una velada lindísima, el local repleto, rodeados de calor humano. Habíamos fundado algo verdaderamente necesario.

Yo estoy aquí desde entonces, aunque la coordinación general sólo la tomé un año después, cuando se incorporó Matilde Urrutia, Moy de Tohá y otras personalidades relevantes de nuestro medio político-cultural.

Fuimos al principio un organismo pionero en una serie de dominios. No es que fuéramos los únicos, porque había otros, como el Taller 666, que funcionó casi desde los comienzos de la dictadura, y otros más. Pero nuestro centro tenía características que eran propias y nuevas: su pluralismo, desde luego, porque nosotros aceptamos en él prácticamente a todo el mundo. Todos podían dar su opinión, levantar su voz, presentar una exposición, dirigir un seminario, organizar un encuentro. Virtualmente todos estaban con nosotros, desde Jorge Edwards hasta José Balmes, pasando por Leopoldo Castedo y otros como él. Ese signo de amplitud y apertura lo tuvieron desde el comienzo todos nuestros eventos: el primer encuentro de mujeres, el Encuentro de Arte Juvenil.

Nuestro primer local estaba en la calle Lastarria, pero nos tuvimos que cambiar varias veces antes de llegar a la casa de Victoria Subercaseaux. Por culpa de las presiones, porque apenas se dieron cuenta que nuestra actividad cultural *funcionaba*, que pesábamos en la gente, particularmente en la juventud, comenzó el asedio, sobre todo en la parte económica: las multas, los impuestos. Tuvimos también problemas con los arrendadores, lo que nos obligó a mudarnos a la calle Merced al cabo de dos años.

Y vuelta otra vez a pintar muros, a acondicionar salas, acomodar los patios, sacar la mugre de los rincones.

Pero en este nuevo local el Centro adquirió un carácter más popular, más dirigido a los marginados. Porque al comienzo éramos quizás un poco elitistas: allí estaban los grandes de la cultura y del arte, que daban su palabra, hacían academia, formaban gente. El signo era otro. Por ejemplo: el primer seminario público que se hizo en Chile después del golpe sobre Marx y el marxismo lo hicimos nosotros. Fue con motivo de su aniversario. Fue un gran acontecimiento donde tuvo lugar una controversia muy interesante, porque participaron marxistas y no marxistas. Hubo gente de todos lados, pero hay que decir que entonces nos frecuentaban poco los jóvenes.

En el local de Merced se empezaron a abrir, en cambio, nuevos espacios, llegó mucho joven, apareció gente de las poblaciones que quería expresarse en alguna forma, que pedía participar en los cursos. Fue una nueva realidad a la que tuvimos que abrirnos. No podíamos quedarnos encerrados, teníamos que extender la cultura.

¿Hacíamos acaso una cultura de la resistencia? Alguien me lo preguntó alguna vez. La verdad es que a mí me gusta poco ponerla apellidos a la cultura, al arte. Porque ocurre, a veces, que el arte y la cultura están por encima de ciertas contingencias, aunque no hay que olvidarse que cualquier verdadero artista es en esencia un rebelde y

ama por lo tanto la libertad; sin ella no puede hacer su obra artística, es incapaz de crear.

Esta segunda etapa del Centro se ha revelado fecunda y rica en experiencias.

Una tentativa de balance

Si quisiéramos hablar de las cosas más importantes hechas por el Centro en estos casi ocho años de labor, habría que decir varias cosas. En primer lugar, que abrió un espacio para todo el mundo, en donde se podían exponer nuevas ideas, nuevos conceptos, hablar de la historia (que ha sido tan tergiversada en este país estos años), entablar polémicas. Además, están los festivales: de arte joven, de arte poblacional, de obreros, realizados conforme a un principio: el Centro los invitaba para que *ellos mismos* hicieran *su* arte, mostraran *su* cultura.

Romper el ahogo cultural que la dictadura había producido en el país no era fácil, porque era fuerte y muy estudiado, muy bien llevado: el gobierno ha tenido todos los medios a su disposición, especialmente la televisión y las radios. Y contrarrestar eso y hacerle frente solamente con ideas y sin recursos materiales, era una tarea difícil pero muy importante. En ese sentido, yo creo que hay que valorar el trabajo del Centro y darle toda la importancia que tiene el papel jugado por nuestro local: un punto de encuentro de la gente, de reunión, de debate, donde los creadores pueden mostrar lo que hacen, pequeñas obras teatrales, presentaciones musicales o pinturas de autores jóvenes que en otros lugares no eran aceptados.

En lo que yo llamo nuestra segunda etapa, el Centro fue un franco punto de convergencia de las expresiones creadoras de los jóvenes, de todo el potencial cultural que hay entre los pobladores. Les dimos esperanza a los artistas de las poblaciones, les dimos la mano para que siguieran produciendo.

Es interesante saber cómo se produjo esto. Porque fueron ellos los que tomaron la iniciativa de venir hacia nosotros. Llegaron al Centro y nos dijeron: «Nos interesa conseguir monitores para desarrollar en nuestras poblaciones cursos artísticos; nosotros tenemos folkloristas, pero a veces no saben tocar la guitarra, tampoco saben otros instrumentos; tenemos gente que quiere hacer cosas en teatro, en pintura mural, en poesía; tenemos, en fin, grandes potencialidades, pero estamos muy abandonados y eso nos tiene desesperados».

El trabajo con los pobladores

Fue así como, junto con ellos, evaluamos sus necesidades y acordamos enviar monitores a las poblaciones. Creo que puede decirse que fue gracias a ellos que hoy existen todos los murales que se ven en las poblaciones a lo largo de todo Chile (y que es obra que en gran parte va a quedar, lo que es muy bueno, porque muchos de ellos muestran la historia de lo que ha ocurrido en las poblaciones estos años).

¿Qué hacían nuestros monitores? Enseñar las técnicas básicas a los pintores locales, y éstos hacían todo lo demás. Es cierto que al comienzo se notaba el estilo del artista-monitor, pero al poco tiempo, al cabo de algunos meses, de un año ya no era así: los pobladores no sólo eran capaces de trabajar solos, sino de desarrollar un estilo propio. Y mientras tanto, se multiplicaban. Porque una de las cosas más interesantes es eso último: apenas se formaban, los muralistas se iban a otras poblaciones, donde hacían de monitores formando nuevos muralistas; y así, a lo largo de todo Chile. Esa es la explicación de que casi no hay población en el país que no tenga sus murales propios.

Y aunque reconozcamos que no todos los murales regados a lo largo de Chile tienen un gran valor artístico, lo importante es que representan, artísticamente, la expresión de un momento histórico vivido. Por lo demás, los pobladores han sido muy felices pintándolos, porque ha presentado un escape a su postergación, es como sacarlos del pozo en que viven hundidos. Acordémonos que para la dictadura los pobladores simplemente no existen; ojalá se murieran o desaparecieran. Esa es la realidad, y la pintura mural es una manera de mostrarlos al mundo vivos, activos, creando; sirvió para que ellos se sintieran personas. Y eso es lo que a mí más me satisface de toda la labor que hemos hecho.

Creo, por ejemplo, que el trabajo que hizo el Centro en la población La Victoria fue muy importante y muy hermoso. Se hicieron muchas cosas, en una época en que lo único organizado en que podíamos apoyarnos era el comando de mujeres y las iglesias católica y metodista. Ellos nos abrieron sus pequeños locales para que pudiéramos hacer nuestra labor, dar nuestras clases. Se formaron grupos de teatro, musicales, tanto folklóricos como de rock, que después de todo es lo que hoy más les gusta a los jóvenes. Grupos de fotografía, de periodistas populares, que adquirieron con nuestros monitores sus primeras armas en la escritura.

Había allí mucha gente con talento. Los del grupo de danza, por ejemplo, que después que el Centro dio por terminada su labor con ellos siguió funcionando con la ayuda de Patricio Búnster. Hoy actúan

en cuanto acto cultural o político los requiere, en su población o en otras. Esto es a mi juicio una de las cosas más importantes. Que ellos sigan haciendo todas estas cosas por su cuenta.

Otra contribución importante fue la Casa de la Cultura Andrés Jarlán, fundada en La Victoria por el Centro. Ha sido allanada varias veces, destruida incluso, pero allí está todavía. Ocurre lo mismo que con los murales: los borran, los cubren con pintura negra, pero al cabo de algunas semanas reaparecen. Es una fuerza que no la para nadie.

Nuestro trabajo en poblaciones no se ha limitado a La Victoria. De allí nos fuimos extendiendo a otras: Santa Adriana, Clara Estrella, Lo Dávila, etc. En la actualidad estamos trabajando en Pudahuel, que está en otro sector. Los de La Victoria ya no necesitan nuestra ayuda; la semilla está ya allí sembrada y ellos se arreglan solos. Vienen todavía a vernos, es cierto, pero eso es porque sienten que el Centro es su casa, ellos son también un poco sus dueños.

Una política de puertas abiertas

Otro hecho importante es que el Centro Cultural Mapocho ha sido una casa *abierta*, totalmente abierta, a veces pienso que demasiado. Aquí todo el mundo llega, puede entrar y sentirse de inmediato a sus anchas.

He hablado de los pobladores, de los obreros, pero tendría que mencionar también a los mapuches. Ayer mismo hemos alojado en nuestro local a un grupo grande de mapuches; vinieron desde Temuco a reclamar por sus tierras y no tenían dónde dormir en Santiago; por eso los recibimos en nuestra casa. Pero no sólo nos preocupamos de los mapuches; también de los pascuences, de los aymaraes. Nuestra política es trabajar con todas las culturas étnicas postergadas, y tenemos todos los años un mes especialmente reservado para ellas, el mes de octubre. Ellos llegan con sus músicas, su teatro, sus artesanías, y organizan sus debates, a los que traemos a los políticos para que conozcan de primera agua sus verdaderos problemas.

Nos preocupamos también de los presos políticos, cuyo trabajo literario ha sido tomado en cuenta por el Centro. Publicamos, por ejemplo, el volumen *Poesía prisionera* y gracias a nosotros pudo aparecer el primer libro de Elisabeth Rendic, y se dio a conocer por primera vez el cuentista Rafael Ruiz Moscatelli.

Les hemos abierto un espacio cultural también a los parientes de los desaparecidos. Ni siquiera nos hemos olvidado de los cantores de micros, a los cuales les organizamos en una ocasión un festival especial.

A tanto ha llegado el grado de apertura nuestra, que una vez declaramos, durante tres días, enteramente abiertas nuestras puertas. Dijimos: «Tómense nuestro local y hagan con él lo que quieran». Y durante esos tres días, sin interrupción, hubo gente pintando los muros, montando obras de teatro, leyendo poemas, cantando, proyectando vídeos; en fin, pasó de todo.

Son cosas que otros Centros no hacen.

El Centro ha significado para los chilenos algo así como una gran invitación a hacer cosas, a soltar eso que tantos tienen contenido o frenado. En Chile siempre ha existido un gran potencial creador en la gente, a la cual lo único que le ha faltado es encontrar un camino de salida, una válvula de escape para ese potencial. Eso es lo que el Centro ha procurado ser.

De aquí han salido, por otra parte, cosas concretas, duraderas. Hay que decir, por ejemplo, que Andrés Pérez comenzó su labor con nosotros, su formación se inició en el Centro. Otro tanto ha ocurrido con Juan Edmundo González, premiado hoy por su *Cándida Eréndira*, que dicho sea de paso, fue presentada públicamente por primera vez justamente en nuestra casa.

Del Centro salió también el grupo musical Los Prisioneros. Comenzaron aquí y hoy, son muy conocidos e importantes. Y la tarea en este terreno continúa. Con nosotros están trabajando grupos muy prometedores, que a lo mejor mañana serán famosos, como los De Kiruza y otros que se llama la Sexualdemocracia. Todos ellos son muy jóvenes y cultivan un género que denominan «rock latino». Empiezan a ser conocidos, especialmente el primero. Mientras tanto, vienen todos los días a ensayar al Centro.

Cambio de guardia en el frente cultural

¿Se está cerrando una época en lo que al trabajo cultural se refiere? Hay que convenir que es así.

En estos años ha ocurrido algo que no podemos dejar de tener en cuenta. La dictadura ha actuado, a pesar de ella, como una especie de acicate para que los artistas crearan más y mejor. Lo dijo una vez Enrique Lihn en un debate en la Sociedad de Escritores, en medio de un cierto escándalo: la dictadura es infame y sangrienta pero ha actuado como una droga que ha hecho producir más y en forma más acelerada a los escritores y artistas (como durante el Siglo de Oro en España, para citar un ejemplo entre muchos otros que podrían evocarse). En algunos terrenos, como en la poesía, por ejemplo, pocas

veces se ha producido tanto y de tanta variedad y calidad como en estos dieciséis años de dictadura.

Ahora bien, en cuanto a la modalidad expresiva, hay que decir que durante todo este período se ha trabajado mucho con la metáfora, con la paradoja, con el mensaje surrealista. La dictadura, que a veces ha sido lenta para reaccionar, no siempre se ha dado cuenta de la intención, de los contenidos de lo que hacíamos, pero el público, que es muy vivo y sensible entendía de inmediato lo que el artista quería decir. Y aunque nos guste este estilo, yo creo que esto va a cambiar ahora. Con la llegada de la libertad va a venir seguramente algo más abierto, más directo.

¿Cambiarán también los temas? Es posible, aunque la verdad es que estos años todos los temas han estado presentes. La épica social no ha estado ausente, del mismo modo que el intimismo. A veces se han dado mezclados, como en el caso de la poesía de Raúl Zurita. Y yo creo que esta senda se va a seguir repitiendo. Es posible que, por una parte, se produzca en narrativa y también en poesía un auge del testimonio, de la denuncia, por la necesidad de querer decir de modo más directo tantas cosas. Pero también el intimismo va a tener su lugar, porque la gente ha sufrido mucho, la condición humana del chileno ha cambiado estos años y es inevitable que eso aflore también. Esto lo veo muy claro en las escritoras, en las mujeres que han empezado a escribir en este período. Hemos cambiado mucho emocionalmente y esto tiene de modo más o menos obligatorio que manifestarse.

Es difícil hacer predicciones. Algunos escritores, es cierto —lo presiento— mostrarán su desilusión, su pesimismo, porque la salida política que se está dando no es la que muchos hemos deseado y creído; no es una salida *gloriosa* la que se va a dar en Chile; es apenas un derrocamiento a medias, una apertura a medias. El desenlace no ha sido el que hemos estado esperando desde que se produjo el golpe y en todos los años sucesivos. Se nos han dado vuelta una serie de conceptos e ideales, y esto ha producido una gran decepción, sobre todo entre los jóvenes. Muchos de ellos, desencantados de la política, se van a aferrar al arte, van a tratar de sujetarse de él.

Entre los artistas ha empezado a cundir ya una especie de malestar, una sensación cercana al desencanto, porque se han sentido muy *utilizados* todo este tiempo. En algún momento eran un poco la vanguardia en ciertos aspectos de la lucha, y ahora simplemente se prescinde de ellos. Es así y es una gran injusticia, y por eso se trata ahora de mostrar que los artistas seguimos siendo tan importantes como los políticos.

Aclaro que no estoy tratando de plantear una suerte de competen-

cias entre políticos y artistas, en que éstos aparezcan en plan de disputarles a los primeros sus prerrogativas. No, no se trata de eso; lo que me preocupa es que se nos quiera relegar a un tercer o cuarto patio, lo que no puede aceptarse. No hay que olvidar que los artistas (aunque sea cierto que no es el caso de todos), utilizando nuestras propias armas, hemos jugado un papel político de primer plano.

¿La nueva etapa del Centro Cultural Mapocho? Probablemente va a ser de repliegue, una labor más «de oficina», coordinar lo que se hace en las poblaciones, en los sindicatos. La verdad es que estamos en crisis y va a ser difícil que podamos seguir organizando festivales o coloquios, montando exposiciones, manteniendo talleres artísticos, en fin, cosas así.

Nos vamos a quedar sin local o casi, como tú ya sabes, y yo sueño con tener en el futuro una carpa para poder abrírnos mucho más e ir a todo el país: llevar teatro, cine, pintura, poesía, música a todos los rincones de Chile. Es tanto lo que hay que hacer, lo que hay que decir. Tenemos que jugar un gran papel en la sociedad futura. No olvidemos que en este país se ha producido un gigantesco lavado cerebral, sobre todo en el aspecto ético y con consecuencias muy graves, y su denuncia y la lucha por corregirlo va a ser una de las grandes tareas de nuestros intelectuales y artistas.

(Entrevistó: **CARLOS ORELLANA.**)

VIRGINIA VIDAL

Andrés Pérez o el asombro feliz

El actor y director de teatro Andrés Pérez contempla el mundo con asombro y amable lejanía: «Estoy asombrado. De estar vivo, partiendo de que el asombro me permite buscar, ser curioso. Asom-

brado de estar vivo, no como mi amigo al que mataron o el que se suicidó o ese que murió por muerte natural. Y es un asombro feliz.» El gestor del remezón en el teatro nacional, dimana generosidad

Virginia Vidal es periodista y escritora. Es autora de la novela *Rumbo a Itaca* y de otras obras. Ganadora del Premio de Novela María Luisa Bombal 1989.

y serena sabiduría. «La Negra Ester», basada en las décimas de Roberto Parra y por él dirigida, suceso insólito y acogido con entusiasmo por espectadores, dramaturgos, críticos y gente de teatro, fue vista por veinticinco mil personas en menos de tres meses en la primera etapa de su presentación en Santiago. Dejó el Cerro Santa Lucía, con pesar del público de la capital, pero muchos compraron entradas para seguirla a San Antonio. No arraigó allí: la esperaban en Punta Arenas, Puerto Montt, Valdivia, Concepción. Fue invitada después a participar en festivales internacionales de teatro como el de Edimburgo, Montreal, Manizales. Retornó a Santiago para instalarse en una estación donde pasajeros extraviados aún esperan trenes que no llegarán jamás: la estación Mapocho.

Andrés Pérez estudió ingeniería comercial; en alta mar formó parte de una escuadra que le daba aire a un buzo en Tocopilla; fue obrero ayudante electricista en la Soquimich; encerador de casas; bailarín en el Bim Bam Bun para costearse la carrera de danza; repartidor de la Compañía de Cervecerías Unidas y realizó muchos otros trabajos para terminar «casándose» con el teatro. Volverá a Francia para proseguir con su papel de Gandhi en la «Indiada» del *Théâtre du Soleil* y partir en la gira que los llevará a Moscú y Montreal.

—Tuve la suerte —dice Andrés Pérez— de contar con un padre que me ayudó. A los tres años sabía leer, escribir, las cuatro operaciones. A los diez estaba en el Instituto Superior de Comercio; después de tres años, me di cuenta de que esa carrera no me gustaba. Volvamos a primero humanidades, me dije. No era un gran retraso, éstos son sólo adelantos y retrocesos en el tiempo... En los oficios realizados, se conoce la ciudad, se conoce a la gente. Lo más importante son las diferentes personas, los diferentes mundos. Y el teatro es contar mundos. Esto no significa que apoye la teoría de que el hombre de teatro debe vivirlo todo. A mí me sirvió y me sirve el camino de estar en el camino. En el fondo, no son caminos sino formas de acercamiento. Por lo demás, mucho de ese hacer tenía que ver con necesidades económicas, con pagar estudios. Frente a la necesidad, elegí la aventura. Pu-

de haber elegido la frustración. Es indudable que también he tenido tropiezos, pero no es un camino solitario, en todo caso. Aunque en mi entorno pude haberme sentido solitario, también pude preguntarme cómo lo había hecho el primer hombre al abordar lo nuevo y emprender una tarea. El resultado mío también va a ser nuevo: me exige avanzar, estirar el conocimiento, profundizarlo o complejizarlo. Hablo del instante mismo de la creación. Es el viaje hacia sí mismo, resumen consciente e inconsciente de la memoria total colectiva, aunque los momentos de estudio e investigación incorporan el acervo de la humanidad.

El teatro es la asamblea, la fiesta

—Distingo dos aspectos teatrales: uno en el cual la generosidad es uno de sus atributos y corresponde a todo el equipo. Y el otro, un concepto transmitido que tiene que ver con la tradición del teatro humano que surgió no con un sentido de «voyeurismo» sino que es una asamblea: surgió como necesidad de entretenimiento, de conocimiento, de retención de información. El público y los actores somos una asamblea para la cual el suceso ocurre a todos. Y eso se entronca con la mística, en el sentido del trabajo tomado en forma profunda, esotérica, de conocimiento. Son una, dos, tres horas que no van a volver, entonces ¿por qué perderlas? De ahí la necesidad, el intento de hacer la experiencia completa, es decir, el presente en plenitud. La asamblea, el *ágora*, la eucaristía. Es la fiesta y el teatro popular; es la oratoria mapuche, es la fiesta de la Tirana. Para eso es preciso creer uno mismo lo que dice. Si el actor no ve, no puede ser visionario. Si no puede sentir ¿cómo va a hacer sentir? Si no disuelve o saca su capa de indiferencia ¿cómo hacer que los demás se conmuevan? Por otra parte, en el trabajo se da la meditación profunda. Si un trapeceista no está profundamente conectado con lo que hace, se va a caer; el herrero se puede quemar o forjar mal la pieza. Por ello, sin hacer teoría, barremos, hacemos carteles y construimos las cosas para que nos

habiten y las habitemos. Y para desarrollar la sensibilidad física, para percibir lo blando, lo duro, lo agudo, lo suave.

El teatro manda

—Mi padre era herrero en un astillero, en Punta Arenas. Cuando su hija, la niña de sus ojos, se casó con un nortino, la seguimos. Pudimos conocer centros culturales, legado de Luis Emilio Recabarren, donde había sketches, teatro, cantos, baile. El había fundado eso allá. Pude advertir cómo empleaba el teatro como teatro y el teatro militante que no es propiamente teatro, sino acto artístico militante que tiene su valor en sí. Conviene establecer la diferencia, pues cuando se trata de explicar o mostrar al ser humano a través de una teoría, se lo reduce, primero que nada y se vuelve aún más incomprensible, y yendo más allá, se llega a las dictaduras... Es preciso desarrollar todo el teatro. El teatro manda. Recuerdo esa experiencia de infancia y noto que hay temas que me interesan y otros no. Por el momento, estoy más cerca de lo que son las crónicas —de Indias, de los trovadores, de Shakespeare—: leyendas, cuentos que son ejemplares. A partir de ellas se pueden hacer metáforas respecto de una realidad y narrar con asombro.

El prodigio de la voz humana

—Tenemos el concepto de que somos una compañía que está en una colina contando a un pueblo; allí hay viento y ruido, una señora dándole de mamar a su guagua, niños jugando. Nosotros intervenimos en el transcurrir de todos y nuestra voz debe llegar a ellos contra o sobre el viento, a veces a su favor o haciéndole el quite cuando se devuelve. Y está el punto de partida de que en la

audiencia se hallan nuestro mejor amigo y nuestro peor enemigo; el primero, nos va a escuchar lo que le digamos, el otro no, pero a los dos les contamos la historia, entonces la voz se hace música para acariciar al enemigo y remecer al amigo. También hay otro punto de partida: cada actor encarna a un personaje que tiene urgencia de contar su historia; ya ganó la pelea en la mente del autor que lo prefirió a otros, entonces debe contarla rápido, porque también hay otros para contar la suya, y esa es la urgencia que nosotros tenemos como actores. Urgencia de expandir el amor y de detener el avance de la no belleza. En cuanto a las técnicas, son personales. Me parece, sí, necesario que tiene que existir la técnica. En nuestro caso, Guillermo Sembler preparó a todo el elenco con su curso de voz. Otros siguen la escuela de Alexander, otros estudian canto. De todas maneras, la información es necesaria, el aislamiento no favorece a nadie. Estos son puntos de partida generales. En cuanto al maquillaje y la máscara, pienso en el *Théâtre du Soleil* que tiene la experiencia de las máscaras kabuki, balinesas, de la *Commedia dell'arte*. El pueblo mapuche también tiene máscaras. La máscara es ser el otro. El trabajo liberador por una parte y, por otra, el trabajo tremendamente difícil y riguroso de no ser yo y dejar que el otro llegue hasta que se produzca el característico reencuentro, el resumen que es la máscara y el trabajo actoral, para completarlo con gestos no realistas, también resumen —al igual que la máscara— de un sentimiento. La máscara obliga, lleva al vacío total y de allí, a conectar con otros la emoción... ¿El triunfo de «La Negra Ester»? Me asombra todos los días esta experiencia preciosa y frágil. Como dice la Historia del Teatro que está en el Quinto Veda, están los demonios prontos, el demonio de la soberbia, el demonio del fuego.

MAURICIO DECAP FERNANDEZ

Chile: Hacia el año segundo del Postpinochetismo según Marco Antonio de la Parra

LA TRANSICION (DEMONIZACION INCLUSIVE) A LA DEMOCRACIA DEL POSTMODERNO CHILENO

En las frases que jugaban con las imágenes del mundo real existente, allá en la distancia, nos encontrábamos perdidos, dispersos, abocados a la carrera loca, desenfadados y sueltos, sorprendentes.

Bajo la atracción de la fuerza de las pasiones y del futuro como lo nuevo que emerge, da la impresión que se nos pasa «gato por liebre», nos vuelcan los sentidos, nos quitan la vida.

Así de sería me parece esta cosa del postpinochetismo: santísima desacralización y muerte de las ideologías (cuántas veces soñada), que nos encaja de golpe en la ficción (otra más), en la disolución de la realidad misma, en la irrupción de construcciones diversas, plurales, que se sitúan más allá del presente asumido ya como pasado. La alegría ya viene, el lenguaje publicitario (la ciencia de la manipulación), el goce con prostitución y picana.

Esta ficción de lo post, con una mezcla de angustia y desesperación por ver cerrado el latido, no nos salva; nos condena al juego de las frases, de la estética pura. Nos deja fuera de la acción concreta, en el combate de los sueños: subjetivismo placentero. Aquella realidad escurridiza se nos escapa por entre los dedos, cuando parece que la armonía es

posible se aleja y se pierde en la fantasía, en la imagen que sólo se interpreta, se describe, se descifra.

Pese a su recurrencia al deseo, a la pasión y el goce, que como tales son inspiradores de lo pleno, lo sublime sin interrupción a lo Baudelaire, nos encontramos sin embargo en este postpinochetismo con una *aceptación resignada del próximo paso*. Parece ser mejor no mirar las **HUELLAS REALES**.

Se presenta como aventura hacia el futuro, ignorando el maloliente presente, olvidando el pasado? Se nos ofrece desteñido de esa enfermiza nostalgia por los tiempos de la República, mixtura —se dice— de pasado y presente, mirada hacia adelante (¿hacia dónde?) de las cabezas de los jerarcas; al margen de los jerarcas (BASTA DE JERARQUIAS), se combate por ideales (ausencia de contenidos concretos, de propuestas reales) que distan mucho de estar inscritos en la *mera dicotomía izquierda-derecha*. Dicotomía obsoleta —no faltaba más—, porque el postpinochetismo es también el postmarxismo, la muerte de las ideologías (de izquierda, se entiende), la liberación de los dogmas, el individualismo supremo. El discurso social, entonces, ya no sirve para explicar los movimientos de la historia, no es capaz

Mauricio Decap es poeta y licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca. Vive en Madrid, desde donde ha querido terciar en un debate sobre la cultura chilena del postpinochetismo, abierto hace algún tiempo por el dramaturgo Marco Antonio de la Parra, en una serie de artículos publicados en la prensa santiaguina.

de interrogar a la sociedad. Con lo cual, la sugerencia de De la Parra es abandonarnos a otros *oráculos*, nuevas afirmaciones carentes de dogmas e ideologías. Loco espiral de divagaciones, discursos con nuevos recursos, capaces de ver al otro lado de la luna, con el ojo del alma, a caballo de esas pasiones que andan sueltas por las calles y todo lo inundan (relatos fantásticos, que nos emocionan, nos conmueven, nos alteran). La historia como aquello que se siente, la inconsciente y verdadera, no la que se piensa. Es decir, en el juego del irracionalismo, que se escapa de casa y cree mirar desde fuera, ajeno a sus propios pasos, sus propias miradas, sus antecedentes, sus **HUELLAS REALES**. Acude al mundo de la sinrazón (que no es éste), donde se sueltan sin riesgos los instintos, donde se mata, se ama, se muere, se destruye y construye sin hacer el menor daño. Es decir, el mundo de la pura creación artística (como opción): recorrer innumerables laberintos, lanzarse al recorrido salvaje, intuitivo, espontáneo, al divertimento puro, a la mera estética de la forma. Donde todo es posible, donde no se admiten injerencias ni directrices, la creación artística absolutamente libre, de condicionantes históricas, de necesidades, como una (no la única) posibilidad de *enfoque de la creación de lo nuevo*.

Compartiendo algunos trechos imaginativos, algunas luces y relámpagos, ráfagas de vientos y angelitos guardianes, necesito detener este torbellino de ideas de De la Parra con su postpinochetismo. Son demasiadas implicaciones políticas las que se cruzan con los fantasmas. Son demasiadas las contradicciones, las relaciones fatales.

Lo que puede ser plenamente válido para la creación estética pura (válido incluso desde un punto de vista ético y deseable en la construcción utópica) no puede serlo en el mundo real existente, donde el *ojo del emperador todo lo vigila*. Aquí, no podemos perder la *perspectiva, el sentido de nuestras luchas*: dirigidas hacia la plenitud de nuestras existencias, con todo lo que lleva de desafío. Sin perder la esperanza, la convicción, el timón: *utópico luchador optimista* (dirá mi madre), más extenso y más intenso.

El pastiche, la nostalgia, la mixtura de todas las antagonías de antaño son partes de esa dura variable histórica, en la cual seguimos todos, uno más entre muchos. Perdiendo la perspectiva, nos vamos al desencantamiento, a las miradas siniestras, a la fragmentación de los impulsos, los lados oscuros, los que no construyen más que por negación, los pedazos de patria negada. Perdiendo la perspectiva llegamos a la sinrazón, al sinsentido, al irracionalismo puro. Y por supuesto que no hablo de volver a la sociedad normalizada, al disciplinamiento de los cuerpos, al dogma cerrado y estéril, al estancamiento de los proyectos utópicos que se disuelven en los pasos concretos. Hablo también de construcción de lo nuevo, pero entendiendo que nada se construye de la nada y que todo deja su huella; es a partir de esas **HUELLAS REALES** que surge, irreverente, la creación: desnudos ante la silla apoltronada, las reglas, el debate de las frases, la demonización inclusive. Todo ello como construcción imaginaria.

El discurso, el lenguaje, la utilización de signos idénticos debe darse en el curso de pasos reales. La pérdida del sentido nos lleva fuera, donde sólo reina la imaginación individualizada, ajena a las sonrisas y los golpes, los sarcasmos y las encrucijadas. Rechazo el caos y la anarquía, el nihilismo y el verbo fácil. Los deseos e instintos, las sensaciones y los sueños, el pensamiento no verbalizado tienen siempre un *punto de arranque*: las **HUELLAS REALES**. Este punto de arranque nos compromete en las dinámicas cotidianas, aquellas que siguen marcando el curso de los hechos históricos concretos, no las meras abstracciones, no los constructos, no las ficciones. Hechos históricos concretos que nos hablan de **VIDAS EN PELIGRO, de PODERES que siguen INTACTOS, de DOMINACION, EXPLOTACION Y SOMETIMIENTO como FENOMENOS REALES**. El esquivarlos, darles la espalda, no mirarlos ni percibirlos, disolverlos en el sentimiento de la ausencia, de lo otro como posibilidad, de la ficción, nos lleva al engaño, nos lleva a ninguna parte, puesto que habríamos llegado tarde a todas las búsquedas concretas. Esta filosofía de lo post (pinochetismo, modernismo, marxismo, ismos) está impregna-

da de ambigüedades; es lo antojadizo hecho teoría (acaso dogma de lo que está más allá del aquí y ahora). Descripción de situaciones aisladas, de grupos y sectores que analizan, desmenuzan, critican, discuten, sacan conclusiones, gozan. Situaciones concretas de muchos que ven cómo todo se estira, se dilata, se enmascara. Cómo vuelven los rostros desgastados de viejos demagogos, encubriendo sus culpas. No hay cambios reales en esta democracia post-moderna a la chilena, modelos nuevos para exportar. Seguimos mirando sólo para dentro, cuando el grito libertador americano no sólo se atisba, se intuye, se anhela. El general en su laberinto des-

hace los mitos de la historia, con lo que podemos comenzar la construcción del mismo continente. Lo digo sonriente.

Rescatemos la singular búsqueda que puede descifrarse, a pesar de los pesares, tras toda esta recargada dosis de lo post (de la muerte): lo nuevo que emerge como posibilidad llevado a la plenitud de la realización humana, siempre vital ante la alucinación cotidiana, en el juego y la lucha. Desalienados. Con nuevos proyectos, con nuevos discursos, con nuevos ritmos. En la pluralidad de los colores. En la desarticulación de nuestras imágenes disciplinadas, enérgicas.

... episodios en que la libertad
atravesaba el camino, saltaba por
sobre los rostros demacrados, nos
acercaba y ponía en contacto, en la
otra vereda.

sugerir el grito, las inflexiones,
el aullido...

desnudarse ante el silencio:
vamos, general de la muerte, ahora
es tu turno.

dejar que la imaginación
construya, en el límite de la misma
experiencia, realidades palpables,
sensibles, audibles, amables.

prosigo la lectura, escucho
la música, beso tu mano.

ansioso lo digo.

SENTIR EL OLOR DE LA PIEL, LA HUELLA Y EL SIGNO

Reitero: en ese juego, en esa lucha. Conscientes de nuestros cuerpos y de la dirección del próximo paso.



Un inmenso poeta marginal

MARCELO CODDOU

«El más grande poeta de mi tierra, de América y seguramente de la lengua castellana, que escribe en un diluvio fantástico desde hace cincuenta años», le decía Carlos Droguett a Barral a principios de los 60, en carta de presentación de Pablo de Rokha, escritor completamente desconocido en ese entonces no sólo para el poeta español sino para la inmensa mayoría de los más enterados seguidores de la poesía hispánica. Droguett, sin contenerse, agregaba: «la suya —la de De Rokha—, es la voz lírica más grande, más profunda, más trascendental que ha nacido en este continente después de Walt Whitman. Ambos forman un extraordinario y genial dúo poético, el más permanente, el más actual, el más clásico y revolucionario de la poesía lírica mundial». Y en apoyo de su opinión citaba la de León Felipe, quien habría calificado al chileno como «el más gran poeta de la lengua castellana en el siglo veinte».

Juicios son éstos que aún ahora, más difundida ya la obra de De Rokha, pocos se atreven a suscribir, pero que, matizados, comienzan dificultosamente a imponerse en años recientes, cuando, además de Droguett, escritores como Díaz Casanueva, Gonzalo Rojas, Fidel Sepúlveda Llanos, alzan su voz para situar al autor de *Los Gemidos* (1922: el año de *Trilce*, *Desolación*, *El jarro de Flores*) en el lugar que con derecho le corresponde entre los poetas verdaderamente significativos de este siglo. El citado Droguett —en prólogo fechado en 1975 que encabeza su selección de la obra de De Rokha publicada en el 86 por Casa de las Américas¹— reconoce desde la partida el carácter marginal del poeta de *Escritura de Raimundo Contreras* (1929): «Trayec-

Marcelo Coddou, crítico y ensayista, es profesor en la Drew University en Madison, Nueva Jersey, Estados Unidos.

¹ Vid Pablo de Rokha, *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile* (La Habana: Casa de las Américas, 1986). El antologador utilizó para su selección el título quizás menos ignorado de De Rokha, extenso poema publicado en su obra *Carta Magna del Continente* (1949).

toria de una soledad» lo titula. Y así es. Antologías sin duda valiosas como la de José Olivero Jiménez, por ejemplo, con ya varias reediciones, no consideran al poeta (nacido en 1894, menos entonces que Tablada, Macedonio Fernández, López Velarde, la Mistral, Brull y Girondo y casi coetáneo de Vallejo [1893], Huidobro [1893] y León de Greiff [1895], todos ellos sí recogidos por el estudioso cubano). Otra antología, que se presenta a sí misma como continuadora de la de Jiménez, la de Rodríguez Padrón (Madrid, 1984), no le reconoce ninguna significación al trazar el panorama protagonizado por aquellos que Yurkevich llama «fundadores». Tampoco Julio Ortega en su *Antología de la poesía hispanoamericana actual* (que parte con César Moro, n. 1903 y termina con Arturo Carrera, n. 1948) ni en el prólogo ni en las minipresentaciones monográficas de cada antologado menciona para nada a De Rokha.

Al señalar lo anterior —y podría multiplicar los ejemplos—, no estoy alzando un dedo inquisitivo contra estudiosos de reconocida solvencia crítica: quiero sólo subrayar que, en efecto, la de Pablo de Rokha fue una «trayectoria de soledad» y parece seguir siéndola. Y eso que no faltan estudios sobre su obra, recargados, eso sí, más de información biográfica que de pretensiones de analizar la obra. Cito cuatro libros, todos editados en Santiago: Mahfud Massis, *Los tres* (1944), Antonio de Undurraga, *El arte poético de Pablo de Rokha* (1945), Fernando Lamberg, *Vida y obra de Pablo de Rokha* (1965) y Mario Ferrero, *Pablo de Rokha, guerrillero de la poesía* (1967).

Si mal no recuerdo, aún entre los jóvenes poetas chilenos recogidos por Soledad Bianchi en su antología *Entre la lluvia y el arco iris* (Barcelona, 1983), sólo uno, Bruno Montané, menciona a De Rokha cuando de hablar de presencia de los mayores se trata. Excepción, también, la de Nicolás Miquea, quien sitúa en el primer lugar de sus preferencias *Escritura de Raimundo Contreras*, calificando la obra del autor como «una configuración de todo lo telúrico que arranca de nuestra conciencia de criollos sudamericanos, suspendidos sobre la propia geografía como sobre una superficie extraña»². Y es entre estos escasos poetas actuales que han sabido reconocer la importancia decisiva y la actualidad de De Rokha que figura en lugar privilegiado Nain Nómez³. En el número 2-3 de *El Espíritu del Valle. Revista de Poesía y Crítica* (1987) que dirigía en Santiago Gonzalo Millán, aparecen unas «Memorias de Pablo de Rokha» (Fragmentos) —cuya versión completa anuncia Ed. Pehúen para una fecha próxima—, «reconstrucción» emprendida por Nómez de un manuscrito autobiográfico inédito (parcialmente recopilado en el libro que reseñamos) y de un texto de carácter similar aparecido en 1940 en *Multitud*, la combativa revis-

² En *Extremos. Revista de Poesía*, 1 (enero 1986).

³ Pablo de Rokha. *Nueva Antología*. Selección y prólogo de Nain Nómez. (Santiago: Sinfronteras, 1987).

ta cultural de temas ecuménicos que De Rokha fundara un año antes. La lectura de estos reconstruidos fragmentos, si se cumple teniendo presente otras páginas de la inmensa obra en prosa de De Rokha, revelan cuán profundamente ha penetrado Naín Nómez en las inquietudes y en las modalidades discursivas del autor de *U* (1927).

Y esto es precisamente lo que da valor al proyecto y a la realización que reseñamos: una selección del total de la extensa obra rokhiana —casi 40 títulos—, dispersa y entonces casi inasequible y escasamente estudiada, selección de los textos más significativos que se emprende con un criterio sólido, el que se basa en un conocimiento efectivo y prolongado de la totalidad del cuerpo escritural del autor. Y una presentación crítica de él en síntesis apretada pero suficientemente orientadora y digna de confianza, tanto en las informaciones que proporciona como en los principios en que funda sus análisis.

Efectivamente: la selección va desde lo que De Rokha mismo llamara «Versos de infancia» (1916) y que Molina y Segura Castro recogieran en su famosísima *Selva Lítica* de 1917, hasta *Estilo de Masas* (1965) y dos «Textos Póstumos.» La inclusión de escritos en prosa con los principios estéticos del autor constituye algo más que otro acierto del antologador: en el caso de De Rokha es imperativo hacerlo pues, como él mismo se encargará de puntualizar —y esta frase cierra el volumen— «en mis poemas reflejo la estética que proclamo».

¿Qué estética es ésta? Resultaría desproporcionado e injusto tratar de esquematizarla en dos o tres líneas, pero digamos por lo menos que en el estupendo ensayo de Nómez hay una clara intelección de lo que el poeta, en ese estilo aluvional tan suyo, reiteradamente propusiera. Del mismo prólogo de Nómez debiéramos destacar también su acierto en proponer que se atienda al contexto sociopolítico para establecer con propiedad las relaciones que con la realidad concreta, y en modalidades muy reveladoras, mantuviera la obra de De Rokha. Ahora, tras las lúcidas reflexiones recientes de Hernán Vidal sobre una estética de la marginalidad y del libro de Rosalba Campra *América Latina: la identidad y la máscara*⁴, nos parecen más atendibles, más comprensibles, propuestas como la siguiente de Nómez:

el fragmentado, caótico e «impuro» discurso poético del autor se hace sinónimo de una manera de ser americana que no acepta el orden, la disciplina ni la dirección de las fuentes de la metrópoli. Su «escritura» es una búsqueda totalizadora que incluye las esferas de la política, la moral, la economía y la historia y que necesita sobrepasar las contradicciones y alienaciones que existen en el área de lo cotidiano y lo concreto.

Situando a De Rokha en el corazón mismo de las rupturas vanguardistas —dentro pero más allá también de lo acotadamente

⁴ Vid Hernán Vidal, *Fundamentos Materialistas para una Historiografía Estética* (Minneapolis: The Prisma Institute, 1987) y Rosalba Campra, *América Latina: la Identidad y la Máscara* (México: Siglo XXI, edits., 1987).

artístico—, Nómez reconoce la importancia de los *-ismos* europeos en los momentos iniciales del poeta chileno, pero agrega que en su producción también están impresos los sellos de los movimientos artísticos y sociales originales de Chile e Hispanoamérica. ¿Cuáles? La crisis sociopolítica de los años 20 —primera instancia de quiebre significativo en la casi secular estabilidad iniciada por el régimen portaliano—, el caos, desorden y corrupción en que entra el sistema oligárquico. Y, en lo estrictamente literario, una línea que, enlazada al Modernismo, expande su preocupación social y acrecienta el nacionalismo. Nómez singulariza bien, en densos párrafos, a cada autor coetáneo de De Rokha para resaltar lo que es propio de éste. Iconoclasta desde sus inicios (poemas decididamente blasfemos son los de su etapa de juventud bohemia, los publicados en la revista de la Federación de Estudiantes y en *Selva Lírica*) se nutre del Romanticismo más grandilocuente, de Nietzsche y del anarquismo. Siempre irreverente ante lo establecido, espíritu rebelde y desencantado, se expresa en modos discursivos en que dominan lo grotesco, la hipérbole, la antítesis y el coloquialismo. La actitud rupturista encuentra su primera manifestación lograda —sin que la crítica lo percibiera, claro—, en *Los Gemidos* (1922), «el primer libro antipoético de la literatura chilena», que ahora Nómez describe así: «constituye un extenso canto en prosa poética cuya temática y composición expresan la crisis nacional y la fragmentación del proceso social». El carácter fragmentario del texto —demuestra el ensayista—, no es gratuito: obedece a la intención estética de estructurar un universo poético en formación, «pero nunca constituyéndose totalmente y donde las diversas partes mantienen relaciones entre ellas sin terminar de solidificarse en un sistema estático».

Y así, el crítico recorre uno a uno los títulos del poeta acertando en su descripción más justa, imposibles de sintetizar aquí. Lo decisivo, nos parece, es que nos entrega una visión apropiada de un poeta que, como decíamos, si bien cada vez son más los que le reconocen su grandeza, sigue siendo ignorado o descalificado como un «desaforado retórico». Gonzalo Rojas no hace mucho dijo que De Rokha está esperando todavía «la virtud y el rigor de los estudios sistemáticos con las grandes claves iluminadoras». De esta índole es justamente el ensayo de Naín Nómez a quien nos queda pedir ahora el volumen que, con todo el espacio requerido, le permitan acceder a más y más aristas del complejo mundo rokhiano. Nadie mejor calificado que el poeta de *País rigurosamente vigilado* y autor de estudios tan importantes como «Ruptura y continuidad en la poesía chilena actual» y «La permanencia en lo transitorio: una constante estética y existencia en Gonzalo Rojas»⁵.

⁵ El primer ensayo en *Literatura Chilena. Creación y Crítica*, xxvi (oct/dic 1983); el segundo en *Poesía y Poética de Gonzalo Rojas* (Enrique Giordano Ed., Santiago: Monografías del Maitén, 1987). Naín Nómez es autor también del ensayo «Pablo de Rokha: el tigre que no era de papel», *Literatura Chilena en el Exilio*, 11 (julio 1979).





La sombra de Luis Vulliamy

1

CARLOS ORELLANA

Al escritor Luis Vulliamy le ocurrió una vez convertirse en objeto momentáneo de la admiración de Pablo Neruda, pero no por su talento literario sino por su extrema destreza para resolver problemas prácticos.

Había ido —hablo de un día ya remoto— con su amigo, el crítico Yerko Moretić, a visitar al poeta en La Chascona. Hacia el final del atardecer se produjo un cortocircuito en el sistema eléctrico y la morada mágica quedó sumida en la semitiniebla. Vulliamy no esperó que nadie se lo pidiera: se dio de inmediato a la tarea de establecer dónde estaba la falla y no tuvo gran dificultad para remediarla. No se limitó a eso; su inspección le permitió descubrir otros desperfectos, y con el asentimiento del dueño de casa se dio a la tarea de corregirlos. Neruda lo miraba poseído de una fascinación absoluta; llamaba a su esposa: «¡Ven, Matilde, ven a ver a este muchacho maravilloso; míralo cómo trabaja con sus manos y nos trae de nuevo la luz!» El poeta, como se sabe, era casi enteramente inútil en las labores manuales, y no escatimaba su admiración por quienes poseían las habilidades de que él carecía.

Me contó esta anécdota Moretić, entre divertido y decepcionado; había previsto el encuentro para que Neruda conociera al entonces promisorio escritor lautarino, y sólo consiguió introducir ante el poeta a un diestro electricista.

Vulliamy sufrió a menudo las consecuencias de esta suerte de do-

ble personalidad: el intelectual que acumula como puede la energía y el tiempo que necesita para su labor, robándoselos al artesano, al trabajador manual. Pocos entre quienes lo conocían en primera instancia podían imaginar la suma de penetrante sensibilidad artística y torrencial talento creador que se ocultaba detrás del experto chofer de camiones, el ebanista y cerrajero, el mecánico de élite, el gásfiter, el mágico de los artefactos eléctricos y de la relojería. No muchos sabían por qué —en la época en que trabajaba para la Compañía Chilena de Electricidad— cuando sus acompañantes se encaramaban en los postes para tender los cables callejeros de la luz, Vulliamy permanecía en la cabina del vehículo, afirmado en el volante y con un cuaderno entre las manos. No se trataba de que estuviera absorbido por la bitácora del tendido eléctrico; estaba, *invariablemente*, describiendo poemas, o algún cuento, o iniciando o rematando alguna de sus estupendas novelas!

Lo miraban en algunos círculos literarios como de reojo, con recelo y hasta desdén. No podía ser de verdad un escritor alguien que tenía aires y una apariencia exterior muy poco cercanos a la imagen que algunos se forjan de lo que debe ser un intelectual. (Que en su caso sólo se manifestaba por su simenoniana afición a la pipa, en público, y al narguilé, en privado.)

La verdad es que conspiraron contra el reconocimiento público de Luis Vulliamy diversos factores. Perteneció a una generación —la llamada «del 50»— en la que predominaba el escritor proveniente de capas medias más bien altas, donde lo normal era detentar una cierta formación universitaria, algún dominio en el conocimiento de las literaturas europeas más recientes, y una vocación por el tema literario —en narrativa, en particular— de corte «universalista», denominado así por oposición al «criollismo». Antinomia dogmática, sin sentido, que condujo a más de alguien a valorar algún relato —evoquemos un ejemplo disparatado— sólo porque la historia transcurría en Niza y no en Rancagua. Algún crítico importante, inteligente pero despistado, derrochó energías y no pocos litros de tinta para tratar de demostrar que *Daniel y los leones dorados*, una novela hoy olvidada de un escritor de quien ya nadie se acuerda, marcaba el rumbo de la gran novelística chilena nueva; las razones: su trama se apoyaba en un mito religioso, moda por entonces muy en boga en Europa.

Vulliamy nunca estudió en universidad alguna, y su talante fue siempre el del provinciano, o peor, el del campesino, estilo que incluso cultivaba, lo que no le costaba mucho ya que era en varios sentidos, efectivamente, un campesino. Un campesino suizo, a lo mejor, por su origen, porte y colores, pero campesino al fin, que eligió conscientemente escribir de lo que conocía y comprendía: de su provincia, de su amada/odiada ciudad, Lautaro, y de ese dramático universo tan desconocido en su esencia: el de la vida y la cultura de los mapuches. Fue calificado de inmediato por comentaristas superficiales de «criollis-

ta», y aventado del miniolimpio literario de los jóvenes que empezaban a escribir en los años 50-60.

No obstante el fervor casi furioso que puso en su tarea literaria, no pudo nunca romper una suerte de conjuro, por culpa del cual estuvo condenado a sobrevivir cumpliendo siempre funciones reñidas con su condición profesional verdadera. Trabajó muchos años, por ejemplo, en una editorial importante, pero a diferencia de otros escritores contratados por las casas editoras para desempeñarse como consejeros literarios, directores de colecciones o correctores de estilo, Vulliamy ocupó siempre allí el flamante cargo de... chofer: su función era manejar la camioneta de reparto de la empresa.

Sólo un crítico importante supo reconocer desde el comienzo, —el año 1957, en que aparece la modestísima primera edición de *Piam*— el gran talento literario del entonces desconocido Luis Vulliamy. Fue Yerko Moretić, el crítico del diario *El Siglo*, que se convirtió desde entonces en su defensor, el propagandista de su obra y, con el tiempo, en uno de sus grandes amigos.

En los años posteriores Vulliamy maduraba en edad y en calidades literarias y daba muestras de una laboriosidad no muy común en el mundo de nuestras letras. Publicó varias novelas: *Juan del agua*, *Aquella lluvia lenta*, *El mejor lugar del mundo*, *Isla firme*, *El paraíso de los malos*, *Me saqué la polla gol*, y varios tomos de poesía: *Ritual del hombre inquieto*, *Los rayos no caen sobre la yerba*, *La oscura lumina-ria*, *Déjenme en el paraíso*, entre otros títulos.

Hay un largo capítulo —el de nuestra amistad— que dejo por el momento pendiente. Y hay otro más, exclusivamente suyo, que no conozco: el que corresponde a mis dieciséis años de exilio. No supe virtualmente nada de él durante todo ese período, no tuve ninguna noticia suya; hasta este año, en que me enteré de su triste desenlace. La información me llegó tardíamente. La mala nueva la trajo a Madrid su hijo varón, que venía con un presente compensatorio inesperado: su última novela.

Al ahora hombretón —Pocho, apenas, en los tiempos en que era casi un sobrino de brazos— lo reconocí por la misma sonrisa entre socarrona y desamparada del escritor de La Frontera. Su padre, en fin de cuentas; aquel que escribió siempre sobre esa tierra, no porque pensase, como podría sugerir el título de una de sus novelas, que se trataba del «mejor lugar del mundo», sino porque estaba convencido de que sí era, en cambio, el sustrato macizo y necesario, el sitio más seguro y entrañable, el mejor mirador, el más adecuado punto de partida y probablemente el mejor punto también de llegada.

Ha sido una loable empresa de amistad y reconocimiento publicar en una separata de la revista *Efímeros* este poema compuesto de quince cantos, que Luis Vulliamy dejó en medio de sus papeles inéditos. *Efímeros*, ¡qué sugerencia de nombre para una revista! Es decir, la vida. Es decir, *sic transit...* Luis Vulliamy murió casi ayer, o quizá anteayer. El poema se titula «El cumpleaños de mi sombra» y desde su primera estrofa revela al hombre delicado y sensitivo que le dio existencia: «*Cuando se piensa en mí / nadie se acuerda de mi sombra; / tan tierna, estupefacta y sigilosa, / que nunca asusta a nadie, / que sabe reír mejor de lo que río...*» La presentación es otro poema. Este, de Jorge Teillier, constituye una suerte de retrato de Vulliamy, escrito en septiembre de 1953. El autor de *El cielo cae con las hojas* describe así a su amigo y paisano de atmósfera sureña: «*Tu condición de puelche, de feroz alegría, / tu afán de risa más fuerte que manzanas, / tu aprovechada estirpe de leñador o vago / va iluminando grises barrios, torpes plazas, / oscuras fuentes de soda que se ahogan estúpidamente / entre discos chillones, maltas y la vejez podrida de las mesas; / así desperdigas luz, vas esparciendo días / que zarpan hacia el puerto donde ya no hay recuerdos...*»

Entonces Teillier era la juventud misma. También lo era Vulliamy. Teillier, nacido el 35. Vulliamy, nacido el 29. Tengo nítido el suceso, sencillo, modesto, provinciano, diáfano, de la aparición de su primer libro de cuentos: *Piam*, 1957. En aquellos tiempos los libros no se «lanzaban» en bullangueros actos públicos. El autor, virtualmente desconocido, iba a dejar el suyo en forma personal a quienes consideraba los destinatarios de mérito.

Rubio, tímido, risueño, despojado de formalismos urbanos, Luis Vulliamy parecía un campesino venido de la Europa del norte. «*Piam*». Para Nicomedes Guzmán y para mí, puesto que ambos teníamos escritorio en común en el Ministerio de Educación, Luis Vulliamy pasó a ser «*Piam*». No resultaba raro, de esta forma, que yo en ocasiones comunicara a Guzmán:

—Vino a verte «*Piam*». Te dejó saludos...

Luis Vulliamy, con una aparente pereza de ademanes: fue alcanzado por el vértigo de las publicaciones. ¿Sustentaba la adivinación de que su vida no iba a ser prolongada? Entregaba sin cesar a la estampa libros de poemas, novelas, antologías. En 1960 «*Piam*», nuestro «*Piam*», publicó su primera novela: *Aquella lluvia lenta*; en 1962, acaso la más depurada expresión de su pluma en este género: *Juan del Agua*. Nicomedes Guzmán, entre tanto, se olvidó de «*Piam*» y lo invocó de

una manera más chilena: «El Rucio». Para Jaime Laso Jarpa, Luis Vulliamy fue «Juan del Agua». Todos esos libros de Vulliamy los guardo como tesoros de la humildad de un gran escritor del sur en el departamento «solarium» de mi biblioteca. Antes de que enfermara de la enfermedad que se lo llevó de este mundo, creí verlo enfermo. Errático, ido, algo despistado con respecto a lo que a su alrededor acaecía. En la conversación tomaba partido por los monosílabos. Hijo de padre suizo, criado bajo el enorme azul del sur, expresaba mucho mejor su interioridad con el brillo de los ojos. En el poema póstumo que ha editado *Efímeros*, Luis Vulliamy, a quien las nuevas generaciones deberán leer en serio, transmite este sentimiento íntimo: «Y sólo soy un hombre que oculta / la dolorosa existencia de su sombra.»

JORGE TEILLIER

Luis Vulliamy

*Tu condición de puelche, de feroz alegría,
tu afán de risa más fuerte que manzanas,
tu aprovechada estirpe de leñador o vago
va iluminando grises barrios, torpes plazas,
obscuras fuentes de soda que se ahogan estúpidamente
entre discos chillones, maltas y la vejez podrida de las mesas;
así desperdigas luz, vas esparciendo días
que zarpan hacia el puerto donde ya no hay recuerdos;
pasas, tu nombre desvela trenes, o sureñas casas de madera
o a provincianas muchachas de quinceaños,
pasas, tu nombre enciende un recuerdo
en el figón donde el humo ciñe las formas prostibularias,
recoges la cosecha perdida del mapuche, los piojos artesanales,
y los echas a correr por libros de cuentas o cuadernos.*

*Ahora la muerte te quiere seguir como perra enamorada,
quizá te lame los zapatos sucios y amarillos;
pero tú estás viviendo, tú la pisoteas,
mientras te dan su férrea estructura los robles y los pinos,
y por tus venas corren como la vida misma,
la subterránea boca de los ríos, las carretas nocturnas,
pone el trigo despierto, pasa el vino que gime en los burdeles pobres,
y el amor te saluda entre relinchos de gavillas y escondidos montes,
mientras tú abandonas las siniestras escaleras de las pensiones,
sacudes el fardo ciudadano
y recorres la vida lentamente,
con tu faz sonriente, tu piel de marinero,
tu condición forjada por barrancos y bestias,
tu amor por la mañana de signo proletario.*

LUIS VULLIAMY

*El cumpleaños de mi sombra**

(Fragmentos)

1

Cuando se piensa en mí
nadie se acuerda de mi Sombra;
tan tierna, estupefacta y sigilosa,
que nunca asusta a nadie,
que sabe reír mejor de lo que río...

Y que cuando mis lágrimas quedamente
hacia el aire libre afloran,
mientras a raudales caen hacia el fondo de mi piel
y hasta herrumbrar mis huesos,
sensata mi Sombra, desoladamente llora
con todas las lágrimas del mundo.

2

Los cumpleaños de mi Sombra
no los celebra nadie.

Ni siquiera yo, tu dueño,
me acordaba de que eres
lo que probablemente soy,
que también los años te envejecen.

Y mientras algunos me desean
felices aniversarios venideros,
y los míos piensan en la vida
con ternura melancólica,
tú, mi Sombra, estabas lejos,
talvez triste, quizá sola.

* «El cumpleaños de mi sombra» fue publicado en noviembre de 1988 en una separata de la revista *Efímeros*, pocas semanas después del fallecimiento de su autor.

Quizá no me pertenezcas,
y yo no sea tu hombre;
pero nos llevamos desde lo oscuro
hasta la más viva claridad del horizonte.

Pero tanta es mi locura a veces
o mi desvarío suele ser tan lúcido,
que nos arrastramos mutuamente a una tiniebla.

Quizá no seamos ni siquiera extraños,
puesto que comienzas en mi término.

No me dejes caer en el abismo,
porque aun no siento tuyo
tendrías que seguirme.

Yo te pido perdón por olvidarte.

Hablando de lo mío, conmigo mismo,
te fuiste adelgazando;
me convertí en lo que parezco.

Y sólo soy un hombre que oculta
la dolorosa existencia de su sombra.

Sombra misteriosa a veces,
y otras tan clara como un tímpano.

¿Por qué no te caíste conmigo
desde la torre del molino?

¿O me acompañaste desde la bocatoma
hacia los espejeantes salmones del río turbulento?

¿Por qué no entraste en mi asfixia,
ni al hospital conmigo,
ni al lance canallesco en la barcaza?

¿Es que no eras más que una sombra,
una simple sombra sin motivos ni brazos?

¿Tanto valía mi vida para Ti
que desaparecías cada vez
que me cruzaba con la muerte?

Si Tú te asemejaras a la que amo
serías una sombra florida,
cubierta de sombreros y de abejas.

Pero cuando este sueño muere
y queda en su lugar una persona,
siento titaquear mi corazón
como un reloj descompasado y triste
que sólo marca el tiempo desolado.

Entonces, Tú, mi Sombra, reflejas mi esqueleto,
coronado con esa calavera
que llevo escondida detrás de mi sonrisa
de hombre silvestre, despreocupado y cancionero.

Mi tierna, estupefacta y sigilosa
me ha hecho cavilar esta mañana
en todo lo que está perdido,
absurdamente lejos,
o es tan extraño como un pez al aire.

Ocurre que al hombre a quien ahora
suele acompañar un ángel que creía indiferente,
solamente sabe dar lo que rechaza por indeterminado,
o por ambiguo.

Mi sabia Sombra por mí te lo pregunta:
¿Dónde está lo confuso
sino en las redes que tejes y te lanzas?

¿O en aquello que ocultas tras la engañosa
profundidad de los espejos?

Mi corazón a veces no tenía remedio,
y me esperabas, Sombra, en una esquina,
hasta que regresaba de un jubiloso amor ganado para siempre,
o irremediablemente perdido.

12

Sé que ayer conversaste con mi sombra
en el escaño aquel de nuestra plaza.

Talvez te dijo el porqué ya no desea estar contigo;
o te pidió simplemente que aprendieses a dar
lo que a través de ti yo entregaba a una imagen.

14

Caeremos cierto día uno en brazos del otro,
porque nos hemos seguido de lejos o de cerca
desde que somos nada más que un hombre
y una sombra.

¡Feliz cumpleaños! Solo, pero juntos.

La vida comienza una y otra vez.
Y lo mismo que de la tierra húmeda
de mi cuerpo entusiasta y dolido,
inmensos capullos, fértiles como los astros,
se abrirán de nuevo, con el amor o con el sol,
aunque nazcan de estas semillas tristes.

A pesar de todo jamás entenderé
la razón de mi muerte;
la de ciertos días, la de hoy, y la de siempre.

15

Y cuando tengas que desprenderte, Sombra,
de mi lado y por cualquiera suerte,
te ruego vagues un tiempo por la tierra
haciendo nido en cada una de mis huellas,
besando cuanto amé o saludando cuanto quise.

Ven después y acuéstate conmigo.
Fundida a mí serás todos los rostros y deseos
en una sola amada que busqué.

Joseluén

Pedro Antihuén apretó los párpados como si quisiera estrangularlos. Y con ellos el tronco que flotaba en el río. Esa madera de canelo, no más larga que los brazos extendidos, bajo cuya corteza la *machi* había enterrado cuñas de arbustos comunes, pero con cualidades sobrenaturales que sólo algunos conocían.

El hombre deseaba que al abrir los ojos no desapareciera únicamente el tronco, que giraba ahora en su propio remolino. También volvería a su lugar el rostro de la abuela, agudo y calmoso, junto con su racimo de luciérnagas agoreras. El grito de Francisco anunciando que Joseluén se ahogaba, se escurriría de los oídos. La *machi*, por último, con sus palabras huecas y su manera cansada, regresaría al abismo que la había parido. Entonces todo, al abrir los ojos, estaría como siempre, idéntico al día cuando con luna llena daba su primer tranco el verano.

Pedro Antihuén vio a su hijo dentro del círculo anaranjado que le bloqueaba los párpados. Lo divisó jugando con sus hermanos y primos. El muchacho era buen pastor, y ya pasaba la rastra con la pericia de un grande. Nadie se lució más que él sobre los montones, cuando botaba gavillas al cilindrero, en la trilla pasada. Pocos le ganaban a trepar a los *huallis* para arrebatárles sus *dihueñes*, o si armaba *huachis* donde caían muy seguido las tórtolas, y hasta choroyes. Mas la soledad no lo aburría. En el *pitran*to observaba cada árbol, y en la vega constataba muy atento, cualquier novedad que asomara en las patas de los camarones, o en la flor de la lagañosa. Tenía trece años y hablaba de irse, como si la reducción fuera un ámbito querido, pero demasiado estrecho. Fabricaba hélices que aleteaban raudamente en los techos de las *rucas*; en la vertiente construía ruédas toscas que daban vueltas despacio, cojeando, urgidas por el agua que saltaba muy fría y estruendosa desde los poros enormes de la barranca.

Pedro Antihuén pensó en aquello. Existía apenas ese pensamiento ajeno a los párpados, a otros sentidos que arden menos en el cerebro. Joseluén era dueño de una imaginación abierta, y el río y el cerro no podrían detenerlo. Se iría lejos. Se fue lejos. Sabía leer y escribir. Pronto en el correo del pueblo habría una carta; en ella su hijo le pediría perdón, arrepentido de marchar sin despedirse.

Los párpados eran una muralla blanca, pero aún no morían, y era imposible levantarlos. Se fueron adentro, hacia el fondo de los ojos cerrados, donde se paseaban unos puntos tiritones, luminosos. Luego un centelleo reventó muchas estrellas en ese telón falso, de luminarias

Este cuento se publicó por primera vez en 1962 en la antología *El nuevo cuento realista chileno* (preparada por Yerko Moretić y Carlos Orellana). Con posterioridad, su autor lo incorporó al libro *Piam*, a partir de su segunda edición.

engañosas, despiadado, semejante a las luces que bailan sobre los cementerios, o a las que se caen en el cielo.

La abuela y sus luciérnagas. La abuela de rostro puntudo de lanzadera, con sus párpados y mejillas tullidas, incapaces de una mueca, pero formada por dos ojos ávidos, inquietantes, con los que hablaba tanto y mejor que la boca. Ella sabía por qué Joseluén, su nieto preferido, encontraba matices nuevos en los atardeceres y comienzos de la noche.

Era curioso que a la gente les sorprendiera más la mágica llegada del alba y no se detuvieran, como su hijo, a mirar tranquilamente la agonía de la luz y el nacimiento de la noche. Fue entonces cuando el niño vio una luz casi loca paseándose en el manchón de maquis, cerca de la huerta. La observó largo rato, alegre y mordido por la extrañeza. Se acostó tarde, y durmió con una brasa azul asediándole los sueños y alguna ilusión secreta.

Al otro día Joseluén recorrió las plantas, y en su fronda, deslucida ya por un polvo prematuro, no encontró señales de la estrella diminuta, ni huellas en los troncos, ni quemaduras en las hojas.

Pedro Antihuén estaba seguro de que aquella tarde el muchacho estuvo tentado de preguntarle a la abuela, acerca del origen de la chispa luminosa. Pero fue contenido por el sol que caía entre las nubes rosadas; y la certeza de que muy pronto, apenas la oscuridad apretara sus pliegues sombríos, podría confirmar la realidad de su hallazgo.

Ninguna luz encendió su farol movedizo en las ramas de los maquis. Pero a la noche siguiente tres lucecillas pasearon sus fanales incansables, alumbrando la imaginación de Joseluén hasta incendiarla.

La abuela velaba cuando el niño llegó a la ruca. La anciana parecía dormitar a la orilla de unas brasas mustias, con su ropa salpicada de ceniza.

—Vi anteayer una luz, abuela. Y hoy he visto pasearse tres en el manchón de maquis...

La mujer oyó sin pestañear el relato de Joseluén. Se movieron apenas sus ojos, incrustados raramente sobre los músculos rígidos de la cara y las mejillas cetrinas, medio muertas.

El niño esperó confiado. La abuela adivinaba los misterios y nunca dejaba huérfanos a los oídos que deseaban se les metiera una leyenda. Sin embargo, Joseluén debía sentir temor. Había pasado dos noches encerrado con su secreto. El silencio de la abuela auguraba un mal presentimiento o una leyenda larga.

—Mi Joseluén —habló al fin, con una voz que parecía salirle de las pupilas—. ¿Qué hacer con un niño que de un año a otro se olvida de las luciérnagas...?

Pedro Antihuén ahora vio esa luciérnaga gigantesca escarbarle la médula del ojo. Irradiar ahí sus rayos finos como agujas, o los pétalos filudos del manzanillón, y oprimirle con sus tentáculos fantásticos la cabeza temblorosa.

No divisaba el tronco. Verdad. Debía estar quieto todavía ante la mirada estupefacta de los hombres que rastreaban el río. No escuchaba asimismo ni una nota del grito desesperado de Francisco. No. El llegó a la *ruca* cuando Joseluén dormía y su madre aún velaba junto al rescoldo, con su ropa salpicada de ceniza.

—Pedro, escúchame sin rencor —empezó temerosa de un arrebato de su hijo—, como si una mujer joven fuera la que te habla... Joseluén se olvidó de las luciérnagas... Quien ve la primera y no las recuerda se muere, hijo... Pregúntalo a la Juana Carimán o al brujo Millapi... No te enojés y cuida a tu hijo...

Era una voz entrecortada la de su madre, cucarra como los dientes del serrucho sobre un tronco de temo. Pedro no la quería, porque ella buscaba siempre la duda y el miedo, carcomía sigilosamente con su mirada ácida el alma de las fiestas, el polvillo alegre que cubría las pequeñas satisfacciones de la vida.

Pedro Antihuén presintió que algo cambiaría ahora en el pozo profundo, donde cabían sin colmarlo masas ilimitadas de luces y sombras. El dolor y la alegría tomaban también infinitos colores, aromas, dimensiones y formas. Aun los objetos más breves y blandos producen algún ruido. Quizá el rumor del río, pero no el chocar de las aguas contra el tronco penetraba en sus orejas. A pesar de los párpados desfallecientes la madera seguía dando vueltas en sí misma; cuando el grito de Francisco perforó el tejido caluroso que envolvía esa tarde tranquila.

—¡Joseluén se ahogó! ¡Joseluén se ahogó!...

Comprendió que la voz se ajusta a límites rigurosos. Cada acento no puede saltar sino sus propias vallas para no dislocarse. El grito de Francisco dejó a Joseluén acostado en el río, pegado a las piedras y arenas de aquella faja rumorosa, cuyo principio y su término no conocía, aunque era el horizonte de sus tierras y la de otros, ya sorbidos por el tiempo.

El sol que estallara en el nudo del ojo fue cayendo, o muriéndose, desalojado por una sombra verdadera. Quizá en un recodo muy ardiente y porfiado de su cerebro oyó la palabra «garfio», mas, sobre todo, al desaparecer esa fuerza que le cargaba los párpados, las sombras no palpitaron adentro ya, sino sobre la piel de su ojo. Era un negro extraordinario; más limpio que la noche más cerrada, con temporales y sin relámpagos. Tal vez una oscuridad así fuera conocida por la *machi*.

El río no devuelve nada, sino su bullir incesante, sus peces que, flojos en el día, durante los anocheceres disparan sus cuerpos de plata para voltear el vuelo de tábanos y zancudos. Y Joseluén debía estar con ellos. No había partido. No era justo dudar de un muchacho bueno, aunque fuera travieso y se llamara Francisco.

Había dicho eso la Juana Carimán con su habla lenta, indiferente a la desaparición de un niño. Pero puede arrancársele al río lo que roba, si algún entendido se lo propone. Para eso existen brujos y *ma-*

chis. Ellos educan los sentidos y encuentran el poder de plantas, objetos y *pillanes*, donde los demás ven apenas avellanos, piedras o volcanes.

Juana Carimán, revolviendo la ceniza, dijo a Pedro Antihuén que se fuera tranquilo, que el bien y el mal ya estaban hechos. Le pidió serenidad porque ella conseguiría esa noche lo mejor, aunque no fuera bueno.

Pájaros cansados, de colores suaves, se esfumaban en la frontera lejana para golpear la puerta de los párpados. Deseaban alojar en el ramaje alto de la vista, lleno de pesadillas y fantasías, ahora que el sueño cargaba sus alas borrachas. Pedro Antihuén no deseaba dormir después de conversar con la *machi*. Estuvo mirando el enjambre de luciérnagas que flotaron en el manchón de maquis, hasta que el sol quiso quemar sus luces heladas, como las escamas de las culebras. También flotaba el tronco de canelo antes de que se detuviera misteriosamente enganchado en la correntada, para indicar que debajo estaba el cuerpo de Joseluén. Frío, igual a un pez, pero sin vida tendido en las piedras y la arena, desdeñado por la corriente y curioseado por salmones y apancoras.

Un pez. Sólo un pez vive en el agua y conoce las mansiones pulidas que los siglos forjan en la roca. Cuando se aligeraron las cortinas vigorosas que cargaban los párpados, Pedro Antihuén trató de velarlos por última vez, a sabiendas que su angustia le impediría estrangularlos junto con el tronco, la abuela y el grito de Francisco. Vivos como los avellanos y lingues, rocas y raíces, pájaros e insectos que se afirmaban en el río.

Y entonces, sorpresivamente, las sombras que aplastaban sus retinas escaparon hacia la luz. Un tordo de un *huachi* y una oveja de un corral no huían con tanta rapidez.

Todo afuera permanecía vivo; no como antes. Como ahora.

Y Joseluén, su cabello duro y negro, los pies cubiertos con los zapatos comprados para San Juan, atrapado tenazmente por un garfio; balanceándose en el fondo de los ojos de su padre.

El mayordomo tironea las cuerdas y asiente complacido por la seguridad con que ciñen al preso; da una orden y pausadamente entre las maldiciones y la lluvia, balanceando las herramientas como fantásticos pingajos, peones y carabineros se acercan a la *ruca*.

LA ARDIENTE ESPERA

«Esperar, es tan fácil decir esperar. Estamos hacinados; en terrenos de 6×18 metros, hay cuatro o cinco mediaguas y un solo pozo negro. Hay enfermedades venéreas, hay promiscuidad, los matrimonios jóvenes no tenemos ni siquiera derecho al amor. ¡Qué fácil resulta a veces decir *esperar!*»

(Misael Pacheco, poblador de La Bandera, en revista *Análisis*, n.º 289, 24-30 de julio, 1989.)



MARCELO MENDOZA

En el valle de las araucarias

La lucha contra su exterminio

—¿Qué siente cuando escucha el ruido de las motosierras cortando el bosque?

—Uy... Nos duele harto. Es un dolor de nosotros. Nos están cortando el brazo.

—¿Qué significaría para ustedes que les cortaran las araucarias?

—Ahí nos quedaríamos sin poder vivir. Mejor sería pedirle al gobierno que nos mataran no más, porque con eso vivimos. Sin bosque no podemos vivir. Tenemos que recoger piñones, de eso vivimos, nada más.

—Pero ya habrá visto la instalación de un aserradero por aquí cerca.

—Piensan castigarnos a nosotros. Tenemos que hacerle frente, pues. Le dije yo el otro día a uno: ¿por qué nos van a cortar el pehuén? Así como me va a cortar el pehuén, córteme a mí también le dije. Si quieren, nos pueden sacar a otro país, que nos hagan cualquier cosa, que nos exterminen luego...

El que así habla se apellida Meliñir y pronuncia el castellano con extrema dificultad: es un pehuenche de cincuenta y cinco años que forma parte de la comunidad indígena de Quiquén, en donde viven cuarenta personas pertenecientes a veintidós familias que tienen el mismo apellido, que significa *cuarenta zorros* en mapundungun. El mapundungun es la lengua madre de este Meliñir, y con los suyos se comunica en ese idioma. Mal que mal, aquélla es la lengua mapuche, y los pehuenches —la «gente del pehuén», vale decir, de la araucaria— son mapuches cordilleranos.

El hablar de este Meliñir es agrietado. El, como todos sus parientes, está viendo con escalofrío que el cielo se les pone negro y que los cerros se les desmoronan y que la tierra se les parte: su

valle de 6.680 hectáreas, legado de sus antepasados directos, está siendo disputado por dos madereras: la Sociedad Galletué, perteneciente a la familia Lamoliatt-Lledo, y la empresa Focura. Ambas quieren este territorio pehuenche para sí y un juez de nombre Oscar Viñuela, de Curacautín, será en definitiva el que determine —por estos días— quién se queda con lo de los Meliñir, que no son parte del proceso y que, por el contrario, las ofician de pato de la boda. Una vez que haya resolución, los pehuenches de seguro serán erradicados. Es claro que el único interés que tienen las madereras en esta disputa de tierras es apropiarse del milenarismo árbol que es la araucaria o pehuén, que corre peligro de extinguirse. Nada más..., porque no hay más. El resto del paisaje es montañosa rocosa, algún riachuelo, nieve, viento, pastizales secos, ñires y lengas raleadas: bastante poco para madereras. Los bosques de pehuenes de la zona son de los más antiguos que existen —alcanzan a llegar a los 1.500 años— y su tupida disposición, en gran cantidad, los hace motivo de jolgorio monetario.

El pehuén o araucaria —especie apetecida por su excelente madera— es, por ley, monumento natural de Chile desde que en 1976 se le dio ese carácter, dado que «constituye uno de los acervos más valiosos del patrimonio nacional, tanto en lo científico como en lo histórico y cultural, y simboliza además las más auténticas y nobles tradiciones de la nacionalidad chilena», según narra el decreto supremo 29 de ese año. Desde ahí la araucaria quedó protegida de manera amplia: se prohibió totalmente su tala y comercialización e incluso en la

convención internacional Cites —suscrita por Chile— quedó salvaguardada de su tráfico al extranjero. Especie —junto al alerce— prohibitiva, los madereros debieron olvidarse de ella, a no ser que intentaran su explotación ilegal, cosa que algunos hicieron ante la escasa fiscalización. Así y todo el 26-XII-57 se firmó quizá el comienzo del fin de este árbol ya en peligro: el decreto 141 del Ministerio de Agricultura, que autorizó su explotación forestal en todas partes, salvo en los parques nacionales y terrenos con pendientes sobre el 80 por 100.

Se dice que la verdadera razón de este lamentable decreto vendría de un hecho que tiene directa relación con el problema de la comunidad Meliñir: en 1984, la Corte Suprema estimó que el fisco debía pagarle a los propietarios de la Sociedad Galletué algunos millones de dólares como indemnización, debido a que no se les permitió explotar araucarias en virtud del decreto 29.

Ese fallo, según se dice, fue consecuencia directa de la también lamentable defensa del fisco que hizo el abogado Sergio Gaete —actual embajador de Chile en Argentina— y que el Comité pro Defensa de la Fauna y Flora (Codeff) calificó como «deficiente y con errores realmente inexplicables». Se afirma que en compensación, y para eludir la suma pedida por la Sociedad Galletué, el gobierno dictó el fatídico decreto 141. Luego de ello, y cuando esta sociedad se disponía a explotar los milenarios pehuenes de Quinquén, apareció la empresa Focura disputándole el territorio. Como ya se señaló, por esos días debe conocerse la decisión del juez.

La madera del árbol sagrado

Para los pehuenches como Meliñir, la araucaria es un árbol sagrado y también es «la fuente de la vida». Como la tierra cordillerana es pésima y se hace imposible la agricultura, la subsistencia de los indígenas se basa exclusivamente en este árbol, nada más: recolectan los piñones (el fruto del pehuén) y luego los truecan por víveres. Algunos, como apoyo, poseen reses, ovejas y chivos. Y así subsisten. Sólo así.

—Nosotros somos herederos de estas

tierras y debemos cuidarlas. Nuestros antepasados vivían aquí —dice Mauricio Meliñir, dirigente de la comunidad—. El pehuén es el que nos da el alimento a nosotros. Nosotros vivimos del piñón. Con su venta compramos especies; incluso zinc para el techo de nuestras rucas y alambre para cerrar. Es la vida y la cultura de nosotros.

—Nosotros no podemos vender —dice José Meliñir—. Queremos conservar el pino araucaria, porque va a ser para las futuras generaciones. Porque si lo explotamos va a servir sólo para nosotros, pero las futuras generaciones ¿qué van a aprovechar?

Hay quienes sostienen que a los pehuenches, lejos de quitarles sus tierras y sus araucarias, se les debía indemnizar por vivir en donde viven: montañas rocosas, erosión, arena, pantanos, clima arisco, nieve, zona limítrofe, únicos habitantes de la región, cero agricultura, escasa vegetación, volcanes, etc. Si se toman en cuenta algunos de estos factores, y además se recorren esos territorios, se reconocerán las objetivas magras condiciones de vida de los pehuenches y se tendrá que reconocer también una cierta heroicidad en persistir en vivir así hasta que la muerte los aceche.

Tal vez su error fue no explotar antes las araucarias y luego erradicarse en las periferias de las ciudades importantes, optando por ese tipo de muerte. O tal vez fue pensar en la vida humana como interdependiente de la vida de la naturaleza, protegiendo al pehuén no porque sea bello o único, sino porque es el árbol bueno que les proporciona el fruto que les permite seguir viviendo, aunque sea magramente.

—Nosotros sabemos que la madera de la araucaria es una buena madera —dice Reinaldo Meliñir—. Sabemos que nuestras rucas, establos y puentes quedarían mucho mejores usando el pehuén. ¿Pero cómo vamos a hacer eso? ¿Cómo vamos a cortar nuestro árbol si después ya caído no podrá proporcionarles más piñones a nuestros hijos? Preferimos que nos falte madera para el corral a tener que ver la corta del árbol de nuestro sustento.

No quedan más de 3.500 familias de pehuenches. Residen en la Octava y No-

vena Región, en Alto Bío-Bío, abarcando por el norte la comuna de Santa Bárbara y, por el sur, la localidad de Melipeuco. Es evidente que se trata de los últimos pehuenches, y por eso cuando ellos dicen que en esta disputa está en juego su supervivencia no exageran. Por lo demás, el problema de la enajenación de sus tierras y araucarias no es el único que tienen. Hay otros dos que, si bien menores, también les aprieta el alma. Uno: las seis grandes centrales hidroeléctricas que Endesa piensa construir justo en sus territorios, dos de las cuales, ya aprobadas, pronto se comienzan a ejecutar, y dos: la erupción del volcán Lonquimay ha reducido fuertemente su ganado (se dice que en un 40 por 100) y está comenzando a provocar en la gente enfermedades broncopulmonares graves, al punto de que el intendente de la región le ha pedido muy formal a Pinochet que declare la zona como «de catástrofe» y que se erradique a los pobladores más cercanos al volcán.

La batalla perdida de los Meliñir

Hace unas cuatro semanas, dos pehuenches de apellido Meliñir llegaron por primera vez a Santiago. Tocaron la puerta de la sede de Codeff en busca de ayuda. Contaron en no perfecto castellano que les estaban cortando las araucarias y que ya habían puesto tres recursos de protección para defender su territorio, pero que no han tenido respuesta. Explicaron que debieron pagar más de 300 mil pesos a dos abogados de la zona para que les interpusieran los tres recursos y que ya no quedaban fondos para nada y que no sabía qué hacer.

Gabriel Sanhueza y Hernán Vershaure, de Codeff, los oyeron y en poco tiempo organizaron una comitiva interdisciplinaria que algunos días después viajó al mismo valle de Quinquén, llegando al lugar en una fecha un tanto simbólica: el Día Mundial del Medio Ambiente. Luego de vastos saludos en religioso manoseo entre afuerinos y vernáculos, unos 35 pehuenches invitaron a la comitiva a conversar. En a veces un difícil castellano —el mapudungun se sigue prefiriendo en las conversaciones—, con caras preocupadas, y en el principio de

una gran lluvia que al día siguiente fue nieve, habló primero el jefe, Mauricio Meliñir.

—Lo más probable es que intenten cambiarnos a otras tierras.

—Sí —confirmó Eduardo Castillo, abogado de la Comisión de Derechos Humanos de Temuco—. Como van las cosas es lo más probable.

Mauricio: «Y si es así, ¿de qué vamos a vivir? Si la tierra que nos ofrecieron es pelada, pelada. Eso se lo dijimos al alcalde (de Lonquimay). No vamos a permitir que nos saquen de aquí.»

Otro: «Sólo mi papá vivía aquí antes, nadie más, y un día lo echaron los carabineros. Y volvió. Por eso estamos aquí. No vamos a dejar que se adueñen ellos. Esas personas vienen de otro país.»

Otro: «¿Cómo nos van a desalojar? En Santiago, una vez que fui, me decían: si allá no hay indígenas. En la demanda (entre Sociedad Galletué y Focura) también se dice que aquí no hay indígenas.»

Coincidente con la disputa judicial por las tierras pehuenches del valle de Quinquén, el gobernador de la provincia de Malleco acaba de crear una comisión «para estudiar y proponer solución a problemas de tierras», en la que se verán los casos puntuales de seis comunidades mapuches entre las que está la que nos ocupa. El problema es que a nadie de la comunidad se le comunicó ni invitó a participar en tal comisión. Los que decidirán el destino de los parientes Meliñir serán un selecto grupo de personeros municipales, provinciales y regionales que escasa información tienen de los pehuenches.

Por lo pronto, los Meliñir a lo único que aspiran, en el corto plazo, es a poder participar en esas reuniones para defender su derecho a las tierras. Tienen un mal antecedente: el alcalde de Lonquimay, Eduardo Fahrenkrog, que integra esta comisión, en otra oportunidad semejante propuso como solución para los quinquenios su traslado al fundo Pancuntu, distante a unos 40 kilómetros del lugar, lo que fue rechazado con firmeza por la comunidad: «Allí no hay vegetación ni leña ni agua, en invierno alcanza más de un metro la nieve y el lugar del fundo apto para vivir está ocupado por comunidades mapuches de Mitrauquén, actualmente en litigio.»

El problema de la comunidad de Quinquén, como el de todos los pehuenches que no viven en reducciones, es que todos los papeles que poseen carecen de valor. El legado de sus antepasados —la tierra y las araucarias que han sabido conservar—, por diferentes argucias, ha sido legalmente arrebatado.

Represión en el valle de Quinquén

La historia de los pehuenches del valle de Quinquén se remonta, de lo que se sabe, a 1880, cuando llegó al lugar la primera familia Meliñir y se estableció. 28 años después, a 30 kilómetros de allí se instaló un afuerino llamado Guillermo Schweitzer, dueño del fundo El Porvenir de Lolén, el que le solicitó permiso al cacique Manuel Meliñir Inainir para que su ganado pastoreara en verano en el valle, pagándole por el servicio. El cacique aceptó y Schweitzer canceló lo acordado durante diez temporadas, hasta que un día estimó que no, que ya estaba bueno, y se declaró dueño del valle, «concediéndole» a los pehuenches que vivieran y ocuparan el lugar porque él sólo lo requería en primavera y verano.

En 1920 Guillermo Schweitzer hipotecó el valle de Quinquén, ante la Caja Agraria del momento, a cambio de dinero prestado que no devolvió, y por tanto se le confiscaron sus propiedades. En 1936, la Caja Agraria remató las propiedades confiscadas, adjudicándose el valle Agustín Lamoliatt, quien también prometió a la comunidad Meliñir que podía seguir habitando el lugar sin preocupaciones. Los problemas comenzaron en 1946, cuando se instalaron dos aserradores de la sociedad Lamoliatt-Lledo, que iniciaron la tala de araucarias.

En 1964, la comunidad de Quinquén fue reprimida violentamente debido a las presiones de un maderero de apellidos Fahrenkrog Butendiek (padre del actual alcalde de Lonquimay). Este envió a un numeroso contingente de carabineros para reducir a los indígenas y así lograr erradicarlos.

—Nos llevaron presos con cadenas —cuenta hoy uno de los Meliñir—, nos golpearon, y cuando pasábamos por la laguna Galletué a mí y a otros a pata-

das nos lanzaron al agua, metiéndonos la cabeza hasta casi ahogarnos. Después nos apresaron en Lonquimay. A otros los encadenaron en los pehuenes, colgando.

Muchos pehuenches quedaron gravemente heridos luego de esa arremetida. Uno de ellos quedó paralítico para siempre. Los castigos que esa vez recibieron son narrados hoy en día por sus sobrevivientes con sentimiento, mostrando marcas, cojeras, tajos y otras señas de ese calibre. Lo cierto es que ni ese sordido escarmiento los hizo claudicar: luego de ser echados de su tierra, en tres días volvieron para quedarse.

Después de ello, los Meliñir le solicitaron al entonces Presidente Eduardo Frei la definitiva entrega de los títulos de dominio de sus tierras. De ahí hasta hoy han tenido que recorrer un largo camino de tramitaciones, sin que hayan todavía sido considerados como auténticos propietarios del valle de Quinquén. Por el contrario: como ya se dijo, lo más probable es que de la disputa entre la Sociedad Galletué y Focura salga el hipotético dueño.

En el mundo de las certezas, de lo que no hay dudas es de que un aserradero de la empresa maderera Casagrande de Temuco ya se instaló en el lugar. Han talado decenas de araucarias de ente 500 y 1.000 años. Una explanada que preparó un bulldozer, arrasando pehuenes pequeños absolutamente prohibidos, más la presencia de un locomóvil con su enriolado, indican que con toda probabilidad al inicio de la primavera —el clima invernal impide que comience antes— empezará la tala de miles de araucarias milenarias. Casagrande ha pedido autorización para cortar 5.000 araucarias en una superficie de 1.000 hectáreas. Conaf aún no ha respondido, pero la maderera ya ha talado por lo menos 44 ejemplares predilectos.

Ellos no han tenido escrúpulos como para, con troncos probablemente de mil años, hacer un puente de pequeña monta. De seguro tampoco los tendrán si alguien como uno de los Meliñir les dice:

—Así como me va a cortar el pehuén, córteme a mí también.

(De Apsi.)

Volver a Santiago

1

CARLOS H. LEON

Volvimos después de quince años. No es fácil digerir lo que vivimos en este mes y medio. Pero hay que comenzar a sacarlo fuera aunque sea a empujones, para limpiarse el alma, para no morir de secretos. Me di cuenta de que una cálida evocación cubría los lugares a los que regresaba. Porque todas las luces que el exiliado presta a sus recuerdos (parte fundamental de la razón de vivir y de regresar) son hermanas de la nostalgia. Claro que la nostalgia suele ser negativa. Suerte de extraño mecanismo que impide la esperanza y cierra las avenidas del futuro. Mi evocación fue suave y compañera y no reniego de ella. Al contrario, me es necesaria. Por eso la cuido y la alimento cada día y no dejo que nadie la pisotee.

* * *

Salimos del aeropuerto y me trago cada metro del paisaje. Me hablan y estoy ausente. Comienza a desfilar el Santiago feo, sucio, viejo y destartado. Y por aquí está mi barrio. ¿Cómo estará ahora? Qué ganas de bajarme y salir corriendo a visitar mi calle, las canchas de fútbol, el almacén de don Modesto, los muchachos del barrio, mi casa... Ya sé que nada de eso existe. Pero vendré una tarde a sentir el olor de los jardines en noviembre, a fumarme un cigarrillo con el Lucho y a jugar una buena pichanga en la calle... ¡Tonto huevón! Una imprección de mi cuñado me saca de mis cavilaciones. Me pregunto cómo habrá adivinado mis pensamientos. Pero era al-

guien que se había atravesado delante del auto. Vamos por San Pablo y aún pueden verse los arreglos que la gente de este sector hizo para recibir al Papa. Parece una calle llena de «animitas». Nos acercamos a una zona más comercial y ya no hay lugar para los «naifs». Pasamos frente al Teatro Maipo, el de la matinée de los domingos. Aquí toqué por primera vez en público unos valsés de Chopin cuando era estudiante de secundaria y a pesar de haber tocado una buena cantidad de notas falsas me di aires de concertista famoso y el Pérez, que se había conseguido dos muchachas bonitas, estaba furioso porque se aburrían y se fueron.

Nos acercamos a la casa de mi suegra. Aquí está todo igual. Mi cuñado se ofende y me dice que hicieron una carretera nueva aquí en la esquina. Allá está la panadería. Hago parar el auto y me bajo corriendo. Entro al negocio y veo marraquetas, berlines y empanadas. Pido doce empanadas y voy a pagar con un billete de veinte dólares. Todos me quedan mirando.

Llegamos por fin y nos dan una pieza recién pintada con un poncho chileno en la pared. Un diario del día en el velador. Mi mujer comienza a desocupar las maletas, conversando hasta por los codos. Yo tomo el diario, agarro una silla de playa y me voy a sentar debajo del damasco del patio. Miro alrededor y veo el cielo, la cruz de la Iglesia de Lourdes, las torres de la Quinta Normal, y más acá el gato que duerme arriba del techo, el parrón con unas uvas a punto de madu-

rar, la tierra negra, un saco de porotos granados, y una dulce sensación de bienestar me invade. Veo en la primera página del diario una foto de Pinochet. ¡Mierda! Casi había olvidado esta parte...

Nos rodean los sobrinos nuevos. Quieren ver si los tíos de Canadá son iguales a los de Chile. Los grandes conversan y nos hacen bromas. Pero todos se interesan más en los «niños» que quedaron en Canadá que en nosotros. Recuerdan historias que no conocíamos como si hubieran sucedido ayer. Comprendemos que para ellos, nuestros hijos continúan siendo los peques que fueron a dejar al aeropuerto entre llantos y consejos. Les tratamos de explicar que ya son grandes, como en las fotos que les enviamos hace poco. Pero no nos escuchan. Para ellos también el tiempo se detuvo un día, hace quince años...

Nos ofrecen el auto y preferimos tomar el Metro para ir al centro. Encontramos al dueño de la panadería en la esquina y nos advierte que nos va a sorprender lo bonito que es el Metro. Nos pregunta si alguna vez soñamos tener un tal monumento en Santiago. Le contesto que la construcción comenzó durante el gobierno de Allende. Me lo niega. Le argumento que los hoyos famosos de la Alameda, los cadáveres que aparecían en sus fauces siniestras después del golpe. Se hace el leso y me dice que en todo caso, la UP no lo habría terminado. Me voy a enfascar en una discusión en la calle y había prometido no hacerlo. Juani me tira del brazo, «Carlos, vamos a llegar tarde». Yo comprendo y con un gesto entre «hasta luego» y «váyase a la cresta», seguimos caminando. «Este viejo de mierda es pinochetista», me dice Juani. «No pienso comprarle ni una marraqueta más.»

Salimos del Metro en plena calle Ahumada. Nos habíamos imaginado cambios extraordinarios, pero encontramos casi todo igual que antes. Reconocemos tantas cosas. Caminamos rápido, como queriendo abarcar en un instante todas las calles. Vamos de una vereda a otra, jugando a quién se acuerda de más cosas. Claro que hay cambios; pero no han transformado a Santiago en otra ciudad. Sentimos un gran alivio, como si hubiéramos recuperado algo de nosotros mis-

mos que habíamos temido perder. En Estado con Agustinas hay un vendedor de mote con huesillos y siento una sed terrible. La ceremonia mágica del reencontro no puede culminar mejor que con ese cáliz sagrado. Como un nigromante alucinado, me bebo al seco quince años de exilio, en casi un litro de néctar secreto y chileno.

La Plaza de Armas es un micromundo. Como estampas de una vida que ya no existe, levanta sus viejos árboles y sus fuentes en medio de la canícula de febrero. La gente que llena sus escaños sombreados viene también de otro tiempo, cuando en las plazas se creaban partidos políticos, se complotaba y se cortejaba a las muchachas. A las plazas llegaron siempre todas las palomas. Allí se instalaban los locos a vivir sus desafortunados sueños. Por la tarde de las plazas cruzaban los bandidos, como un desafío, y los músicos anónimos de las retretas. Los viejos pasaban sus últimos días de sol y de lirios, antes de regresar al pozo negro de la muerte y las lunas de los faroles impedían a la noche consumir su invasión. La Plaza de Armas tiene aún mucho de eso. Desde temprano la habitan todos los seres de la ciudad: los pintores, con sus dibujos de paz y de lucha; los amantes de citas clandestinas; los niños insaciables de caramelos y de juegos; los estudiantes que discuten en las mesas callejeras de los cafés; los incomprensidos guitarreros pobres y llenos de estrellas; los vendedores infatigables; los viejos resignados y tristes; los predicadores delirantes y extraños y algún torvo agente de Pinochet disfrazado de gente decente.

Están también los Portales, con su fiebre mercantil, la Catedral, y ese bastión que ha sido La Vicaría en estos años de barbarie. Frente a sus puertas nobles acechan los pacos, armados de palos, guanacos y bombas, como imágenes surrealistas de un mundo absurdo. Pero una multitud de mujeres y hombres la defiende con gritos y carteles.

Nos abrimos camino por un costado y subimos al segundo piso. Hay unos familiares de desaparecidos preparando carteles para salir a la calle. Les decimos que volvemos de Canadá después de

quince años. Nos sonríen con amistad. Hay en sus rostros cansados una fuerza y una determinación que nos hace sentirnos pequeños e inservibles. Nos miramos con mi mujer, un poco incómodos y compramos todas las artesanías que podemos. Hay periodistas y camarógrafos en los pasillos. De pronto, la gente que está en la calle se repliega al interior y hay gritos y ruidos indescifrables que vienen desde la calle. Dejo a mi señora con los paquetes en la escalera y me uno a los que manifiestan en la entrada. Grito como desaforado, hasta que debemos salir corriendo de los chorros de agua y de las bombas lacrimógenas. Me refugio en un pasaje en Catedral. Media hora después puedo volver a buscar a Juani, que está muerta de susto. Todo parece volver a una extraña normalidad, cargada de presagios.

Nos volvemos caminando pausadamente, casi sin hablarnos, ensimismados en lo que acabamos de vivir. Doblamos hacia Bandera y yo ya sé muy bien adónde vamos. Con impaciencia creciente devoro las calles y llegamos frente al «Rápido». ¡Está igual! El que me parece ser el mismo que me atendía siempre, levanta desde lejos dos dedos de cada mano al vernos y yo, orgulloso, hago una seña imperceptible. Al llegar al mesón, ya nos esperan dos empanadas de queso y dos de pino. El mozo nos sirve una cerveza. Estoy tentado de comentarle mis quince años de ausencia, de preguntarle si me reconoció. Pero me callo. Supongamos que así es. ¡Qué buenas están las de queso; póngase cuatro más!

* * *

Parte importante de nuestra peregrinación de volver era venir hasta nuestro pueblo de adopción, San Bernardo. Aquí nos habíamos instalado los últimos años antes de partir y, aunque pareciera nostálgico, aquí vivimos nuestro mejores días. Caminamos por nuestra calle, como si la hubiéramos dejado ayer. Pero la reja de nuestra casa está más vieja. Tocamos a la puerta de unos vecinos, por si acaso, porque la casa está totalmente cambiada. Al cabo de un rato, don Raúl aparece en la puerta, entre encandilado y extrañado. Nos reconoce de

inmediato y casi se muere de la sorpresa. Le grita hacia adentro a su esposa: «¡Es la señora Juanita de Canadá, vieja!» Nos abrazan como si fuéramos sus hijos. Luego, es una verdadera proeza para convencerlos que debemos irnos.

Salimos contentos y nos quedamos mirando hacia adentro de la que fuera nuestra casa... una quinta chiquita, cuando los niños eran pequeños y yo llegaba en las tardes y me asaltaban con sus descubrimientos del día. Una acequia de aguas turbias y traviesas entraba por un costado, cantando piedras y subiéndole la pollera a las hierbas que suspiraban coquetas al contacto de esa mano helada. Una hilera de ciruelos silvestres montaba guardia a la entrada y nos bendecía de sombras y de pájaros cuando llegábamos. Había más allá una pared cubierta de clarines, prohibido destiladero de abejas borrachas. Ya en el interior del sitio, el huerto exhibía impudicamente la lujuria de sus frutos, alucinógenos poderosos para la mesa. El parrón dormitaba al mediodía bajo la sombra fantasmal de las acacias y cuando llegaba la tarde, refulgían aún los oros de sus uvas, como la cara pecosita de Marcelito. Juani me recuerda que aquí había gallos, primavera, una amapola solitaria que cuidábamos como un tesoro, seres secretos que jugaban con los niños entre los follajes y un columpio que les había hecho el tata. Sí, aquí crecieron mis hijos entre su madre, el barro y el sol. Yo, asomado al segundo piso de la higuera, campesino de fin de semana, arcaico admirador de la tarde, cauteloso poeta imperdonable, también evoco todo aquello.

Sonreímos puerilmente y no podemos evitar que una niebla extraña se nos asome a los ojos.

Hago un llamado telefónico muy especial. Es una sorpresa que le tengo preparada al que fuera mi compañero de trabajo inseparable en Canal 13. Un camarógrafo con el que anduve por medio Chile, durante años. Le había dejado mi número en Santiago hace ya algunos días, pero no me había llamado. Seguramente andaba fuera. Ahora me dicen que está ahí. «Un momentito». ¡Me imagino la cara que va a poner cuando le

diga quién soy! Se demora. Espero. Siento que cuchichea al otro lado de la línea y me da mala espina. Finalmente me habla: «¿Aló?» «¿Es don XX?» pregunto. «Sí, con él mismo.» Le digo quien soy. Comienza como a deletrear mi nombre, haciéndose el que no se acuerda. Me quedo perplejo. Le pregunto si es el mismo XX que yo busco y le doy algunas precisiones infalibles. «Sí... soy yo», me contesta, «pero, en realidad... no recuerdo muy bien...» Me invade una decepción tremenda y luego una tremenda bronca. No sé si sentirme herido, hacer una broma o mandarlo a la mierda. Finalmente, cuelgo el teléfono sin decir nada.

No conozco el nuevo edificio de Canal 13, pero necesito ir. No sé exactamente por qué. Llego frente a lo que me parece un gran cajón oscuro. Me presento en la entrada y me piden mis documentos; me preguntan a quién busco. Pido la lista del personal. No conozco a nadie. Pero sí, ¡El Chico Reyes! Lo llaman. Hay alguien que lo espera. Pregunto quién es. Estoy seguro que no me va a reconocer y digo mi nombre casi con rabia. Hay un momento inmenso y luego una voz contenta y sorprendida que responde: «¡Voy al tiro!» Me reconcilio con la especie humana y nos abrazamos. Entramos y recorremos una infinidad de pasillos sombríos y semi desiertos. «Parece una cárcel», murmuro. «Es una cárcel», me dice Reyes, «aquí tú no puedes salir a la calle durante las horas de trabajo. Todo está herméticamente cerrado y hay guardias por todos lados. Dicen que le temen a los atentados». Sonríe: «Ahora ya no es como antes, viejito».

Cuando salgo, algo me empuja hacia mis antiguos lugares de trabajo. Llego a Lira con Alameda. Todo está cambiado y en demolición. Lira se convierte en un túnel bajo la Alameda y la esquina, populoso pasillo de entrada a las citas de la televisión, ya no existe. Entro a la Universidad por Lira, en medio de obremos y materiales de construcción. Subo sigiloso las escaleras en ruinas y crujen los recuerdos, como amontonándose en los rincones. Salgo a la calle de nuevo y reconstruyo mentalmente el lugar, con su hermoso «desorden» de los años setenta, cuando las oficinas de la televi-

sión estaban diseminadas en cualquier parte. Mezcladas a la vida de la Universidad y de la ciudad. ¡Cuántas veces caminé por estos patios! Con amigos y también con adversarios simpáticos que se convirtieron después en enemigos terribles. Recuerdo la sencillez y el calor humano de Sara Astica y de Marcelo Gaete; a Jorge Guerra, cuando hacíamos Pin Pon en directo; los Mimos de Noisvander, histéricos y geniales; el «viejo» Adolfo Silva, visitante clandestino que llegaba con sus gastados films en busca de «apoyo tecnológico para la UP, para callado». Las ruedas de anécdotas inimaginables en los descansos de las grabaciones o los ensayos. Me veo tomando un café en el «Welcome» con ese caballero incomparable que fue Héctor Duvauchelle.

Era una época extraordinaria en todo orden de cosas. Chile se estremecía por los cuatro costados. Tuve el privilegio de vivir desde adentro esa vorágine deslumbrante y amenazadora. Salgo en su defensa con un pequeño orgullo inexplicable y tenaz como espada. Porque hoy existe toda una generación de jóvenes a los que la dictadura les ha machacado que fue una época de «gran crisis moral y económica». Hay incluso alguna gente de izquierda que encuentra de buen tono repetirlo. Pero fue un tiempo de definiciones y de luchas, de sueños y de conspiraciones, de esperanzas y de temores. Tiempo de manifestaciones multitudinarias, de banderas, de libros, de canciones y de murales. Tiempo de luz y de sombra, sin dictadores ni torturadores encapuchados. Hermoso tiempo, como la vida. No soy profeta de la vuelta al pasado. Lo rehabilito sin pretensiones, como una necesidad de futuro.

Entonces me habían asignado un camarógrafo casi para mí solo. Así conocí todos los rincones de Santiago. Visité sus monumentos y sus edificios históricos, atravesé sus plazas y sus puentes; vi los murales y fui a los mercados y a sus barrios; participé en sus noches de fiesta; traté a multitud de personajes; viví su opulencia desdeñosa y su altivo pobrerío. Me amenazaron con un puñal en La Vega y le di la mano al presidente Allende.

Santiago es mi ciudad. Estuve quín-

ce años ausente y vine a verla de nuevo, enriquecido de horizontes y de voces.

Por eso la entiendo ahora que aún acecha detrás de cada esquina la zarpa de los fantasmas y la libertad se asoma incierta y riesgosa.

Abrazo a mi ciudad con una mirada interminable.

Me despido. La tarde suspende fulgores rojos en los edificios. Camino Alameda abajo, de vuelta al exilio, con el sufrido corazón deslumbrado, porque ahora sé que volveré.

2

LUIS ALBERTO MANSILLA

«Al día siguiente de tu llegada, te parecerá como si nunca hubieses salido del país», me dijeron en el aeropuerto Schoenefeld de Berlín mis amigos de quince años de exilio. Me despidieron con pañuelos al aire, abrazos y hasta algunas lágrimas. Otros tantos, para mi sorpresa, me esperaban en Pudahuel, luego del consabido cruce sobre la cordillera de los Andes y las emociones patrióticas inevitables que provoca su majestad nevada.

Es cierto: yo quise el regreso, aunque fuese con «la frente marchita» y con las «nieves del tiempo», como en el tango. Quince años es mucho. Lo suficiente como para rebelarse contra el destino que me conducía a ser un jubilado alemán con el «abenbrot» asegurado.

No obstante, mentiría si dijese que me siento ahora como si jamás hubiese salido. Más bien mis emociones de las primeras semanas han sido como las de un muerto del cementerio General que regresa a la vida a la ciudad en que nació. El tiempo chileno real no ha transcurrido para mí y las imágenes que guardo de las calles y de la gente son las que dejé en 1974 por razones —digamos— ajenas a mi voluntad.

En un Santiago curioso y extraño el que me ha salido al paso. Los jóvenes de antes, los de mi tertulia de mediodía en el café Haití, son ahora unos caballeros calvos o marchitos. Algunos se han transformado en ejecutivos de traje y corbata impecables que pasan por algunos minutos a los cafés del centro a admirar la anatomía estupenda y cuidadosamente destacada de las vende-

doras que llevan como uniformes sus piernas y sus pechos lujuriosos. Hablan de extraños temas que no entiendo: unidades de fomento, mercado de capitales, cotizaciones, intereses bancarios. Otros compran dólares o venden cualquier cosa en el paseo Ahumada, que me ha parecido atractivo y con un ambiente general de barrio chino que no poseía antes. Existen oficios que nadie se imaginaba en mis tiempos: los guardias azules, por ejemplo, que resguardan galerías, tiendas, supermercados. Advierto que los chilenos viven con la obsesión de la seguridad. A los guardias se agregan las puertas con varias chapas, las cadenas, los ojos mágicos, los timbres de alarma. Me hacen advertencias sobre los cuidados que debo tener con mi cartera y sobre lo frío y distante que debo ser ante cualquiera que se acerque a contarme un cuento o solicitar mi óbolo. Son muchos y casi todos operan con la técnica de la corte de los milagros que se ha instalado en todos los sitios concurridos del Gran Santiago.

Quise recorrer solitario los lugares de mi infancia: la plaza Yungay, Catedral abajo, San Pablo, Matucana. Casi nada de eso existe como era.

La miseria y la decadencia han caído como pestes sobre ellos. La iglesia de San Saturnino es sólo un esqueleto espectral y de sus naves de pretensiones góticas nada queda. Las viejas mansiones de la antigua burguesía de las calles Catedral o Compañía son arrendadas por piezas y se divisan en sus habitaciones de molduras barrocas ropa colgada y ampolletas desnudas.

El esplendor hay que buscarlo, como antes, en Providencia, Vitacura y Las Condes. Abro los ojos con asombro ante los nuevos edificios de audaz arquitectura, ante las mansiones del cerro San Luis, El Arrayán, Vitacura. Después, y en los mismos buses que hacen increíbles recorridos entre el paraíso y el purgatorio, he viajado a Carrascal, Renca, Conchalí, Santa Rosa. Y me he sentido anonadado por la miseria, por la destrucción de quince años de lo que ya era pobre y viejo.

«Es que tú vienes de un mundo sin pobres», me dice alguien a quien cuento estos peregrinajes. Pienso que no es sólo eso. Santiago en los primeros días me ha parecido como una selva en la que los leones del barrio alto retozan su es-

plendidez sobre las ruinas de la pobre gente que son la mayoría de los santiaguinos. Unos pasan raudos en sus autos flamantes hacia exquisitos restaurantes y otros recogen las sobras que ellos arrojan. Santiago 1989 es Hong Kong y Singapur a la vez. Los niños que piden limosnas en todas partes, los vendedores y los oradores dramáticos de los buses, los cantores fellinescos, los predicadores de la gloria de Jehová, los infinitos cuidadores de automóviles, los lushtrabotas, no me hacen sentir feliz en este retorno. No me gustan los exotismos de la miseria.

Más bien diría que estoy aturrido, confundido, sin ganas siquiera de discutir sobre nada. Casi no saco el habla. ¡Qué diablos! Es humano. Ya pasará.

RAFAEL ALBERTI

La «hormiguita» y otras hojas perdidas

Estando ya muy próxima la entrada a prensas del presente número de Araucaria, nos llega la noticia del fallecimiento de Delia del Carril, la «hormiguita».

Aunque el artículo que publicamos — capítulo de su Arboleda perdida — data hace ya de algunos años (apareció en la prensa española en noviembre de 1985), es evidente que pocos homenajes podrían ser mejores que éste de Rafael Alberti.

Vuelvo de nuevo a París, ahora con casi ochenta y tres años de edad. Tenía aún veintinueve la primera vez que fui. He venido para la presentación, por la editorial Gallimard, de mis tres primeros libros de poesía, en versión francesa. Ha entrado ya el otoño, pero con la piel seca y fría del invierno. No vine preparado. Y me abrigo con cuatro chalecos de lana, que me veo obligado a quitar, por lo menos dos, en cualquier lugar cerrado que

visite. Y el primero fue el Café de Flore, en donde muy melancólicamente, y ahora entre feos turistas desconocidos, escribí, para consolarme, estos breves poemas: *Café de Flore. Aquí / conocí yo a Picasso. Y conocí / a Braque, a Laurens y, / cerca, en Les Deux Magots, / a André Breton, / ya sin Dalí. / Ahora, yo solo, aquí, / con ochenta y tres años, en París. / ¡Oh L'École de París! / Y de cuando en cuando, Aragón, / ensalzan-*

do siempre a Matisse. / Un cementerio, ahora, sí, / la Francia que más amo. / Siéntate aquí a mi lado, / Baudelaire. / Un pobre marinero / llora a Tristán Corbière, / mientras Manolo Ángeles Ortiz / canta a mi vera y muero. / Fin de siglo. ¡Dios mío! / Y veo desde los puentes del Sena, / solo y muerto de pena, / mi corazón bajando por el río. El segundo y minúsculo poema lo escribí, asombrado y contento de que me dejaran andar por las calles sin interrupción, y no como me sucede por donde quiera que voy en España. Hoy, sin firmar autógrafos, / la ciudad es más mía, / sus largas, prolongadas perspectivas. Hoy puedo / mirar barrer las hojas del otoño / en la mañana neblinosa y fría / de París, / libre, desconocido y, al fin, solo. Sí, solo por esta vez. Me he sentado también en el Café L'Escorial, en donde me reunía, hace ya mucho tiempo, con Toño Salazar, el gran caricaturista salvadoreño. Este café se encuentra en la esquina del Boulevard Saint Germain y al inicio, creo, de la Rue du Bac. Yo sé que por aquí se va a la Rue de Varennes, en donde yo viví alguna temporada en casa de los amigos Salzman, que alquilaron unas habitaciones a Delia del Carril y a nosotros. Delia era nuestra queridísima *hormiga*, la *hormiguita* —así llamada por todos dado su silencioso tesón, su menuda manera de llegar a las cosas—, que acompañó a Pablo Neruda durante tantos luminosos y también difíciles años. A Delia —ya lo dije y escribí más de una vez— se la presenté yo a Pablo en mi terraza madrileña de la calle Marqués de Urquijo, en los días en que el poeta chileno encontró a *Niebla*, aquella perra enloquecida y silvestre que me acompañó durante toda la guerra civil y que se perdió —siendo seguramente fusilada por las tropas de Franco— al tener que ser evacuada, con la familia de María Teresa, de Castellón de la Plana a Valencia.

A Delia yo la había conocido, por casualidad, una tarde que fui a saludar, en un barrio elegante de París, a Victoria Ocampo, la gran admirada de don José Ortega y Gasset, creadora y directora de la revista argentina *Sur*. No estaba. Me lo dijo una preciosa, elegante y encantadora mujer que me abrió la puerta, en el mismo instante en que iba a salir.

—Yo vivo aquí con Victoria. Me llamo Delia del Carril, y soy su gran amiga.

Y en un momento supe por ella misma que estaba emparentada con la familia de Güiraldes, el ya famoso autor de la novela *Don Segundo Sombra*, y que era la ex mujer del millonario escritor de vanguardia Adán Dihel, propietario del suntuoso hotel Formentor, uno de los más bellos en la isla de Mallorca. Dimos juntos una vuelta por París, y nos vimos también en días sucesivos. Delia pertenecía a una de esas ricas familias argentinas que hacían sus viajes a Europa llevando consigo una vaca, pues se consideraba que la leche en este viejo continente no era de la misma calidad que la que fabricaban en sus ubres las vacas argentinas.

Pero Delia quería marcharse de París, pues andaba muy escasa de dinero, y no sabía adónde ir. Yo le dije que tal vez en España, recién llegada la República, la vida sería para ella menos cara.

—¿Tú lo crees, mi hijito? Ando muy mal de plata...

—Verás como sí —le aseguré.

Y a los pocos días apareció Delia en Madrid, instalándose en no sé qué barrio lejano. Delia era pintora, cuando podía. Discípula de André Lothe, en París, y gran amiga de Fernand Léger. Muy distraída y ágil como un grumete marineando por un mástil. Adoró en seguida a Pablo, penetrando, con su delgada voz de tiple, pues cantaba maravillosamente, en el círculo noctámbulo del poeta, en el que se rendía el más fervoroso culto al tinto, al chinchón y al *whisky*, mezclado con las bromas, relatos y escenas teatrales, representadas sobre todo por Federico García Lorca y Acario Cotapos, un genial compositor chileno, quien accionaba, más que escribía, su música, un verdadero juglar innovador, divertidísimo y lleno de sorprendentes ocurrencias. Federico y él eran los contentillos principales que se hacían los dueños de la noche. Esas hoy tan distantes noches nerudianas las llenaban además el pintor Manolo Ángeles Ortiz, Luis Rosales, Maruja Mallo, Raúl González Tuñón, el escultor Alberto, Pepe Caballero y el recién llegado de Alicante Miguel Hernández. Entre todas las bromas y divertimentos, el peor era el de llamar por teléfono a Juan Ramón Jiménez hacien-

do burlas de su *Platero* y ridiculizando la repetida multitud de malvas, violetas, rosados y amarillos con que rellena acuarelando su poesía. Era el momento en que Pablo creó e impulsó la revista *Caballo verde para la poesía*, mientras nosotros, otro grupo entre los que se encontraba entonces hasta Luis Cernuda, lanzábamos la muy comprometida revista *Octubre*. Pero cuando, de pronto, reventó la sublevación militar del 18 de julio, Neruda...

Después de la guerra civil española y de la expedición, organizada por Pablo, del *Winnipeg*, nave que transportó a más de 3.000 soldados, casi todos especializados en la pesca, sacados de los campos de concentración franceses, ya el camino directo de Pablo Neruda hacia el partido comunista se le aclaró y precipitó hasta ingresar en él, culminando su entrega total en el llegar a ser elegido senador por dicho partido. Entonces ya era Delia reconocida por todos como la *Hormiguita*, alcanzando por su fervor político, su claridad, dinamismo y gran entusiasmo a merecer ser llamada cariñosamente *El ojo de Molotov* o, más abreviadamente, *El ojo de Molo*. Acompañó siempre a Pablo en todos los viajes, y en su largo exilio interior, cuando fue perseguido por el presidente de Chile, aquel que había sido su gran amigo, Gabriel González Videla.

Pero siempre recordaré a Delia dentro de sus grandes distracciones, su cabeza aparentemente en las nubes, hasta llegar un día, como aquel de París, cuando vivíamos juntos en el Muelle del Reloj, en que se puso alrededor de los ojos, en vez de *rimmel*, una especie de anti-

faz blanco hecho con la pasta de dientes. Sí, Delia era graciosa, divertida y aérea. Pero cuando le sobrevino su gran catástrofe sentimental, ella, tan frágil y delicada, se transformó en la *Hormiguita* fuerte y valerosa, yéndose de Chile, atravesando de noche la cordillera de los Andes en el auto de un amigo, presentándose en la ciudad fronteriza de Mendoza, adonde fui yo a recogerla, para traérmela, en tren, a Buenos Aires.

Jamás protestó, siempre fue callada y comprensiva en su tragedia. Pasó con nosotros aquella temporada en París para reafirmar su decidida, aunque dispersa vocación pictórica, partiendo luego para Chile, continuando en aquella casa, que era suya —Los Guindos—, que plenamente compartió con Pablo y en donde vive aún, con más de cien años, como una antigua y rara flor de los bosques, pintando y dibujando sobre todos unos inmensos caballos pampeanos, esos mismos que al fin la tomarán un día entre sus crines y la transportarán al más extenso de los cielos, fijándola como una de las estrellas más brillantes en alguna constelación no muy lejana de la Cruz del Sur. Para una de sus exposiciones en Buenos Aires le mandé este pequeño poema: *Delia, Delia en los días más felices de España, / Delia en los tristes y claros de la guerra, / Delia tocada siempre de la gracia, / Delia tan bella siempre, / esbelta Delia y flor de único tallo siempre indoblegable. / Delia ayer. / Delia hoy / en nuestro corazón ante el asombro / del viento juvenil de tus caballos / que te levantan, Delia, oh Delia, a cumbres, / llevados por el soplo / de tu segura mano arrebatada.*

Textos marcados

CATOLICO PERO NO IDIOTA

—General Pinochet, según algunos organismos internacionales, el 50 por 100 de la población vivirá en la pobreza en el Chile de hoy.

--Falso, totalmente falso (...) Los comunistas del mundo se han encargado de difundir cifras inexactas. No son las Naciones Unidas las que dan esas cifras in-

xactas, son otros organismos. De todas maneras, sabemos que las Naciones Unidas están totalmente infiltradas por los marxistas.

—¿Qué piensa de la imagen negativa que tiene la opinión internacional de usted?

—Jamás el comunismo ha sido vencido. Cuando los comunistas han cogido un país, jamás lo han soltado. Sólo Chile, con los comunistas en el país, ha sido capaz de liberarse. Muchos comunistas han huido y se han encargado de difundir una imagen de mí como un monstruo sanguinario ávido de matar. Incluso los Estados Unidos quieren ya destruirme.

—¿Por qué quieren destruirle los Estados Unidos?

—Porque, desgraciadamente, los Estados Unidos son «naifs», es como un niño que se cree un adulto pero que sigue pensando siempre como un niño. Los Estados Unidos son una gran nación pero no tiene capacidad de lucha. Gorbachov hizo lo que quiso con Reagan. Chevardnadze, el ministro soviético de Asuntos Extranjeros, es general del Ejército de Tierra. Un comerciante como Schultz no tiene nada que hacer a su lado.

—¿Tiene usted la impresión de haber contribuido a eliminar las fuerzas de la izquierda, fundamentalmente marxista?

—El mundo está controlado por el marxismo-leninismo. Por ejemplo, si usted toca a un comunista aquí, en Chile, se sabe inmediatamente en el mundo entero. Pero si matan a diez policías, nadie se entera.

—El 11 de marzo de 1990 tendrá que pasar el poder al presidente democrático elegido, pero usted continuará con el cargo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas por un período de ocho años, será miembro del Consejo Nacional de Seguridad y Senador vitalicio...

—Con todo el trabajo que me ha adjudicado, parece que voy a sufrir de estrés. Son tres cosas diferentes, aunque complementarias en lo que concierne al concepto.

—¿Por qué no se presentará a las elecciones presidenciales del próximo diciembre?

—Soy un hombre al que no le gusta ser derrotado dos veces.

—¿Qué pasará si Patricio Aylwin es elegido presidente?

—No veo por qué Patricio Aylwin o yo debemos tener miedo. Yo tengo mis obligaciones, mis deberes (...) Si todos nos comportamos como caballeros, nunca tendremos problemas. Pero si él se comporta de otra forma podría haber problemas.

—¿Por qué cree que la Iglesia está contra usted?

—Porque está infiltrada por los comunistas (...) Yo soy católico pero no idiota...

(De una entrevista a Augusto Pinochet en la revista madrileña *Panorama*, n.º 112, julio 1989.)



ENSAYO

Volodia Teitelboim

El corazón escrito

(Una lectura latinoamericana de la literatura rusa y soviética). Prólogo de P. Nikolaev. Editorial Ráduga, Moscú, 1986 (410 pp.)

Volodia Teitelboim, el escritor y político chileno, publicó un libro ejemplar, indispensable para el conocimiento de una de las literaturas más inquietas e interesantes del mundo. El complejo tema de la producción escrita rusa no es de fácil tratamiento. Mucho más complejo aún es el producido en las múltiples naciones que hoy conforman la Unión Soviética. Lo que hubiese nutrido a varios volúmenes se ha sintetizado en una enconiable y lúcida labor.

No es un libro de crítica, en un sentido lato del término. El autor «ha logrado crear una narración poética en la que ha volcado una buena parte de su vida interior», escribe el prologuista Piotr Nikolaev. Y, en efecto, se trata de una conmemoración de sus lecturas de antaño y de las actuales, desde el punto de vista de un latinoamericano. De entrada no más desfilan Pushkin y Lérmontov, Gógol y Dostoievski, Turguéniev y Tolstoi, gigantes todos del idioma ruso.

Nuestro continente está presente siempre. Ninguna lectura le distrae en la mirada hacia nuestras tierras. Menciona a Lomonosov, sabio del siglo XVIII, físico, astrónomo y lingüista, y lo asocia con Andrés Bello. El retrato de Pushkin se traza con la crónica que en 1880 publicó José Martí. Cuando se estudia a Gógol se examina su influencia en Chile, lo mismo hace cuando le toca el turno a Turguéniev, que dejó sus huellas en Mariano Latorre. Si es Dostoievski, ras trea su presencia en novelistas como Graciliano Ramos y Ernesto Sábato. Hay un capítulo entero titulado «América Latina y Tolstoi», de inmenso interés. Y más recientemente, asocia a Ana Ajma-

tova con Gabriela Mistral. A Válemir Jle-nikov con Vicente Huidobro. Hay páginas de comparaciones conmovedoras entre Chéjov y Neruda.

Desde luego, como todo escritor, tiene preferencias. Y con ellos se demora con voluptuoso placer. Por ejemplo, cuando enfrenta a Dostoievski: «Siento a Dostoievski como el novelista máximo». Esto dicho en una parte que cuenta con Gógol, Turguéniev y el ciclópeo Tolstoi. En este capítulo el estilo de Teitelboim raya a niveles superiores.

La actitud de Volodia ante el problema de la cultura es ejemplar: actitud abierta y antidogmática, que le permite embestir contra los esquematismos paralizantes. Y es precisamente analizando a Dostoievski cuando afirma: «Ha habido y hay aún militantes que no ven la lucha como abono para la tierra del porvenir, sino como un sacrificio diario de los valores del hombre en el tiempo de los dioses abstractos de una revolución fría y deshumanizada. Olvidan que el humanismo es consustancial a la conducta revolucionaria.»

La Revolución estalla en 1917 y nos orienta hacia la prosa y la poesía inaugurales, de los escritores de transición. Dice claramente que «es difícil ser los primeros en lo nuevo y más arduo aún serlo en la empresa de construir una sociedad distinta».

Y desfilan las llamadas novelas experimentales, que intentaron aprehender el vértigo de esos días, de esos meses terribles. *El tren blindado*, de Ivanov, *El año desnudo*, de Boris Pilniak, *Las ciudades y los años* de Fedin, *La derrota*, de Fadeiev, *Cemento*, de Gladkov, *El torrente de hierro*, de Serafimovich, *Así se templó el acero*, de Ostrovski. Lo mismo que *El hijo de la tempestad*, hasta llegar a ese momento en que se opera un cambio y aparece la nueva generación. Ya se hablaba de Bulgakov, cuya obra *El Maestro y Margarita* merece conmovedoras reflexiones.

Volodia sabe que transplantarse de una época a otra es una hazaña durísima. «El dilema de la hora cero» como

dice, plantea al artista agudas interrogantes y no todos tienen las respuestas adecuadas.

Este tiempo de las campanas al vuelo es examinado con morosa delectación. Allí, en ese clima de fosfórica combustión, está la figura señera de Gorki, a quien llama «hombre-puente entre la literatura rusa y soviética». Y hablando de Gorki se retrotrae a Latinoamérica, donde indica sus influencias. Y, de paso, nos ofrece esta notable curiosidad: que *Foma Gordeiev*, una de sus célebres novelas, fue traducida al español del francés, por Rubén Darío. Y, en el vértice de las dos épocas fulguraron los poetas Blok, Esenin, Briusov, Maiakovski, Mandelstam, Pasternak, quienes se empeñan afanosamente en ponerse a la altura de las circunstancias.

Pronto el olor de la pólvora lo invadirá todo. La guerra, el espantoso sacrificio orienta a los escritores hacia el directo testimonio, cuando «todos los escritores y todas las literaturas del país disparan palabras como balas», bajo la peripecia atroz de la hecatombe. Nacen *Un hombre de verdad* de Polevoi, *Compañero de viaje*, de Vera Panova, *La tempestad*, de Ehrenburg, entre tantas obras estremecidas por el viento del infierno.

Finalmente la aurora de los tiempos de paz, lo más reciente. Teitelboim nos adentra en la nueva canción, en el corazón del mundo contemporáneo. Y pasan, como un caleidoscopio, Robert Rozhdesvenski, Evtushenko, Voznesenski, Rimma Kazakova, Bella Ajmadulina. Rusos y tadjikos, dagustanos y kirguises, uzbekos y azerbaijanos, febrilmente estudiados por el ensayista.

Parece que ningún libro, poesía, novela u obra de teatro quedara fuera de la curiosidad de este lector terrible. Prosa erudita y de alto vuelo lírico la de Volodia Teitelboim que ha hecho una notable contribución al conocimiento de estas complejas literaturas.

Y lo ha hecho con pasión y con lucidez.

ELVIO ROMERO



Mario Vidal

El hombre inconcluso

Edic. Cintras, Santiago, 1989
(137 pp.)

El médico clínico centra su atención en su paciente; lo analiza a fondo en su totalidad individual. No elude referirse a su exterioridad e indaga acerca de su medio, su hogar, su trabajo, sus relaciones familiares, pero muchas veces esa mirada no es más que una soslayable panorámica.

En el caso de las disciplinas netamente sociales, esa mirada tangencial se hace inquisitiva y aguda y, por lo mismo, pierde de vista con frecuencia al individuo.

Armonizar ambas visiones es un desafío permanente para las ciencias humanas. De ahí surgen los enfoques interdisciplinarios. También la necesidad de estructuras conceptuales para ordenar los datos de la realidad que o sí no se darían en forma más o menos caótica.

El hombre inconcluso, libro publicado recientemente por el profesor de psiquiatría Mario Vidal (Ediciones Cintras, 137 páginas, Santiago de Chile, 1989) afronta con calidad ese reto intelectual. Dentro de la escasa bibliografía nacional sobre temas de psicología social y antropología filosófica, la obra del doctor Vidal representa un aporte sustantivo que debería estimular a otros estudiosos a profundizar en las temáticas que propone.

El autor parte de un planteamiento optimista, propio de su visión racionalista y su familiaridad con el trabajo científico. El hombre cuenta con potencialidades y virtualidades que le permiten ascender indefinidamente en su desarrollo individual y colectivo. Sin la connotación abstracta de los pensadores del Siglo de las Luces, la felicidad no constituye una meta ilusoria entendida como una suerte de armonía entre el yo, los demás y el entorno, que está sometida a un permanente equilibrio inestable. Más aún cuando el fantástico desarrollo de las ciencias y fuerzas productivas constituye una base concreta de liberación.

El profesor Vidal asume el punto de vista histórico social en psicología, lo

que quiere decir que estudia al hombre como persona concreta, individual, a través del cual se manifiestan las características de su inserción de clase en una sociedad históricamente determinada, Chile, en este caso, pero en quien también actúan mediaciones y factores que le dan su singularidad.

Le interesa el «hombre» en general, pero mucho más (y es su preocupación central) el «individuo», fulano o zutano que vive, trabaja, sufre y todavía tiene esperanzas.

El subtítulo del libro «desarrollo personal y clase social» (y no al revés) muestra esta orientación que, por lo demás, debería en definitiva ser el centro y la meta de las ciencias humanas y las ideologías políticas, con mayor razón si son revolucionarias.

Avance social y crecimiento individual se combinan aleatoriamente en un proceso que como constante redunda en perjuicio del individuo en las sociedades de clase.

Explora Vidal las diferencias que se producen entre los hombres, sus semejanzas. Se refiere a los «hombres inconclusos», aquellos que no logran desarrollarse al mismo nivel de otros que disponen de las condiciones materiales y espirituales para hacerlo. Sin ataduras mecanicistas sigue la tendencia iniciada por Vigotski y continuada por Wallon, Séve y otros autores. Advierte el autor que se trata de una teoría en plena elaboración, que recoge el aporte de otras escuelas psicológicas y trata de integrarlas en nuevas síntesis.

Parecen evidentes la pertinencia y oportunidad de este libro. A través de él es posible plantearse de un modo nuevo temas apremiantes de la sociedad chilena. Y entender cómo el proceso de enriquecimiento y avance hacia la plenitud humana se vincula necesariamente con el término de la injusticia y las estructuras opresivas de una sociedad en que el hombre vive alienado.

Con inteligente solvencia, el profesor Vidal aplica las ideas de Marx sobre la esencia del hombre, definida por el conjunto de sus relaciones sociales.

Lo hace creadoramente a partir de las coordenadas de su saber específico, de investigaciones rigurosas y de la práctica cotidiana, que demuestran que las

bases materiales y espirituales representan una condición ineludible aunque no una determinación fatal.

Un extenso material acerca de la sociedad chilena, sus problemas estructurales y su crisis refuerza la tesis. Su prolijidad desbalancea un tanto los planteamientos de psicología social que expuestos en forma sencilla, y muy bien escritos, constituyen el principal mérito de este libro notable.

HERNAN SOTO

Mario Ferrero.

Neruda, voz y universo.

Santiago, 1988 (257 págs.).

Ilustraciones de Fernando Marcos y Penike.

Neruda, voz y universo, publicado por las ediciones Logos que dirige Edmundo Moure, actual presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, es uno de los más recientes aportes a la tan abundante bibliografía dedicada a nuestro Premio Nobel de literatura.

Su autor es un conocido escritor de la generación del 38, que agrega este título a su abundante obra, tanto en poesía como en ensayo. Se ocupa ahora de Neruda, centrando su preocupación en el personaje literario e histórico que García Márquez ha tipificado como «el poeta universal más importante de nuestro siglo, en todas las lenguas y latitudes». Mario Ferrero aborda su estudio con un estilo claro y directo, y lo desarrolla en forma atractiva y colorida, alternando anécdotas y citas y apoyándose en una seria documentación. Logra plenamente el objetivo de hacer participar al lector de la magia contenida en la poesía amorosa, épica, sarcástica, acusadora y humorística de Neruda; y de transmitirle lo esencial de su vida, sin excluir hechos tan cotidianos como su habla pausada o su caminar cansino.

Ferrero tiene la ventaja de que suma a su condición de crítico su oficio de poeta, más el conocimiento a fondo del conjunto de la realidad literaria chilena. Todo ello se reúne y produce un libro de divulgación que anunciamos como in-

dispensable para quien quiera, en el futuro, iniciarse en el conocimiento de la vida y obra de nuestro máximo poeta nacional. El libro, por otra parte, es una buena muestra de lo que es hoy en Chile nuestra cultura democrática: por su tema, por el tratamiento que le da su autor, y por el carácter del trabajo de la editorial que lo publica.

La obra toma al poeta desde su infancia, nos habla de sus juegos, de sus primeras amistades, de su descubrimiento de la poesía. Recrea el tiempo de su participación en la bohemia santiaguina, sus veladas en el Hércules, El Jote, la Posada del Corregidor, La Nata Inés, el Zeppelin, junto a Diego Muñoz, Serani, Rubén Azócar, Homero Arce, Tomás Lago, Gerardo Seguel, Isafas Cabezón, Alberto Rojas Jiménez, Aliro Oyarzún y tantos otros. Ferrero no oculta las dificultades de su empresa. Dice desde el comienzo:

«No es fácil para un escritor estudiar la estructura de un monumento, verificar los trazos de su diseño, enfocar desde diversos ángulos los volúmenes cambiantes de sus formas en el espacio, averiguar de qué material está hecho, investigar sus juegos de luz y sombra, su proyección diurna y nocturna, las infinitas posibilidades de captación que ofrece al transeúnte. Sobre todo cuando se trata de un monumento inquieto, que entra y sale de sí mismo, que no se acostumbra a su condición estática, sino que se mueve interminablemente, baja de su pedestal y se pone a discutir en medio de la plaza con un público abigarrado, heterogéneo, de elocuencia dispar y a veces taciturna. Porque eso es Neruda: un monumento vivo, imprevisible, trastornador, demasiado terrenal para su gloria, demasiado reciente para una conversación con las estrellas.»

Neruda es definido como *testigo emocional y pavoroso de su tiempo*, el poeta espectador y participante que se funde con su pueblo; es el creador que *sublimó las estructuras conocidas y abrió camino*; el que descubrió y puso en evidencia el *sentido mágico de las esencias*. En su conciencia poética se funde lo artístico, lo social y lo político.

Es poeta pero es también un *constructor*. El vate, como bien lo señala Ferrero, recorrió la escala íntegra de la poesía. Así lo muestra al lector, quien va descubriendo, poco a poco, al poeta del tema amoroso, al poeta sensual, misterioso, pesimista, que llega a la política y a la visión revolucionaria y que construye la esperanza desde el fondo de la mitología andina, o de una simple gota de rocío, de las manos partidas del trabajador, de la pasión, de la muerte y de la soledad.

Neruda está también analizado como hombre, desde el ángulo de su trayectoria como ciudadano, el que enhebró la poesía solidaria con el pueblo español en su guerra civil para rematar en la épica latinoamericana del *Canto General*.

La obra habla también de la difusión de la poesía nerudiana en el mundo, y nos entrega juicios de algunos de sus contemporáneos: Cortázar, Fernando Alegría, Ibáñez Langlois, Volodia Teitelboim, Félix Grande, Rodríguez Monegal, Alonso, Amado Alonso y muchos más. Hay una opinión que los chilenos no podemos leer sin una cierta emoción; es la del presidente Salvador Allende:

«Neruda es un humanista esclarecido que ha narrado con belleza la inquietud del hombre ante la existencia. Por la poesía de Neruda pasa Chile entero, con sus ríos, montañas, nieves eternas y tórridos desiertos. Pero, por sobre todas las cosas, en ella están el hombre y la mujer, está presente el amor y la lucha social de los pueblos.»

SERGIO MACIAS

HISTORIA

Alvaro Jara

Guerra y sociedad en Chile

Editorial Universitaria, Santiago, 1984

El autor de este libro cuenta, en una conferencia que se incluye en el volumen a modo de epílogo, y con no poca ironía, que «fue un libro que tuvo mucha suerte». ¿Por qué?

«Primero, entregado en consulta a un editor chileno, hubo una larga espera, creo dos o tres años. Finalmente éste me declaró que podría publicarlo, pero que necesitaría para ello otro tiempo similar. Cuando llegó ésta tan alentadora y magnífica respuesta afirmativa, el libro ya estaba traducido al francés y había entrado a prensa. Salió bajo el sello del Instituto de Altos Estudios de la América Latina, de la Universidad de París y con el apoyo de otras importantes instituciones académicas francesas. Con toda evidencia, la severidad chilena me había favorecido.»

La primera edición en castellano de «Guerra y sociedad en Chile», apareció bajo el sello de Editorial Universitaria, en 1971, diez años después de la edición francesa mencionada. La que ahora comentamos es la segunda edición chilena, en castellano, también de Universitaria, de 1984.

En la introducción, que contiene interesantísimas reflexiones del autor sobre la ciencia histórica en general y sobre el oficio del historiador, se anticipa, diríamos, el hilo conductor de este trabajo.

«Las formas bélicas —escribe Jara— no pueden ser ajenas al devenir del resto de la realidad histórica. En el Chile de los siglos xvii y xviii sería difícil no percibir la absorbente temática bélica que parece dominar toda la sociedad. La guerra está presente en las crónicas, en los poemas, en las relaciones y en los documentos. Es un motivo constante dentro de esa sociedad estructurada por la violencia en cuya confirmación el elemento conquistador jugó un rol decisivo. La fuerza y el valor de las características bélicas empleadas en el sometimiento de la población indígena no requieren mayor adjetivación. De ahí que el estudio del ejercicio de la violencia y de sus transformaciones históricas ha parecido interesante e imperativo.»

Hace notar el historiador que «la capacidad y el deseo de violencia no son siempre los mismos, ni las condiciones y modos en que se la ejercita permanecen idénticos y estacionarios. Si se lo-

gra percibir ciertos cambios, éstos deben reflejar modificaciones sufridas por la estructura social. Violencia y sociedad se modifican recíprocamente en verdadera y mutua interacción».

Jara rebate —aunque sin exhibir un ánimo agudamente polémico— la creencia de que la larguísima guerra de Arauco se mantuvo anquilosada en sus formas primitivas y que su desarrollo no estuvo estrechamente relacionado con la sociedad que nació en el territorio que hoy llamados Chile. La rebate a través del conjunto de su obra, en la que demuestra a través del estudio minucioso de las fuentes originales —crónicas y documentos de los conquistadores, colecciones de contratos de compra-venta y otros contenidos en los archivos notariales, libros de cuentas del Virreinato peruano, etc.—, que aquella guerra tuvo una evolución, que no fue la misma en los primeros años de la conquista que al término del siglo xvi, cuando la gran insurrección mapuche de 1599 puso en grave peligro la dominación española, y que la esclavización masiva de los indios, las «malocas» o incursiones militares a sus poblados en procura de prisioneros, tuvo también sus efectos en las características del enfrentamiento, y derivó de cambios ocurridos en la esfera económica, para influir posteriormente también en ella.

Es realmente apasionante la descripción, basada estrictamente en los relatos de los cronistas de la época, del «aprendizaje» del arte militar por parte de los indígenas, así como el análisis de los factores de superioridad de los conquistadores españoles en este terreno, y de sus relativas debilidades, factores que no dejaron de fluctuar a través del tiempo.

En este sentido el capítulo titulado «Los métodos de la guerra: el ejército indio» es uno de los más interesantes y contiene verdaderas revelaciones sobre hechos que nunca, en once años de educación primera y secundaria oímos mencionar jamás en alguna clase de historia.

Jara hace vivas comparaciones entre las sociedades azteca e incaica, donde la conquista española se produjo con gran rapidez, y la sociedad indígena de Chile, donde los conquistadores se es-

trellaron con una resistencia vigorosa, encarnizada y tozuda, que se prolongó tres siglos.

Hace notar que en materia de armamento, el contraste entre los dos bandos era abismal. Entre los indígenas no se había difundido todavía el uso de los metales y por consiguiente sus recursos técnicos eran de notoria inferioridad. Los españoles tenían armas de fuego y caballos. Los indígenas sólo disponían del arco y la flecha, con punta de piedra, de la lanza de madera aguzada y tostada al fuego para endurecerla, de la maza, la macana, la honda y la pica. Estas eran sus armas ofensivas. Las defensivas consistían en rodela, morriones y coletes de cuero o de madera.

Los primeros sesenta años de combates, en el siglo xvi determinaron en los mapuches y demás pueblos autóctonos un proceso de «adaptación y un mejoramiento de sus técnicas guerreras tan decisivo, que logró poner en jaque a la sociedad española».

«La pica araucana fue adaptada a la lucha contra la caballería española aumentando su longitud, que llegó hasta los 6 y 8 metros, dispuestas en una doble fila de piqueros para enfrentar el ataque. La fila de adelante manejaba picas de 4 o 5 metros y la segunda las más largas, creando así grandes dificultades a las embestidas de los españoles», señala Jara, citando a Ricardo E. Latcham. Agrega que las puntas de estas picas habían pasado del simple endurecimiento a fuego a tener por hierros, pedazos de espadas españolas con amoladas puntas y muchas hojas enteras, muy limpias y resplandecientes, con que aumentaban su longura. Además de estas medias espadas ponían también en las puntas de las picas, dagas y puñales que habían tomado a los españoles.

También crearon otras armas eficaces. Por ejemplo los garrotes arrojadizos, del tamaño de un brazo, que lanzaban contra la cabeza de los caballos. Inventaron además un ardid para sacar a los jinetes de las sillas: una pértiga larga en cuyo extremo colocaban un lazo abierto, hecho de fibras vegetales. Un hombre armado de este instrumento y protegido por cinco o seis macaneros, se acercaba hasta el jinete español, lo enlazaba y todos juntos tiraban para arrancarlo de

la silla y echarlo al suelo. Caído los macaneros daban pronta cuenta con su terrible y pesada arma.

Jara describe, basándose siempre en los informes de los cronistas y otras fuentes originales, cómo los indios de Chile incorporaron a su ejército el caballo. En cierto momento llegaron a tener tantos o más caballos que los españoles y adquirieron enorme destreza en su manejo, creando sillas de montar livianas, con su propio estilo. Crearon un sistema de infantería montada que consistía en que cada jinete llevaba en ancas a un flechero. Las artimañas guerreras que aprendieron a usar y que inventaban permanentemente, fueron numerosas y a veces fantásticas. En el asalto al fuerte de Boroa en 1606, se disfrazaron de españoles. Iban mil infantes escogidos y seiscientos de a caballo, marchando con muchas armas de acero, penachos, bandas y vestidos de gala de los que habían saqueado en las ciudades de La Imperial, Valdivia y la Villarrica. Muchos iban vestidos con sobrepellices, hábitos de clérigo y vestiduras sacerdotales para engañar a los españoles... En la batalla de las Cangrejeras en 1629, cuenta Pineda y Bascuñán, venían «dando saltos para arriba los infantes y otras, por desmentir las balas que les tiraban, cosiéndose con el suelo». Aprendieron a adaptarse al terreno y a utilizar en su favor los pantanos, los montes, las quebradas, los bosques y otros accidentes, haciendo lo posible por elegir ellos el sitio de la lucha y no permitirle al enemigo la elección...

Es todo un capítulo que se lee como una novela y que podría motivar, imaginamos, una fabulosa película de acción y de aventuras.

Aunque la obra de Alvaro Jara está estrictamente delimitada en el tiempo y llega al punto final con los sucesos de 1612, su riqueza y su profundidad son tales que nos conducen a toda una nueva visión sobre la historia de Chile y sobre muchos hechos contemporáneos. Entendámonos: no se trata de buscar paralelos artificiales ni de extrapolar realidades diversas, separadas por cuatro siglos. Pero es innegable que el conocimiento de la guerra de Arauco, con la visión penetrante que nos proporciona

este trabajo, vinculando como en efecto sucede en la realidad los hechos de violencia con toda una realidad social y económica que los determina, contribuye poderosamente a hacernos mirar con ojos nuevos el presente.

JOSE MIGUEL VARAS

NARRATIVA

Luis Alberto Tamayo

Ya es hora

Ed. Sinfronteras, Santiago, 1986.

Nacido en San Fernando en 1960, este autor sobresale nítidamente entre los narradores jóvenes que eran niños o adolescentes a la fecha del golpe militar y que han hecho sus primeras armas literarias bajo la dictadura. Sobresale por la exactitud y la eficiencia de su prosa, por la autenticidad que se siente en sus cuentos, por una especie de madurez sorprendente, que se manifestaba ya en su laureado cuento de 1978 «Ya es hora», vencedor en el concurso convocado por el Arzobispado de Santiago y el Comité Patrocinador del «Año de los Derechos Humanos en Chile.»

Lo comentamos en aquel entonces y más tarde comentamos también su «Perrito», que tiene casi el valor de una demostración científica en cuanto a la eficacia de los métodos de adiestramiento y deshumanización que emplea el ejército de Chile.

Ya es hora es una colección de siete cuentos muy breves (el más largo tiene 11 páginas, el más corto tiene tres) y en total el libro llega apenas a 53. No obstante, Tamayo logra condensar ambientes, situaciones, caracteres, en espacios muy reducidos. Su estilo, engañadoramente sencillo, coloquial, aparentemente «tranquilo», se compone de oraciones objetivas, funcionales, en las que casi no hay descripción y sí una especie de tensión interna, de modo que todo se resuelve en acción, y el lector, más que ejercer un acto deliberado de lectura, es transportado por esta prosa, como si

fuera una escala mecánica del Metro. (Para usar un símil de Moravia.)

Tamayo concentra información en cada párrafo y uno piensa que tal vez su ideal podría ser un cuento compuesto de un solo párrafo. Tal vez llegue a eso. Es una literatura de gran densidad, en la que no hay delectación sensual con el lenguaje —por lo menos en apariencia— ni casi nada sobrante. Se sienten el rigor y el trabajo intenso, la búsqueda maníática de la precisión. Cualidades insólitas en un escritor tan joven.

Por su intensidad dramática sobresale, en el volumen, a nuestro juicio, el cuento titulado «Mi hermano cruza la plaza», la revelación del mundo clandestino de la resistencia a la dictadura para dos adolescentes que pertenecen a una familia de clase media, imbuida de espíritu conservador. Como siempre, el autor entra inmediatamente en materia:

«Yo tenía diez años cuando mi hermano se fue. Durante mucho tiempo su nombre estuvo prohibido en nuestra casa. Crecí sabiendo que tenía un hermano que vivía en Francia: después supe que no, que vivía en el exilio.

Papá decía que mi hermano era inteligencia perdida, un testarudo que había ido a la Universidad a mezclarse con la peor clase de gente. Acordarse de él en la mesa era desatar una tormenta: mamá lloraba en silencio, mi hermana Claudia inventaba planes para ir a visitarlo; papá las embestía contra políticos antiguos y disertaba sobre la importancia de no meterse en nada.»

El narrador registra el acelerado descenso económico de la familia, como siempre a través de unos cuantos hechos objetivos:

«El negocio grande que teníamos en Santa Rosa quebró por la escasa venta y dos clausuras seguidas por no dar boleta. El dinero que se pudo salvar se convirtió en un taxi. Al poco tiempo el viejo Peugeot azul también fue pintado de negro con el techo amarillo. Esas eran las entradas de la familia, más el arriendo de la casita de la Cisterna y el kiosko para vender cosas de bazar y refrescos que instalamos en el antejardín de la casa.»

Un día aparece un extraño que pide cigarrillos y, como no los hay, compra un cuaderno. Un extraño que ha pasado mucho rato en el asiento del paradero de micros cerca de la casa, mirando hacia ella con insistencia.

El desenlace es rápido.

«Había llegado tarde a casa, me estaba acostando cuando sentí voces. Mi madre era la que hablaba: decía que no, que mi hermano estaba en Francia, que debía tratarse de un alcance de nombre.

La vecina del barrio antiguo estaba de pie en el living con unos recortes de diario en sus manos.

Cuando vio aparecer a mi padre dijo con dureza:

—Su hijo ingresó ilegalmente al país. Ahora no tienen que avergonzarse de tener un hijo en el exilio: ahora tienen un hijo muerto.»

Los cuentos de Luis Alberto Tamayo, tan exactos y lacónicos, dejan en fin de cuentas, gusto a poco. Quisiéramos leer otros, muchos más, tal vez en la onda de humor contenido de «El día que vuelva Mariela». Nos gustaría que se explorara, que desarrollara plenamente sus extraordinarias posibilidades, que profundizara en el mundo interior de sus personajes. Dueño de una destreza literaria excepcional, de una aguda conciencia artística, está sin duda en condiciones de proponerse empresas más ambiciosas, de emprender vuelos mayores.

VICENTE REYES

POESÍA

Sergio Macías
Noche de nadie

Ed. «Poesía Ambos Mundos»,
Madrid, 1988

No puede decirse de este poeta chileno —residente desde hace algunos años en Madrid— que sea hijo literario del exi-

lio, pero sí puede afirmarse que su trabajo poético ha alcanzado en calidad y volumen toda su significación en los años posteriores al golpe de Estado de 1973.

Macías cultiva una poesía refinada, trabajada con el rigor de un orfebre, con matices que recuerdan a los clásicos orientales, aunque no está nunca ausente de ella la evocación de la Patria chilena. En este sentido, sus textos se diferencian notablemente de otros poemas chilenos más jóvenes de la diáspora, cuyos signos de identidad tienden a estar cada día menos afincados en referencias nacionales precisas. Por razones generacionales y de formación cultural, Macías aparece enlazado de modo bastante coherente con la atmósfera y formas de nuestra poesía anterior a los años 70, sin excluir, en algunas ocasiones, la inevitable impronta nerudiana (como ocurre, por ejemplo, en su libro *Memoria del exilio*).

Una muestra clara de su trabajo puede encontrarse en el poema que lleva justamente el título de su último libro, *Noche de nadie*:

*Llevo el peso de las lluvias
sobre mi esqueleto andino.
Bosques cubiertos de pájaros
y sonidos de vertientes.
Nadie
se despierta con mis pasos.
Ni con mi canción de peregrino.
Nadie sabe que cuando me muera,
lejos de la Araucanía,
la hierba no parecerá nada.
Y que la noche será arrastrada
por el río del olvido.*

En otro poema, nos habla con cierto humor de «la maleta del alma», que al abrirse, deja caer camisas, calzoncillos, la pizarra de la infancia, la lluvia del Sur, toneles de vino...

*Y mi padre pidiéndome compañía
con una guitarra de piedras.*

Noche de nadie es el último título de la extensa bibliografía de este poeta especialmente fecundo. En Chile, a partir de 1967, ha obtenido diversos e importantes premios literarios. Allí publicó *Las manos del leñador* (1969) y *La sangre*

en el bosque (1974). Su primera etapa de exiliado la vivió en la República Democrática Alemana, donde aparecieron dos tomos de poesía, *En el tiempo de las cosas* (1977) y *Mecklenburgo, canción de un desterrado* (1978), y una antología que obtuvo una cierta notoriedad: *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo* (1977). Instalado con posterioridad en España, los nuevos títulos se han ido sucediendo con celeridad: *Nos busca la esperanza* (1979), *El niño y la tierra* (1980), *El jardinero del viento* (1980), *El jardín de la amistad* (antología, 1980), *La comunión del dictador* (1983), *Canciones para Chile* (antología, 1984), *Memoria del exilio* (1985), *Tetuán* (1986).

Este tomo que reseñamos (que contiene un prólogo del escritor español Rafael Soto Vergés) se inserta, por otra parte, dentro de la infatigable labor que Macías desarrolla en Madrid como activista y animador de una labor cultural que en estos años recientes ha ayudado a promover el trabajo de no pocos poetas latinoamericanos que viven en España (Martín Micharvegas, Pedro Shimore, Héctor Vera, Ruth González Vergara, entre otros).

J. M. V.

Guido Decap

Paísaje con fiordos

Ilustraciones de Jorge Salas
Santiago, Ed. Oximoron, 1988

En el exilio chileno —largo para quienes lo han vivido, pero mucho menos si se juzga con criterios históricos— ha habido una presencia constante de la creación poética. Tanto de los poetas de diversas generaciones que ya tenían antes del golpe de Estado una obra realizada o en desarrollo —y que retomaron en el destierro—, como de aquéllos que publicaron por primera vez en estos años.

Entre estos últimos, y en particular entre los de obra más reciente, es notoria una característica dominante: el abandono de toda preocupación por la temática política —el cataclismo de

septiembre del 73 y sus secuelas, el trauma del exilio, etc.— y en íntima consonancia con esto, la pérdida creciente de lo que podríamos denominar los rasgos de su identidad nacional. Cabría incluso preguntarse, a este propósito, si corresponde en rigor agruparlos entre los poetas «del exilio chileno». *

Uno de los más jóvenes y significativos —tanto, esto último, por su evidente calidad como por la elocuencia paradigmática de sus claves poéticas— es Gonzalo Santelices **. De insurgencia un tanto más tardía y obra menos extensa, aunque no por ello de menor relieve, es Guido Decap, que comienza su labor literaria pública con *Paísaje con fiordos*.

Nacido en Los Angeles (Chile) en 1951, viajó a España en 1977, país en el que completó sus estudios de medicina. Vive en la actualidad en Madrid, donde ejerce su profesión.

A pesar de su título, el libro aparece marcado por un sustrato fácilmente asociable con las vivencias de hoy de un país del Mediterráneo: la presencia del mar (y de la luz solar), de la mujer y el sexo, la música y los músicos de jazz, la droga y sus pesadillas alucinatorias. Tratado el todo con óptica y técnicas muy de este tiempo, es decir, con singular dureza, sin concesiones ni a la facilidad ni a la esperanza. Decap encarna con bastante fidelidad al creador que ha comenzado a perder pie frente a ciertas sollicitaciones de la realidad social, renunciando al cabo, por así decirlo, a las Verdades que pudieran fluir de la Historia.

Convengamos en que no es difícil en

* El movimiento cultural —literatura, cine, teatro, música, etc.— inscrito como perteneciente al «exilio chileno» tiene justamente como característica dominante la coloración político-social de sus temas y la omnipresencia del país perdido. Sobre el particular, ver su definición y ramificaciones, más la interesante tentativa de periodización realizadas a propósito del cine chileno por Jacqueline Mouesca (*Plano secuencia de la memoria de Chile*, Madrid, 1988). Fija, enumerando fundamentos, una fecha —el año 1983— en que la producción llamada hasta ese momento con bastante propiedad «del exilio», cambia radicalmente.

** V. «Textos» en *Araucaria*, n.º 35 y «Notas de lectura» en *Araucaria*, n.º 45.

los años que corren sentir que las cosas te empujan inexorablemente hacia el fondo. Es cierto que el sufrimiento, la melancolía o el pesimismo no han sido descubiertos en el tercio final del siglo xx, pero también es verdad que los dolores acaso alcancen sólo hoy los límites de cierta exacerbación. Algunos remedios —la utopía, por ejemplo— aparecían en la mira de lo posible, pero de repente, para muchos, es como si ya no se pudiera creer en ello o ya no valiese siquiera la pena intentarlo. (Cómo no tener en cuenta que cien años de certidumbre social —no siempre, por lo demás, debidamente comprobada— no han logrado explicar ni mucho menos resolver las razones más hondas de la aflicción individual.)

Hay una inquietante y desolada pulsación en esta poesía que arrastra «rumores como de fin de mundo», que sugiere la imagen del océano internándose entre las heridas de la costa, trepando por el acantilado para precipitarse luego en los túneles abisales de la embriaguez y la locura. Un universo apenas en la etapa del Génesis y ya desintegrándose.

Curiosa paradoja la de este chileno del Sur, de talante socarrón y dicharachero, amigo generoso y alegre de sus amigos y —en el coloquio cotidiano— de los malabares verbales de raíz popular, que sin embargo se empeña como poeta en «imaginar lo inexistente» y en extraer de lo que existe lo que «incita a morir de amor y lejanía», a «avizarar los naufragios», «las fronteras indescifrables», «los perros negros», «la madrugada bruja», «los ojos de los olvidados».

Aunque quizás no lo sea tanto. Como

muchos otros artistas e intelectuales de este instante, existe en él una coherencia secreta no siempre fácilmente discernible, una síntesis entre la inteligencia y la bondad naturales con la lucidez y el desencanto que la vida y la experiencia le proporcionan. De allí seguramente la suma no antagonica de luces y sombras, de encantamiento y pesadumbre, de pájaros y espectros; o como lo dice él mismo: «Muertes terribles / vidas renacidas».

No todo tiene por cierto el mismo nivel en este intenso libro, pero bastan para justificarlo y para abrirle un sitio a su autor en la nueva poesía chilena, textos como «El sueño», «La fiesta», o «Luz nocturna de enero en los cerros de Ibiza». De los cuales podría afirmarse, echando mano de una frase del propio autor (aunque lo diga pensando en otra cosa), que «de negro se viste la poesía cuando quiere ser sabia».

Dos palabras sobre el ilustrador de la obra. Jorge («Lucas») Salas, artista notable y arisco, hijo y hermano de dibujantes, es fiel también a su tiempo y mata la congoja apañándola entre Eros y el humor. Pintor, trabajos suyos se reproducen en las portadas de este número de *Araucaria*, en sus páginas iniciales y en la que enfrenta precisamente ésta.

Paisaje con fiordos, que fue bellamente editado en Santiago por Sergio Pesutic, otro médico-escritor, merece ser leído. Quien lo haga descubrirá que hay en él más de un mundo debajo del enunciado sobre el «brillo de la piedra, el callejón de luz y el destello de las tejas húmedas».

CARLOS ORELLANA



En nuestros números anteriores

N.º 44:

El precio del cambio (Alfredo Bryce Echeñique) / *Línea de fuga* (Carmen Castillo) / *Vieja y/o nueva mentalidad* (Sergio Vusković) / *Por una doctrina militar democrática* (Patricio Palma) / *Política de las armas y fantasías estratégicas en Chile y Latinoamérica* (Hernán Soto) / *El ejército en la política chilena: 1886-1925* (Juan Contreras) / *Orígenes del socialismo chileno* (Eduardo Devés) / *Caminos para la conquista de la democracia en Chile* (Luis Maira) / *La Iglesia y la doctrina de la seguridad nacional en América Latina* (Mario Boero) / *Estructura de la impotencia* (Eduardo Galeano) / *Uruguay hacia fines de los ochenta* (Ricardo Moreno) / *Uruguay: resistencia y después* (Graciela Mántaras) / *Dulce Patria americana. Conversación con Luis Advis* (Mauricio Decap) / *Pequeña antología* (Gonzalo Millán) / *Schopf o la modernidad* (Grinor Rojo) / *El cardenal de la justicia* (José Miguel Varas) / *Los libros tienen sus propios espíritus* (María de Velasco) / *Notas de lectura* / *Notas de libros*.

N.º 45:

América Latina: la nueva estrategia norteamericana. Documento de Santa Fe II / *Colombia: el precio de la vida y de la muerte* (Juan Jorge Faundes) / *Cómo hago mis versos* (Gabriela Mistral) / *En el centenario de Gabriela Mistral. 1. Reconocimiento de Gabriela* (Federico Schopf). *2. Historia de un amor atormentado* (Volodia Teitelboim). *3. Gabriela, Madre nuestra* (Virginia Vidal). *4. Una gran desconocida* (Ruth González Vergara) / *5. Cronología de su vida y su obra* / *La «perestroika» y la crisis del socialismo* (Leonardo Navarro) / *Demonología y colonialismo. Historia de la comprensión folklórica del diablo en Chile* (Maximiliano Salinas) / *Neruda y Oxford* (Robert Pring-Mill) / *«Una vez que yo no esté»* (Conversación con José Venturelli) / *Poemas* (Enrique Lihn) / *Cuentos* (Roberto Brodsky-Jorge Rossi) / *La fuerza del cine chileno en Chile* (Rado-miro Spotorno) / *Crónica* / *Notas de lectura*.

Pedidos de suscripciones y ejemplares sueltos

EDICIONES MICHAY, S. A.

Calle de Arlabán, 7. Tel.: 532 47 58. 28014 Madrid (ESPAÑA)

SUSCRIPCIONES 1989

Al cabo de más de once años
de trabajo ininterrumpido en el exilio

araucaria

de Chile

anuncia su traslado a Chile

En 1990 su redacción se instalará en Santiago
y proseguirá allí su labor al servicio
de la cultura chilena democrática

¡Ayúdanos a instalarnos en nuestro país!

Renueva de inmediato tu suscripción y consíguenos
nuevos suscriptores

Dirígete a tu agente habitual o escríbenos rellenando este
cupón y enviándolo con cheque o giro postal:

EDICIONES MICHAY, S. A. / Arlabán, 7, of. 49
28014 Madrid (ESPAÑA)

Nombre

Dirección

Ciudad y país

Precios (en US. \$)

	<i>Ejemplar</i>	<i>1 año</i>	<i>2 años</i>
--	-----------------	--------------	---------------

Europa y América del Norte	10	35	65
----------------------------	----	----	----

América Latina	7	25	35
----------------	---	----	----

Disponemos también de Bonos de Ayuda a la revista:
una tarjeta que reproduce en colores un fragmento del
cuadro *La tentación de Hernán Cortés* del pintor uru-
guayo José Gamarra. Adhesiones voluntarias por 20,
50 y 100 dólares.

